

EDUARDO SANTA

**¿QUE PASO
EL 9 DE ABRIL?**

**ITINERARIO
DE UNA
REVOLUCION
FRUSTRADA**

TERCER MUNDO

¿QUE PASO
EL 9 DE ABRIL?

FICHA DEL AUTOR

Eduardo Santa. Escritor. Abogado. Historiador. Nació en Libano, Tolima, en 1927. Doctor en Derecho y Ciencias Políticas de la Universidad Nacional de Colombia. Estudios en Ciencia Política en la George Washington University y en el International Study Center, de Washington. Técnicas de Investigación en Columbia University y en la Universidad de Puerto Rico. Pertenece a la Academia Colombiana de Historia, a la Real Academia de Historia de España, al Instituto de Culturas Diferentes, de Bruselas, al Instituto Panamericano de Geografía e Historia (IPGH), con sede en México, y a otros centros científicos de Colombia y del mundo. Ha asistido a varios congresos internacionales, entre ellos al X Congreso Mundial de Filosofía del Derecho, reunido en México en 1981. Ha sido condecorado varias veces, por sus trabajos científicos y literarios, fuera del país, y entre esas condecoraciones merece citarse la Gran Cruz de la Academia de Artes y Letras de Nueva York. Dirigió la Biblioteca Nacional de Colombia, durante varios años. Actualmente es Profesor Titular de Filosofía del Derecho en la Universidad Nacional de Colombia y miembro del Comité de Investigaciones Científicas de la misma universidad.

La producción bibliográfica de Eduardo Santa es muy extensa. Algunos de sus libros han sido traducidos a otros idiomas, entre ellos el inglés y el francés. Su novela **Sin tierra para morir** fue traducida al serbiocroata por Sulejman Redzepagic y al esloveno por Prevedel Ludvik Burger. Publicada en Yugoslavia por las Editoriales Narodna Kjiga y Persernova Druzba, se constituyó en un verdadero best seller en dicho país. Una de sus obras más difundidas **El pastor y las estrellas**, de la cual se han hecho varias ediciones en español, está siendo traducida al inglés.

EDUARDO SANTA

**¿QUE PASO
EL 9 DE ABRIL?**

**ITINERARIO
DE UNA
REVOLUCION
FRUSTRADA**

TERCER MUNDO

OBRAS

Entre las principales obras de Eduardo Santa, merecen citarse:

Históricas:

1. **Rafael Uribe Uribe; un hombre y una época.** (Biografía).
2. **Arrieros y fundadores; aspectos de la colonización antioqueña** (Ensayo histórico).
3. **Instituciones políticas de Colombia.** (Ensayo histórico-jurídico).

Literarias

1. **La provincia perdida** (Relatos).
2. **El girasol** (Novela).
3. **El mundo mágico del libro** (Ensayos).
4. **El pastor y las estrellas** (Narrativa).
5. **Los espejos del tiempo** (Cuentos).

De próxima aparición

1. **La crisis del humanismo** (Ensayos de crítica social).

Primera edición: marzo de 1982

Derechos reservados

Impreso por
EDICIONES TERCER MUNDO
Apartado Aéreo 4817
Bogotá - Colombia

Impreso y hecho en Colombia
Printed and made in Colombia

947-82/14

Contenido

	Página
Guía para el lector	9
El testimonio	17
Los antecedentes	53
El Caudillo	109
El magnicidio	147
La revuelta	179
Bibliografía	225

GUIA PARA EL LECTOR

Sobre el 9 de abril se han escrito muchos libros, folletos y artículos de prensa. Desafortunadamente, la gran mayoría de ellos han sido elaborados con el único fin de inculpar o de justificar a un grupo político determinado o a algún personaje involucrado en los graves acontecimientos sucedidos en esa fecha de tantas proyecciones en nuestra vida institucional.

Han transcurrido más de treinta años desde el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y los hechos que tal magnicidio desató en toda la república, particularmente en Bogotá, donde la acción de las turbas enardecidas produjo una verdadera catástrofe social de dimensiones incalculables. Tiempo suficiente para ofrecernos una adecuada perspectiva histórica que nos permite liberarnos de los prejuicios propios de quien vivió aquellos días signados por el odio, el sectarismo y la lucha banderiza.

Este libro no tiene otro compromiso diferente al de arrojar luz sobre tales acontecimientos. No me ha interesado, en forma alguna, asumir la acusación o la defensa de nadie. He querido sí, explicar muchos de esos episodios violentos, con la doble perspectiva de quien los vivió muy de cerca y de quien ha profesado por la investigación histórica un culto desvelado, ajeno a todo interés diferente al científico, con la plena independencia que debe caracterizar al analista de nuestro acontecer histórico.

El libro consta de cinco partes que forman un todo orgánico y que, en conjunto, constituyen la descripción e interpretación integral del fenómeno estudiado.

En la primera parte, denominada **El Testimonio**, quise dejar consignada mi experiencia personal sobre los acontecimientos sucedidos aquel día. Me he sentido moralmente obligado a narrar todo lo que vieron mis ojos y lo que se grabó en mi memoria con caracteres indelebles. Para escribir sobre lo que pasó el 9 de abril de 1948, en las calles de Bogotá, no he tenido necesidad de preguntárselo a nadie pues todo ello hace parte de mi experiencia personal y hoy cumplo cabalmente con ese deber que tiene todo testigo presencial. Lo que pasó en el Palacio de los Presidentes o en cualquier otro recinto cerrado, lo he escuchado directamente de muchos de sus protagonistas y lo he confrontado con los relatos que los mismos han hecho en sus escritos, los cuales aparecen relacionados en la bibliografía de este trabajo.

En la segunda parte, denominada **Los Antecedentes**, me propuse hacer un recuento más o menos esquemático de todos aquellos acontecimientos que fueron creando el correspondiente **marco histórico** dentro del cual suceden los hechos narrados y que van a desembocar en el asesinato del Caudillo y en los hechos que tal magnicidio desencadena. He partido, en este estudio, desde la posesión del doctor Alfonso López Pumarejo, por segunda vez, de la Presidencia de la República, el 7 de agosto de 1942, hasta el momento en que suenan los disparos que pusieron término a la vida del doctor Gaitán y que, como se ha dicho tantas veces, partieron en dos la historia colombiana, en lo que va corrido de este siglo. Época turbulenta, como pocas en la vida de nuestra nacionalidad, en la cual se derrumba la hegemonía liberal para dar paso a otra hegemonía. Y, época también de grandes conmociones económicas y sociales, en la cual el Caudillo sacrificado contribuye al despertar de una conciencia popular que tantas veces ha querido ser ignorada o sofocada por el país político que ha venido dominando sin tregua y a su antojo los destinos de nuestra nacionalidad. Para elaborar este es-

quema histórico me propuse hacer un seguimiento, rigurosamente cronológico, de la prensa más importante y representativa de aquella época, especialmente de "El Tiempo", "El Siglo", "El Espectador", "El Liberal", "Jornada", "Cromos", "Semana", etc. El acontecer histórico va quedando registrado en esos medios de comunicación masiva y, para una mayor objetividad, es necesario tomar los órganos más representativos de las diferentes corrientes de opinión pública. Ver el hecho desde diferentes enfoques. La noticia es fuente de inmenso valor histórico, como que tiene la categoría de fuente primaria. Obviamente, también han sido consultados los documentos oficiales del gobierno y de los partidos políticos comprometidos directamente en este fenómeno de la vida nacional.

3- En la tercera parte, denominada **El Caudillo**, me propuse hacer una interpretación sobre la personalidad del grande hombre, cuyo asesinato alevé causó la conmoción social objeto de este estudio. Cualquier análisis sobre el 9 de abril necesariamente tiene que examinar la significación de Jorge Eliécer Gaitán en ese momento histórico. El gran conductor político, el formidable orador y agitador de ideas, el ideólogo y el hombre de firmes disciplinas intelectuales. Para este enfoque sobre el Caudillo, me he valido del seguimiento cuidadoso de todos sus discursos, programas y conferencias, publicados en libros y periódicos, que también aparecen relacionados en la correspondiente bibliografía. Las apreciaciones sobre sus condiciones de orador de plaza pública y de conductor de multitudes fueron escritas con el calor y la emoción de quien lo conoció personalmente y de quien tuvo la oportunidad de escucharlo en múltiples ocasiones.

En la cuarta parte, denominada **El Magnicidio**, me propuse hacer un análisis del asesinato del Caudillo, las circunstancias dentro de las cuales se produjo, la personalidad del asesino y las diversas hipótesis que surgieron sobre una presunta existencia de autores intelectuales. Para este análisis me he valido, principalmente, del conocimiento que tuve directamente de las piezas principales

del proceso; de los análisis hechos por el investigador del asesinato, doctor Ricardo Jordán Jiménez, publicados en su libro **Dos viernes trágicos**; de los relatos hechos en la prensa por cronistas que vivieron muy de cerca los acontecimientos y por los comentarios autorizados de periodistas y escritores, los cuales también aparecen relacionados en la bibliografía de este trabajo.

En la quinta parte, denominada **La Revuelta**, me propuse examinar las características formales de ese pavoroso levantamiento popular que destrozó buena parte del centro de la ciudad de Bogotá y que tuvo tan hondas repercusiones en la provincia colombiana; el papel que jugaron las emisoras; la actuación de los diferentes grupos humanos (los energúmenos, los combatientes, los saqueadores, los incendiarios); el papel desempeñado por la policía y el ejército; para terminar analizando las principales alternativas que nos ofreció el desarrollo de los mismos acontecimientos. También me he referido al testimonio de dos grandes personajes de la política latinoamericana que intervinieron en aquellos días de la agitada vida colombiana: Fidel Castro y Rómulo Betancourt. ¿Cuál fue el papel que desempeñaron estos dos grandes políticos de nuestro continente, aquellos días de nuestra gran catástrofe nacional? ¿Fue en realidad una revolución ese levantamiento popular? ¿Fue apenas un amotinamiento del pueblo, caracterizado por la anarquía? ¿Podríamos seguir sosteniendo que el 9 de abril fue un día en que el pueblo se limitó a emborracharse, a saquear, a incendiar, a asesinar y a robar? ¿Fue eso apenas lo hizo el pueblo, seguidor de las ideas de Gaitán? ¿Qué significación para la historia colombiana tiene aquella fecha? ¿Estuvieron nuestros grandes jefes políticos a la altura de las circunstancias? ¿Hubo alguna traición al pueblo aquel día de infausta recordación? ¿Qué estaba pasando en Palacio en aquellos momentos dramáticos para la vida nacional? ¿Cuál fue la posición de los altos mandos militares frente al mismo acontecimiento? ¿Qué hizo la llamada Junta Revolucionaria? ¿Qué hicieron los grandes jefes de las dos colectividades políticas tradicionales? ¿No hubo otra alternativa distinta

a la de volver a la llamada "Unión Nacional" que terminó rompiéndose estruendosamente un año después? Todos estos interrogantes he tratado de analizarlos en dicho capítulo, con base en los anteriores. Para respaldar mis afirmaciones me he basado en relatos que han hecho los principales actores de aquel drama nacional y que tienen todo el valor de una confesión de parte.

De todo este material probatorio, contenido en los testimonios de personas que vivieron de cerca los acontecimientos, que los investigaron con la debida autoridad de la ley, de las confesiones que nos han dejado muchos de los protagonistas, de los comentaristas más autorizados y de las propias informaciones de la prensa de aquella época, sale una imagen bastante objetiva e imparcial de tan controvertidos hechos de la vida nacional. Los cuales, como ya lo expresé, son hechos que pertenecen al patrimonio de nuestra historia nacional. Y es en este plano que me he permitido presentarlos para el análisis y la discusión de las personas interesadas en que se haga plena luz sobre el particular. Y, sobre todo, para el conocimiento del pueblo colombiano, al cual se le ha venido repitiendo que el 9 de abril fue un día de vergüenza y de oprobio.

De todo ello nos queda un doble saldo de actuaciones caracterizadas por el heroísmo y la cobardía, la lealtad y la traición, la vergüenza y el orgullo, la degradación moral y la altura de propósitos. No todo fue censurable ni todo fue laudable. Pero lo que sí se puso de presente con su propia fuerza de verdad palpable fue esto de que el 9 de abril fue una lección de la historia que no debe volver a repetirse.

En ese doble saldo que va de la grandeza a la villanía, del afán patriótico al odio sectario y envilecedor, cada uno de los grandes actores tiene un sitio que ocupar. Y no soy yo propiamente el que asigne esos sitios que la historia tiene reservados a los mismos. Son los acontecimientos, los hechos narrados por sus testigos, por sus actores, los que señalan esos puestos. Que cada cual tome el suyo, de acuerdo con sus propias acciones. Allí está el testimonio, la confesión, la información de la prensa no desmentida ni contradicha, el documento oficial, respaldando la senten-

cia que la historia proferirá sobre cada uno de los protagonistas.

Este libro lo he escrito con el afán patriótico de recordarle a las gentes de Colombia, en estas horas difíciles, un sabio aforismo: "Los pueblos que desconocen su historia, están condenados a volverla a padecer".

El autor

Bogotá, marzo de 1982





Con machetes y palos se inicia
la revuelta.

EL TESTIMONIO

Cierta atmósfera pesada

Yo tenía veinte años, era casi un adolescente y hacia poco había llegado a Bogotá, procedente del Tolima, con el fin de iniciar mis estudios de Derecho en la Universidad Nacional. Vivía en una modesta pensión, situada en la calle diecisiete, entre carreras octava y novena, es decir, en el puro centro de la ciudad.

Aquel fatídico nueve de abril de 1948 estuve escuchando, hasta las dos de la madrugada, al doctor Jorge Eliécer Gaitán, en su audiencia pública en defensa del teniente Cortés, quien años antes había dado muerte al periodista Galarza Ossa, en la ciudad de Manizales. Elocuente, recursivo, sarcástico, a veces irónico, el doctor Gaitán hizo una brillante defensa del acusado, logrando obtener su absolución. Confirmaba así, el Caudillo del Pueblo, su bien ganado prestigio de ser el primer penalista colombiano de aquellos tiempos. Su carrera en este campo del Derecho había sido una cadena de triunfos, desde la época misma en que culminó sus estudios de especialización en Roma, con tesis laureada y altamente elogiada por su maestro Enrico Ferri. Gaitán estaba en aquel amanecer bastante eufórico, en el pináculo de su gloria, no sólo por sus resonantes triunfos en el foro sino, princi-

palmente, por ser el ídolo del pueblo y candidato único del partido liberal para la Presidencia de la República en el período 1950-1954. Pero no sospechaba siquiera que sólo le quedaban pocas horas de vida.

Aquel viernes, nueve de abril, asistí puntualmente a mis clases en la Facultad, las cuales se prolongaron hasta las doce y media de la tarde. A esa hora abordé, en la Ciudad Universitaria, el viejo y destartado tranvía que me llevaría al centro de la ciudad. Justamente, al llegar a la calle diecisiete con la carrera séptima, me bajé del tranvía para dirigirme a mi pensión a tomar el almuerzo. Eran aproximadamente la una y diez minutos de la tarde.

Al bajarme del destartado vehículo, cuyo ruido sobre los rieles le daba una extraña música de bamboleante monotonía a las calles de la ciudad, pude captar, por esos inconscientes y misteriosos mecanismos del espíritu, cierta pesada atmósfera social y cierto aire de angustia colectiva. Algo muy grave estaba pasando o acababa de pasar. Desde hacía varios días el ambiente político estaba turbio y se presagiaban días difíciles. Las consabidas Casandras parroquiales ya habían tejido toda clase de desastres, en los cafetines y mentideros públicos. Se encontraba reunida en Bogotá la IX Conferencia Panamericana y la agitación política había llegado a su clímax. Gaitán, como Jefe Único del Partido Liberal, había desautorizado la colaboración de este partido en el gabinete de Unión Nacional del presidente conservador Mariano Ospina Pérez. Así, pues, que los ministros liberales habían dimitido. El motivo principal para que el Caudillo tomara esta grave determinación estaba contenido claramente en su acusación de que el gobierno de Ospina Pérez había desatado la violencia y la represión contra el pueblo liberal, para impedir su concurrencia a las urnas en las próximas elecciones presidenciales. Así lo había comunicado ante una manifestación pública de más de cincuenta mil almas que desfiló silenciosamente por la carrera séptima (1). A este factor

1. Ver la "Oración por la paz", discurso pronunciado por Gaitán el 7 de febrero de 1948 en Bogotá.

de la violencia oficial desatada por el gobierno contra un partido que aspiraba a reconquistar el poder, se sumaban otros no menos graves como el alza del costo de la vida y la agitación que venían desarrollando los diferentes grupos de la extrema izquierda, incluyendo el comunismo, de los cuales se dijo que estaban interesados en sabotear la IX Conferencia Panamericana en la que, seguramente, se iban a tomar medidas contra esta última agrupación política. La presencia en Bogotá del general George Marshall, héroe de la Segunda Guerra Mundial, como Jefe de la Delegación de los Estados Unidos a esa conferencia, no dejó de ser un estímulo para que los grupos de izquierda hicieran más virulentos sus ataques al "imperialismo yanqui". El ambiente, pues, estaba caldeado. Pocos días antes, el coche del embajador extraordinario de la hermana república del Ecuador, había sido atacado por las turbas, al confundirlo con el carro del canciller colombiano, el liberal Domingo Esguerra, quien se había negado a dimitir su cargo, contrariando las órdenes del jefe de su partido. Posteriormente, el mismo funcionario fue agredido, al salir de una recepción social, por un grupo de gaminos amaestrados que le arrojaron cantidades de huevos podridos sobre su elegante traje de ceremonia. A todo esto se sumaba el error cometido por el gobierno, de excluir a Gaitán de la nómina de personajes colombianos que integraban la delegación colombiana a la conferencia, lo cual había sido tomado no sólo como una descortesía sino como un agravio. La excusa para ello había sido fútil en extremo, pues se dijo que Gaitán no era experto en Derecho Internacional, siendo que la gran mayoría de los integrantes de esa nómina tampoco lo era. Esa fue la disculpa del canciller Domingo Esguerra, pero todos sabían que los motivos para esta irritante exclusión habían sido otros bien distintos. La agitación política crecía, pues, día a día, y el termómetro fiel de este fenómeno eran los titulares y los comentarios de la prensa. Bogotá, que en aquel entonces no llegaba aún al medio millón de habitantes, vivía, pues, cierto clima de alta tensión, y se palpaban en el ambiente raros presagios de que días muy difíciles estaban próxi-

mos a llegar. Agitadores políticos de varios países, especialmente de Cuba y Venezuela, habían llegado a Bogotá, a la sombra de sus delegaciones. Entre ellos Fidel Castro.

Fueron cuatro disparos

No había caminado yo media cuadra, rumbo a mi pensión, cuando empecé a escuchar la noticia: “¡Atención! ¡Atención! ¡Ultima hora! El doctor Jorge Eliécer Gaitán acaba de ser gravemente herido de tres disparos, por parte de un fanático, al salir de su oficina de abogado, situada en el edificio Agustín Nieto”. La radio tronaba, desde una pequeña tenducha de víveres. Su dueño, emocionado, la había puesto al máximo volumen, a fin de hacer partícipes a los transeúntes, de la fatal noticia. Me quedé perplejo. Vacilé en continuar mi marcha a la pensión y, finalmente, decidí correr al sitio de los acontecimientos, a solo dos cuadras del lugar donde me encontraba en ese instante.

La ciudad, a esa hora, solía estar casi desierta. Era ciertamente la hora del almuerzo, en una urbe relativamente pequeña, que todavía conservaba el sabor de las costumbres de antaño. Los comerciantes generalmente cerraban sus almacenes y tiendas, al igual que las oficinas públicas y privadas, y tanto jefes como dependientes y secretarías, podían darse el lujo de ir a sus casas a almorzar, lejos de sufrir las incomodidades y las afrentas de un tráfico que en ningún momento podíamos considerar congestionado. Las calles de la ciudad quedaban casi solas. Apenas el ruido monótono de los tranvías, deslizándose con suave bamboleo sobre los rieles, haciendo sonar sus discretas campanillas, para anunciar su paso, y la voz del muchacho cobrador, sobre el estribo del vehículo, alargando su mano, de banca en banca, con su habitual estribillo de típico acento bogotano: “¡Aver! ¡Aver! ¡Cinco! ¡Cinco!”. Era el precio del pasaje. Apenas cinco centavos. Lo que valía un periódico, un pocillo de café tinto o una lustrada de zapatos.

En muy pocos minutos estuve en el lugar del atenta-

do contra el líder del pueblo. El viejo reloj de la iglesia de San Francisco marcaba exactamente la una y quince minutos de la tarde. El vil atentado había sido consumado a la una y cinco, cuando el doctor Gaitán salía de su oficina, acompañado por sus amigos Plinio Mendoza Neira, Alejandro Vallejo, Jorge Padilla y Pedro Eliseo Cruz (2). El asesino le había estado esperando desde horas antes, en la puerta de salida del edificio. Esperó que Gaitán saliera para dispararle por la espalda. Fueron cuatro disparos, de los cuales tres hicieron impacto en el cuerpo del Caudillo, que se desplomó sobre el pavimento. Quedó a escasos tres metros de la puerta de salida, tronchado, boca arriba, mortalmente herido y en estado de inconsciencia. Fue conducido inmediatamente, en un taxi, a la Clínica Central, la cual quedaba a cuatro cuadras del lugar del atentado.

Linchan al asesino

En esos diez minutos transcurridos entre los cuatro disparos y mi llegada al sitio de los acontecimientos, habían sucedido muchas cosas, con una velocidad desconcertante. El asesino, Juan Roa Sierra, había sido capturado por un cabo de la policía, quien lo había puesto a salvo de la furia de la turba que inmediatamente se congregó, introduciéndolo en la "Droguería Granada", contigua a la puerta de entrada al edificio Agustín Nieto. Para que esa protección fuera eficaz, los empleados de dicha droguería habían cerrado la reja metálica. Pero el pueblo, preso de la ira, se había lanzado sobre ella y con toda la fuerza de sus manos había tratado de romperla. La reja había cedido y los empleados del establecimiento, atemorizados, previendo graves destrozos y quizás represalias, habían resuelto abrirla, permitiendo la entrada de la turba enardecida. El primero en agredirlo había sido un lustrabotas que descargó violentamente su caja sobre la cabeza del

2. El reloj de pulso de Jorge Eliécer Gaitán quedó marcando exactamente la hora del atentado, pues se detuvo con el golpe que sufrió al desplomarse su dueño. (Conversaciones del autor con Gloria Gaitán, la hija del Caudillo).

criminal, logrando derribarlo. Ya, en el suelo, los golpes se multiplicaron. Sobre su cuerpo llovieron puñetazos, puntapiés, varillazos e, inclusive, navajazos. El empleado de la droguería, señor Elías Quesada, aterrizado con lo que estaba pasando en su establecimiento, lo tomó de los pies —según su propia confesión— y arrastrándolo casi exánime lo sacó de la droguería. Ya en la calle, aquel guiño humano quedó en manos de la turba que resolvió llevarlo en rastras hasta el propio Palacio Presidencial.

Al llegar, yo al lugar donde Gaitán acababa de ser mortalmente herido, el cadáver de Roa Sierra iba en rastras por toda la séptima, entre los gritos enardecidos y las imprecaciones de la multitud que seguía golpeándolo sin tregua. Como en una especie de milagro, la gente había brotado de todas partes. De las cafeterías, que eran muchas en aquel sitio, de los restaurantes, de las pequeñas tiendas que no habían cerrado, de la calle misma, habían corrido al sitio del atentado, al oír los cuatro disparos fatales y luego al escuchar los radios puestos a todo volumen transmitiendo la noticia. Fue en cuestión de diez o quince minutos que se formó esa manifestación espontánea, que luego fue creciendo para moverse como la cola de un dragón herido de muerte, sacudiéndose violentamente de un lado para otro en medio de los estertores de dolor y de los aullidos que salían de lo más profundo de sus propias entrañas. Toda esa turba agresiva y violenta sintió en su propio corazón el derrumbamiento no sólo de un gran caudillo sino el propio derrumbamiento de sus esperanzas y de sus anhelos. La multitud sintió como una orfandad sin límites y vio delante de sí el abismo que se abría para sepultar sus propios sueños.

Todo iba a cambiar

La zona donde esto está ocurriendo era exactamente el epicentro de aquel viejo Bogotá de entonces. Además de los lujosos almacenes de artículos para hombre, había una gran cantidad de cafeterías, donde se tejía y destejía el presente y el futuro del país y del mundo, en torno a las tazas del mejor café aromático o de la rubia cerveza o del

sifón espumeante. El Café Molino, el Café Colombia, el Gato Negro, el Windsor, el París, el Astor, el Panamericano... en fin, no había menos de diez cafeterías, que albergaban a esas horas a gentes de toda clase y condición. La carrera séptima de aquel entonces, angosta, congestionada, era una sucesión de casas antiguas de dos pisos, con techos de teja de barro y con sus balcones y ventanales de madera asomados hacia la calle, con la misma curiosidad de sus habitantes. Eran y habían sido durante toda su existencia una tribuna hacia la historia. Habían visto pasar, por esa calle angosta, antes empedrada, al propio Bolívar, al trote, en su caballo, rumbo a la plaza desmantelada que hoy lleva su nombre. Y habían visto pasar, también, a Santander, grave y altivo, con su habitual abrigo grueso de color verde botella y su bastón de mando. Por allí habían desfilado todos los héroes y los antihéroes. Los últimos virreyes en sus sillas de manos, en sus literas decoradas, y los fusileros que derramaron sangre de patriotas y el propio Pacificador Morillo con su guerrera llena de condecoraciones y alamares, y los primeros presidentes en sus carruajes tirados por blancos caballos, en fin, toda la historia del país, durante los dos últimos siglos. Y desde esos mismos balcones y ventanales de madera, las mujeres estaban observando ahora, con espanto y angustia, el paso de la turba enfurecida llevando en rastras el cadáver tumefacto y destrozado de un hombre: Juan Roa Sierra. Siempre había sido denominada simplemente como la Calle Real de Bogotá. Ahora, esa calle tan estrecha, estaba pavimentada, y sobre ella corrían las berlinas y los tranvías. Pero era la misma. Y las casas de dos pisos también eran las mismas de la época de la Independencia. Pero no tardarían en caer consumidas por el fuego. Porque todo iba a cambiar. Y aquel Bogotá colonial iría a ser destruido en pocas horas.

Hacia el palacio

Arrastrado por el dolor y la inconformidad, ante el atentado al gran Caudillo popular, me sumé a la manifes-

tación que iba creciendo, a medida que avanzaba hacia el Palacio. El ruido de la multitud también crecía y los gritos y las imprecaciones se hacían cada vez más violentos y amenazantes. Desde el primer momento, el pueblo responsabilizó al gobierno por el asesinato del doctor Gaitán y los gritos eran lanzados en ese sentido. Se pedía venganza no sólo contra el Presidente y sus ministros, sino contra el partido conservador, principalmente contra su jefe más destacado, el doctor Laureano Gómez. Aquello era un desbordamiento de pasiones colectivas. Uno de esos instantes de la historia en que las multitudes se enloquecen, pierden completamente sus controles emocionales e intelectuales y se convierten en una fuerza ciega que, como las llamas estimuladas por el viento, arrasan y consumen todo lo que encuentran a su paso. El ruido de la multitud, en esas horas, tiene algo especial, algún secreto componente psicológico, y es como un rumor tétrico, algo que se incuba en el alma atormentada de las gentes, con todo el odio, el rencor, el resentimiento, y sale al aire con una fuerza descomunal, produciendo en los espíritus una especie de pánico, porque ese ruido característico, como el que antecede a los terremotos, ese ruido subterráneo, que a veces sólo captan las bestias, es el presagio de los grandes cataclismos sociales.

La turba avanza enfurecida, empujándose ella misma con rabia. Pero es una misma: compacta, casi pétrea, llevando la expresión de su protesta: el cadáver del asesino. Quiere dejarlo, despedazado, en las puertas que simbolizan el poder. En el Palacio de los Presidentes. Ninguno de los manifestantes tiene un arma distinta a su propia indignación que se traduce en gritos violentos y en puños levantados. Al paso de la multitud, los tranvías se detienen. No pueden hacer otra cosa. Quedan bloqueados. Los conductores mismos, al saber la noticia, gritada en todos los tonos por la multitud, se bajan de sus estridentes vehículos para sumarse a la protesta, dejándolos abandonados en la vía. Ha muerto su líder. El Caudillo del Pueblo. Ha muerto su redentor. Se han derrumbado sus esperanzas de redención social.

Ha empezado a caer una lluvia menuda e implacable sobre la ciudad. La multitud se mueve bajo sus gotas livianas que vienen a reemplazar las lágrimas que no han podido salir, contenidas por la ira. Está empapada, jadeante, pero nadie hace un ademán siquiera para protegerse de ella. Desde el amanecer mismo el cielo estaba gris y los cerros de Monserrate y Guadalupe circundados por esa niebla densa, propia de los días invernales. Lo que hacía que los presagios de la gran tragedia tuvieran un marco más sombrío y más lúgubre. El comercio de la carrera séptima, arteria principal de la ciudad, ha empezado a cerrar sus puertas, previendo futuros desmanes. Inclusive los cafés, que siempre permanecen abiertos a esa hora, llenos de gentes que toman su café tinto de sobremesa y escuchan en las radiolas y traganiqueles los boleros y los porros de moda.

Ha llegado ya la multitud a la Plaza de Bolívar y sigue desfilando por su costado oriental, frente a la iglesia catedral y luego llega al Capitolio, donde funciona la IX Conferencia Panamericana. Donde están —según muchos— los representantes del imperialismo y de las oligarquías que Gaitán vapuló en sus discursos. Pero la plaza tampoco está vacía, como suele estarlo casi siempre, a esa hora. Por el contrario, hay allí otra multitud que se mueve por su propio impulso. En las gradas del Capitolio Nacional hay un orador joven que vocifera con los puños en alto, al lado de una bandera roja. Quizás sea un universitario, a juzgar por su edad y por su vestimenta. Pero la multitud no tiene oídos para escuchar ni manos para aplaudir a nadie. No necesita estímulos retóricos. Apenas escucha la voz de su conciencia atormentada, que se le revuelve, allá en el pecho, como si fuera una tempestad de emociones caóticas que rompieran todo su equilibrio emocional y su capacidad razonadora. Ahora esa multitud quiere actuar y actúa. Entra como un toro enfurecido a los salones del Capitolio y rompe todo lo que encuentra a su paso. Máquinas de escribir, escritorios, sillas, paragüeros, sofás, ceniceros, papeleras, archivadores, todo es arrojado por las ventanas del segundo piso hacia la calle o echado a rodar por

las escalinatas de piedra. El Capitolio es, en ese instante, otro símbolo: el del imperialismo. Los delegados extranjeros, hombres y mujeres, que todavía a esas horas están redactando informes y ponencias, o almorzando en las cafeterías del amplio edificio, huyen despavoridos y, finalmente, van a refugiarse en los cuarteles del Batallón Guardia Presidencial.

En las puertas del palacio

Entre tanto, las primeras avanzadas que vienen desde el sitio donde Gaitán ha caído asesinado, han llegado a las puertas del Palacio Presidencial. Allí dejan, frente a la puerta principal, sobre la misma carrera séptima, el cadáver desnudo y tumefacto de Juan Roa Sierra. A su paso, los primeros integrantes de la multitud no han encontrado ninguna resistencia. La ciudad sólo tiene ese día un contingente aproximado de ochocientos soldados, pero el Palacio apenas está defendido por cerca de sesenta hombres. El resto se encuentra en los diferentes cuarteles de la ciudad, incluyendo el Ministerio de Guerra que funciona en las inmediaciones de San Diego. La policía, más numerosa en esos instantes, es toda de filiación liberal y, como además simpatiza con el Caudillo del Pueblo, se ha insurreccionado, en su gran mayoría, al conocerse la muerte del gran jefe. El presidente Ospina no se encuentra en Palacio. Ha ido, desde las primeras horas de la mañana, a inaugurar la Feria Internacional Agropecuaria, cerca del sitio donde hoy es el Parque de la Florida. Pero en los instantes en que la turba está llegando con el cadáver de Roa Sierra, llega veloz en su automóvil oficial, en sentido contrario a la manifestación. Un taxi rojo trata de interceptar la llegada del presidente y se le abalanza, pero quizás la presencia de la tropa que sale a proteger el vehículo le hace frenar en seco y desaparecer en segundos. El chofer del carro del presidente, que hábilmente ha esquivado la embestida del taxi, logra entrar el vehículo al Palacio, en un solo tiempo, operación que ordinariamente acostumbra hacer en dos. Los soldados de la guardia pre-

sidencial velozmente logran cerrar las grandes y pesadas puertas por donde ha entrado el vehículo, justamente en momentos en que la turba llega con el cadáver del asesino en rastras. Los primeros manifestantes se lanzan sobre las puertas y tratan de forzarlas, utilizando una gruesa y resistente viga, obtenida en una construcción cercana, a manera de palanca. La puerta empieza a ceder... Un policía dispara hacia los ventanales de Palacio, desde el andén del frente. Es el primer disparo de la revolución. En ese instante hace su aparición el teniente Silvio Carvajal, con una compañía de soldados. Quiere despejar el frente del Palacio, donde los amotinados siguen forzando las puertas y arrojando piedra sobre los ventanales que caen destrozados con el estrépito consiguiente. La tropa hace replegar a los primeros manifestantes, hacia el norte, por la misma carrera séptima. Hay protestas e invitaciones a los soldados para que se sumen a la causa del pueblo, pero éstos siguen avanzando, replegando a los amotinados. Avanzan lentamente, pero en disposición de hacer fuego, hasta el Capitolio Nacional, carrera séptima entre calles novena y décima, exactamente hasta el sitio donde años antes había caído asesinado otro líder del pueblo: el general Rafael Uribe Uribe. Allí es donde está la placa de mármol que nos recuerda este otro magnicidio. Y allí es donde, también, hay una verdadera barricada de muebles destrozados que los invasores del Capitolio han arrojado a la calle, minutos antes, en señal de protesta. Desde este sitio el teniente Carvajal ordena a sus soldados disparar sobre el grueso de la multitud, que ya ha llegado también a ese lugar (3). Treinta, cuarenta cuerpos se desgajan de entre la multitud y caen abatidos por el fuego sobre el pavimento húmedo. Hombres, mujeres y niños de clase humilde que quedaron con su último grito de protesta estrangulado en la garganta, entre charcos de sangre que la lluvia va disolviendo lentamente. La multitud se repliega hacia el norte, para evitar el impacto de las balas que siguen disparando los hombres de la tropa. La carrera sépti-

3. Arturo Abella. *Así fue el 9 de abril*, pág. 31.

ma aparece entonces, a nuestros propios ojos, en toda la dimensión de su tragedia: zapatos de hombre y de mujer abandonados, un pañolón negro, varios sombreros, una gabardina, que han perdido sus dueños en aquel torbellino sorpresivo de violencia, donde la muerte ha jugado sus dados misteriosos al azar. Y entre estas prendas que han caído sobre el pavimento húmedo, los cadáveres destrozados de las primeras víctimas del pueblo y los gritos de dolor que salen de los pechos heridos taladrando el aire con ese sonido hondo, profundo y trágico de los grandes momentos.

La multitud se ha replegado hacia el norte, buscando protección en la Plaza de Bolívar donde otros miles de gentes se preparaban para sumarse a las primeras avanzadas sobre el Palacio. Otros no pudimos cruzar la calle, por donde siguen pasando, con su silbido trágico, las balas disparadas sin cesar por la tropa. Avanzamos a la carrera, casi en tropel, rozando los muros del costado oriental de la plaza, los muros de la Capilla del Sagrario y de la catedral misma. Sentimos a nuestro lado ese silbar trágico de las balas rompiendo el aire en su veloz carrera de muerte. La catedral ha sido cerrada, en previsión de los desmanes. No será pues nuestro asilo. Continuamos avanzando hasta la calle doce, donde ya no hay peligro inminente. Toda la zona aledaña al Palacio ya está controlada por la tropa. Pero la multitud que ha huido espantada, dejando sus primeras víctimas tiradas al pie del Capitolio, volverá armada muy pronto. Volverá al ataque un cuarto de hora después, con las armas que la policía le ha entregado.

En la Clínica Central

Cuando yo llegué a la calle doce, entre carreras cuarta y quinta, una gran multitud la invadía por completo. Miles de personas están frente a la Clínica Central, donde el líder del pueblo agoniza hace una hora, atendido por su amigo el médico Pedro Eliseo Cruz y por otros distinguidos facultativos. Pero no hay nada que hacer. Inclusive, la transfusión de sangre que inicialmente se pensó ponerle, ha sido desechada. El caudillo está prácticamente muerto,

desde el momento mismo del atentado. Todas las heridas son mortales. Inconsciente, con la mirada perdida en el vacío y aquel rictus entre solemne y trágico dibujado en la boca, como un sello definitivo que le ha puesto la muerte para silenciarlo irrevocablemente hasta la eternidad. Esa gente que está allí aglomerada, con angustia e impaciencia, espera la noticia definitiva. Ella se presiente en la atmósfera. En los instantes en que yo llego frente a la Clínica abriéndome paso con dificultad, el doctor Darío Echandía anuncia la muerte del gran caudillo y, en un breve discurso que la multitud no atiende, pide cordura en esos momentos de suprema gravedad para la vida de la república. Pero, en contraste con las palabras de Echandía, empiezan a llegar a ese sitio personas armadas con fusiles, revólveres y machetes. Corre el rumor de que una cuadra más arriba, en la Estación de Policía situada en la calle doce con carrera tercera, están distribuyendo armas al pueblo. Sube la multitud, casi en carrera, a recibir las armas anheladas. Y luego, junto con la policía de aquella estación, toma la carrera cuarta hacia el sur y baja por la calle novena, para hacer frente, de nuevo, a las tropas que protegen el Palacio. Nuevas víctimas caen abatidas sobre el pavimento, en estertores de agonía, para mezclar su sangre con el agua de la lluvia que no ha cesado de caer.

Hacia la Radio Nacional

Al escuchar la noticia de la muerte de Gaitán, dada oficialmente desde los balcones de la Clínica Central, mi compañero universitario sugirió en voz alta: "Vamos a tomarnos la Radio Nacional". Como no se nos ocultaba la importancia de tener en nuestras manos un órgano de comunicación masiva tan importante para la revolución que acababa de estallar, inmediatamente pusimos en ejecución ese propósito que considerábamos clave en el desarrollo de los acontecimientos. Nos dirigimos entonces a las instalaciones de dicha emisora, las cuales quedaban en la calle veinticinco con carrera catorce, en una modesta casa de dos pisos construida en ladrillo. Cuando bajábamos por la calle doce, para tomar de nuevo la carrera sép-

tima, escuchábamos las fuertes y consecutivas detonaciones del combate que se libraba entre el pueblo y el ejército, a inmediaciones del Palacio. Y luego, ya en la séptima, vimos los tranvías volcados, consumiéndose entre las llamas, en la Plaza de Bolívar y a lo largo de la carrera séptima. Avanzamos, entonces, hacia el norte, hacia San Francisco, con el fin de alcanzar la Avenida Jiménez, donde pensábamos que podíamos abordar algún vehículo que nos condujera a nuestra meta.

Al llegar a la Avenida Jiménez de Quesada pudimos observar que el edificio de la Gobernación de Cundinamarca empezaba a arder, envuelto en un torbellino de llamas y de humo. Al frente, varios tranvías y automóviles también ardían, entre una gran cantidad de muebles rotos y legajos de papeles que los amotinados habían arrojado desde las ventanas, minutos antes. Bajamos por la avenida rápidamente, entre las vociferaciones, los fusiles y los machetes que la multitud blandía desafiante. Se seguían escuchando, intermitentes, los disparos del combate que se libraba en las inmediaciones del Palacio. Casi todas las emisoras de Bogotá habían caído en poder de la revuelta, desde las dos de la tarde, y tronaban con sus discursos incendiarios y sus consignas de violencia. Pedían al pueblo que asaltara las ferreterías para sacar de ellas escopetas, municiones, machetes, dinamita, pólvora y cuchillos. También pedían que todos se armaran de "cocteles Molotov", cuya manera de fabricación transmitían a cada instante: bastaba una botella llena de gasolina, una mecha adherida a un corcho que le sirviera de tapa y un fósforo para encenderla, y luego... arrojarla contra los edificios que, en verdad, empezaron a arder por todo el centro de la ciudad. Para entusiasmar al pueblo y darle la sensación a todo el país de que la revolución estaba triunfante, no vacilaron en afirmar que el ejército se había sumado al movimiento y que los cuerpos de los más destacados jefes del gobierno y del partido conservador, Laureano Gómez, José Antonio Montalvo, Guillermo León Valencia y Joaquín Estrada Monsalve, colgaban ya de los postes de la Plaza de Bolívar.

Era difícil, por no decir que imposible, conseguir que un carro público nos llevara a nuestra meta. Resolvimos, pues, bajar a pie, en dirección contraria a aquella masa humana que, desafiante, seguía fluyendo de todas partes, en dirección a la carrera séptima. Hombres y mujeres de todas las edades, obreros, estudiantes, secretarias, lustradoras, verduleras, artesanos, choferes, empleados, vociferando, armados con fusiles, escopetas, machetes, garrotes, picas, gritando, llorando, imprecando, agitando banderas, como si de repente la ciudad se hubiera enloquecido y aquella locura fuera una mezcla muy extraña de los más encontrados sentimientos: odio, terror, alegría, resentimiento, angustia, optimismo. En muchos, el dolor inicial se había trocado en júbilo, en un extraño frenesí, pues se pensaba que aquello era el comienzo de una revolución triunfante que acabaría con el sistema de injusticia y de explotación imperante. Y, sobre todo, que permitiría hacer justicia castigando severamente a los asesinos del caudillo asesinado. Era como esa alegría artificial que se produce en un país cuando se declara la guerra y todos están llenos de un patriótico optimismo. Desde todos los barrios periféricos venían al centro taxis y camiones cargados de gentes de baja condición, vociferando y agitando banderas rojas, y recorrían las calles centrales de la ciudad dando consignas, en verdaderos paroxismos colectivos, como si se hubiera iniciado un extraño carnaval de la muerte, el exterminio y la venganza.

La rapiña por el micrófono

Al fin pudimos llegar a la carrera trece, entre ese maremagnum y ese caos tempestuoso de pasiones desbordadas. Los taxis seguían pasando veloces llenos de gentes con banderas rojas, al igual que los camiones y las volquetas. Y, al llegar a las inmediaciones de la iglesia de la Capuchina, carrera trece con calle quince, tropezamos con una numerosa turba de exaltados que prendían fuego a las instalaciones de "El Siglo", el más importante diario conservador del país y cuyo propietario era el doctor Laureana-

no Gómez. La operación se hizo una vez que muchos de los exaltados penetraron al edificio y arrojaron por puertas y ventanas del segundo piso todas las máquinas de escribir y los demás implementos del importante diario. Rociado con gasolina en sus paredes bastó un solo fósforo para que la casona empezara a arder. En minutos se levantó allí una columna de humo y luego las llamas se fueron elevando sobre los techos para hacerle compañía a los grandes resplandores que ya se podían observar en varios puntos de la ciudad y que amenazaban convertirla en cenizas.

No nos detuvimos mucho tiempo observando el incendio de "El Siglo". Teníamos un objetivo muy concreto para alcanzar en corto tiempo y por lo consiguiente no podíamos demorarnos allí. Nuestra fogosa juventud, nuestra sed de justicia social, nuestro idealismo sin límites, nuestra irrevocable admiración por el caudillo asesinado y nuestra fidelidad a sus banderas de restauración moral, nos empujaban sin vacilaciones hacia lo que creíamos que era el principio de una gran revolución social que haría de Colombia un país ejemplar con el implantamiento de una auténtica democracia popular.

Al llegar a la Radio Nacional, la encontramos colmada de gentes, especialmente de intelectuales y de universitarios. Todos querían arengar al pueblo, enviar mensajes a sus provincias, dar consignas que, en verdad, resultaban contradictorias e inconvenientes. Los más exaltados invitaban, al igual que el noticiero "Últimas Noticias", al asalto a las ferreterías para que el pueblo se armara con las armas que pudieran encontrarse en dichos establecimientos. Todos hablaban de una revolución, pero todos la concebían en distinta forma. Otros hablaban simplemente de vengar la muerte del caudillo. Y todos se arrebataban el micrófono, en una especie de pugilato por la publicidad. Cada quien quería aparecer ante la opinión pública como el héroe del día. Así, aquello revestía las características de una tragicomedia. Sin embargo, hubo tiempo para que los más resueltos dijéramos la arenga o el discurso que teníamos entre pecho y espalda. Esto era una verdadera catarsis. Era indispensable dar rienda suelta a nuestra in-

dignación, descargarnos emocionalmente. Quizás todos hayan sentido lo que yo sentí después de haber hecho uso de los micrófonos: la sensación del deber cumplido. Mi alocución fue breve, como todas. Estaba motivada por el más acendrado idealismo, y recuerdo muy bien que la finalicé haciendo un llamamiento a la unión del pueblo en torno a las banderas del caudillo sacrificado. Todo lo que allí se dijo fue grabado y esas grabaciones fueron prueba suficiente para llamarnos, meses más tarde, a responder por nuestras propias palabras. Había en mi discurso una gran dosis de rebeldía, pero de ninguna manera el más leve brote de sectarismo. Recordaba siempre la afirmación hecha por Gaitán de que el hambre y la miseria no tienen color político. Sus ideas ciertamente me habían seducido, desde aquella tarde ya muy lejana en que tuve la oportunidad de saludarlo en la tribuna pública de mi pueblo natal. Entonces apenas era un estudiante de bachillerato. Desde ese momento empecé a admirar a este hombre moreno que tenía el don extraordinario de electrizar las multitudes. Y fue esa admiración la que seguramente me movió aquel día, contaminado por el mismo entusiasmo y por la misma fe de muchos que creyeron que sobre la tumba del Caudillo se iniciaba un camino de redención para Colombia.

En San Victorino

Cumplido nuestro objetivo de arengar al pueblo, resolvimos regresar al centro de la ciudad. Queríamos ser actores de este tremendo drama que estaba sacudiendo al país en tal forma que partiría en dos su propia historia. Queríamos verlo todo, estar en todas partes, palparlo todo, con aquella curiosidad propia del adolescente que llega a una gran ciudad y al cual la vida le depara la oportunidad de ser testigo de grandes e inolvidables acontecimientos. Volvimos a tomar la carrera trece y, caminando hacia el sur, de regreso, nos dirigimos a la plazuela de San Victorino, atraídos por las densas columnas de humo y por las llamas que empezaban a elevarse, en medio de esa llu-

via menuda pero persistente que le dio tintes más sombríos a la tremenda jornada y que puso en la atmósfera cierto olor peculiar a ceniza mojada.

Al llegar a la plazuela de San Victorino, quizás el sector más popular del centro, en aquel entonces, pudimos presenciar los primeros asaltos del pueblo a las ferreterías, siguiendo al pie de la letra las instrucciones de los locutores de la radio. Todavía llegaba a nuestros oídos, desde un segundo piso, la arenga de un energúmeno que a través de una emisora gritaba: “¡Armense con lo que puedan! ¡La revolución apenas ha empezado! ¡Tenemos que aniquilar a la oligarquía que ordenó el asesinato de Gaitán! ¡Hay que derrocar el gobierno reaccionario de Ospina Pérez! ¡Pueblo: a asaltar rápidamente las ferreterías que allí están las escopetas, las municiones, los machetes y los cuchillos, con los cuales libraremos la batalla definitiva!”. Lo recuerdo muy bien: era el locutor del programa “Últimas Noticias”, órgano oficial del gaitanismo, el cual se transmitía todos los días a la una de la tarde. Sólo que aquel día el noticiero continuó indefinidamente, como vocero oficial de la revuelta. Era la misma voz inconfundible que había hecho célebre aquel estribillo transmitido cada tres minutos, entre noticia y noticia: “Cutilina no mancha, cutilina no huele, cutilina la rasquiña elimina”. Ahora esa misma voz estaba incitando abiertamente al saqueo. Y sucedió que al asalto a las ferreterías siguió el asalto y saqueo a las joyerías y a los almacenes.

Allí, en San Victorino, vimos cómo la turba atacaba brutalmente a golpes de machete a un comerciante que trataba de defender sus pertenencias, dejándolo sin vida al pie de la puerta de su propio almacén de víveres y rancho. Y luego vimos cómo otro grupo de revoltosos lanzaba “cocteles Molotov” sobre las paredes de varios edificios y casas que empezaron a arder, ante los gritos aterrados de sus ocupantes que se lanzaban por puertas y ventanas ante el temor de ser atrapados por las llamas. Aquello empezaba a rodar por los atajos de la anarquía. La gente se movía de un lado a otro, sin un derrotero ni una meta definidos. Ante el rechazo sistemático a las avanzadas popula-

res sobre Palacio, la energía revolucionaria se dispersó por toda la ciudad, volcándose irreflexivamente contra edificios públicos, conventos y almacenes, que representaban respectivamente los símbolos del poder: el Gobierno, la Iglesia y la Oligarquía. Además, se había cometido un grave error, dentro de este cuadro de equivocaciones y desconciertos: se había dado libertad a miles de presos, entre ellos criminales y hampones de todos los pelambres, que salieron sin Dios ni ley a quemar los expedientes del Palacio de Justicia y a ejercer su propia retaliación contra todo lo que representara el establecimiento que los había atrapado para encerrarlos en las cárceles. Sin embargo, mientras estos individuos se dedicaban al robo, al saqueo, al pillaje, a la embriaguez, había otros que estaban entregando sus vidas en la lucha contra el ejército: los **francotiradores** que, con valor desconcertante, en días y noches de hambre y sed, dispararon hasta el último cartucho, hasta agotar sus municiones y sus energías para ser aniquilados en sus propios refugios. Y aquellos otros que, también, desde la calle, con armas de inferior calidad y sin ninguna preparación, movidos más bien por el dolor de ver sacrificado a su Caudillo, atacaron a las tropas que sistemáticamente defendieron el Palacio de los Presidentes.

Cuando regresamos a la carrera séptima, en pleno centro de la ciudad, como a eso de las cuatro de la tarde, el saqueo a los almacenes estaba en todo su furor. El licor sacado de los almacenes de rancho estaba haciendo estragos entre las turbas que, desmoralizadas, se habían dedicado a beber sin tasa ni medida. Los ochocientos soldados con que contaba Bogotá habían sido distribuidos en sitios estratégicos, principalmente en la custodia de los bancos, de los telégrafos y teléfonos y de algunas emisoras que el gobierno ya estaba controlando. Pero estas tropas se limitaban a la custodia pacífica de estos establecimientos, sin asumir en ningún caso actitudes beligerantes ni tomar medidas frente a los violentos y saqueadores. Permanecían impasibles frente a los gritos, las amenazas, las violaciones a la propiedad, lo cual hizo pensar a todos que ellas

En relación con este incidente circuló, días más tarde, la especie de que efectivamente los tanques sí marchaban con el propósito de atacar el Palacio, lo cual obviamente hubiera sido decisivo para la revolución. Efectivamente, el capitán Serpa era un oficial de reconocida filiación liberal y comandaba dichos tanques, pues tenía el control del primero de ellos. Una bala se interpuso en su camino, justamente al llegar dichos tanques al Palacio. ¿De dónde provino, en realidad, ese proyectil que puso fin a la vida del capitán Serpa? ¿Fue disparado por los francotiradores? ¿Fue disparado por alguno de sus compañeros, dentro del tanque mismo? Este es uno de esos misterios de la historia, que quizás no se lleguen a aclarar nunca. Quizás uno de esos "imponderables del destino" que repentina y sorpresivamente cambian el curso de la historia misma.

Los resplandores de la noche

Al caer la noche, las llamas de los incendios se elevaban impetuosas hacia el cielo. Sus rojizos resplandores iluminaban las calles y entre el humo denso y las llamas mismas se iban elevando al cielo las tejas de zinc desprendidas de algunas viejas construcciones, a la vez que de cuando en cuando se escuchaba la explosión de alguna droguería, con sus destellos de todos los colores que uno pueda imaginar. Todo el centro de Bogotá estaba ardiendo, desde la calle once hasta la calle dieciocho. San Victorino elevaba también su tributo de llamas y de humo. Pero, sobre todo, esas siete cuadras de la carrera séptima, angostas, congestionadas, que eran el eje social, político y económico de la vieja Santa Fe de Bogotá. Las calles estrechas, con sus viejas casonas de dos pisos y techos de teja de barro y de balcones y ventanales de madera. La vía colmada de cafés, donde políticos, universitarios y comerciantes dialogaban sobre todos los tópicos, al calor de una taza de café tinto o de unas cuantas cervezas, mientras las radiolas y los traganiqueles hacían girar sin descanso los boleros románticos de María Luisa Landín, Pedro Vargas,

Agustín Lara, Leo Marini, Elvira Ríos, Toña la Negra, Hugo Romani y Daniel Santos.

Esa carrera séptima de antaño, con su Teatro Real y su Teatro Nuevo, con sus antiguos almacenes Ley, su Hotel Regina, su Café París, estaba completamente destruida. Esa vía tan angosta, donde la gente caminaba apresurada haciéndole el quite a los tranvías estridentes, que se cruzaban a pocos centímetros de distancia, haciendo sonar sus discretas campanillas. Sólo que ahora esos tranvías estaban volcados sobre sus propios rieles, destruidos para siempre, convertidos en esqueletos humeantes de madera y de hierro. Y que los almacenes todos tenían sus puertas destrozadas, abiertas de par en par, completamente desocupados porque la voracidad de la rapiña había llegado hasta ellos. Apenas si podían verse retazos inservibles, objetos destrozados que habían perdido por completo su valor, vidrios rotos, libros de contabilidad, confundidos entre el barro, como testigos silenciosos de lo que había sido el saqueo violento de las turbas embriagadas. Los cuerpos desnudos y patéticos de los maniqués, tirados sobre los andenes, mutilados, sin brazos o sin piernas, sombreros nuevos que murieron sin ser estrenados, pisoteados y arrastrados por el suelo, pedazos de corbatas, botellas vacías, cajas de sardinas que ya habían saciado el hambre de los saqueadores, roperos desastillados, a veces el cadáver de un hombre o de alguna mujer, también pisoteado, o quizás el cuerpo de un borracho sumido en su delirio alcohólico... Y, todavía, caminando presurosas por las calles, sombras de hombres y mujeres que llevaban a la espalda el producto de la rapiña, grandes atados, talegos, cajones, ringleras de sombreros o de paños sobre el hombro, o portando en sus manos lámparas, radios, abrigos, finas pieles de mink, canastadas de licores y de víveres, en fin, todo lo que el lector pueda imaginar. Hasta neveras y radiolas, transportadas en zorras y pequeños vehículos de tracción humana o animal. Y no era raro, tampoco, ver destapar en plena calle botellas de champaña o de whisky con el filo de un machete. La luz eléctrica no funcionaba aquella noche lluviosa, pero no

hacía falta porque el resplandor de los incendios le daba a la ciudad en ruinas aquella trágica lividez de un crepúsculo sombrío.

Así, pues, la Calle Real, aquella por donde habían pasado Bolívar y Santander, al trote de sus caballos vencedores, bajo las miradas de las bellas mujeres que deshojaban flores y sonrisas, desde aquellos balcones románticos, estaba ahora destruida, cubierta de desperdicios y de cadáveres que flotaban entre el barro que la lluvia y los despojos habían formado en curiosa promiscuidad. El centro de la ciudad ardía bajo el resplandor de una noche sin estrellas. La lluvia seguía cayendo sobre el pavimento, formando charcas brillantes donde el resplandor de las llamas se confundía con los relentes de la sangre. Y un viento helado agitaba los rostros espantados de la multitud que todavía deambulaba por las calles, de un lado a otro, sin sentido, sin derrotero alguno, presintiendo ya la gran derrota que nadie se atrevía a confesar. Sintiendo la vergüenza de una ciudad humillada y maltratada por la anarquía. Y, sobre todo, sintiendo en el alma el dolor profundo por la muerte violenta del más grande caudillo popular de nuestra historia.

En la Plaza de Santamaría

Sin embargo, en medio de esa zozobra y de esa agitación, quedaba aún una llamita de esperanza. En la Plaza de Toros de Santamaría, desde las primeras horas de la tarde, se había constituido una Junta Revolucionaria, integrada por algunos amigos de Gaitán, profesores universitarios e intelectuales, encabezada por Adán Arriaga Andrade, Gerardo Molina y Jorge Zalamea. Habían logrado concentrar en aquel tradicional circo de toros, a varios centenares de hombres armados, incluyendo a los policías de la Quinta División, y la radio anunciaba persistentemente que pronto marcharían rumbo al Palacio a librar la batalla definitiva. Habían estado combatiendo, amurallados en el propio circo y desde sus elevaciones, contra las tropas que defendían el Ministerio de Guerra, situado en

las inmediaciones de San Diego, a pocas cuadras del cuartel general de los amotinados, y donde se encontraba asilado Laureano Gómez, jefe del partido conservador y ahora Ministro de Relaciones Exteriores y Presidente de la Conferencia Panamericana.

De otra parte, y sin ninguna coordinación con la Junta Revolucionaria, integrada por gentes de extrema izquierda, algunos de los más connotados jefes del partido liberal habían logrado llegar al Palacio Presidencial, a eso de las ocho de la noche, a parlamentar con el presidente Ospina Pérez. La intención de estos jefes era plantearle en toda su dimensión la gravedad del momento y pedirle su retiro del mando como solución adecuada para lograr el restablecimiento de la normalidad. Esta comisión estaba constituida por Darío Echandía, Carlos Lleras Restrepo, Alfonso Araújo, Plino Mendoza Neira y Luis Cano. Había sido muy difícil para ellos llegar hasta allí, pues habían tenido que moverse prácticamente entre dos fuegos: el de los francotiradores de la revolución y los ejércitos del gobierno. Tirándose al suelo, arrastrándose a trechos, poniendo cada momento su vida en peligro, en medio de las balas de uno y otro sector, por fin habían logrado llegar al Palacio, con las ropas embarradas.

Entre tanto, mientras los jefes del liberalismo exigían al presidente Ospina la renuncia, para terminar pactando la colaboración del partido y el restablecimiento de la política de Unión Nacional, los **francotiradores** desde los zarzos, azoteas y torres de las iglesias vecinas, continuaban disparando sobre las instalaciones del Palacio. Un nido de **francotiradores**, ubicado en la torre de la iglesia de Santa Bárbara, a pocas cuadras de la sede del Gobierno Nacional, había sido ya abatido por el ejército a golpes de cañón. Sus integrantes habían volado por los aires, con fusiles y torre, en medio del estruendo que conmovió a la ciudad. Y también, mientras el diálogo secreto continuaba en Palacio, el doctor Adán Arriaga Andrade se comunicaba reiteradamente con los jefes liberales para preguntarles cómo iban las conversaciones con el Presidente, porque él y sus gentes estaban resueltos a marchar sobre el Palacio,

en caso necesario. La respuesta fue siempre la misma: "Espere usted, que estamos parlamentando". Hasta que, al día siguiente, hacia las once de la mañana, la respuesta fue otra: "Doctor Arriaga, el doctor Echandía acaba de ser nombrado Ministro de Gobierno. En el nuevo gabinete ministerial, la mitad de los ministros son liberales. Ya no hay nada que hacer. Deponga usted las armas y diga a toda la gente que lo acompaña que se marche para sus casas". Sobra decir que los amotinados de la Plaza de Santamaría no se rindieron sino días después, cuando los aviones de la Fuerza Aérea prendieron motores, dispuestos a bombardearlos y cuando los cañones del Ministerio de Guerra estuvieron frente a los muros de dicho establecimiento. Los francotiradores no se rindieron jamás. Siguieron disparando día y noche, hasta que agotaron sus pertrechos y sus vidas.

La tempestad del amanecer

Pero sigamos nuestro relato de lo que aconteció aquel 9 de abril por la noche. A eso de las nueve, el aguacero arreció y terminó en verdadera tempestad. Quizás esto haya salvado a Bogotá de la destrucción completa. El ruido del agua golpeando sobre los techos y los cristales de las ventanas no logró apagar el sonido de las descargas de los fusiles de los francotiradores ni de los soldados que defendían el Palacio y sus inmediaciones. Ni las vociferaciones de los borrachos que todavía deambulaban por las calles haciendo sonar sus machetes al golpear con ellos los muros de las casas o el pavimento de las calles. Los gritos salían de sus gargantas con toda la fuerza y el impulso que comunican el odio y el resentimiento a las modulaciones de la voz. Eran imprecaciones tremendas que hacían vibrar el aire congelado de la noche y estremecer el alma de quienes las escuchaban. Bajo la lluvia torrencial los criminales escapados de las cárceles, las nocheras y prostitutas sin hogar, los bebedores embrutecidos por el alcohol, los incendiarios y saqueadores, los francotiradores apostados en las esquinas, los soldados que acababan de llegar de la

provincia, proyectaban sus sombras siniestras y se movían como espectros entre el retumbar de los fusiles y de las ametralladoras.

Cuando se desató aquel torrencial, las calles fueron quedando definitivamente en poder de estas gentes. Entonces regresé a mi pensión después de haber pasado muchas horas bajo esa llovizna persistente, con el traje completamente empapado por el agua y un frío descomunal que me calaba hasta los huesos. Acababa de vivir una de las experiencias más extraordinarias de mi vida. Por mi mente pasaban en desorden esos cientos de escenas de horror que se habían sucedido con velocidad vertiginosa en menos de diez horas. Pero aquí no terminaba todo. Apenas era un pequeño paréntesis de lo que viviríamos en los días y en los años siguientes. El viernes 9 de abril acababa de partir en dos la historia del país. Lo que vendría después, en los años inmediatamente posteriores, sería una pesadilla sangrienta impulsada por el odio y el sectarismo.

En verdad, en mi modesta pensión, situada en pleno centro de los acontecimientos, nadie pudo dormir aquella noche. Sobre los corredores, los patios y las paredes, se proyectaban los resplandores móviles y cambiantes de los incendios que consumían por momentos muchas de las edificaciones vecinas. A cada rato nos asomábamos a los balcones de la calle para ver mejor las llamas que sobresalían sobre los tejados, en todas direcciones de la ciudad, y para contemplar el cielo iluminado y colmado a la vez de negros nubarrones. De pronto, una bala rompió los vidrios de uno de los ventanales del comedor, en la parte interior, y pasó silbando por los corredores hasta incrustarse en una de las paredes de la casa. Seguramente procedía del nido de francotiradores instalado en el edificio en construcción de la Caja Agraria, situado a dos cuadras de allí. O quizás de alguna azotea aledaña. Se escuchaban detonaciones de toda clase de armas: fusiles, revólveres, escopetas y sobre todo... el martilleo incesante de las ametralladoras oficiales.

Esa circunstancia de la bala que sorprendentemente pe-

netró a nuestra pensión, nos aconsejó recluirnos en nuestras alcobas y seguir reposando sobre los colchones tendidos en el suelo. Así tratamos de dormir durante varios días, pues aunque el gobierno logró controlar la situación desde aquel amanecer lluvioso, los francotiradores no dieron tregua alguna disparando, especialmente por las noches, desde los zarzos, las azoteas, las ruinas y los edificios que entonces se estaban construyendo. A su vez, el ejército rondaba minuciosamente por todas partes y disparaba sin contemplaciones a todo lo que se moviera por las calles. Pero, a pesar de todo, fueron días inolvidables, especialmente por los lazos de amistad y de compañerismo que se tejieron durante estos días de encierro obligatorio. Era esta, ciertamente, una extraña pensión, en la que habitaban los seres más disimiles y extraños. Gentes a las cuales quiero rendirles un tributo emocionado en mi recuerdo. Con ellas conviví y compartí experiencias en estos días tremendos en que el orden institucional del país quedó sumido en el caos y la anarquía. Allí vivían el escritor Rafael Gómez Picón, el autor de "Magdalena, río de Colombia" y "Orinoco, río de la Libertad"; el conocido comentarista deportivo y locutor de la radio, Carlos Arturo Rueda; el célebre pintor de desnudos José Rodríguez Acevedo y su bella modelo y compañera; el destacado caricaturista y dibujante Hernán Merino, estrella del diario "El Espectador"; el poeta Rafael Posada Franco, director de una revista literaria llamada "Horizontes"; el animador y locutor de radio, humorista famoso por aquellos tiempos, conocido con el apelativo de "Barrilito"; el campeón de aerodelismo Montero; un viejo y conocido dentista bogotano de apellido Silva; algunas secretarias de oficina, tres viejas solteras amigas del chisme y del juego de póker, mi hermano Octavio y yo. Inolvidable fue aquel ambiente de comentarios, de chascarrillos, de cábalas, de predicciones, de juego, durante los días siguientes al 9 de abril, en los que tuvimos que permanecer encerrados día y noche, pues sólo se nos permitía salir durante una hora a comprar cigarrillos o escasas vituallas en algún contraportón. Días de toque de queda inflexible que aumentó el nú-

mero de muertos. Días en que había que salir y caminar todo el tiempo con los brazos en alto. Días de terror, viendo pasar a cada instante los camiones del ejército atestados de soldados que habían llegado de todos los sitios de la república y que custodiaban la ciudad con exceso de celo, listos siempre a disparar a quienes se dejaran sorprender por el toque de queda en plena calle. Y días también en los que la única comida en el día solía ser un plato de agusal con sabor a carne podrida.

La ciudad en ruinas

Aquel amanecer del sábado diez de abril fue opaco y nublado. La lluvia había cesado por completo. Se respiraba por todas partes un fuerte olor a ceniza, a rescoldo mojado, a pólvora, a tragedia en el fango. Los incendios continuaban todavía. De los escombros de muchos edificios se levantaba un humo denso. La impresión que presentaba Bogotá era la de una ciudad bombardeada, destruida, como aquellas que habíamos visto en la prensa durante la Segunda Guerra Mundial, que acababa de pasar, o en los noticieros del cine. Toda la noche, hasta el amanecer, había estado lloviendo sobre los miles de cadáveres abandonados en las calles. Y bajo esa lluvia se fueron desplomando las casas de los balcones y los camerinos y los ventanales de madera.

La gente se levantó más temprano que nunca a contemplar la ciudad en ruinas. Querían todos inspeccionar el campo de batalla, como los grandes generales después de una derrota. Querían hacer el inventario del desastre. Ya no se vociferaba por las calles y en el ánimo de todos soplaban un hálito de abatimiento y de desolación. Y sobre todo se sentía, en esa mañana húmeda, el peso de una tremenda ausencia: la del Gran Caudillo asesinado.

¿Era curiosidad, era sorpresa, era ansiedad, era expectativa, lo que sentían los habitantes de la ciudad, cuando recorrían las calles fangosas, cubiertas de ceniza y de escombros? Difícil recordarlo, después de tantos años de la trágica fecha. Sólo recuerdo que las gentes permane-

cían silenciosas, frente a las ruinas, como quien permanece frente al cadáver de un amigo. Parecía increíble que una ciudad congestionada y bulliciosa hubiera quedado reducida a eso. Los incendios la habían devastado. Muchos edificios humeaban todavía, y bajo las paredes derruidas, los techos desplomados y las vigas tronchadas, todavía se veían las pequeñas lenguas de fuego lamiendo los últimos rescoldos. San Victorino todavía estaba ardiendo, pues fue la zona más afectada en el desastre. La lluvia torrencial de la noche anterior no había logrado sofocar por completo la fuerza del fuego implacable, iniciado con aquellas "bombas Molotov" que vimos arrojar sobre las paredes de los edificios la tarde anterior.

Eran muchas las construcciones derruidas: el Palacio de Justicia, el Ministerio de Gobierno, el Ministerio de Educación, la Gobernación de Cundinamarca, el Hotel Regina, la Nunciatura Apostólica, el Palacio Arzobispal, el periódico "El Siglo", el Hospicio, el Colegio de la Salle y gran cantidad de almacenes, oficinas, hoteles, cafeterías y casas de habitación. Y, sobre todo, lo que más dolor me causó fue ver el Palacio de San Carlos, donde funcionaba la Cancillería, convertido en escombros. Era la casa de Bolívar, la del atentado del veinticinco de septiembre, donde prácticamente había nacido la república, y cada una de sus estancias conservaba recuerdos imborrables de nuestro gran Libertador. Allí todavía vivía el fantasma de la bella Manuelita y cada asiento, cada cuadro, cada espejo, cada viga, era un trozo de nuestra propia historia nacional.

La sombra del caudillo

Después de contemplar las ruinas, quedaba en el espíritu una ingrata sensación de derrota humillante, de frustración sin límites. Pero todos sabíamos que aquello no era otra cosa que el producto de la anarquía. Y sabíamos también que los grandes jefes habían sido inferiores a las circunstancias, al momento histórico que les había tocado vivir. Y eso hacía más notable la ausencia del único

que hubiera podido encauzar ese turbión de pasiones desencadenadas, ese huracán incontenible de inconformidad popular y de resentimientos represados. Pero justamente ese gran caudillo estaba muerto, aunque insepulto. Su muerte violenta había desencadenado esa explosión, porque el pueblo lo amaba y sintió de repente una orfandad, un abandono y, quizás, una especie de muerte civil que le tronchaba definitivamente sus esperanzas de redención social. Por eso, en todos los labios se oyó murmurar, frente a las ruinas: *lástima de Gaitán*. Esta frase, tan corta, lo resumía todo. Parecía un epitafio.

Cuando escuchaba de labios del pueblo esas frases de dolor y de frustración, al mismo tiempo; cuando aquellas gentes lamentaban la ausencia definitiva del Caudillo, tenía la sensación de que sobre esas ruinas, al igual que en el recuerdo de todos, se levantaba, como un espectro que se negaba a desaparecer, su figura morena, como si estuviera en la tribuna pública, alzando su brazo, con el puño cerrado, lanzando con toda la fuerza de sus pulmones aquellos gritos de combate, con los que siempre finalizaba sus discursos: "¡Pueblo: contra las oligarquías explotadoras, a la carga! ¡Pueblo: por la restauración moral y democrática de la república, a la carga!".

No en otra forma se puede presentar en la memoria la figura del gran líder sacrificado. Y creo que esta misma imagen es la que conservamos todos los que lo conocimos o lo vimos. Porque Gaitán era un verdadero espectáculo de elocuencia tribunicia y no ha habido, antes ni después de él, orador popular más extraordinario y con mayor poder sobre las masas. Cada vez que este hombre gritaba con aquella poderosa y bien timbrada voz, capaz de dar los tonos más agudos y más graves de la escala vocal, aquella consigna de "¡a la carga!", que salía de lo más hondo de su ser, de las propias raíces de su raza, corría por el aire algo así como una descarga emocional que erizaba la piel y sacudía los nervios, y todos en coro —los veinte o treinta mil manifestantes que le escuchaban en silencio— repetían al unisono, como si fueran a entrar en un combate de verdad: "¡a la carga! ¡a la carga!". Era

como un rumor de multitudes desafiantes, algo como un tropel de caballos golpeando la tierra, como una tempestad de sonidos, como un huracán que pasaba raudo sobre mil lenguas de fuego, recogiendo a su paso todo el dolor, la angustia y los padecimientos de un pueblo que se había encontrado, de pronto, en la esencia misma de estos gritos de combate, que eran su propio grito y su propio alarido admonitorio. Y ese rumor iba creciendo por el aire, llevando esas consignas hasta la propia historia.

En el Cementerio Central

El paso obligado en este itinerario del diez de abril, era visitar el Cementerio Central. Allí estaban los muertos de la trágica jornada. Hacia las once de la mañana nos dirigimos, pues, a ver las otras ruinas: las de los hombres y mujeres que se desplomaron, como los edificios, bajo las balas homicidas. Allí estaban, tendidos en fila india, sobre las largas galerías, al pie de las bóvedas. Con los cuerpos destrozados, las manos crispadas, con el último gesto de terror o de odio, un hilo de sangre reseca prendido de la boca, el pecho reventado, los intestinos afuera, con los ojos saltados o salidos de sus órbitas. Eran los muertos del pueblo. Aquellos hombres y mujeres humildes que cayeron al pie del Capitolio, sin otra arma que su grito de inconformidad y sus lágrimas resacas. O aquellos que fueron sorprendidos, al cruzar una calle, con las manos en alto, pidiéndole a la vida unos minutos más para llegar al portón cerrado de sus casas. O aquellos otros que se dirigían, desprevenidos, a contar a su esposa y a sus hijas las escenas de horror que habían visto. Llevaban todos en la boca la palabra tronchada, como una bella flor tirada sobre el fango. Gente del pueblo, sencilla y buena, que había visto en Jorge Eliécer Gaitán al propio personero de sus destinos. Entregaron su vida generosa y limpia, en un acto de sincera protesta. Tal vez quisieron viajar con su jefe, el mismo día, por los misteriosos caminos de la eternidad. Quisieron escoltarlo en ese tránsito supremo.

Todos habíamos ido al cementerio aquella mañana

húmeda, con el secreto temor de encontrar, de pronto, en esas dantescas filas de cadáveres destrozados, algún amigo o quizás algún familiar. Escenas verdaderamente conmovedoras se vieron esa mañana inolvidable. “¡Es él! ¡Mi Jaimito! ¡Oh, Dios, mi Jaimito!”, gritó una pobre mujer al ver el cadáver rígido de su pequeño hijo, entre esa impresionante hilera. Y se arrojó sobre su cuerpo helado, para besarlo y abrazarlo por última vez, antes de que esa esperanza de la vida, tronchada en mala hora, fuera arrojada junto con sus compañeros de infortunio, a la fosa común. No podré olvidarlo nunca: tenía a lo sumo doce años, vestía un humilde pantalón corto de paño azul y un suéter verde, raído en varias partes. Y en la mitad del pecho, la única flor digna de su propia inocencia: una rosa de sangre, inmensa, brotándole por entre sus ropas desgarradas. La bala de fusil le había entrado por la espalda. Todavía tenía sus manitas crispadas, como si con ellas hubiera querido agarrarse a la vida, que se le iba intempestivamente, en el momento de recibir por la espalda el golpe del plomo asesino que lo lanzó de bruces hacia la eternidad. ¡Cuántos sollozos, cuántas lágrimas, cuántos suspiros, cuántas exclamaciones de angustia y de dolor! Mi alma, que fue testigo de todo aquello, se estremece todavía al evocar esos recuerdos imborrables. Cierro los ojos y recuerdo: cuánto terror en aquellos rostros lívidos, mojados todavía por la lluvia, llenos de barro y sangre sus vestidos, como guñapos arrastrados por el destino en una ciénaga de infamia. Habían sido recogidos en las calles, a la hora del amanecer, entre los resplandores de las llamas siniestras y el golpeteo de los fusiles y las ametralladoras. Allí, entre todos ellos, también estaba el cadáver del asesino de Gaitán. Era casi una masa sanguinolenta de carne macerada. Completamente desnudo, con los ojos fuera de sus órbitas, amoratado y reventados su cara y su pecho, como si lo hubieran golpeado con cadenas. Tal era la impresión que daba. Pero era fácil reconocerlo: el único cadáver que no presentaba heridas con armas de fuego.

Los muertos del pueblo no fueron saqueadores, como se ha dicho tantas veces. Los saqueadores no le pusieron el

pecho a las balas. Precavidos, cautos y codiciosos, éstos sabían bien a lo que iban: a medrar en la tragedia. Los saqueos se realizaron en las zonas fuera del peligro de las balas. Los muertos del pueblo murieron luchando en las inmediaciones del Palacio o fueron sorprendidos al cruzar una calle por las balas de los soldados o de los francotiradores.

El final de la jornada

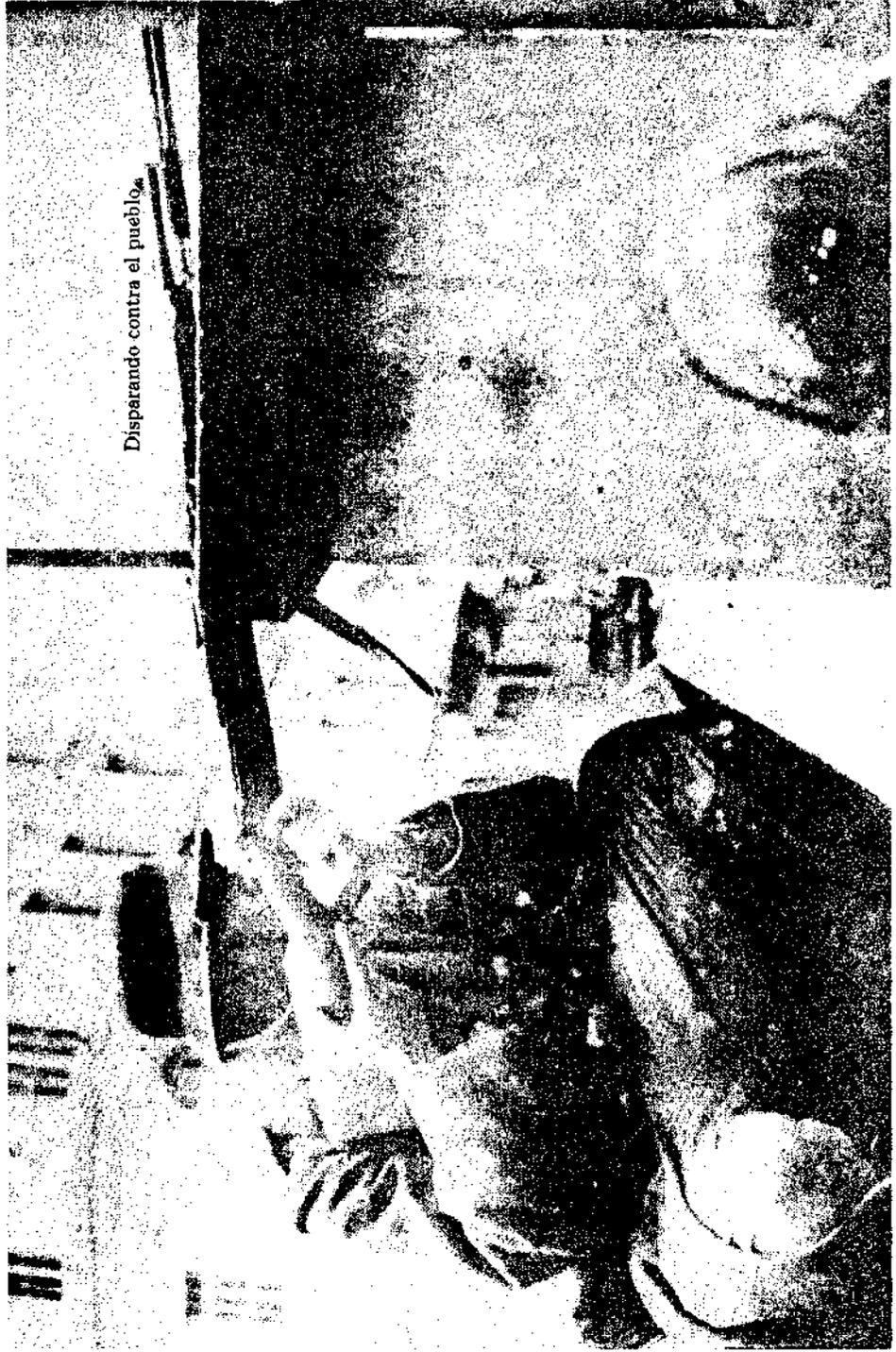
Al salir de nuevo a la calle, volvimos a escuchar la radio, puesta a todo volumen en alguna tienda del camino: “¡Atención! ¡Atención! La Comisión Liberal que desde anoche ha venido parlamentando con el señor Presidente de la República, prestó amplio respaldo al gobierno. El señor presidente Ospina Pérez ha constituido su nuevo gabinete ministerial, restableciendo su política de Unión Nacional. El doctor Darío Echandía acaba de posesionarse como nuevo Ministro de Gobierno. El orden ha sido restablecido en todo el país y el ejército controla totalmente la situación. Desde hace una hora rige en Bogotá el toque de queda”. En efecto, la comisión de jefes liberales que había ido a Palacio a pedirle al presidente Ospina Pérez su retiro del mando, terminó por aceptar la mitad de los ministerios de su gabinete.

A medida que avanzaba hacia mi pensión, deslizándome furtivamente por las calles, pude ver cómo la ciudad, en tan pocas horas, se había llenado de ejército. Tropas de varias regiones del país habían empezado a llegar desde las primeras horas de la madrugada, a respaldar al gobierno. La ciudad estaba completamente militarizada. Decenas de camiones militares pasaban velozmente por las calles llenas de ruinas humeantes. Los soldados, con sus característicos cascos de guerra de estilo alemán y sus gruesos abrigos de paño verde, iban en aquellos camiones, con sus fusiles y sus ametralladoras, listos a disparar a todo aquel que sorprendieran en las calles... Era la ley marcial. Era el toque de queda. Con ellos se aumentó el número de las víctimas. La guadaña implacable de la muerte seguía en su plena cosecha.

Al llegar a la pensión, después de una verdadera odisea, escondiéndome en los contraportones, en los vanos de las puertas, saltando de aquí para allá, asomándome sigilosamente al filo de las esquinas, volví a escuchar las noticias de la Radio Nacional: "En el país reina completamente la calma. El doctor Darío Echandía acaba de firmar un decreto nombrando nuevo Director de la Policía Nacional, con amplias facultades para reorganizar este cuerpo armado". Entre tanto, seguíamos escuchando el ruido de los fusiles de los francotiradores, que nunca se rindieron. También quisieron ser la escolta del gran jefe en su viaje hacia la eternidad.

El cadáver del doctor Jorge Eliécer Gaitán había sido conducido desde la Clínica Central a la residencia de su familia, a eso de las siete de la mañana. Sólo lo habían acompañado tres personas: su esposa Amparo, su hija Gloria y su último médico, el doctor Pedro Eliseo Cruz. Pensando en esto y en lo que hacía poco había visto en el Cementerio Central, recordé aquellos versos de Becquer: "Dios mío, qué solos se quedan los muertos".

Disparando contra el pueblo.





Las víctimas desarmadas

LOS ANTECEDENTES

El significado de una fecha

Hay fechas en la historia de todos los pueblos que son como hitos que sirven para las grandes demarcaciones cronológicas y puntos de referencia inevitables en el análisis del discurrir humano. Quedaron allí, levantadas con todo su inmenso significado, terminando o iniciando una nueva época. Sus proyecciones sobre el futuro son inmensas y, cualquiera que sea el esquema que tengamos sobre la interpretación misma de la historia, no podemos pasarlas por alto. Tal acontece con el 9 de abril de 1948, en Colombia.

Ya se ha convertido casi que en un lugar común la afirmación de que esta fecha partió en dos la historia colombiana, por lo menos en lo que va corrido de este siglo. Ese día fue asesinado el más grande líder popular y conductor de masas que haya producido nuestro país, circunstancia que produjo la reacción violenta que destruyó buena parte de la ciudad de Bogotá. Pero no sería grande únicamente por esto, por la inmensa carga afectiva y por el dolor que nos produjo su deceso. No; la fecha es clave y reviste una importancia fundamental por tres cosas: la primera, por todos los antecedentes económicos, políticos y sociales que la hicieron posible en toda su magnitud ge-

neradora de nuevas situaciones; la segunda, por lo que ese día pasó; la tercera, por sus grandes proyecciones sobre los desarrollos futuros de nuestra nacionalidad.

Pero hay algo más: por las condiciones especiales de estar reunida en Bogotá la IX Conferencia Panamericana, con la presencia de grandes personalidades del hemisferio, entre los cuales hay que destacar al general George Marshall, los ojos del mundo estaban en ese momento puestos en nuestra capital colombiana. La guerra fría entre Oriente y Occidente había empezado. Para nadie era un misterio que de dicha reunión iba a salir un documento contra el comunismo internacional. Y el 9 de abril fue también un episodio de esa lucha que empezó a envolver al mundo entero. Por eso lo que sucedió en Bogotá en esa fecha tuvo resonancia en todos los confines de la tierra. La noticia, con todos sus detalles, recorrió el mundo, con su hálito estremecedor. Y en todos los periódicos y emisoras del universo se habló del "bogotazo". Fuimos, por unos instantes, la noticia mundial del momento, el epicentro de la inquietud universal. Por eso la fecha del 9 de abril quedó ahí, levantada en la historia como una fecha clave.

Ciertamente, ningún grande o pequeño acontecimiento de la historia se nos puede presentar aislado, como una especie de insula, sino que, por el contrario, los hechos históricos son necesariamente el resultado de otros que vienen atrás y que constituyen su propia explicación y, además, hay que entenderlos dentro de un contexto de relaciones y de interacciones, hay que articularlos debidamente dentro de los procesos mismos del desarrollo social y, finalmente considerarlos, a su vez, como generadores de nuevos hechos y nuevas circunstancias. Porque, efectivamente, los hechos históricos son efectos y causas a la vez, dentro de esa secuencia interminable que forma la unidad indivisible de la historia humana.

Sobre el 9 de abril de 1948 se han escrito varios libros y centenares de artículos de diversa naturaleza, lo que de por sí está confirmando la importancia que se le ha dado a la fecha. Desafortunadamente la mayor parte de dichos trabajos ha sido escrita con el propósito de exculpar o de

acusar a alguno de los partidos políticos que, en una u otra forma, tuvieron que ver con los acontecimientos desarrollados durante ese día y los siguientes o para vapular o exaltar a alguno de los personajes relacionados con dicho acontecer. Es la historia convertida en garrote vindicativo de unos contra otros, instrumento de pasiones políticas o de compromisos ideológicos o, simplemente, en discutible "tribunal" donde se ventilan las grandes causas del pasado, como en cualquier foro en el que es lícito aportar solamente las pruebas que favorecen nuestra posición, ocultando o ignorando aquellas circunstancias o aquellos hechos que puedan dañar nuestros puntos de vista, nuestros compromisos o nuestros intereses. Así, la historia pierde su misión trascendente que no es otra que ayudarnos a entender nuestro presente para poder proyectar mejor nuestro futuro.

Pero lo más lamentable en muchos de esos historiadores o cronistas es que no han visto en el 9 de abril sino la manifestación salvaje de un pueblo de "inferiores condiciones humanas" que se dedicó a toda clase de excesos y depredaciones. No han logrado ver, pues, sino el pillaje, la rapiña, los impulsos incendiarios y homicidas, todo esto como expresión del odio, del resentimiento y de la perversidad misma de unas hordas vandálicas que vieron, en esa fecha, la oportunidad de saciar los peores instintos y los más execrables apetitos. No sólo esto: para muchos, el 9 de abril fue algo tan funesto que no quisieran que se les nombrara esta fecha.

Evidentemente, el 9 de abril fue el punto culminante de una grave crisis. Pero toda crisis no es sólo la manifestación de algo negativo, sino que en cada una de ellas hay factores positivos. De otra parte, el 9 de abril, como cualquier fecha de hondo significado histórico, no fue obra del azar, ni lo que se produjo ese día fue el producto del momento. La generación espontánea no se produce en ninguna actividad de la naturaleza y, menos, en la historia del hombre. El 9 de abril tiene sus profundas raíces en el pasado. Muchos acontecimientos se van sucediendo, hasta producir esa tremenda explosión de inconformidad, apro-

vechando una coyuntura histórica capaz de desencadenar una serie de fuerzas anímicas, sociológicas y políticas que, al no ser canalizadas, lógicamente tuvieron que desembocar en la anarquía.

La verdad es que el país venía viviendo, de años atrás, una época de zozobra, de grandes tensiones sociales, de mucha agitación y, obviamente, de desajustes estructurales. Recorriendo, aguas arriba, el caudal de nuestra historia, para rastrear esas fuentes más próximas, encontramos que, posiblemente, el proceso de descomposición se impulsa con la elección del doctor Alfonso López Pumarejo, en 1942, para la Presidencia de la República, por segunda vez, en medio de una agitación política inusitada. El enfrentamiento entre nuestros dos partidos tradicionales — liberal y conservador — adquiere dramáticas características de pugnacidad. Alfonso López Pumarejo, candidato del sector más beligerante del partido liberal, resulta elegido, contra la candidatura del doctor Carlos Arango Vélez, sostenida por una coalición de liberales moderados y de conservadores beligerantes. Por lo que se dijo y se escribió en aquella época, la segunda elección de López resulta manchada por un escandaloso fraude que oportunamente fue denunciado por los principales medios de comunicación masiva. De ahí en adelante, los derrotados en las urnas no descansarán en su oposición violenta, hasta producir el retiro de López de la presidencia. Atentados, bombas, conatos de golpes de Estado, violencia física y verbal, todo ello viene a ser parte de un plan sistemático de oposición sin tregua. Y a ello se suman la inmoralidad y la concupiscencia de un régimen que día a día cae en el desprestigio. En tal forma se desarrollará este proceso histórico, que su culminación no solamente será la caída del presidente López Pumarejo sino la caída misma de la llamada hegemonía liberal, en 1946.

Este hecho, es decir, el tránsito de la hegemonía liberal a la hegemonía conservadora y la consiguiente violencia que acarrea, va a ser el telón de fondo de la gran tragedia que hará su crisis el 9 de abril. Vamos a ver, pues, como antecedentes, el proceso de la caída del partido libe-

ral y el proceso mediante el cual un partido minoritario —el conservador— trata de consolidar su triunfo, desatando la violencia oficial, denunciada por el propio Jorge Eliécer Gaitán, días antes de su asesinato. De tal manera que no es verdad que la violencia se haya desatado el 9 de abril, como reiteradamente han afirmado algunos cronistas, interesados más en defender intereses políticos que la verdad misma del acontecer histórico.

Los antecedentes, pues, de esta fecha crucial, los agruparemos, siguiendo un riguroso orden cronológico, en dos series, a saber: 1) La caída de la hegemonía liberal y 2) la consolidación de la hegemonía conservadora. Para este aspecto de los antecedentes, hemos consultado cuidadosamente la prensa importante del país, particularmente aquella representativa de los principales grupos políticos y sectores de opinión, especialmente las colecciones de "El Tiempo", "El Siglo", "El Espectador", "El Liberal", "Jornada", "Semana", "Cromos", etc. Allí no sólo hemos encontrado el clima político en los titulares, en las manchettes, sino también en los editoriales, en las principales columnas, en las caricaturas, como en el texto de los documentos básicos de los gobiernos, de los partidos y de las personas que fueron actoras de esta etapa convulsiva de nuestra historia nacional. Veamos, pues, cómo se van desarrollando los acontecimientos.

La caída del liberalismo

1. El 7 de agosto de 1942 Alfonso López Pumarejo se posesiona por segunda vez de la Presidencia de la República.
2. En noviembre del mismo año, la oposición se desata violentamente contra su gobierno, especialmente en el sector del conservatismo, pues en el Congreso se debate la Reforma al Concordato con la Santa Sede, circunstancia ésta que le permite a Laureano Gómez, como jefe del partido conservador, vapular al libera-

lismo por considerar que la reforma es lesiva a la moral tradicional del país, a las buenas costumbres y a los principios éticos y religiosos del pueblo colombiano. El país se ve envuelto en este escándalo. Las sesiones tormentosas en el Parlamento son radiodifundidas y la prensa truena, día a día, a tal punto que Gómez, enfrentado aun a la propia Iglesia, prácticamente produce un "sismo religioso", llegando a lanzar ataques al Nuncio Apostólico.

3. A comienzos de 1943, cuando aún no ha cumplido un año la administración López, se manifiesta un grave malestar en algunos sectores del ejército, estimulados por la oposición del conservatismo. Son apresados varios militares, entre ellos el general Eduardo Bonitto, a quien se le imputa el hecho de haber incitado a la rebelión a algunos compañeros de armas. Lo asiste en su indagatoria, el doctor Carlos Arango Vélez que, como vimos, fue el candidato presidencial derrotado.
4. El 14 de julio de 1943 es asesinado, a golpes de puñal, en un parque de Bogotá, el boxeador negro Francisco Pérez, más conocido con el apodo de "Mamatoco". Este individuo dirigía un periodiquito denominado "La Voz del Pueblo", en donde denunciaba anomalías del gobierno y, particularmente, malos manejos en la importación de armas para la Policía Nacional y en los sistemas de ascenso en dicha institución. El crimen, desde el principio, aparece como un crimen oficial. El teniente Santiago Silva Silva y los agentes Oliverio Ayala y Rubén Bohorquez, son identificados plenamente como los autores materiales de este horrendo crimen.
5. El 19 de agosto de 1943, los tres agentes detenidos denuncian como autor intelectual del asesinato de "Mamatoco" al Comandante de la Policía Nacional, Carlos Hernández Soler, quien fue dado de baja y conducido a prisión.
6. La prensa conservadora y los más altos dirigentes de este partido, en medio del caldeado ambiente de controversia que se vive, llegan a señalar al presidente

López y a su Ministro de Gobierno, Darío Echandía, como autores intelectuales del crimen (1).

7. En el desarrollo de la investigación penal que se adelanta por este crimen oficial, se descubre que el día del asesinato de "Mamatoco" se efectuaron varias reuniones en las oficinas de la Policía Nacional y a las cuales asistieron Juan Uribe Durán, Secretario General de la Presidencia de la República; José María

1. El diario "El Siglo", todos los días, durante los primeros meses de haber sido asesinado el boxeador, publica, en primera página, grandes titulares como estos: "El agente Bohorquez acusa a Hernández Soler y al alto gobierno" (22 de agosto, págs. 1, 3 y 5); "El ministro Echandía eludió debate sobre Mamatoco e intentó elogio de Barrios" (agosto 25, pág. 1); "Echandía declaró en el caso de Mamatoco" (septiembre 7); "López rindió su declaración en el caso del púgil Mamatoco" (septiembre 8); "El gobierno salvará a los autores intelectuales del horrible asesinato" (septiembre 10); "Usando el nombre del presidente se ordenó el asesinato de Mamatoco" (septiembre 12); "Orden del presidente, fue la consigna que se dio para asesinar a Mamatoco" (septiembre 16); "La sangre de Mamatoco es diluvio en que se ahoga este régimen de exterminio" (septiembre 16); "El asesinato de Mamatoco fue un crimen de Estado", afirma Luis Ignacio Andrade (septiembre 21); "Nosotros creemos que el gobierno dió la orden del asesinato", declara Juan Pérez (septiembre 22); "No desampararé a Barrios y a Uribe, afirma López, sería una monstruosa injusticia que yo los entregara" (septiembre 23); "El ministro Echandía será sometido a un careo con el jefe del detectivismo"; "Dispuse el crimen por orden de mis superiores", dice Hernández Soler, las armas están en Palacio" (octubre 20); "Otro ministro del despacho está complicado en el caso Mamatoco" (octubre 20); "Mamatoco, Handel, Las Monjas y Mellenthin perseguirán a Alfonso López hasta el sepulcro" (octubre 21); "Echandía también amenaza con renunciar; dramática junta en Palacio ayer; Santos dice que López es el único responsable" (febrero 2 de 1944); "Echandía atemorizado impide investigar. Dos de los detenidos estuvieron en su casa horas antes del asesinato" (febrero 3); "Para salvar a Echandía quitan a Vargas O.". "El Ministro de Gobierno acusa al juez Humberto Ardila de prevaricato". "Por el ofrecimiento de un ascenso Silva, Ayala y Bohorquez asesinaron a Mamatoco" (febrero 4); "Hernández Soler acusará al presidente López" (febrero 16); "Nueva y violenta acusación al presidente Echandía hizo el ex-mayor Hernández Soler" (febrero 25).

De otra parte, Laureano Gómez en sus candentes editoriales tilda a Echandía de encubridor del asesinato y dice que "debe cuidarse porque está bordeando un abismo". (Editorial de septiembre 3 de 1943). En su editorial del domingo 12 de septiembre de 1943 titulado "Está enredado el rábula" es más explícito en su acusación. Y en su editorial "Los asesinos intelectuales" (septiembre 28) la acusación contra López y Echandía es mucho más categórica.

Barrios Trujillo, Director General de la Policía; Luis Umaña Rocha, Jefe de Seguridad; el mayor Hernández Soler y el teniente Silva. En una de dichas reuniones secretas, Hernández Soler entregó los puñales a los asesinos materiales y planeó el crimen en todos sus detalles.

8. A este escándalo se va a aumentar otro, por la misma época. En la Cámara de Representantes, Silvio Villegas acusa al hijo del presidente López, doctor Alfonso López Michelsen, de enriquecerse a la sombra del gobierno pues, según lo denuncia el representante citado, ha comprado a la Federación de Cafeteros, por un precio vil, una trilladora de café situada en el municipio de Girardot.
9. El 14 de septiembre el periódico "El Siglo", del doctor Laureano Gómez, publicó un artículo, a seis columnas de la primera página, con este título: "El hijo del presidente se enriquece con el patrimonio de extranjeros sospechosos".
10. El mismo Silvio Villegas, en la misma sesión de la Cámara, denuncia el hecho de que el propio presidente López, ha construido con dineros oficiales, unas casetas para su casa de campo denominada "Las Monjas".
11. El 23 de septiembre, el doctor Gabriel Turbay presentó su renuncia irrevocable del cargo de Ministro de Relaciones Exteriores, por serias discrepancias con el presidente López en lo relacionado con la administración de los bienes de ciudadanos alemanes, a raíz de la declaratoria de guerra que Colombia había hecho a los países del Eje. Se comentó que Turbay no estuvo de acuerdo con las negociaciones del hijo del presidente López relacionadas con la Trilladora Tolima, del ciudadano alemán Von Mellenthin, y con la empresa cervecera Handel.
12. En octubre de 1943 estalla una huelga de choferes en Manizales. Se produce un enfrentamiento entre los huelguistas con la policía y hay varios muertos. Se sindicó al dirigente conservador Gilberto Alzate

Avendaño como el responsable principal de este enfrentamiento.

13. El 16 de noviembre de 1943, el presidente López pide licencia al Senado para separarse temporalmente de la Presidencia de la República y para salir del país, con el objeto de acompañar a su esposa en un viaje de salud a los Estados Unidos. Se rumora insistentemente que López presentará su renuncia al regreso de este viaje.
14. En febrero de 1944 es lanzada, en la población de Armero, la candidatura de Jorge Eliécer Gaitán para la Presidencia de la República. Gaitán, en su campaña, enarbola la bandera de la "Restauración moral de la república" y hace fuertes críticas al gobierno de López.
15. En el mismo mes de febrero, la prensa informa que el juez que adelanta la investigación por el asesinato de "Mamatoco", doctor Enrique Vargas Orjuela, dicta un auto de detención contra los individuos que asistieron a las reuniones en las que se planeó el asesinato del boxeador. Los detenidos son: José María Barrios Trujillo, ex-director de la Policía Nacional; Juan Uribe Durán, ex-secretario de la Presidencia de la República; Luis Hernández Ruiz, ex-jefe de investigaciones de la Policía; Luis E. Umaña Rocha, jefe del grupo de detectives; coronel Fidel S. Cuéllar, ex-subsecretario general de la Policía; coronel Carlos Galvis Gómez, ex-prefecto de las guarniciones de fuera de la Policía; capitán Roque Vicente Díaz Torres, ayudante de la subdirección de la Policía y Hernando Navarro Botero, capitán de Policía y jefe de la oficina de reglamentación de la misma.
16. Inmediatamente después de haberse dictado y cumplido el auto de detención antes señalado, el expediente pasó a manos del Juez Cuarto Superior, doctor Ardila Gómez. El periódico "El Siglo", orientado por Laureano Gómez, interpretó este hecho como una maniobra del gobierno y afirmó que esto se había hecho por presiones del Ministro de Gobierno, doctor

Alberto Lleras Camargo. Este desmintió públicamente a Gómez y puso la correspondiente denuncia penal, por calumnia, contra el máximo dirigente conservador.

17. El 10 de febrero de 1944, Laureano Gómez es detenido por orden del Juez Cuarto Penal del Circuito. La conmoción en el país es grande. En Bogotá hay manifestaciones conservadoras de protesta por este hecho. "El Siglo" publica en primera página, a ocho columnas, esta noticia sensacionalista: "El país al borde de la guerra civil. Laureano Gómez en la cárcel y los asesinos de Mamatoco están libres". Se presentan tumultos callejeros en Bogotá y en otras ciudades del país.
18. "El Tiempo" de Bogotá, al día siguiente, informa que desde "El Siglo" se hicieron varios disparos que causaron heridas a veinte civiles y a un oficial de la policía.
19. Laureano Gómez es puesto en libertad, al día siguiente, en consideración a que ostenta un cargo público, pues es miembro de la Comisión Asesora de Relaciones Exteriores. En el Parque Santander se congrega una manifestación liberal que se dirige hasta la Plaza de Bolívar, en respaldo al gobierno de López. A la misma hora un terrorista conservador, ex-hermano Cristiano, llamado Adolfo Guiza Mateus, trata de volar con una granada de mano la oficina del juez que detuvo al doctor Laureano Gómez y cuyo nombre es Jesús Ignacio Caicedo Lozano. La bomba estalla a muy poca distancia del terrorista, dejándolo completamente destrozado.
20. El 25 de febrero de ese mismo año, es lanzada en Bogotá, en el restaurante "Cecilia", en las proximidades de Usaquén, la candidatura de Gaitán para la Presidencia de la República. En su discurso, Gaitán hace serias críticas a la clase dirigente del país, lanza su grito de combate contra las oligarquías y habla de un cambio fundamental en la nación.
21. El 12 de marzo de 1944 regresa al país el doctor Ga-

briel Turbay, procedente de los Estados Unidos, y es lanzada su candidatura presidencial, en Medellín. También, en Bogotá, un grupo de parlamentarios lanza la candidatura de Carlos Lleras Restrepo quien, en desarrollo de su campaña, dicta una conferencia en el Teatro Municipal la cual fue sabotada por un grupo de elementos gaitanistas. Se formó una gran zambra y fueron arrojados varios guijarros sobre el candidato y sus acompañantes. Gaitán condena enérgicamente estos brotes de violencia y dice: "No es necesario emitir conceptos especiales para condenar el sabotaje contra la conferencia de quien, como el doctor Lleras Restrepo, tiene por mil títulos derecho a ser oído, y más todavía sobre los ataques de hecho. Me basta reiterar lo que en mi primera conferencia dije, o sea que este debate debe tener las características de un movimiento realmente liberal, de leal cultura y sinceridad democrática". Al poco tiempo, Lleras Restrepo renuncia a su candidatura.

22. Ante los sistemáticos ataques de la oposición, en el mes de mayo el presidente López, después de haber logrado que se le prorrogara su licencia por sesenta días más, anuncia su retiro definitivo de la presidencia. A pesar de la conmoción que este hecho produjo en el país, el Congreso no le acepta la renuncia.
23. López, entonces, reasume el mando el 16 de mayo de 1944. En su Mensaje al Congreso, el día de su reasunción, se defiende de las acusaciones de que ha venido siendo objeto por parte de la oposición. Defiende a su hijo Alfonso López Michelsen de los cargos que se le hacen en el affaire de la Handel y al gobierno del asesinato de "Mamatoco". Los congresistas conservadores dejan beligerantes constancias en las actas respectivas de Cámara y Senado, contra el gobierno de López.
24. El 10 de julio de 1944 hay una rebelión militar y López es puesto preso en la ciudad de Pasto, adonde ha ido a presenciar unas maniobras del ejército. Le acompaña su Ministro de Trabajo, el doctor Adán Arriaga, quien

también es apresado. La rebelión militar, encabezada por el coronel Diógenes Gil, es debelada. El designado Darío Echandía ha asumido el mando. López es puesto en libertad y regresa el 12 de julio a Bogotá, en donde se le recibe con una gran manifestación liberal. En varias ciudades del país, como en Bucaramanga e Ibagué se han presentado disturbios entre civiles y militares. En Bucaramanga el coronel Julio Guarín muere a manos del capitán Gregorio Quintero.

25. Laureano Gómez, a raíz de estos hechos, se asila en la Embajada del Brasil y luego sale del país. El Presidente de la República ha dictado el Decreto número 1639 del 12 de julio de 1944, por medio del cual se le destituye del cargo de Miembro de la Comisión Asesora de Relaciones Exteriores. Con esta medida el gobierno se proponía hacer efectivo el auto de detención que pesaba sobre él. Las relaciones entre los dos partidos tradicionales se hacen cada vez más tensas y el clima de agitación en el país es verdaderamente alarmante.
26. El 13 de julio de 1944 la Brigada de Institutos Militares convocó los Consejos de Guerra verbales para juzgar a todos los comprometidos en el golpe militar de Pasto, siendo comandante de la institución el coronel Germán Ocampo.
27. El 14 de julio del mismo año, las mayorías liberales en el Congreso consideran que no es conveniente que el Congreso se reúna el 20 de julio, como lo manda la Constitución, pues sostienen que el receso es muy saludable, dadas las circunstancias que vive el país. Efectivamente, el 20 de julio las mayorías liberales se dirigen al presidente López manifestándole la decisión de no reunirse, pues consideran que el funcionamiento ordinario y regular del Congreso es incompatible con el estado de sitio.
28. El 23 de julio el Consejo de Guerra Verbal que juzgó a los cabecillas del golpe de Pasto, condenó al coronel Diógenes Gil, al teniente coronel Manuel Agudelo y al mayor José Figueroa Paz, a diez, ocho y siete años de

- reclusión, respectivamente, como responsables del delito de rebelión militar. Ese mismo día, el Comando de la Brigada de Institutos Militares, con la firma del entonces coronel Germán Ocampo, confirma el fallo y dos días después el presidente López, por medio del Decreto número 1758, borra definitivamente del escalafón militar a los rebeldes condenados.
29. En este mismo mes de julio, los parlamentarios conservadores Silvio Villegas, Juan Uribe Cualla y Uribe Misas, son citados a rendir indagatoria por haber incitado a la huelga a todos los jueces del país, como protesta por la detención que hizo el juez Caicedo Lozano al doctor Laureano Gómez.
 30. El primero de agosto se dieron a conocer las penas impuestas a los sublevados de Ibagué y Bucaramanga. Como reacción a este hecho estalla una bomba de gran poder explosivo en el Cuartel del Departamento de Policía de esta última ciudad, causando la muerte a dos agentes y dejando un saldo de veintisiete heridos.
 31. Los ataques de la prensa conservadora al gobierno de López son tan graves que éste se ve obligado a dictar varios decretos estableciendo la censura de prensa y otras medidas preventivas relacionadas con ésta.
 32. El 8 de agosto viajaron a Quito, en calidad de exiliados, los doctores Francisco Plata Bermúdez y Jaime Uribe Holguín, de la redacción de "El Siglo". Al día siguiente salió para la misma ciudad, en iguales condiciones, la periodista Emilia Pardo Umaña. El doctor Laureano Gómez había salido para el mismo país, también como exiliado, desde el 28 de julio, después de haber permanecido en la Embajada del Brasil durante varios días.
 33. El 21 de agosto, el Tribunal de Bogotá dictó una sentencia por medio de la cual se llamó a responder a juicio al doctor Jesús Ignacio Caicedo Lozano, por el delito de detención arbitraria en la persona de Laureano Gómez. Inmediatamente después de la indagatoria, se le suspendió en el ejercicio del cargo de Juez Cuarto del Circuito Penal, se le dictó auto de detención y

se le embargaron sus bienes. La providencia respectiva la firmaron los magistrados conservadores Luis Jiménez Gutiérrez y Arturo C. Posada. Salvó su voto el magistrado liberal Bernardo Galvis Alvarez. El sectarismo político se sigue reflejando, en esta época turbulenta, en la administración de justicia.

34. A principios de octubre, "El Tiempo" informa que fue firmado el contrato sobre la Handel, el cual hace posible la nacionalización del Consorcio. Al día siguiente "El Siglo", en titulares a ocho columnas, y pese a la censura oficial, dice: "Más de medio millón de pesos ganarían los parientes del presidente Alfonso López con la negociación de la Handel".
35. El 24 de octubre, el senador liberal Enrique Caballero Escovar hace espectacular debate contra el presidente Alfonso López y su hijo Alfonso López Michelsen, por la negociación de la Handel. Ya el diario liberal "El Tiempo" se había mostrado en desacuerdo con esta negociación. Gabriel Turbay se había retirado del Ministerio de Relaciones Exteriores para no verse obligado a defenderla en el Congreso. Y Jorge Eliécer Gaitán levantaba en las plazas públicas del país su enseña sobre la restauración moral de la república, aludiendo al proceso de descomposición que venía carcomiendo la administración López.
36. El 12 de diciembre se aprueba en el Senado la nacionalización de la Handel, contra la oposición de grandes sectores de opinión liberales y conservadores. Curiosamente, ese mismo día regresa a Bogotá el doctor Laureano Gómez, después de su exilio en el Ecuador y libre ya de la posibilidad de volver a ser encarcelado, pues el correspondiente auto de detención dictado por el juez destituido ha sido revocado por el Tribunal de Bogotá. A Gómez se le recibe con una caudalosa manifestación conservadora que recorre las principales calles de Bogotá. Los oradores, Guillermo León Valencia, Silvio Villegas y Mauricio Makenzie, arremeten violentamente contra el gobierno de López. Hay disturbios callejeros.

37. El 2 de febrero de 1945 es lanzada la candidatura de Gabriel Turbay en los salones del Hotel Granada. El discurso de proclamación corre a cargo de Abelardo Forero Benavides.
38. El 6 de febrero se reabre en el Senado de la República el debate sobre el asesinato de "Mamatoco". El doctor Guillermo León Valencia da a conocer una carta del ex-prefecto de la Policía Carlos Galvis Gómez, en la que hace graves cargos a Alfonso López y a Darío Echandía.
39. El 11 de marzo se descubre un nuevo plan subversivo en el país. "El Tiempo" informa, a ocho columnas y en primera página: "Un nuevo golpe subversivo. Hay ramificaciones en varias regiones. Hechas más de cincuenta detenciones". El diario conservador "El Siglo", a su turno, también informa a ocho columnas de primera página, lo siguiente: "Una nueva conspiración descubre López. Bombas explosivas halladas en el órgano de la Basilica Primada". Según las informaciones de prensa, han sido rondados por las fuerzas del orden público la Escuela Apostólica y el Instituto de Comercio de San Bernardo; han sido detenidos los sacerdotes Alvaro Sánchez, Julio Ernesto Duarte y Daniel Jordán; los políticos Lucio Pabón Núñez, Luis Enrique Moncada y Rafael María Vásquez; dos coroneles, un teniente coronel, los sacristanes de la catedral y otras personas.
40. El 23 de marzo "El Siglo" publica con grandes titulares una carta dirigida por el Comandante Hernández Soler al Juez Cuarto Superior en la que acusa como autor intelectual del asesinato de "Mamatoco" a Darío Echandía.
41. El 13 de marzo, Gaitán reanuda su campaña presidencial con una extraordinaria conferencia en el Teatro Municipal de Bogotá, fijando claramente su posición frente a la Convención Liberal que se reunirá el 22 de julio y que seguramente proclamará a Gabriel Turbay como candidato oficial del partido para la Presidencia de la República. Gaitán anuncia que ni él ni ninguno

de sus seguidores asistirá a lo que califica como una farsa urdida por los politiqueros a espaldas del pueblo. Sostiene que su candidatura, muy al contrario de la de Turbay, tiene el respaldo de las masas liberales que son las que en últimas van a decidir en las urnas la suerte del partido.

42. El 20 de marzo Gaitán vuelve a hablar desde el Teatro Municipal y ataca fuertemente al gobierno de Alfonso López y dice, entre otras cosas, lo siguiente: "La democracia no se salva recortando las alas a la oposición o pidiéndole misericordia para que no ataque. En la democracia el gobierno se salva siendo tan puro, tan trabajador y tan capaz que aplaste por sus virtudes las voces injustas de la oposición". "El Siglo" hace eco de las palabras de Gaitán y destaca cómo aun dentro de las filas liberales hay conciencias honradas, capaces de señalar las inmoralidades del régimen.
43. El 31 de mayo "El Tiempo" informa a dos columnas de primera página que el gobierno ha descubierto un nuevo golpe subversivo que debía estallar ese día. En su edición del primero de junio, ese mismo periódico informa que el nuevo golpe descubierto estaba conectado con los elementos comprometidos con las bombas encontradas en la catedral. El periódico "El Siglo", de ese mismo día, dice que esta es la octava conspiración contra el presidente López.
44. El 2 de junio "El Tiempo" revela la noticia, a ocho columnas, que ha estallado un motín en el Panóptico de Bogotá, encabezado por el general Eduardo Bonitto, quien se encuentra preso junto con otros oficiales del ejército por actividades subversivas. Bonitto pone como condición para dar término al motín, la revisión de los procesos penales seguidos a los presos políticos. Al día siguiente toda la prensa de Bogotá registra la rendición de los amotinados, ante la imposibilidad de recibir armas de fuera.
45. El 5 de junio la prensa de la capital informa que se ha efectuado una reunión de alto nivel en Palacio para tratar sobre la delicada situación de orden público

imperante en todo el país y que lo tiene prácticamente al borde de la guerra civil. La reunión fue promovida por Laureano Gómez y a ella asistieron Darío Echandía y Gabriel Turbay, en representación del liberalismo oficialista, y los Ministros de Gobierno y Educación, doctores Absalón Fernández de Soto y Antonio Rocha, respectivamente. Gómez sostiene, según declaraciones para su periódico "El Siglo", que las causas del malestar que aqueja a la nación es la violación, por parte del gobierno, de la Constitución Nacional, particularmente de las normas que hacen relación con las garantías sociales, creando una situación de injusticia y de inseguridad en los asociados.

46. El 8 de junio, día en que los estudiantes celebran su fiesta, se produce una manifestación por las calles de Bogotá y varios oradores atacan en sus discursos al gobierno de López. Se producen disturbios entre los estudiantes y la policía, dejando un saldo de heridos universitarios de diversa filiación política. Esto exaspera los ánimos y la agitación continúa, tanto en la prensa como en las calles de la capital de la república.
47. El 13 de junio todos los diarios de Bogotá anuncian que se ha establecido el estado de sitio en la capital, que se ha restablecido la censura de prensa y que la correspondencia ha quedado sujeta al examen del Gobierno Nacional. Como consecuencia de estas medidas se efectúan allanamientos y requisas a varias casas y son capturados muchos ciudadanos de ambos partidos políticos tradicionales.
48. El 20 de julio se reúne el Congreso. El presidente López en su Mensaje al Cuerpo Legislativo anuncia el levantamiento del estado de sitio a la vez que le comunica su propósito de retirarse definitivamente de la Presidencia de la República.
49. Tal como estaba previsto, el 22 de julio se reunió en Bogotá la Convención Nacional del Partido Liberal. El 25 esta convención proclama a Gabriel Turbay como candidato oficial del partido para la Presidencia de la República, para el periodo constitucional de 1946 a 1950.

50. El 27 de julio, cuando el Congreso se propone elegir al Primer Designado, el cual debe reemplazar al presidente López, el doctor Gabriel Turbay, dueño de las mayorías parlamentarias, propuso la candidatura de Alberto Lleras para ese cargo, la cual es acogida de inmediato. Con esta medida que algunos consideraron de alta estrategia política, Turbay liquidaba a un posible competidor por la primera magistratura. Pudo ser Turbay el presidente en esta ocasión, dejándole el campo libre a Gaitán. Pero el eminente político, al igual que sus seguidores, minimizaron las posibilidades del líder popular. En esos momentos, calculaban las fuerzas electoras de Gaitán en setenta mil votos, sobre cerca de setecientos mil que le atribuían, por lo bajo, a la candidatura de Turbay. Gabriel Turbay, al proponer a Alberto Lleras para la Designatura, renunciaba, pues, a ser el presidente de Colombia por un año. Estaba seguro de su victoria electoral en 1946, que le aseguraría el período completo de cuatro años.
51. Gaitán prosigue su campaña por todo el país, anunciando que llevaría su candidatura hasta el final. En sus discursos continúa arremetiendo contra el país político, contra el gamonalismo y los votos cautivos, contra las oligarquías, contra la injusticia social y levantando su enseña "por la restauración moral de la república".
52. La situación sigue tensa. López ha enviado al Presidente del Senado su renuncia irrevocable del cargo de Presidente de la República. En su Mensaje al Congreso manifiesta que se retira del cargo para propiciar con su renuncia un clima de entendimiento entre los partidos, a la vez que hace el elogio del nuevo Designado, que habrá de reemplazarlo, doctor Alberto Lleras Camargo.
53. Desde antes de reunirse la Convención Nacional Liberal, el 22 de junio, un grupo de distinguidos políticos liberales lanza la candidatura de Darío Echandía, para la presidencia. Están esperando el momento oportuno. Quizás un arreglo entre Turbay y Gaitán, en fa-

vor de un tercero, que puede ser el mismo Echandía. La verdad es que éste no asiste a la Convención Nacional que lanza la candidatura oficial de Turbay y nadie puede localizarlo, tampoco, cuando se debate lo relacionado con la elección de Primer Designado.

54. El 4 de agosto Echandía lanza un manifiesto al país, en el cual afirma que es deber de todos los liberales buscar la unión del partido y que, en consecuencia, en aras de la unión, renuncia a su candidatura.
55. El 7 de agosto se posesiona Alberto Lleras de la Presidencia de la República. En su honor se celebra un banquete en el Hotel Granada, al cual concurren Gabriel Turbay y Jorge Eliécer Gaitán, al igual que los expresidentes Santos y López y los más destacados jefes del turbayismo y del gaitanismo.
56. El presidente Lleras integra su gabinete ministerial, incluyendo en él a tres ministros conservadores, de los diez que en total conforman dicho gabinete. Es ésta una nueva modalidad política, en aras del entendimiento entre los dos partidos tradicionales. Los ministros conservadores son: Fernando Londoño y Londoño, de Relaciones Exteriores; Francisco de Paula Pérez, de Hacienda; y José Luis López, de Economía. La Junta de Parlamentarios conservadores no autoriza la colaboración de ese partido en el gabinete de Alberto Lleras, en representación de la colectividad y declara que "quienes acepten ministerios ejecutivos en el actual régimen liberal no comprometen sino su responsabilidad personal". En la sesión respectiva, Fernando Londoño y Londoño y Silvio Villegas defienden la colaboración conservadora en el gabinete de Lleras Camargo. La combaten los congresistas Bernardo Martínez Pereira, Víctor Quintero, Juan Uribe Cualla y Lucio Pabón Núñez.

Se produce la crisis en el Directorio Nacional Conservador, cuyos miembros terminan por renunciar. Guillermo León Valencia, en altivo mensaje, presentó también renuncia del cargo de miembro de dicho Directorio, desde Popayán, en los siguientes términos:

- “Mal podemos cohonestar con nuestra presencia en el gobierno la violación de nuestros derechos”.
57. Jorge Eliécer Gaitán impulsa extraordinariamente su campaña. El sábado 22 de agosto llevó a cabo en Bogotá una espectacular marcha de antorchas. Por las calles de la ciudad desfilaron más de veinte mil gaitanistas. La manifestación se inició en la Plazuela de San Agustín y concluyó en San Diego, desfilando con sus teas encendidas por la carrera séptima. Gaitán presenció el majestuoso desfile desde los balcones del Hotel Regina, sobre el Parque Santander. Pero la máxima manifestación de su fuerza en Bogotá, fue la Convención Popular que el caudillo organizó en el Circo de Toros de Santamaría, el domingo 23 de septiembre, en la cual se lanzó oficialmente su candidatura para la Presidencia de la República. Fue la respuesta a la Convención Liberal de notables que había proclamado la candidatura de Turbay. El Caudillo del Pueblo asistió a este acto acompañado de su esposa Amparo Jaramillo de Gaitán y de su pequeña hija Gloria. No menos de cincuenta mil liberales colmaban de bote en bote el circo. Gaitán explica en el discurso de aceptación el sentido de su movimiento como una fuerza popular incontenible, llamada a hacer grandes cambios en la vida del país. Arremete contra los vicios políticos, contra el caciquismo, contra el fraude, contra las ambiciones bastardas de los clanes del país político y concluye que es indispensable darle fundamentos morales a la nacionalidad porque, agrega, “la moral es la más evidente, real y concreta de las realidades sociales”.
58. La espectacular marcha de antorchas y, particularmente, la proclamación oficial de la candidatura de Gaitán en el Circo de Toros de Santamaría, pone en evidencia, en forma muy clara, que el movimiento que acaudilla este líder no es cosa de setenta mil votos en el país, como se venía calculando por los arúspices de la política nacional. La inmensa multitud que colmó el circo y que luego desfiló por las calles de Bo-

gotá y que prácticamente se tomó la ciudad durante varias horas, puso de manifiesto la fuerza multitudinaria del caudillo. Fue algo que desconcertó realmente al movimiento del "liberalismo oficialista" que sostenía la candidatura de Gabriel Turbay. "El Tiempo", principal opositor a la candidatura de Gaitán, lanzó al día siguiente un editorial titulado **Ante un hecho político**. Entre otras cosas afirmó el mencionado diario liberal, lo siguiente: "...Pero sería ingenuo desconocer que detrás de esta bizarra conjunción de lo dramático y lo grotesco hay algo más que no es posible continuar ignorando y que es preciso afrontar con valerosa franqueza y con decidida y abierta resolución de lucha. Desnudado lo meramente pintoresco, el movimiento del señor Gaitán adquiere una significación política que sería torpe y peligroso subestimar. Las miles de personas que estos días han desfilado por las calles de Bogotá y que ayer colmaron apretadamente las galerías del Circo de Santamaría son sujetos de carne y hueso cuyo volumen no por lo artificioso es menos considerable... El volumen que ha tomado el movimiento del señor Gaitán obliga a una rectificación fundamental de su política frente a sus empresas disociadoras... El partido liberal no puede permanecer indiferente ante este fenómeno de peligrosas características. Su unidad es más urgente hoy que nunca, porque de lo contrario esta avalancha que tiene tanto de opereta como de tragedia puede arrollarlo desprevenido, y acaso, cuando se percate de su seriedad, sea ya demasiado tarde para la reacción saludable y salvadora". Haciendo de lado las frases despectivas o peyorativas, era este el reconocimiento expreso del poderío popular de Gaitán: Era una voz de alerta. Ya no se podía seguir subestimándolo. El movimiento de Gaitán era un hecho político de primera magnitud.

59. El célebre y prestigioso columnista Calibán (Enrique Santos), uno de los oráculos de la opinión nacional en ese entonces, comenta la extraordinaria manifesta-

ción de Gaitán en el mismo sentido del editorial de "El Tiempo". Pero es más explícito cuando afirma en su columna **La danza de las horas**: "Nuestros políticos son mucho menos hábiles que los franceses y se limitan a mirar el movimiento gaitanista con indiferencia, tras de la cual se oculta cierta dosis de temor. Tienen que cambiar de actitud porque de otra manera pueden tener sorpresas muy desagradables. La campaña gaitanista comienza a hacer efecto en las clases superiores que no analizan. Gente desconectada con la política se pregunta ya si Gaitán no serviría para "componer este país", sin detenerse a averiguar qué es lo que necesita composición y sin comprender que los males de que nos quejamos son puros fenómenos de crecimiento que no necesitan drogas heroicas".

60. El impacto de la Convención gaitanista en el Circo de Santamaría y la posterior manifestación de más de cincuenta mil personas por las calles de Bogotá, fue enorme en la opinión pública. Desde ese momento empiezan los "deslizamientos" hacia el movimiento del caudillo popular, el cual crece día a día.
61. El día 22 de enero de 1946 el presidente Alberto Lleras nombra al doctor Laureano Gómez para el cargo de Presidente de la Comisión Organizadora Consultiva de la IX Conferencia Panamericana.
62. El 26 de enero "El Siglo" publica un reportaje tomado al expresidente Alfonso López en el cual propone que, ante la grave división del partido liberal, debería lanzarse un tercer candidato liberal, con el apoyo del partido conservador, porque en su concepto Turbay y Gaitán "no cuentan con la plena adhesión de la nación".
63. El día 16 de febrero hace su entrada a Bogotá, después de una larga gira por varios departamentos del país, el doctor Gabriel Turbay. Los partidarios de su candidatura le organizan una manifestación que, según los cálculos más objetivos, no sobrepasó las cinco mil personas. Los gaitanistas se lanzaron a sabotear la manifestación turbayista y trataron de impedir que

el doctor Turbay se dirigiera a sus partidarios en el Parque de Santander, a los gritos de “¡turco no!” “¡turco no!”. Como hay choques entre los partidarios de los dos candidatos liberales, la policía interviene lanzando gases lacrimógenos. La campaña revestía dramáticas características. Como el doctor Gaitán, en su campaña contra Gabriel Turbay, afirmaba que los presidentes de Colombia debían ser “hijos de madre colombiana”, aludiendo con esta expresión al origen sirio de Turbay, éste terminó su discurso con los versos de don Miguel Antonio Caro: “Patria, de tus entrañas soy pedazo”.

La manifestación en favor del doctor Turbay terminó siendo, en verdad, una manifestación del poderío gaitanista en la capital de la república.

64. Un grupo de eminentes liberales empieza a agitar la precandidatura de Carlos Arango Vélez para la Presidencia de la República, como fórmula salvadora del liberalismo en esos momentos en que se empezaba a avisorar el peligro de la derrota frente a una eventual candidatura conservadora. Como la idea empezaba a tomar fuerza y a agitarse por la prensa, tanto hablada como escrita, el doctor Arango Vélez manifiesta el día 3 de marzo de 1946, desde las columnas de “El Tiempo”, que no acepta candidaturas, ni de partido ni de frente nacional, y que su propósito inquebrantable es regresar a Roma a seguir sirviendo la embajada ante la Santa Sede.
65. El 2 de marzo “El Siglo” informa que en Medellín el doctor Gabriel Turbay es recibido a piedra. Muchos dirigentes del liberalismo miran con inquietud la poca acogida que tiene el doctor Turbay en algunas ciudades importantes que ha visitado, donde las fuerzas gaitanistas han hecho acto de presencia en forma agresiva y beligerante.
66. En tanto, las elecciones presidenciales se acercan. Ellas deberán realizarse el 5 de mayo de 1946, es decir, a escasos dos meses. La división liberal se va profundizando poco a poco por la vehemencia que asu-

men en la tribuna y en las calles los dos candidatos y sus seguidores. Muchos liberales están desconcertados y todavía no saben para dónde coger. Esperan todavía la posibilidad de un acuerdo entre Turbay y Gaitán. Uno de los dos debe renunciar para salvar al partido. La mayor parte de los que apoyaron decididamente a Alfonso López en la presidencia, esperan que éste señale por cuál de los candidatos deben votar. El desconcierto cunde por todas partes. Se teme que el partido conservador, ante la inzanjable división liberal, lance candidato propio para dichas elecciones presidenciales.

67. El 9 de marzo Gaitán viaja a Cali, donde se le tributa una formidable concentración de respaldo a su candidatura. Se presentan choques entre los gaitanistas y los comunistas que ya han decidido oficialmente respaldar en todo el país la candidatura de Gabriel Turbay.
68. El 16 de marzo llega Turbay a Cali en gira política. Sus partidarios se concentran en la Plaza de Caicedo. Al dirigirse Turbay hacia ese lugar, en compañía de Alonso Aragón Quintero, el carro en que viajan es atacado a piedra por las turbas gaitanistas. Los vidrios del carro son destrozados por completo y el mismo Turbay sufre la acción de un guijarro que le hiere levemente en una ceja. Cuando inicia su discurso las vociferaciones de los gaitanistas le impiden ser escuchado. Con un valor admirable y en un acto verdaderamente temerario, Turbay baja de la tribuna y se enfrenta personalmente a los sabotadores. Hay disturbios, interviene la policía, pero finalmente Turbay puede hablar, con la protección de la fuerza pública.
69. Como era de esperarse, ante esta división inzanjable de los liberales, los conservadores convocan su Convención Nacional para el 23 de marzo. Al día siguiente de su instalación, la Convención lanzó la candidatura del doctor Mariano Ospina Pérez para la Presidencia de la República. La proclamación la hizo Laureano Gómez, en un breve discurso, y Ospina Pérez al acep-

- tarla declaró que bajo su gobierno “habría ciencia en lugar de empirismo, armonía en lugar de discordia, rendimiento máximo en lugar de producción reducida, salario progresivo en lugar de jornal uniforme, selección de personal e información de cada trabajador en lugar de tratamiento de masa”.
70. El 27 de marzo, conocido el lanzamiento de la candidatura de Ospina Pérez, el diario “El Tiempo” da a conocer a la opinión pública, que se han venido realizando algunas conversaciones privadas entre los candidatos liberales Turbay y Gaitán, para ver si se llega a algún acuerdo ante la grave situación a que se ha visto abocado el partido.
 71. Las conversaciones entre Gaitán y Turbay continúan durante los días 3, 4 y 5 de abril, es decir, a un mes de los comicios electorales, cuyo resultado fue la derrota del liberalismo, en virtud de la insalvable división. Gaitán, según reportajes concedidos por éste a la prensa y según testimonio de personas que asistieron a dichas deliberaciones, estuvo dispuesto a renunciar en favor de un tercero. Turbay fue inflexible, alegando la legitimidad de su candidatura, y sobre la creencia errónea de que Gaitán no pondría en las urnas más de setenta mil votos. La propuesta de Turbay, en síntesis, fue la siguiente: Como yo soy el candidato oficial del partido, elegido por la Convención Nacional Liberal, de acuerdo con los estatutos, y tengo, además, la indiscutible mayoría, espero que sea usted, doctor Gaitán, el que se retire de la lid y me brinde su apoyo. En compensación de esto, usted será, bajo mi presidencia, el jefe único del partido liberal y seguramente el candidato llamado a sucederme en la primera magistratura. El doctor Gaitán explicó su posición en un reportaje concedido a “El Tiempo”, el día sábado 6 de abril, en los siguientes términos: “Tuve oportunidad en este proceso de conferencias políticas de conversar con el señor doctor Santos, con el señor doctor López y con el señor doctor Turbay. Lo hice con el propósito de analizar friamente la situación del li-

beralismo y en especial de considerar su actitud frente a la candidatura reaccionaria del partido conservador. Puedo decirle que tuve una extraordinaria elasticidad y algo más: llegué a la posibilidad de renunciar a mi candidatura presidencial, pero con una condición. Que se me demostrara el resultado político que esa renuncia iba a producir. Mejor dicho, que se probara que con el retiro de mi nombre iba a darse una batalla definitiva al candidato del partido conservador. El doctor Turbay, cuyos puntos de vista respeto, pero no comparto, se manifestó firme, durante las conferencias, en lo que él considera, por lo demás, su misión, ya explicada suficientemente al país. Como yo represento un movimiento que también me parece respetable, usted comprenderá que no pudo lograrse la unión''. Y continúa, a renglón seguido, el doctor Gaitán, en los siguientes términos: "Pero no quiero hablarle más porque eso será materia de mi próxima conferencia del lunes. Tengo sí la seguridad de que los conservadores no triunfarán. Si los jefes liberales no hacen la unión, la hará el pueblo liberal en las urnas el 5 de mayo. Pero el partido conservador no reconquistará el poder, como andan diciendo por ahí. Sobre esto no podemos equivocarnos''.

72. Las conversaciones entre Turbay y Gaitán, en busca de un arreglo que salvara al liberalismo de la catástrofe, habían quedado definitivamente rotas. Los liberales empezaban a presentir el inminente desastre. Gaitán pronuncia el 9 de abril de 1946, en el Teatro Municipal de Bogotá, su célebre conferencia en la que, además de definir su posición frente al proceso electoral, le da a su movimiento un cariz diferente al puramente electorero, al señalarle un derrotero eminentemente social. Dice Gaitán: "No estamos en una batalla electoral, sino en una revolución de las costumbres políticas... Una batalla de esa naturaleza hay que llevarla a la victoria en las urnas y esa victoria se obtendrá. Pero ni aun con la derrota electoral a nosotros nos puede contener nadie en este camino''. De tal

- manera que estaba anunciando que, aun derrotado, proseguiría en su lucha por el poder. Exactamente dos años después caía asesinado, al salir de su oficina.
73. El 23 de abril de 1946, a sólo doce días de las elecciones presidenciales, el expresidente Alfonso López pronunció una conferencia en el Teatro Municipal. Todo el liberalismo estaba pendiente de lo que dijera este jefe. Había aún una pequeña llamita de esperanza, en cuanto a la salvación del partido: la palabra de López. Grandes sectores del liberalismo aún no habían tomado partido en la contienda, esperando alguna nueva alternativa. Y aún más: muchos gaitanistas y turbayistas, no muy convencidos, y pensando primero en la salvación del partido, estaban dispuestos a votar por quien señalara el expresidente López esa noche. En esos instantes las circunstancias de desespero, de desorientación y de angustia, lo habían colocado como árbitro supremo. Pero López empleó casi todo el tiempo en hacer un inventario de su administración, para vindicarse de los cargos que se le venían haciendo, para demostrar su presunta "pobreza", y terminó dándole esta fórmula a su partido, que esperaba impaciente su palabra orientadora: "Voten por cualquiera de los candidatos. El partido liberal está en peligro. Pero yo si no estoy dispuesto a votar por ninguno de los candidatos liberales". Esta conferencia de López, obviamente, fue la piedra de toque del desconcierto liberal. El rencor de López hacia los dos candidatos de su partido, que le hacían críticas a su gobierno, primaba sobre los intereses de la comunidad.
74. El 5 de mayo se celebraron las elecciones presidenciales. Los escrutinios arrojaron estos datos: por Ospina Pérez, 564.661 votos; por Gabriel Turbay, 438.255 votos; por Jorge Eliécer Gaitán, 356.995 votos. El liberalismo acababa de caerse del poder.
75. Confirmada la derrota liberal, el doctor Gabriel Turbay se dirigió por radio al liberalismo para anunciarle,

con un tono de lacerante amargura, que cumplida su labor como candidato a la presidencia, con los resultados conocidos, no tenía otra cosa qué hacer que lamentar la derrota por las enseñas que con honor lo acompañaron y que da por terminada su lucha y su carrera política. Luego de destruir todos sus recuerdos de sus campañas políticas tomó el avión que lo llevó a París donde falleció, asediado por el dolor moral que le produjo la derrota y los ultrajes de que fue víctima por sus propios copartidarios. Antes de morir, en medio de una soledad impresionante, escribió un documento político en el que dejó caer sobre el presidente Alberto Lleras gran parte de la responsabilidad de la catástrofe electoral y afirmó que su candidatura y su campaña políticas fueron rodeadas, por parte del gobierno, por "un cerco de garantías hostiles".

76. El 8 de mayo, al día siguiente de la conferencia radio-difundida del doctor Gabriel Turbay, el doctor Gaitán pronunció una conferencia que inició con estos términos, haciendo alusión al discurso de Turbay: "Reconociendo la casi segura victoria del doctor Ospina Pérez, yo a mi turno tengo que decir que ni el liberalismo ha sido vencido ni yo lo siento por las enseñas que me acompañaron en esta lucha, porque ellas están firmes como lo estuvieron ayer y como lo estarán mañana. Para mí no ha terminado esta lucha sino que apenas comienza...". Esta conferencia de Gaitán produjo un grande impacto dentro del perplejo liberalismo derrotado, devolviéndole su fe y su esperanza. Muchos de los antiguos turbayistas declararon públicamente que seguían tras las banderas del caudillo que en esta forma tan altiva reaccionaba frente a la derrota. Gaitán habló en su conferencia de la necesidad de organizar el partido, empezando por fundar un periódico que no estuviera subordinado a intereses económicos de ninguna naturaleza. Finalmente, previno al conservatismo triunfante de que se cuidara de cometer atropellos contra los vencidos, como ya había empezado a suceder en algunas provincias de mayo-

ría conservadora, desde el momento mismo en que se conocieron los resultados electorales, y asumió prácticamente de hecho la jefatura del partido liberal a la vez que sostuvo la vigencia de su movimiento y de su candidatura. Concluyó con esta afirmación: **Perdimos la presidencia, pero en las próximas elecciones la volveremos a ganar.**

77. El 7 de agosto de 1946 se posesiona Mariano Ospina Pérez de la Presidencia de la República, ante el Congreso Nacional. Ospina, fiel a su programa de hacer un gobierno de Unión Nacional, integró su gabinete ministerial nombrando la mitad de los ministros liberales y la mitad conservadores. Anuncia que así lo hará con respecto a los gobernadores y alcaldes de todo el país. La posesión se hizo en completa tranquilidad pero por la noche la policía agredió a varios exaltados que le gritaban vivas al partido liberal. Hubo disturbios en el centro de la ciudad, pues se trató de formar una pequeña manifestación de protesta, la policía lanzó gases lacrimógenos, hubo vitrinas rotas y varios heridos, entre ellos algunos menores.

Los ímpetus de la hegemonía conservadora

El triunfo del partido conservador con Ospina Pérez, debido a la división del liberalismo, obviamente no fue solución a esa situación turbulenta de pugnacidad y sectarismo que agitaba al país. Por el contrario, la agudizó a extremos increíbles y fue desencadenando una serie de acontecimientos que hicieron su explosión definitiva el 9 de abril de 1948. El problema político de fondo podría sintetizarse diciendo que el liberalismo consideró que **nada había perdido**, en tanto que los conservadores creyeron que **todo lo habían ganado**, puesto que tenían en sus manos el poder mismo. Grave problema éste, de un partido minoritario que llega al poder, con la esperanza de consolidarse en él sin contar con los votos necesarios para lograrlo. Y, sobre todo, teniendo como opositor un partido que, además de conservar las mayorías, conserva una

enorme moral y una gran fe en el futuro. Evidentemente, el liberalismo afirma desde el mismo día de su derrota que está dispuesto a reconquistar el poder, y para ello empieza a cerrar filas en torno a Jorge Eliécer Gaitán quien, en lugar de dar por terminada su campaña presidencial, la mantiene como bandera inequívoca de esa reconquista predicada. Dentro de una lógica mecánica política, al partido conservador sólo le quedaban dos alternativas: prepararse para devolver el poder a los liberales en los comicios de 1950; o desatar la violencia oficial contra el partido mayoritario, para ahuyentarlo de las urnas o para reducirlo por el terror, la coacción y el fraude, a una lamentable condición de minusvalía electoral. Y éste fue el camino escogido por los jerarcas del conservatismo. La motivación para esa violencia que empezó a ejercerse el mismo día de conocerse la victoria conservadora con Ospina Pérez, fue la que Laureano Gómez hiciera célebre al afirmar que el liberalismo tenía mayoría porque disponía de "un millón ochocientas mil cédulas falsas". Por lo consiguiente, a ese fenómeno del fraude había que oponer resueltamente la violencia oficial. Sin embargo, ese millón ochocientas mil cédulas presuntamente falsas del liberalismo no se vieron por ninguna parte en los comicios que le dieron el triunfo al conservatismo, pues los sufragios liberales, en total, sumados los votos de Gaitán y de Turbay, apenas si alcanzaron a 795.250. Suponiendo, pues, que todos los liberales hubieran votado con cédulas falsas, porque fueran menores de edad o figuraran con otros nombres supuestos, ¿dónde quedó el millón de cédulas espurias de que habló Gómez y que no pudieron salvar al partido de la derrota? De otra parte, la mayoría del liberalismo sobre el conservatismo apenas si alcanzó los 230.589 votos. Sin embargo había que justificar la violencia oficial, para conservarse en el poder, por encima de esas realidades electorales. Y esa justificación fue la del millón ochocientas mil cédulas falsas, que nunca se vieron por ninguna parte.

A estos fenómenos habría que agregar otros de gran importancia. El país empezaba a vivir una aguda crisis económica, originada en gran parte en los problemas que

trajo consigo la Segunda Guerra Mundial, coyuntura hábilmente explotada por Gaitán durante toda su campaña presidencial. Este caudillo realizó una extraordinaria labor de agitación social, de movimiento e insurgencia de masas, de rebeldía popular e, inclusive, incorporó al lenguaje de la política tradicional una serie de expresiones verbales que hicieron carrera en el curso de los años siguientes y que hoy escuchamos, sin pensar siquiera en la novedad que representaron en su tiempo, tales como: "la lucha contra las oligarquías", "la concupiscencia corruptora del sistema", "la habilidosa mecánica política", "las trapisondas de los poderosos", "el divorcio entre el país político y el país nacional", "las catorce familias dueñas del país" que "juegan con la suerte del pueblo", el "hambre, el paludismo, que no son liberales ni conservadores", "la presencia del pueblo en las grandes decisiones, para derrotar los conventículos de los oligarcas", etc. Lenguaje que, por cierto, no era caprichoso ni acomodaticio, sino que correspondía al nacimiento de una verdadera conciencia popular que Gaitán estimuló desde la tribuna, con su extraordinaria capacidad oratoria.

Evidentemente, todas las épocas de la historia se caracterizan por un lenguaje determinado, por el uso constante de ciertas palabras y ciertas expresiones, que obviamente corresponden a realidades sociales. El lenguaje, en realidad, sólo es un símbolo que representa hechos, cosas, objetivaciones. Por eso cada época se caracteriza por el uso de esos símbolos, reflejos de lo que se está viviendo. Y el lenguaje que usó Gaitán corresponde a ese despertar agresivo y beligerante de una conciencia popular que pugna por abrirse paso rompiendo los moldes de la política tradicional. En esas palabras, en esas expresiones, está concentrado nada menos que el problema social, económico y político, que empieza a hacerse presente en la conciencia de los colombianos y a crecer y a expresarse y a buscar también una teoría política. Gaitán es el intérprete de ese momento, recoge sus angustias y sus afanes y, también, al elaborar ese lenguaje, obviamente está esbozando una teoría política, puesto que el problema del

lenguaje es también un problema de conceptos que traducen realidades.

En un sistema político multipartidista, un juego de coaliciones hace posible a veces que un partido minoritario se mantenga en el poder indefinidamente. Pero en un sistema bipartidista, como el nuestro, esto es imposible. La lucha es frontal entre los partidos tradicionales que han venido detentando el poder a través de toda nuestra historia republicana. El partido conservador no tenía posibilidades de hacer esa coalición con otro partido, que le diera la oportunidad de no ser derrotado por el liberalismo en las elecciones presidenciales de 1950. El otro partido existente era el partido comunista, que por aquella época no tenía más de treinta mil votos. Coaliciones con un sector del liberalismo también eran completamente imposibles, pues este partido se conservaba firme, con una moral inquebrantable, resuelto a la reconquista del poder. Por el contrario, bajo el magnetismo carismático de Gaitán, y por la atracción irresistible que sobre las masas ejercían sus consignas de tipo clasista y su oratoria cargada de esperanzas para el bajo pueblo, fueron muchos los sectores conservadores que se fueron deslizando hacia su movimiento. Hay un hecho bastante elocuente en los resultados electorales del 5 de mayo de 1946: Gaitán barrió abrumadoramente en todas las grandes ciudades del país. Su fuerza electoral se impuso en todas las urbes de importancia, sobre los partidarios de Turbay y de Ospina. Empezando por Bogotá, la capital de la república, donde Gaitán tenía un prestigio popular que no conoció ni ha conocido otro dirigente político en toda nuestra historia. Bogotá era íntegramente gaitanista. La ciudad, que lo había visto nacer y crecer, que había sido su confidente en sus años de penuria económica, que lo había visto surgir a codazos desde su propia adolescencia, en lucha abierta y difícil contra los poderosos, llegó a amarlo entrañablemente. Hasta el acento de su voz, típico de los barrios bajos bogotanos, era una señal de identificación con su propio pueblo, con lo más autóctono de su vieja ciudad. Por su sangre corría la misma sangre hispanochibcha de sus grandes

mayorías demográficas. Ese amor del pueblo hacia Gaitán, en Bogotá, su ciudad natal, donde él se sentía amo y señor de las multitudes, explica esa gran confianza en su seguridad personal, que llegó a los extremos de salir solo y a cualquier hora, sin guardaespaldas de ninguna clase. Y explica también la reacción desbordante del pueblo bogotano el día de su asesinato.

El hecho de que Gaitán hubiera obtenido sus grandes mayorías en los principales centros urbanos del país, tiene especial significado. Su fuerza estaba principalmente en los obreros, artesanos, empleados, vendedores ambulantes, vivanderos, choferes, loteros, voceadores de prensa, pequeños comerciantes, y en toda esa masa que ya había adquirido cierta conciencia política, cierta conciencia de clase y que, por lo consiguiente, posee cierta dosis de inconformidad y vehementes deseos de cambio social. Era para ellos para quienes Gaitán hablaba, principalmente. Para ellos, que ya eran conscientes de esos desajustes sociales que se venían manifestando, desde hacía varios años, y quienes sentían más duramente los efectos de una crisis económica que venía golpeando a la sociedad colombiana. El costo de la vida venía registrando sensibles alzas, especialmente en los artículos de primera necesidad. El Estado venía mostrándose incapaz de conjurar la crisis económica que se cernía como una nube negra sobre el panorama nacional. Y Jorge Eliécer Gaitán se encargó de mostrar al pueblo esos nubarrones y esa incapacidad del Estado, dominado por castas voraces, para dar soluciones a la problemática del país. Con su verbo candente y su puño firme agitó las aguas turbulentas de la miseria, concertó todas las fuerzas que gravitaban en la atmósfera social e hizo que de aquellos nubarrones negros saltara la chispa que se inició con su propio sacrificio y continuó luego convertida en una llamarada de anarquía, como un conjunto de fuerzas sin control que, al no ser canalizadas, llevaron al país al caos, consumiendo en su fuego lo que pudo ser en su principio una gran revolución. Pero de todo esto nos queda una lección: la de no repetir ese proceso. La experiencia negativa debe ser la madre de los hechos positivos.

Pero también nos quedó ese impulso inicial de rebeldía, de inconformidad. Y nos quedaron sus banderas, hoy en día más vigentes aún que cuando el mismo Gaitán las empuñaba. Esas banderas son: la restauración moral y democrática de la república y la lucha sin tregua contra las oligarquías.

De la posesión de Ospina al 9 de abril

Pero veamos ahora cómo se van desencadenando los hechos, desde la posesión del presidente Ospina Pérez, el 7 de agosto de 1946, hasta ese momento crucial del 9 de abril de 1948 en que suenan los cuatro disparos que cambiaron el rumbo a la historia colombiana.

1. Como antes lo expresamos, el doctor Ospina Pérez se posesionó en medio de una relativa tranquilidad, salvo algunos desórdenes callejeros que se sucedieron en Bogotá, en las primeras horas de la noche, y de los cuales ya dimos cuenta. En su discurso de posesión dijo algo que consideramos de importancia, como indicador de unas intenciones iniciales que luego fueron, desafortunadamente, echadas a pique: "...El gobierno pondrá toda la influencia y la autoridad de que disponga para salvaguardar el derecho del más humilde de los ciudadanos, cualesquiera que sean las circunstancias que le toque en suerte afrontar. Ningún sentimiento de hostilidad podrá existir contra nadie y aspiro a que no pueda hacerse cargo justo al gobierno por su conducta en materia electoral... Como lo expresé en la pasada campaña, al término de mi mandato el poder pasará de mis manos a las de quien sea libremente elegido por el pueblo, y si este ciudadano perteneciere a un partido distinto de aquel cuyos principios profeso, no sólo no tendré a mengua o desprestigio realizar la entrega del mando sino que, por el contrario, ejecutaré ese acto con la más sincera y absoluta devoción democrática y con la convicción de estar cumpliendo el más alto de los deberes de un

magistrado, a la vez que escribiendo una nueva página de gloriosa imparcialidad y tradición republicana en los anales de la nación”.

2. Pero desde el mismo día de su posesión empezaron los atropellos del partido vencedor sobre los liberales, como lo denunció el propio Gaitán el día 8 de agosto en su conferencia del Teatro Municipal de Bogotá. En esta conferencia, en la que reconoció el triunfo electoral de Ospina Pérez, dijo Gaitán: “¡Ay de que atropellen los municipios como parece que los caciques conservadores comienzan a hacerlo! ¡Ay de que se vulneren sus derechos, porque a la hora que queramos cien mil hombres se lanzarán a las calles de Bogotá y tendrán al frente a un capitán que no tiene miedo! Nosotros no hemos perdido el gobierno. Perdimos la presidencia, pero en las próximas elecciones la vamos a ganar. Las Asambleas, Concejos, Senado y Cámara son nuestros y como nuestros los vamos a conservar. A nuestros hermanos liberales desengañados del turbayismo los recibiremos con los brazos abiertos porque tienen el mismo espíritu. El partido liberal es demasiado y hondamente fuerte en esta patria. Si las lágrimas les ruedan a esos cobardones jefes, nosotros les decimos que no vamos a llorar porque tenemos un vigoroso ritmo en las venas que nos dice que la victoria está próxima”. Estos párrafos del máximo conductor del liberalismo, también son reveladores de un estado de ánimo que acompañaba a todos los liberales: “es muy poco lo que se ha perdido. En cuatro años lo recuperaremos”.
3. El 13 de agosto de 1946, seis días después de la posesión de Ospina, la prensa liberal dio cuenta de los primeros ataques a fondo al partido liberal en las provincias. Las primeras ofensivas se suceden en los departamentos de Boyacá, Antioquia y Nariño, de mayoría conservadora. Estos penosos incidentes dieron lugar a un debate en el Senado de la República, en donde se denunció la intervención de autoridades locales en esos actos de violencia.

4. El día 14 de agosto, es decir, al día siguiente, el presidente Ospina Pérez, con la firma de todos los ministros, dirigió a los gobernadores, intendentes y comisarios, una circular en la que, entre otras cosas, se decía lo siguiente: "Ningún círculo o grupo político podrá considerarse con fueros especiales para acudir a la violencia o crear conflictos... La actual rama ejecutiva no implica un triunfo de orientación banderiza. Hoy en Colombia no hay vencedores ni vencidos".
5. Ese mismo día, mientras Ospina Pérez y sus ministros firmaban la circular aludida, hubo graves enfrentamientos de liberales y conservadores en Boyacá, Santander y Valle. El saldo fue de varios muertos liberales. El triunfalismo de los caciques conservadores de provincia continuaba imperturbable. Contrastaban las palabras ecuanímenes de Ospina Pérez con la acción proterva de los sectarios. Indudablemente había algo que el gobierno no podía controlar: el sectarismo de muchos de sus partidarios.
6. En vista de los permanentes atentados a los liberales de provincia, los ministros de este partido en el gabinete de Ospina dirigieron una carta a la Dirección Liberal no gaitanista en la cual consultaban si ante esos hechos debían seguir colaborando con el gobierno. El doctor Carlos Lozano y Lozano, comisionado para redactar la respuesta de la Dirección Liberal a los ministros, manifestó que "la colaboración no es un favor que se dispensa al partido liberal sino un derecho que se puede ejercer con decoro". En consecuencia, la colaboración continúa.
7. A pesar de esta actitud colaboracionista, la persecución contra el liberalismo, por parte de los gamonales conservadores, continúa en Sandoná, García Rovira y en otras regiones del país. De todos estos hechos da cuenta detallada la prensa liberal de la época.
8. El 14 de noviembre, en vista de estos graves acontecimientos de persecución y de falta de garantías al liberalismo, los cinco ministros liberales en el gabinete de Ospina presentan renuncia irrevocable de sus cargos.

9. En noviembre, también, el doctor Carlos Arango Vélez presenta renuncia del cargo de Primer Designado a la Presidencia de la República y del cargo de embajador ante la Santa Sede. La Junta de Parlamentarios liberales escogió al doctor Eduardo Santos para Primer Designado. Los gaitanistas del Congreso votaron por Tulio Enrique Tascón para dicha dignidad.
10. Al finalizar el mes de noviembre, y según informa la prensa, el gobernador de Boyacá, Alfredo Rivera Valderrama, desata la violencia oficial contra el liberalismo. En la población de Duitama, los agentes del resguardo disparan sus fusiles contra los campesinos que hacían sus compras en la plaza, un día de mercado. Fueron muchos los muertos y los heridos en ese luctuoso acontecimiento, del cual dio amplia información la prensa nacional. Ante los reclamos del liberalismo, el presidente Ospina Pérez decidió darle pleno respaldo al gobernador Rivera Valderrama.
11. El 9 de febrero de 1947 los policías del resguardo de Boyacá repiten su hazaña de disparar sobre el pueblo liberal. En la población de Suta disparan a quemarropa sobre grupos que asisten a una concentración política, causando varios muertos y heridos. Los acontecimientos fueron tan bochornosos que motivaron la destitución del Secretario de Hacienda, Clodoveo Avella Gómez, y la renuncia de Rivera Valderrama, quien fue reemplazado por Jorge Roa Martínez.
12. El 16 de marzo de 1947 se llevaron a cabo las elecciones para representantes y senadores. Jorge Eliécer Gaitán obtuvo una resonante victoria sobre las listas del llamado "liberalismo oficialista" que comandaba Santos. Gaitán quedó constituido de hecho, con esa victoria, como jefe único e indiscutible del partido liberal. Así fue reconocido casi de inmediato por la Junta de Parlamentarios Liberales.
13. Para celebrar la victoria liberal y concretamente el reconocimiento de su jefatura única, Gaitán organizó una marcha de antorchas que se realizó el 18 de julio por la noche. Fue un espectáculo extraordinario. Al

- dia siguiente se llevó a cabo otro desfile multitudinario de gentes que portando banderas rojas recorrieron la carrera séptima de Bogotá, desde la Plaza de Toros de Santamaría hasta la Plaza de Bolívar. El caudillo arengó a la multitud y, entre otras cosas, denunció nuevamente la violencia oficial desatada contra el liberalismo en las diversas provincias. Notificó al gobierno que el pueblo liberal no quería más tumbas, ni más impunidad para sus perseguidores. Finalmente, exigió perentoriamente las garantías para el partido liberal y destacó en forma muy clara la discordancia entre lo que el gobierno prometía a los liberales y lo que las autoridades subalternas estaban practicando.
14. Dos días después, el 20 de julio, se instala el Congreso. Gaitán es elegido Presidente del Senado. Tanto en éste como en la Cámara de Representantes se inician los debates candentes por la violencia oficial desatada en varios departamentos. En el curso de dichos debates, el senador Plinio Mendoza Neira denuncia que ochocientos revólveres de marca Smith y Wesson habían sido despachados a la policía de Boyacá para ser distribuidos bajo la dirección del gobernador de ese departamento, doctor José María Villarreal. El doctor Jorge Eliécer Gaitán entra a estudiar con los parlamentarios liberales sobre la conveniencia e inconveniencia de que los ministros liberales continúen prestando su colaboración al gobierno. Desde que ha sido reconocido como jefe único, éste ya es un punto de su plena responsabilidad.
 15. El 19 de agosto se celebra una reunión política de alto nivel en el Ministerio de Gobierno, a la cual asisten los dos jefes de partido: Laureano Gómez y Jorge Eliécer Gaitán. Se estudiaron fórmulas de entendimiento entre los dos partidos. Mientras estas reuniones se llevan a cabo, la prensa informa que la policía dio muerte a cinco liberales en la población boyacense de Monquirá y dejó numerosos heridos. Gaitán sienta su enérgica protesta por estos hechos ante el Ministro de Gobierno, señor Roberto Urdaneta Arbe-

láez, y ante el jefe del partido conservador. El presidente Ospina Pérez se dirige por radio al país y pide a sus agentes en el gobierno y al pueblo en general que defiendan la paz y que depongan sus odios y su espíritu de bandería.

16. Las reuniones de alto nivel entre Jorge Eliécer Gaitán, como Jefe del Liberalismo; Laureano Gómez, como Jefe del Conservatismo y Roberto Urdaneta Arbeláez, como Ministro de Gobierno, concluyen con la firma de un Pacto de Paz, por el cual los jefes de las colectividades políticas se comprometen a adelantar una acción tendiente al apaciguamiento de los ánimos, y el gobierno se compromete, a su vez, a hacer todo lo posible para que las garantías civiles se cumplan y se erradiquen el fraude y la violencia.
17. Firmado el Pacto de Paz, Gaitán anuncia su retiro de la Presidencia del Senado con el fin de dedicarse por completo al cabal ejercicio de la jefatura única del partido. Ese mismo día, las mayorías parlamentarias del conservatismo dieron a conocer su decisión de desaprobación del Pacto de Paz, suscrito por el gobierno y por el Jefe del Partido Conservador con el doctor Jorge Eliécer Gaitán. Se ponen, pues, en evidencia las dos tendencias del partido de gobierno.
18. A pesar del pacto mencionado, la policía de Simijaca, en Boyacá, asaltó la población de Susa, con saldo de un muerto y varios heridos. Gaitán, que se encontraba en Manizales, organizando el partido, al saber la noticia, justamente indignado, dijo que la Unión Nacional era "una farsa que sólo servía para alimentar caciques corrompidos". Lleno de indignación, dijo en su discurso, en dicha ciudad, lo siguiente: "Queremos presidentes que cuando prediquen la Unión Nacional, tengan pantalones suficientes para respaldarla. El país no necesita tumbas sino realizaciones efectivas". Al día siguiente viajó a Bogotá e inició un violento debate contra el gobierno. En el desarrollo de éste, Gaitán reveló que la Policía Nacional había recibido un cargamento de gases lacrimógenos y de ar-

mas en forma clandestina, transportado en aviones norteamericanos, y demostró que la importación de estos elementos no correspondía a esa institución civil sino al Ministerio de Guerra, previos los trámites legales correspondientes.

19. El 25 de septiembre se tuvo conocimiento en Bogotá y así lo divulgó la prensa que el gobernador de Caldas y sus amigos más allegados estaban provistos de armas pertenecientes a la Policía Nacional, lo que hizo suponer que tales armas eran justamente las que dicha entidad había importado ilegalmente sin trámites de aduana y las que se estaban repartiendo oficialmente en todos los departamentos no sólo a las autoridades civiles sino a los particulares, miembros del partido conservador. Sobre las armas en poder del gobernador de Caldas y sus amigos, se pudo establecer que las tenía en su finca particular y por esa razón no pudieron ser entregadas a la Contraloría, cuando ésta lo requirió.

Ese mismo día se celebraron en todo el territorio nacional las elecciones para concejales. La victoria liberal fue grande sobre el partido conservador, con más de ciento cincuenta mil votos de mayoría sobre éste, lo cual le daba el control de quinientos concejos contra trescientos de mayoría conservadora.

20. Laureano Gómez se dirige por radio al país para explicar la derrota conservadora por el fraude liberal y persiste en la afirmación de que este partido tiene un millón ochocientos mil cédulas falsas. Censura fuertemente a Jorge Eliécer Gaitán por cuanto este caudillo no ha sido partidario de una reforma electoral que le ponga término al presunto fraude. Entre tanto, en la población de Chita, departamento de Boyacá, estimulados por los discursos y declaraciones de los jefes, los liberales y los conservadores se traban en un combate a bala que dura más de veinte horas consecutivas. Y en la Cámara de Representantes se adelanta un violento debate contra los ministros conservadores Roberto Urdaneta Arbeláez, Francisco de Paula Pérez

y Eduardo Zuleta Angel, por sus intervenciones en favor de las compañías petroleras norteamericanas. El 16 de agosto Eduardo Zuleta demostró que no tenía nada que ver con este escándalo, por lo cual le fue levantada la acusación. El debate continuó contra Urdaneta Arbeláez y contra Pérez a quienes la opinión pública empezó a llamar los "ministros petroleros". El representante Jorge Uribe Márquez manifestó que la conducta de Zuleta Angel estaba plenamente aclarada, pero que "lamentaba que no pudiera decirse lo mismo en relación con sus colegas de gabinete, Urdaneta Arbeláez y Francisco de Paula Pérez".

21. Ese mismo mes de septiembre se le rinde un grandioso homenaje a Gaitán en los salones del Hotel Granada, para celebrar la victoria obtenida en las elecciones para concejales. Esa misma noche, en dicho acto, es proclamada oficialmente la candidatura de Gaitán para la Presidencia de la República. Gaitán, en su discurso de aceptación, dice: "La rebelión es distinta a la revolución. El partido liberal legalista espera triunfar por los medios constitucionales. Nunca podría autorizar como Jefe de Partido un acto de rebelión porque somos un partido constitucional y el núcleo mayoritario de la nación no necesita de la ametralladora ni del fusil... El partido liberal triunfará por virtud de su mayoría si se cumple la voz ecuánime del presidente Ospina y triunfará también contra la obra persecutoria del régimen si la palabra del presidente Ospina no resulta valedera... Queremos la paz y la tranquilidad del país y en nuestras manos está paralizar la vida de la república si el fraude pretende imponerse o se pretende desconocer el poderío mayoritario liberal. Bastaría una orden para detener la vida de la república si el liberalismo y sus grandes mayorías tratan de ser desconocidos por los conservadores... Pero no creo que el presidente Ospina tenga tales ideas, sino que entiendo que hay un núcleo que pretende hacerlo, valiéndose para ello de los alcaldes y gobernadores, lo cual es una equivocación profunda".

22. Gaitán, como puede verse, pone aquí el dedo en la llaga. Efectivamente había en el conservatismo un grupo violento que quería consolidarse en el poder a toda costa. Y ese grupo indudablemente ejercía presión sobre autoridades subalternas que se prestaban para llevar a cabo actos proditorios que hemos relacionado, de acuerdo con las informaciones de prensa. Gaitán era muy consciente de esto y temía, con sobrada razón, que dicho grupo terminara por imponerse en el gobierno. Varias veces se le propuso que propiciara un golpe de Estado y de ello hay pruebas evidentes. Pero Gaitán siempre rechazó airado estas propuestas y, en alguna ocasión, desautorizó públicamente algunos movimientos que en este sentido y a sus espaldas estaban dando algunos de sus subalternos. Esa idea de que sólo los procedimientos establecidos en la Constitución eran el medio para llegar al poder, es la que reitera en los apartes transcritos de su discurso del Hotel Granada. También era consciente de su fuerza popular, capaz de paralizar a la nación entera. Pero no quiso jamás hacer uso de ella para entorpecer la vida normal de la nación.

Simultáneamente con el lanzamiento de su candidatura por las mayorías parlamentarias en el Hotel Granada de Bogotá, todos los concejos de mayoría liberal hicieron lo mismo.

23. El 6 de noviembre de 1947, en el recinto del Senado de la República, el doctor José Antonio Montalvo, Ministro de Justicia, encargado del Ministerio de Gobierno, hizo uso de la palabra para manifestar que estaba autorizado por el doctor Ospina Pérez para expresar en forma terminante que si un proyecto sobre reforma de la Policía era aprobado por las mayorías parlamentarias (de filiación liberal) quedaría inmediatamente rota la Unión Nacional y que, por consiguiente, el gabinete ejecutivo sería integrado por uno homogéneamente conservador. Y a renglón seguido el beligerante ministro dijo que el gobierno del presidente Ospina defendería a sangre y fuego, si era ne-

cesario, la institución de la Policía y que quienes pensaban que podían amarrar al presidente debían irse desengañando porque el presidente no se iba a dejar amarrar ni el partido conservador estaba dispuesto a permitirlo.

24. La respuesta a esta perentoria amenaza, proveniente del gobierno, la dio el jefe del partido liberal el viernes siguiente, en una de sus acostumbradas conferencias del Teatro Municipal de Bogotá. En efecto, Jorge Eliécer Gaitán expresó, a ese respecto, lo siguiente: "Se dijo ayer en el Senado de la República, a nombre del gobierno, que la actuación del Parlamento al aprobar por medio de sus mayorías una determinada ley, sería considerada como un reto y que "a sangre y fuego" se contestaría la labor del Congreso; se dijo también, que sólo por un sentido de retaliación se quería aprobar una ley referente al nombramiento de los jueces de instrucción criminal. Parece difícil comprobar cómo desde la posición del Ministro de Gobierno y en su representación se pueda hacer la segunda afirmación. Que el proyecto de nombramiento de los jueces de instrucción sea un acto de reto al Ejecutivo y de venganza es algo que una mente desprevenida no puede entender, porque el artículo 157 de la Constitución establece que los jueces de instrucción serán designados por el Tribunal del respectivo Distrito Judicial en sala plena y entonces tenemos esto: que el cumplimiento de un principio constitucional es tomado por el ministro como un acto de reto al gobierno y que su aplicación se atribuye a una venganza con el Ministro... Pero no sólo es infortunado este concepto en cuanto se atribuye calidad de insurgencia parlamentaria al cumplimiento de lo expresado por la Constitución en su artículo 157, sino que ese proyecto no fue presentado en esta legislatura, ni el doctor Montalvo era ministro en ese entonces. Ese proyecto sufrió el trámite legislativo en el Congreso del año anterior y ahora se estudia en el Senado, después de haber sido aprobado por la Cámara de 1946... Yo no sé

si descartando el principio de la defensa constitucional concluiremos que la actuación de ayer tiene un sentido de aceite alcanforado para provocar la reacción entre los sectores políticos vencidos. Porque nosotros no ignoramos que hay situaciones harto complejas, harto equívocas y harto extrañas en los acontecimientos políticos actuales. Cuando un Parlamento liberal piensa darle expresión legal a la Constitución como en el caso de los jueces de instrucción, entonces se habla de conspiración contra la Unión Nacional y de rebeldía. Cuando los liberales apenas pedimos que cese la persecución y el derramamiento de sangre, que en Boyacá no se sigan repitiendo los hechos trágicos que todos conocemos y lo mismo en Santander del Norte y en Bolívar, entonces ante esas voces de reclamo se contesta: "traición a la Unión Nacional". Estamos reclamando principios constitucionales, derechos humanos elementales, garantías sociales que con Unión Nacional o sin ella se nos deben reconocer... La otra declaración del Ministro de Gobierno se refiere al problema de la Policía. No conozco en detalle los términos de ese proyecto porque ha sido redactado por gente versada en la materia, conocedores del problema. Sé además que el liberalismo a lo único que aspira es a darle a la Policía la carta de dignidad que le corresponde como cuerpo indispensable en la tranquilidad pública. El Congreso no puede subvertir el orden público cuando ejercita la función constitucional de expedir las leyes y por consiguiente toda afirmación sobre subversión jurídica y atentado contra el presidente es obligar a la conciencia pública a creer que están diciendo cosas que obedecen a motivos distintos al del respeto a la ley o a la persona del presidente a quien nadie ha pensado atacar. Las fábricas seguirán moviéndose, los tranvías no suspenderán su curso y el doctor Montalvo no irá a acaudillar multitudes para defender "a sangre y fuego" la posición del gobierno. Yo les digo a los liberales que las declaraciones del doctor Montalvo no las tomen en serio.

Somos poderosos por la voluntad del pueblo y tenemos que serlo como gente fuerte que somos. No nos empeñamos en la lucha por el deseo de intranquilizar al país, pues no nos interesa saber en qué campo nos van a colocar en la lucha. A pesar de las provocaciones debemos servir la paz y la tranquilidad públicas, en razón de la posición que hoy ocupamos en Colombia... Si cuando el Jefe del Estado declara intangible la Unión Nacional sobre la base de que el Parlamento cumpla libremente su actividad legislativa, creemos más en sus palabras que cuando el Ministro de Gobierno amenaza al país con la liquidación de la Unión Nacional en el caso de que el Congreso expida determinada ley o, lo que es lo mismo, ejerza autónomamente la facultad constitucional de legislar”.

25. Al iniciarse el año de 1948, en su Mensaje de Año Nuevo, el presidente Ospina se refiere a la situación de orden público en el país y lanza esta tesis, justificativa de la violencia y que explica el cambio de orientación de su gobierno, anunciada en el Senado por José Antonio Montalvo: “El fraude es la causa de la violencia”. Definitivamente se había impuesto en el gobierno el sector violento del conservatismo. Todo parecía indicar que el partido minoritario que había alcanzado el poder en 1946, por la catastrófica división del liberalismo, estaba dispuesto a consolidarse en él así fuera “a sangre y fuego”, por encima de la autonomía del Parlamento y por encima también de las realidades electorales.
26. La violencia oficial cobra caracteres alarmantes en Boyacá, en Santander y en otros departamentos. En la población de Chita los liberales son obligados a huir, en un éxodo pavoroso, dejando abandonados sus casas, sus cosechas y sus ganados.
27. El jueves 8 de enero, el jefe del partido conservador declara, en un reportaje concedido al periódico “El Estado”, de Santa Marta, que el país está en guerra civil. Dice así el doctor Laureano Gómez: “Toda esta ola de barbarie es originada por el fraude. Las buenas

sólo son las que están registradas en Bogotá. Por lo tanto toda cédula que no sea clasificada debidamente debe presumirse falsa y anularse. Para algo debe servirnos la dactiloscopia que ha progresado mucho. Todas las impresiones digitales son distintas y ahí está la clave de todo. Hay que anular un millón ochocientas mil cédulas falsas... Me parece que esta ola de sangre es la revolución y la guerra civil'.

28. A finales de enero de 1948, la situación en el departamento de Santander del Norte ha llegado a tales extremos de pugnacidad que el gobierno tiene que declarar turbado el orden público en dicha región del país. El general Gustavo Matamoros es nombrado Jefe Civil y Militar de la misma. Los liberales son aniquilados o expulsados. El doctor Julio Roberto Salazar Ferro, después de visitar la región assolada por la violencia, declaró para "El Tiempo", lo siguiente: "Todo lo que pudiera decir resultaría pálido ante la realidad de lo que me tocó ver y oír en aquella martirizada región de la patria. Inmensas caravanas de mujeres y hombres huyen de las regiones assoladas por la barbarie conservadora en busca de abrigo y pan en otras comarcas donde puedan tener la seguridad de sus propias vidas. Tras de ellos quedó la tierra calcinada por los incendios. Casas, sementeras, estancias, animales, depósitos, todo quedó destruido. Ni en Arboledas ni en Cucutilla quedó nada de pertenencia del liberalismo. Todo fue arrasado. Se dice que en aquellas regiones no queda hoy sino paz y concordia. Y es necesario que así sea pues se necesitaría que estuvieran peleando los conservadores entre sí para que los combates siguieran. Ya no queda un liberal en toda esa comarca. Los que no murieron tuvieron que huir. Y en Salazar y en Cúcuta y en la frontera venezolana solamente se encuentran hacinamientos humanos que inspiran compasión y pavor. Allí conviven los hombres con los animales, los enfermos con los sanos y no está lejana la hora en que dentro de aquel cuadro dantesco surjan las epidemias terribles, sobre todo para

las vidas de los niños que allí se encuentran. Las gentes no tienen pan ni medios para conseguirlo. Carecen de ropa, pues todo tuvieron que abandonarlo en la precipitud de su huida. Todos se hallan en la más triste condición de mendicidad y muertos de hambre. Y solamente por llamarse liberales o por ser jefes de familias liberales”.

29. Gaitán, frente a estos desgarradores hechos de violencia, prepara un “Memorial de Agravios” que pone en manos del presidente Ospina Pérez el 29 de enero, personalmente, en el Palacio. Y organiza, también, la llamada Manifestación del Silencio, la cual se realiza en Bogotá el 7 de febrero. De todos los sitios de la ciudad se movilizan gentes portando pequeñas banderas enlutadas que hacen tremolar en el aire. Más de cincuenta mil personas desfilaron por las calles de Bogotá y luego se concentraron en la Plaza de Bolívar y sitios aledaños. Desde dicha plaza Gaitán pronunció, esa tarde, una de sus más bellas piezas oratorias. Rompió Gaitán, en esta ocasión, las leyes de la psicología colectiva al obtener que esa multitud, integrada en su mayoría por gentes de los estratos más bajos de la sociedad, de suyo ruidosas y vociferantes, estimuladas por la pasión política que en esos momentos era bien grande, desfilaran por la ciudad y luego se concentraran en aquel sitio, en completo silencio. Fue una demostración palpable del poderoso ascendiente que el caudillo tenía sobre las multitudes. Y del poder y la disciplina que había logrado imponerle a su partido, a más de sus grandes condiciones de organizador. Efectivamente, lo que Gaitán hizo aquel día no tiene antecedentes en la historia colombiana y quizás universal. Lanzar a una multitud enardecida a la pedrea, al incendio, a la violencia, lo puede hacer cualquier demagogo de barriada, ante un motivo menos grave que el que convocaba a aquellas gentes en plan de protesta. Pero imponerles el silencio a esas cincuenta mil almas indignadas por la ola de barbarie que se cernía sobre el país, fue casi un milagro de psicología

colectiva. Y más, si se piensa que esas caudas humanas eran gentes nuestras, gentes del trópico, de suyo indisciplinadas, vociferantes y violentas, ahora movidas por los resortes de la pasión política, ante un líder cuya sola presencia arrancaba gritos de entusiasmo entre la multitud y que manejaba una oratoria arrebatadora.

Gaitán, en aquella memorable ocasión, pidió garantías al presidente Ospina Pérez para el liberalismo que estaba siendo víctima de tan tremenda persecución. Y concluye su elocuente arenga con estas palabras: "Ninguna colectividad en el mundo ha dado una demostración superior a la presente. Pero si esta manifestación sucede, es porque hay algo grave, y no por triviales razones. Hay un partido de orden capaz de realizar este acto para evitar que la sangre siga derramándose y para que las leyes se cumplan, porque ellas son la expresión de la conciencia general. No me he engañado cuando he dicho que creo en la conciencia del pueblo, porque ese concepto ha sido ratificado ampliamente en esta demostración, donde los vítores y los aplausos desaparecen para que sólo se escuche el rumor emocionado de los millares de banderas negras, que aquí se han traído para recordar a nuestros hombres villanamente asesinados... Señor Presidente: serenamente, tranquilamente, con la emoción que atraviesa el espíritu de los ciudadanos que llenan esta plaza, os pedimos que ejerzáis vuestro mandato, el mismo que os ha dado el pueblo, para devolver al país la tranquilidad pública. ¡Todo depende de vos! Quienes anegan en sangre el territorio de la patria, cesarían en su ciega perfidia. Esos espíritus de mala intención callarían al simple imperio de vuestra voluntad... Amamos hondamente a esta nación y no queremos que nuestra barca victoriosa tenga que navegar sobre ríos de sangre hacia el puerto de su destino inexorable... Señor Presidente: en esta ocasión no os reclamamos tesis económicas o políticas. Apenas os pedimos que nuestra patria no transite por caminos

que nos avergüencen ante propios y extraños. ¡Os pedimos hechos de paz y de civilización!... Nosotros, Señor Presidente, no somos cobardes. Somos descendientes de los bravos que aniquilaron las tiranías en este suelo sagrado. Somos capaces de sacrificar nuestras vidas para salvar la paz y la libertad de Colombia... Impedid, señor, la violencia. Queremos la defensa de la vida humana, que es lo menos que puede pedir un pueblo. En vez de esta fuerza ciega desatada, debemos aprovechar la capacidad de trabajo del pueblo para beneficio del progreso de Colombia”.

30. Ese mismo día de esta gran manifestación por la paz, es decir, el 7 de febrero, la policía de Manizales disparó desde los balcones de la Gobernación sobre una manifestación que en forma tranquila y pacífica se celebraba en dicha ciudad. El saldo fue de cuatro liberales muertos y doce heridos. Los dirigentes liberales Otto Morales Benítez y Rivera Cardona, con gran valor y decisión, condenaron enfáticamente este nuevo atropello cometido con las armas oficiales bajo la administración del gobernador Alfonso Núñez Botero. Al desmentir el relato que hizo dicho funcionario, Morales Benítez y Rivera Cardona expresaron: “Si hubiera habido un asalto a la Gobernación, por lo menos un muerto ha debido quedar en ella”. Jorge Eliécer Gaitán inmediatamente viajó a Manizales para informarse directamente de los hechos y pronunció en el sepelio de las víctimas una bella y conmovedora oración fúnebre, conocida como la “Oración por los humildes”.
31. El 11 de febrero fue expedido un Comunicado de la Presidencia, dando a conocer los nombres de los delegados colombianos a la IX Conferencia Panamericana, próxima a reunirse en Bogotá. Esos delegados fueron: Darío Echandía, Antonio Rocha, Carlos Lozano y Lozano, Luis López de Mesa, Carlos Lleras Restrepo, Jorge Soto del Corral, Laureano Gómez, Roberto Urdaneta Arbeláez y Eduardo Zuleta Angel. Fue notoria la ausencia de Jorge Eliécer Gaitán en esa

nómina. Allí, en cambio, estaba el jefe supremo del conservatismo, doctor Laureano Gómez. La razón que se dio para excluir a Gaitán de dicha nómina fue pobre en extremo: se dijo que era un gran penalista pero que no era experto en cuestiones de Derecho Internacional. Casi todos los integrantes de esa nómina tampoco lo eran. Pero la verdad era otra: Laureano Gómez había expresado en privado, pero para que se conociera en la opinión pública, que si Gaitán aparecía en dicha nómina, él renunciaría (2).

Más que una descortesía, esa omisión fue un torpe agravio inferido a Gaitán y al partido que él representaba. Sin embargo, en aras de la paz pública y del prestigio del país, tanto Gaitán como las mayorías liberales en el Parlamento aprobaron la participación del liberalismo en esa Conferencia Panamericana.

32. El 19 de febrero, la Junta de Mayorías Liberales resolvió romper la colaboración del partido liberal en el gobierno de Ospina Pérez, en vista de que dicho gobierno no había atendido las reiteradas solicitudes de tomar medidas tendientes a ponerle término a la ola de violencia oficial en todo el territorio nacional y de que, antes bien, seguía sosteniendo que esa violencia era la respuesta al fraude de los liberales. Tesis ésta que el partido liberal no compartía, pues para esta colectividad era muy claro que dicha violencia obedecía a falta de garantías y a la parcialidad de las autoridades contra las masas de dicho partido. En aquella época alguien dijo en el Congreso una frase muy sabia: "Señalar el fraude como causa de la violencia, además de ilógico es inmoral. Esto equivale a decir: como ustedes hacen fraude, vamos a asesinarlos. Por lo demás, da la casualidad de que el fraude no tiene fusiles".

La proposición presentada en la Junta de Mayorías Liberales para ponerle término a la colaboración con el gobierno de Ospina, publicada en "El Tiempo" del domingo 29 de febrero, expresa claramente que "te-

2. Arturo Abella. Así fue el 9 de abril, pág. 7.

niendo en cuenta que en Colombia el partido liberal ha sido el abanderado de la política democrática de las Naciones Unidas y de la solidaridad continental, quedan excluidos de la anterior desautorización los cargos relacionados con la IX Conferencia Panamericana". Con esto quedaba definida la posición de respaldo que daba el partido liberal y su propio jefe, doctor Gaitán, a la reunión de dicha Conferencia.

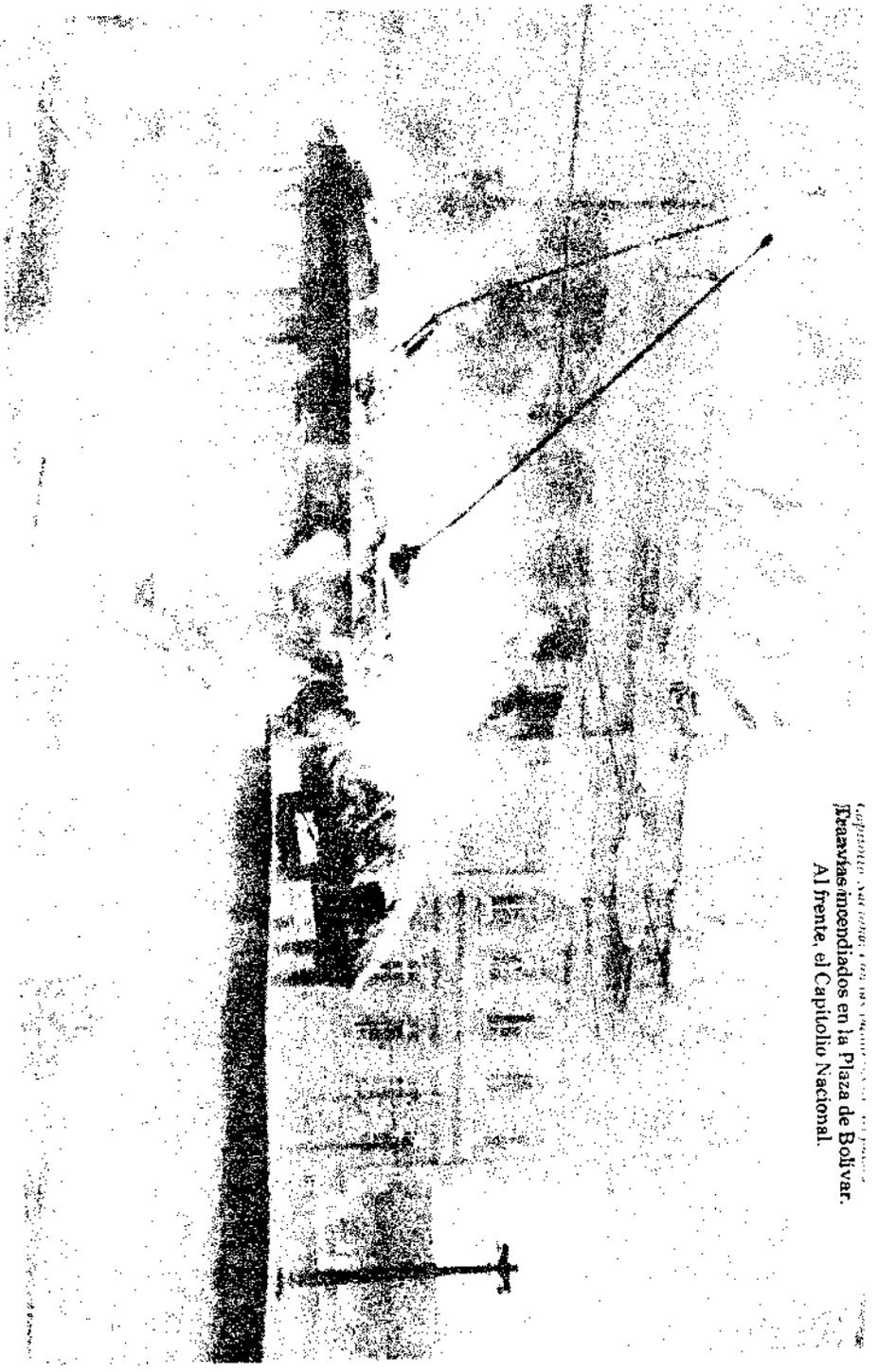
33. En obediencia a esa orden de la Junta de Mayorías Liberales, todos los ministros del liberalismo se retiraron de sus respectivas carteras, con excepción hecha del Canciller Domingo Esguerra quien manifestó que a él no le importaban las decisiones del partido y que, en consecuencia, seguiría en su cargo. Por tal motivo, grupos liberales le lanzaron huevos podridos y tomates, en varias ocasiones, para castigar su indisciplina y falta de solidaridad para con el partido. Y no sólo los ministros dimitieron, sino que también lo hicieron los gobernadores y los alcaldes, empezando por el de Bogotá, doctor Mazuera Villegas.
34. A raíz de este hecho, la violencia continúa en todo su furor. El 9 de marzo, en San Cayetano, Cundinamarca, fue asesinada por elementos procedentes de la policía de Boyacá, una familia compuesta de cinco campesinos liberales. Ese mismo día también fueron asesinados diez liberales en Miripí.
35. También, por esos mismos días, fue asaltado el distinguido ciudadano liberal don Arturo Padilla, cuando regresaba a Bogotá, en compañía de su familia, procedente de su finca de San Francisco. El acto vandálico cometido contra él fue debido a que su automóvil era de color rojo. Al tratar de defenderse fue gravemente herido por los asaltantes con cuchillos. En su lecho de enfermo el señor Padilla después de hacer un recuento prolijo de los hechos, expresó: "Estoy horrorizado. El país comienza a desmoronarse".
36. El 22 de marzo la prensa anunció la integración de un nuevo gabinete ministerial homogéneamente conservador. Al lado de la noticia, "El Tiempo" publicó las

declaraciones de José Antonio Montalvo quien, entre otras cosas dijo, en medio de un inmenso regocijo: "Esta mañana subió al poder el conservatismo". Registra también la prensa matutina el incendio de la población de Risaralda, a manos de extremistas conservadores, amparados por la policía, la cual, además de haberles suministrado las armas a los asaltantes, les brindó protección, permitiendo además que éstos frecuentaran los cuarteles de la institución.

37. El 30 de marzo, a las cuatro de la tarde, se instaló en el Capitolio Nacional la IX Conferencia Panamericana, con la presencia de las delegaciones de los veintiún países panamericanos. Entre los delegados se contaban grandes personajes de la política continental, entre ellos el general George Marshall y Rómulo Betancourt. El presidente Ospina Pérez inauguró la Conferencia con un discurso que fue contestado por el Jefe de la Delegación del Brasil, señor J. Neves de Fontaura.
38. El 5 de abril el nuevo Ministro de Gobierno, doctor Eduardo Zuleta Angel, se dirigió por radio al país, para referirse a la grave situación de orden público y para anunciar que se proponía adelantar una campaña de pacificación, extirpando las causas de la violencia, exhortando a los alcaldes y a las demás autoridades para que cumplieran con el artículo 16 de la Constitución Nacional que establece que ellas están instituidas para proteger la honra, la vida y los bienes de los asociados. También expresó el doctor Zuleta Angel su propósito de sancionar a los responsables de los actos de violencia, cualquiera que fuera el partido político al cual pertenecieran. Terminó su ecuánime discurso haciendo un llamamiento a los colombianos a la paz y la concordia.
39. El 8 de abril "El Tiempo" se refiere a la violenta reacción que suscitó dentro del conservatismo laureanista el discurso del nuevo Ministro de Gobierno, Zuleta Angel. Afirma "El Tiempo" que ese sector del partido conservador ha censurado duramente al ministro por

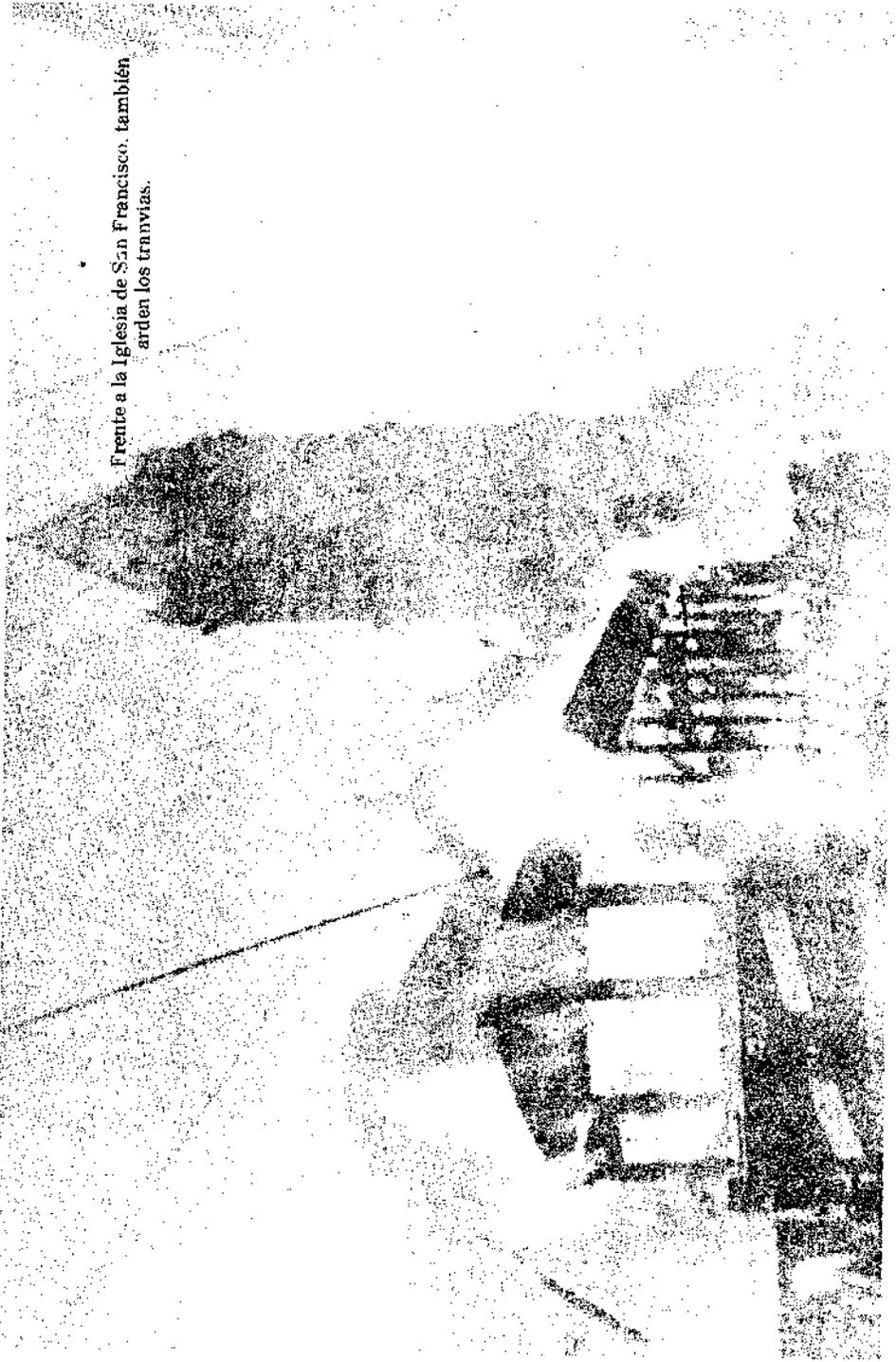
haber sugerido que las autoridades no cumplían correctamente con lo dispuesto en el artículo 16 de la Constitución, pues dicha afirmación era contraria a la tesis de que el factor causante de la violencia era el millón ochocientas mil cédulas falsas en poder del liberalismo. Eso, según Laureano Gómez, era la explicación de la violencia.

40. El 9 de abril, a la una y cinco minutos de la tarde, en la carrera séptima de Bogotá, es asesinado el doctor Jorge Eliécer Gaitán, cuando salía de su oficina de abogado en compañía de los doctores Plino Mendoza Neira, Pedro Eliseo Cruz, Alejandro Vallejo y Jorge Padilla. El asesino del doctor Gaitán le disparó desde el umbral de la puerta del edificio donde funcionaba la oficina del Caudillo, cuatro tiros, de los cuales tres le perforaron la espalda y la base del cráneo. El Caudillo se desplomó en la calle, boca arriba, con un hilo de sangre en la boca. Pero esos cuatro tiros no sólo perforaron su cuerpo sino que cambiaron el rumbo de la historia de Colombia.



Capitolo Nacional en un momento de la tarde.
Incendios en la Plaza de Bolívar.
Al frente, el Capitolio Nacional.

Frente a la Iglesia de San Francisco, también arden los tranvías.



EL CAUDILLO

Lo que pasó el 9 de abril, esa violenta e intempestiva explosión de pasiones desenfrenadas, esa tromba humana que brotaba por todas las calles de la ciudad con las manos crispadas, lanzando sus alaridos de dolor y pidiendo venganza, armada de cuanto encontró a su paso, no podría explicarse jamás prescindiendo de aquel hombre cuya muerte violenta estaba causando esos tremendos desórdenes en la psicología colectiva. No cabe la menor duda, para quienes vivimos aquellos instantes turbulentos y para quienes posteriormente hemos estudiado el fenómeno, con la objetividad adecuada y la perspectiva histórica que nos ha dado el paso del tiempo, que todo aquello fue una explosión espontánea del pueblo, herido súbitamente por manos alevés de algún irresponsable enajenado. Porque a todos nos cogió de sorpresa aquella desgarradora noticia, gritada con ira por los locutores de los noticieros bogotanos y repetida con odio por quienes amaron al caudillo sacrificado y estuvieron dispuestos a entregar su vida misma en holocausto a su memoria. Para todos fue una escalofriante sorpresa. Inclusive para el gobierno del presidente Ospina Pérez, quien ni siquiera se hallaba en Palacio cuando el asesinato de Gaitán se produce y quien, de pronto, se topa de manos a boca con la manifestación de protesta que lleva en rastro hacia el propio Palacio el ca-

dáver sanguinolento del asesino. La misma desprotección en que se encuentra Bogotá, por parte de la fuerza pública, en aquellos días, pone a salvo cualquier sospecha de que el gobierno sabía lo que iba a ocurrir. Bogotá tenía el 9 de abril escasos ochocientos soldados, de los cuales apenas veinte custodiaban el Palacio de los Presidentes y quizás unos sesenta estaban en el batallón Guardia Presidencial, a inmediaciones de esta casa de gobierno. Pese a que se encontraba reunida en la ciudad la IX Conferencia Panamericana, a la cual asistían eminentes figuras de todos los países del continente y que, justamente por eso, era el centro de la atención mundial. En ella se estaba jugando una nueva y peligrosa carta de esa "guerra fría" que desde la Segunda Guerra Mundial venían adelantando, con toda clase de estrategias, las dos grandes potencias imperialistas. Y pese, también, a que en Bogotá se encontraba el hombre más importante del mundo en ese entonces, y héroe de esa Segunda Guerra Mundial, el general George Marshall. Si de algo podía tacharse al gobierno en aquella ocasión era de negligente.

Entonces, si aquello fue tan súbito, tan inesperado, como quedó consignado en el testimonio de todos quienes han escrito sobre tan importante acontecimiento y grabado en la conciencia de quienes, en una u otra forma fuimos testigos, actores o sobrevivientes, ¿en virtud de qué motivaciones y resortes humanos se levanta todo un pueblo, con el corazón lleno de odio y destruye, en menos de seis horas, todo el centro de una de las capitales más importantes del continente, ante la mirada absorta del mundo, que tenía puestos sus ojos en ella?

El asesinato de cualquier otro líder, en el mismo momento histórico, no habría producido nada diferente quizás a una pequeña manifestación callejera y alguno que otro discurso fúnebre. Ningún asesinato o sacrificio de otro caudillo había producido en Colombia algo semejante. No hay noticia de que en cualquier otro país americano o mundial, un hecho similar a la muerte de Gaitán hubiera desatado un terremoto político de las dimensiones y trascendencia de este que nos ocupa. Ni siquiera el asesinato

del general Rafael Uribe Uribe, el 15 de octubre de 1914, en las gradas del Capitolio, a golpes de hacha y a plena luz del sol, fue capaz de producir siquiera la ruptura de un vidrio, a pesar de los ríos de llanto que desató en las gentes que lo amaron. El general Uribe Uribe también fue un caudillo popular, un ídolo del pueblo, pero éste jamás llegó a identificarse con él y siempre lo sintió distante, lejano, inaccesible, en el nicho de la profunda admiración, como una especie de santo laico, perteneciente a otra clase y a otra estirpe. Nunca lo vio, ni a él, ni a Obando, ni a Arboleda, — para no citar sino tres ejemplos de caudillos populares que fueron asesinados— como productos del mismo arroyo de su sangre. Con la muerte de Uribe Uribe, apóstol de los desposeídos, el país se estremeció con espanto, su entierro se recuerda como uno de los actos apoteósicos más grandes que haya vivido Bogotá y, su memoria, en lugar de ensombrecerse, crece en luminosidad con el paso del tiempo. Pero ni siquiera las horripilantes características de su asesinato movieron al pueblo en la forma como fue impulsado el 9 de abril de 1948. Los asesinos de Uribe Uribe —Leovigildo Galarza y Jesús Carvajal— fueron aprehendidos en el acto, sin que hubiera habido conato alguno de linchamiento. Los tiempos han cambiado, se dirá. Es verdad: los tiempos son otros y en los de ahora hay muchos ingredientes dinamizantes, porque en las corrientes de la historia han venido apareciendo peligrosos componentes de resentimiento, que siempre generan violencia. El pueblo ha despertado, la lucha de clases se ha agudizado, ha aparecido en el escenario del acontecer social un proletariado que lucha agresivamente por sus intereses, en fin, vivimos una época turbulenta de contradicciones y de crisis. Pero aún así, si el líder asesinado el 9 de abril hubiera sido otro cualquiera, no se hubiera producido el estallido pavoroso que causó el sacrificio de Gaitán.

De tal manera que el 9 de abril no puede explicarse, por más que se profundice en sus causas económicas, políticas y sociales, y en la psicología de las masas, si no se tiene una noción muy clara de lo que fue Jorge Eliécer

Gaitán y de lo que en ese momento significaba en la vida del país y, particularmente, en la conciencia popular.

El agitador

Jorge Eliécer Gaitán fue el caudillo por excelencia y nadie, antes ni después de su muerte, ha llegado a calar tan hondamente en el alma colectiva. En la tribuna, era dueña de voluntades y bien podía producir la tempestad atronadora de los aplausos y los gritos o, por el contrario, imponer el silencio a multitudes agresivas y violentas y hacerlas obedecer sumisamente, contrariando las leyes de la psicología popular. En las aldeas, en los villorrios, en las carreteras, en los caminos polvorientos, por dondequiera que pasara, en sus giras por el país, las gentes salían corriendo atropelladamente, a su encuentro, con sus pequeños hijos en alto, para saludar al "redentor del pueblo", y lo señalaban con temor, con admiración y con asombro y no olvidarían jamás aquella figura morena que era la más fiel representación del mestizo, pero con aquella arrogancia y seguridad en sí mismo reflejadas en su sonrisa de satisfacción que aún le vemos en las fotos. En las calles de Bogotá, al entrar o al salir de su oficina, o cuando caminaba por ellas, invariablemente se producía este fenómeno: los lustrabotas, los loteros, los vendedores ambulantes, las gentes del común, se agrupaban para verlo pasar y le hacían calle de honor y le vitoreaban con entusiasmo inusitado. Así, su movimiento político, el "gaitanismo", llegó a tener visos de un mesianismo que, a juicio de muchos, no dejaba de ser peligroso para el mismo caudillo. Sostenían estos críticos que de llegar Gaitán al solio de los presidentes, necesariamente vendría la decepción, pues sus seguidores creían que al día siguiente de posesionarse, todos los problemas del país se solucionarían con la misma facilidad y eficacia con que las palabras y los conceptos salían de sus labios en la tribuna pública.

La verdad es que nadie ha echado raíces tan profundas en el corazón de su pueblo. Pero Gaitán no era propia-

mente un caudillo bárbaro de tipo patriarcal, de esos que nos pintan con toda la razón nuestros historiadores. De aquellos caudillejos déspotas y omnipotentes a quienes el pueblo ignorante, temeroso o sumiso, solía agarrarse, como los hijos de otras épocas a los padres tiranos, en busca de protección, y a cuya muerte solían llorar como huérfanos desamparados ante la pérdida de ese tremendo super-yo de la patria. De aquellos tiranuelos que han dominado en muchas épocas, desde la Independencia hasta nuestros días, en muchos de nuestros países tropicales, en los que hemos venido jugando a la democracia, como representando una comedia, no sólo con la toga del rábula sino con los zamarros del gamonal, el cubilete del financiero, la sotana del cura de misa y olla, el sacoleva del manzanillo o las botas del chafarote. Por el contrario, Jorge Eliécer Gaitán era un hombre de firmes disciplinas universitarias. Su carrera como abogado penalista fue un sendero de triunfos resonantes. Su tesis de grado en la Universidad Nacional de Colombia lo muestra desde los primeros años, como un hombre preocupado por la problemática de su país y como un apóstol de los desposeídos. Discípulo de Enrico Ferri, en la escuela de Roma, se destaca como uno de los más eminentes alumnos del gran maestro italiano, y su tesis merece la consagración de los laureles académicos. Su teoría sobre los delincuentes premeditativos será comentada por el mismo Ferri en su magistral tratado de la ciencia jurídico-criminal. No es, pues, propiamente, una de esas medianías que nuestras democracias tropicales suelen consagrar y abrumar de honores, simplemente porque disponen de algunos recursos oratorios y los manejan con habilidad y buena suerte. De ninguna manera. Gaitán fue un hombre respetable en el campo de su profesión, destacándose como el más grande penalista de toda nuestra historia forense. Tenía, además, una buena cultura, había estudiado y viajado por Europa, visitando museos, y disponía de una adecuada formación política y humanística. A todo esto agregaba una personalidad fuerte, que algunos encontraban en exceso autoritaria. Era evidente que poseía un gran don de mando, ema-

nado de la propia seguridad en sí mismo, y que hablaba un lenguaje llano, directo, sin eufemismos ni reticencias, con una franqueza que a veces rayaba en lo rudo y aun en lo descortés y grosero. Muchos de los que estuvieron muy cerca de él lo tildaron de pedante y jactancioso. Pero, a pesar de todo, o quizás por ello mismo, de su personalidad emanaba una extraña fuerza, cierto misterioso magnetismo, que automáticamente lo ponía por encima del nivel de los demás. Era un generador de energía. Quienes lo conocimos personalmente sentimos siempre esa fuerza vital que emanaba de su espíritu y que desde la tribuna misma salía al exterior, en forma de ondas invisibles, para captar la atención de sus oyentes y aprisionar su voluntad a los impulsos mismos de su elocuencia ruda y estremecedora. Podríamos decir que sus palabras golpeaban. A veces nos parecían estridentes y operáticas. Sus discursos improvisados en la plaza pública eran gramaticalmente descuidados, sin oropeles retóricos, sin preciosismos poéticos, utilizando siempre un lenguaje llano, el propio de su pueblo, lleno de expresiones coloquiales, pero que salían de su garganta cargados de una misteriosa energía, de una wagneriana musicalidad, que impresionaba tanto el oído, como el corazón y el entendimiento. Su pueblo — hasta el más humilde analfabeto— podía entenderlo. Y más que entenderlo, sentir que aquella voz era la suya, fluyendo por los oscuros canales de la historia, como protesta de una raza vencida, fluyendo hasta aquella caja musical que era su garganta, en forma de imprecación, de reproche, de desafío. Porque la oratoria de Gaitán era varonil, camorrista, pendenciera, sarcástica, irónica e incisiva, al mismo tiempo. Terriblemente demoledora, que tan pronto suscitaba el grito inflamado de sus oyentes como la risotada estruendosa. Era la voz india de su pueblo, expresándose por primera vez en la historia con la altivez y la resonancia retadora de un caudillo letrado. De ahí su ascendiente sobre las multitudes. Les estaba hablando en su propio lenguaje, con la elocuencia que las gentes anidaban en su corazón pero que no podían expresar. De ahí que resultara tan cierta aquella expresión que Gaitán or-

gulosamente solía repetir en sus discursos: "Yo no soy un hombre; yo soy un pueblo".

Esta no era, de modo alguno, una frase para impresionar multitudes. Era una verdad de a puño. Gaitán era su pueblo. Era la expresión auténtica de su propia raza. Hasta en su figura física: de regular estatura, con esa lividez morena del mestizo, malicioso, vivaz, inteligente, intuitivo, de ojos oscuros y profundos, el pelo liso y rebelde, los pómulos salientes, la barbilla firme, la boca grande y los dientes blancos y un poco echados hacia adelante. Nada de particular tenía su estampa, nada que se saliera del común de nuestro mestizo hispano-chibcha; cualquiera que no lo conociera, podía confundirlo con alguna persona de la base popular de su partido. Hasta en su manera de hablar, un poco afectada, con las mismas modulaciones de la voz que hacen los bogotanos mestizos de los barrios más pobres. Pero, como antes lo expresé, de todo su cuerpo parecía emanar una fuerza invisible y subyugante: la de los grandes conductores. A veces parecía solemne y parsimonioso, pero siempre tenía ese aire de superioridad que no podía ocultar en ninguna de sus expresiones y de sus movimientos. Al mirar, al hablar, al saludar.

Gaitán como orador tenía a su favor una garganta privilegiada, capaz de dar los tonos más altos y más bajos de la escala musical y la manejaba con estudiada destreza y maestría. Ciertamente había tenido oportunidad de escuchar personalmente a Benito Mussolini, durante sus años de permanencia en Roma, de verlo en la tribuna, con todos sus gestos histriónicos, y sus biógrafos anotan que ese conocimiento del más grande orador italiano de su época ejerció decisiva influencia en su estilo oratorio. Lo que no era difícil para un hombre latino, emotivo y sentimental como lo fue Gaitán. Se dejaba arrollar por su propia elocuencia y era frecuente que no terminara los períodos, que los dejara inconclusos, engarzándolos unos a otros al son de la música apocalíptica de su garganta. Empezaba tímidamente, en voz muy baja, quizás para atrapar con ello la atención y producir el silencio en sus oyentes; poco a poco iba subiendo el tono, hasta el grito estentóreo que

luego quebraba, con una habilidad fonética del mejor barítono del mundo; y luego iba cayendo en notas graves, lentamente; para acelerar luego y echar a galopar rápidamente sus palabras como si fueran desbocados corceles que cruzaran el aire, a la estampida, dejando atrás la propia ilación del jinete que no alcanzaba a poner los pies sobre los estribos de la sintaxis del idioma. Por eso quizás era descuidado en su lenguaje tribunicio de plaza pública. Porque hay pruebas de que, cuando quería, manejaba espléndidamente la gramática. Dos de sus discursos, escritos, naturalmente, son ejemplos de belleza idiomática. Me refiero a la "Oración por la paz" y a la "Oración por los humildes", pronunciados ambos en febrero de 1948, dos meses antes de su muerte. En ellos hay esbeltez en la palabra, precisión en el concepto, belleza y poesía en la forma.

En el foro, cuando intervenía en audiencia pública, en sus defensas penales, esa actitud histriónica de Gaitán, se ponía más de manifiesto que en la propia tribuna política: crispaba las manos, golpeaba el aire con los puños, se aflojaba el nudo de la corbata, echaba la cabeza hacia atrás en desplantes de arrogancia, los mechones rebeldes de su pelo lacio caían sobre su frente y la espuma de su saliva asomaba por las comisuras de sus labios. Era un verdadero espectáculo que alcanzaba plenamente los fines propuestos: el jurado de conciencia terminaba siempre absolviendo al acusado entre sollozos y lágrimas furtivas... Pero, aunque era más histriónico, tenía mejor manejo del idioma que en sus improvisaciones de plaza pública. Quizás porque estudiaba de antemano lo que iba a decir. Quizás también porque carecía del estímulo caluroso del aplauso frenético de las multitudes. En todo caso, en la plaza pública aparecía más espontáneo. Se daba a las multitudes por entero y su cuerpo y su alma vibraban como un viento de tempestad estremeciendo el bosque.

¿Cómo llegó Gaitán a ocupar sitio tan prominente en el campo de la política y del Derecho? Su lucha fue difícil, dura, sin tregua, desde el principio hasta el final. Hijo de una maestra de escuela y de un vendedor de libros viejos,

tuvo que desafiar la adversidad misma, para ir escalando, paso a paso, cada uno de los peldaños de la fama. Su infancia pobre y atormentada y su adolescencia llena de privaciones y de actos de callado heroísmo cotidiano. De ese heroísmo silencioso que consiste en engañar las necesidades más elementales, de pasar por encima de las humillaciones, de ocultar las carencias apremiantes, de callar las ofensas, de hacer toda clase de equilibrios financieros para poder continuar sus estudios, de estudiar con el alma atormentada por la miseria, de sufrir la impertinencia y la vanidosa ostentación de los compañeros opulentos. Ese heroísmo que temple el carácter y aquilata la voluntad. Porque Gaitán fue obra de su propio esfuerzo. No contó en su vida con parientes poderosos e influyentes y, antes bien, rehusó con altanería la ayuda interesada de quienes quisieron medrar a la sombra de su talento. Desde la infancia misma se le enfrentó a los poderosos y miró con desdén a quienes se escudaron en su poder económico y social para humillarlo. No pudieron hacerlo, porque tropezaron con un alma altiva que podía defenderse con su propio orgullo y con una tenacidad desconcertante. Prefirió vender por las calles de Bogotá los almanaques que su padre editaba en una modesta imprentilla, antes que solicitar la ayuda a los extraños. Pero enfrentado a su propio padre, que nunca le entendió, prefirió irse de la casa a vivir en una astrosa buhardilla y estudiar en los cafetines, en medio del estruendo y la algarabía de los borrachos y las mujerzuelas. Desdeñó la beca que el gobierno conservador del señor Marco Fidel Suárez le ofrecía para ir a Italia a especializarse en Derecho Penal, y prefirió ahorrar, peso a peso, hasta reunir con grande esfuerzo y muchas privaciones, lo estrictamente indispensable para su grande empresa. Recién egresado de la Universidad Nacional, mientras muchos de sus compañeros ostentaban lujosas oficinas y viajaban al exterior en pomposos cargos diplomáticos, alquiló una piezucha en el interior de un edificio destartalado y allí inició su actividad profesional. Como no tenía con qué comprar un escritorio, resolvió alquilar uno de segunda mano por la módica suma de dos pesos sema-

nales. Su primer triunfo forense lo obtuvo defendiendo gratis, como abogado de oficio, a una mujer del pueblo a quien se sindicaba de un atroz delito. Viaja a Italia, se hace penalista, regresa a Colombia y desde el primer día inicia su lucha en favor de los humildes. Todo su resentimiento social lo había canalizado, gracias a su férrea voluntad, en una fuerza que tendía a reformar el país en sus estructuras sociales. Se hace elegir por primera vez a la Cámara de Representantes y allí se le enfrenta al gobierno conservador por la masacre que ha hecho en los trabajadores de la Zona Bananera, al servicio de la United Fruit Company. El joven parlamentario viaja a la Costa Atlántica, lugar de los luctuosos acontecimientos, habla con los trabajadores, con las familias de las víctimas, recopila datos, obtiene documentos y, cargado con este explosivo bagaje, arma tremendo debate al régimen conservador que ya empieza a declinar bajo el peso de sus propios errores. Su elocuencia es convincente, sus argumentos poderosos, su dialéctica irrefutable. Y, a raíz de este debate, inicia su carrera política llena de altibajos. Aunque su inteligencia es grande, tendrá que enfrentarse contra las oligarquías financieras y las roscas plutocráticas que siempre tratan de cerrarle el paso. Estrecho dentro de los moldes de un liberalismo anquilosado y timorato, resuelve fundar un nuevo partido con cierta orientación de tipo socialista: la Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria (UNIR). Fracasado en su intento, regresa al viejo partido liberal con el firme propósito de inyectarle savia nueva. Cree posible la coexistencia de la democracia política con la democracia económica. Piensa que las grandes reformas sociales que el país requiere para lograr la justicia social se pueden hacer a través del partido liberal. Pero hay que remozarlo en sus doctrinas y depurarlo en sus estructuras. Y a ello se dedica con verdadera pasión.

Gaitán da muestras en toda su trayectoria política de una gran honestidad intelectual, de una insobornable pulcritud, de una excelente conciencia moral. Pudo equivocarse muchas veces, pero siempre de buena fe. Fue intransigente con los vicios políticos que aquejaban y siguen

aquejando a nuestro sistema y tuvo valor para denunciarlos públicamente y para combatirlos, siempre que tuvo en sus manos esas posibilidades de fiscal de nuestras costumbres. Victorioso en ocasiones, derrotado en otras, nunca perdió la confianza en sí mismo ni se dejó acobardar por la adversidad. Combatido con saña, fue generoso y magnánimo cuando tuvo en sus manos los laureles de la victoria. Era gallardo y noble en el triunfo y tesonero y altivo en la derrota. Sus compañeros políticos lo recuerdan no sólo con la gran admiración al gladiador de las ideas, sino con el cariño al jefe humano y comprensivo. Gaitán ocupó posiciones notables en la vida del país, desde concejal, diputado, representante, senador, ministro, alcalde de Bogotá, hasta embajador y Primer Designado a la Presidencia de la República y en todos estos cargos demostró una gran probidad y una admirable intolerancia hacia los malos manejos y la deshonestidad administrativa. Murió pobre, pues su único peculio consistía, a la hora de su aleve asesinato, según declaraciones del abogado que se encargó de la causa mortuoria, en la modesta casa en la que vivía con su familia, en una pequeña casa de la calle 45 con carrera 14 y el carro que él mismo manejaba. Pertenece a una clase de políticos probos y austeros que ya ha empezado a declinar en nuestro país.

El ideólogo

Mucho se ha discutido si Gaitán fue un gran ideólogo o apenas un formidable agitador en la tribuna pública. En realidad, Gaitán tenía una buena formación política, pero rehuía toda especulación sin bases en la realidad. Gaitán extraía sus ideas políticas de la problemática misma del país. Fue un formidable crítico de nuestra vida social pero, a la vez, fue un pensador político con los pies puestos sobre la realidad nacional. Por eso sus principales ideas aún están vigentes y gran parte de sus programas son aplicables a la Colombia de hoy. Sus planteamientos sobre el problema agrario, sobre el problema educativo, sobre la reforma a la administración de justicia, etc., están consig-

nados en sus distintos artículos, conferencias, discursos, como también en los programas y plataformas que en diferentes ocasiones elaboró para el partido liberal. Pero siempre tuvo desconfianza de los programas abstractos, de las especulaciones sin correspondencia con las realidades sociales. Esos programas los elaboró siempre en consonancia con éstas. Su desconfianza hacia las utopías, hacia las especulaciones de corte académico, la sintetizó en las siguientes palabras, que pertenecen al reportaje que concedió a su amigo y copartidario, el novelista J. A. Osorio Lizarazo, en septiembre de 1945, muy próximas las elecciones presidenciales: “—Yo no creo en los programas enumerativos— dice. Ni el pueblo, que es supremamente inteligente, cree tampoco en ellos. En su desesperanza trascendental tiene que fingir aceptarlos. Pero el político honrado sabe que cada uno de los actos que va a desarrollar cuando represente la confianza de los ciudadanos es la consecuencia de un ambiente, de una estructura, de una serie de hechos reales, y no el producto de una imaginación desbordante que se pone al servicio del engaño del sufragante” (1).

Con estas frases, Gaitán pone de manifiesto un corte vertical con la actitud del adolescente que escribe, en medio de su entusiasmo justiciero, el libro “Las ideas socialistas en Colombia”, el cual le sirvió de tesis de grado en la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional. Libro importante para entender su vocación política, su solidaridad con los humildes, su protesta contra la injusticia social y su afán por renovar las caducas estructuras de su patria. Importante también si se le considera como un brillante y afirmativo punto de partida en su viaje por el mundo de las ideas políticas y del cual extraerá, con el tiempo, abundantes zumos para darle sabor y orientación a sus programas. Pero, también, libro esencialmente especulativo, propio de quien siente en su sangre la pasión

1. Jorge Eliécer Gaitán, “El plan presidencial de Gaitán”, reportaje concedido a J. A. Osorio Lizarazo. En: *Sábado*, Bogotá, 24 de septiembre de 1945, pág. 1.

por las ideas transformadoras, de quien intuye soluciones, de quien es capaz de hacer serios planteamientos, pero de quien, igualmente, carece de la experiencia vital y del conocimiento concreto y profundo de los problemas de su patria. Gaitán lo escribe en sus años mozos, en esa edad en que todos pensamos que la realidad social que vivimos debe obedecer sumisamente a nuestras ideas, a nuestros impulsos renovadores. Publicado este libro en 1924, por la Editorial Cromos, incluyó un prólogo del eminente jurista y hombre de ideas, doctor Dionisio Arango Vélez, en el cual afirmó certeramente que: "No parece el trabajo de un adolescente que apenas abandona los claustros universitarios; por el estudio que revela y por el estilo en que está escrito, más parece la labor de un veterano curtido en las batallas del pensamiento bajo los soles de Minerva".

Ciertamente "Las ideas socialistas en Colombia" es un libro serio y documentado. La finalidad de este libro la expresa Gaitán en la parte del mismo que denomina "Observaciones liminares", en estos términos: "Con preconcebida intención hemos titulado este nuestro trabajo **Las ideas socialistas en Colombia** y no **El socialismo en Colombia**. Tal distinción se explica plenamente si ha de tenerse en cuenta que apenas ha sido nuestro propósito estudiar estas ideas por su aspecto científico, bajo la modalidad técnica del sistema económico que el socialismo presenta... Hemos intentado resolver estas preguntas: ¿Cuál de los dos sistemas económicos, el individualista o el socialista, consulta mejor los intereses de la justicia, las necesidades del progreso y los sentimientos de la humanidad? ¿Nuestro país está preparado, habida consideración de su medio específico, para la implantación del sistema socialista?" (2). En realidad, estos dos puntos son los que Gaitán pretende demostrar en su libro. Apelando a los planteamientos de los grandes economistas y filósofos, tanto del capitalismo como del socialismo, con citas de David Ricardo, Adan Smith, Leroy Beaulieu, Carlos Marx, Fede-

2. Jorge Eliécer Gaitán. "Las ideas socialistas en Colombia". En: *Obras selectas*, Tomo I, pág. 27.

rico Engels y muchos otros, aduciendo la experiencia histórica de otros países y confrontándola con la realidad social colombiana, llega a afirmar la bondad del sistema económico del socialismo y la posibilidad de aplicarlo a Colombia. ¿Cómo podría ser posible este paso? Lo expresa Gaitán en estas frases: "No es destrozando la corriente política que en Colombia representa el partido avanzado o de oposición, como mejor se labora por el triunfo de los altos principios que guían hoy los anhelos reformadores de los pueblos; pensamos que es mejor luchar por que las fuerzas progresistas de Colombia inscriban en sus rodela de batalla la lucha integral por las ideas nuevas, por la salud del proletariado y por las reivindicaciones necesarias de los actuales siervos del capital" (3). El partido al cual se refiere Gaitán es, obviamente, el liberal. Al igual que Uribe Uribe, pensaba que las grandes transformaciones sociales podían hacerse utilizando las estructuras del liberalismo. El conocido aforismo de "vino nuevo en odres viejos" tenía vigencia en el pensamiento de los dos grandes caudillos renovadores del partido liberal. Era, simplemente, un problema de estrategia política. Sin embargo, Gaitán al poco tiempo de haber regresado de Italia, trata de fundar un nuevo partido: la Unión Nacional Izquierdista Revolucionaria (UNIR). Fracasa en dicho intento y, entonces, regresa de nuevo al liberalismo pensando quizás que era mejor tomarse la fortaleza por dentro. Y, efectivamente, se la toma. Se hace dueño de sus mayorías, obtiene el reconocimiento de los altos jerarcas, su candidatura presidencial es lanzada oficialmente, después de la derrota de 1946, hasta que las balas homicidas se atravesaron en su camino para impedirle la llegada a la meta señalada. No tuvo, pues, la oportunidad de poner en práctica sus tesis.

En el libro "Las ideas socialistas en Colombia" no hay lo que pudiéramos llamar un programa político sino la demostración de la vigencia y operancia que las ideas socialistas podían tener en nuestro país. Pero, en cambio,

3. Jorge Eliécer Gaitán. *Ibidem*.

encontramos al decidido crítico social denunciando la miseria en que viven nuestras grandes masas campesinas y obreras, la explotación a que han estado sometidas a través de los tiempos, y la incapacidad de las clases dirigentes del país para darle solución a los grandes problemas nacionales.

Pero, en verdad, el planteamiento de fondo a estos problemas y las soluciones concretas que Gaitán formula para los mismos, los encontramos en los principales documentos del conductor político, a partir de 1933, es decir, a partir del "Manifiesto del Unirismo". Posteriormente, esos planteamientos aparecen con precisión, con claridad, con verdadera coherencia, en conferencias y discursos como "El país político y el país nacional" (1945), el "Discurso-Programa de su candidatura presidencial" (1945), la "Plataforma del Colón" (1947) y el "Plan Gaitán", que constituye el "Programa de reformas económicas presentado al Congreso de Colombia en 1947" (4).

En la mayor parte de sus discursos de plaza pública, al igual que en sus reportajes a la prensa, estos planteamientos aparecen apenas esbozados y, en ocasiones, convertidos en simples eslogans. Lo cual es muy razonable pues Gaitán, prodigioso orador popular, sabía que a las grandes multitudes hay que moverlas con simples enunciados, con eslogans, con frases efectistas. Una plaza pública no es el escenario adecuado para exponer en detalle un programa político o para hacer una exégesis académica o científica de los mismos. Desafortunadamente, muchos analistas del pensamiento de Gaitán tratan de encontrarlo en sus discursos de ocasión, en los que el sentimiento y la emoción ahogaban los razonamientos y en los que el líder se dejaba llevar, como era natural en un tribuno de sus condiciones, por las trampas de la elocuencia. Por eso dichos analistas y críticos poco objetivos, consideran a Gaitán como un simple agitador de masas. Y en verdad que lo era, en grado sumo. Pero a más de esto, y por encima de

4. Todos estos documentos están incluidos en sus *Obras selectas*, Tomo I, publicadas por la Cámara de Representantes de Colombia, en 1979.

esto, está el ideólogo bien estructurado, capaz de generar una teoría política para el país, montada sobre realidades sociales y no sobre simples especulaciones académicas. El pensamiento político de Gaitán, sus tesis, sus programas, no se pueden buscar, pues, en sus discursos de plaza pública, sino en las conferencias que él escribió con el cuidado, con la mesura, con la serenidad de que era capaz cuando estaba lejos del aplauso multitudinario y fervoroso. Ese pensamiento, esos programas, los fue extrayendo Gaitán, poco a poco, de su experiencia vital, de la realidad social misma, sin hacerle concesiones inútiles a la especulación abstracta, y son el trasunto del hombre maduro, formado y caldeado en la lucha y en la controversia parlamentaria, en la observación directa del conductor sobre la realidad social que palpa, paso a paso, en todas las ciudades, campos, veredas y caminos, que trajina en sus esforzadas correrías, conversando con sus gentes, escuchando sus quejas, visitando sus talleres, padeciendo las mismas necesidades que padecen nuestras comunidades pobres. Y es a ese pensamiento, expresado en dichos documentos, al que nos vamos a referir a continuación.

Pero, obviamente, no vamos a referirnos en detalle a cada una de sus tesis políticas y programas para la solución específica a cada uno de nuestros problemas. Esta es una labor que rebasa por completo los objetivos de este libro. Nos proponemos desarrollar este punto en una ocasión más propicia. Ahora sólo nos vamos a referir a aquellos puntos básicos, esenciales, que constituyen la estructura misma de su pensamiento político. Lo que pudiéramos llamar las **ideas fuerza** que alientan su doctrina. Veámoslas, así sea someramente:

1º vida económica, vida social y estructura del Estado

En el "Manifiesto del Unirismo", dado a conocer en octubre de 1933, Gaitán diseñó en forma precisa el marco general dentro del cual se movería su pensamiento político. Ese marco que él denomina **plataforma política**, comprende tres partes que, en realidad, forman un todo orgá-

nico. La primera se refiere a la vida económica; la segunda, a la vida social y, la tercera, a la estructura misma del Estado.

En lo que se refiere a la vida económica Gaitán parte de la base de que es indispensable un fuerte **intervencionismo de Estado** que permita diseñar una **planificación económica completa**, para alcanzar con ella no solamente un equilibrio entre la producción y el consumo, sino fundamentalmente la verdadera justicia social, eliminando la explotación del hombre por el hombre. Dentro de esta primera parte de su plataforma, Gaitán plantea todo lo relacionado con las reformas económicas de la nación, particularmente la reforma agraria.

La segunda parte, relacionada con lo que él llama la **vida social**, está montada principalmente sobre una reforma educativa integral que ponga al hombre frente a una igualdad de oportunidades y le capacite para el servicio adecuado a la sociedad. Dentro de este punto, plantea la reforma educativa en todos sus niveles, sosteniendo la autonomía de la universidad, el fomento de las carreras técnicas de nivel intermedio, la educación primaria gratuita, en fin, una planificación integral educativa que debe conducir necesariamente a la reforma misma de las costumbres y a una toma de conciencia para la transformación justiciera del país. Esa conciencia debe tener una profunda raíz nacionalista. Y dice Gaitán a este respecto que "nuestro nacionalismo debe expresarse en dos formas: económica y psicológica. La primera nos defiende del abuso imperialista; la segunda nos estimula a la creación de la cultura".

La tercera parte se refiere a la **estructura estatal** y en ella plantea las grandes reformas políticas y administrativas tendientes a la construcción de un Estado moderno y funcional que represente a toda la comunidad y no a una clase privilegiada. Dice Gaitán a este respecto que "Se trata en primer lugar de que el Estado pierda la única significación actual de politiquero y burócrata, para adquirir su carácter funcional de Estado económico y de actuación social. El Estado representa actualmente, sólo intereses

de un grupo minoritario. El Estado en una primera etapa, debe representar todas las clases y defender especialmente a la que lo necesita, o sea la gran mayoría de los desheredados" (5).

2º El hombre como eje de todos los valores políticos

En casi toda su obra (conferencias, discursos, reportajes) Gaitán plantea algo que es esencial en su doctrina: **el hombre como base y fundamento de toda acción política**. En efecto, en el "Manifiesto Unirista" ya citado, dice Gaitán que "Una ideología política, cuando quiere ser fecunda, debe consultar los diversos componentes que la integran, ya que sólo así puede alcanzarse el ritmo de armonía que es la suprema concepción del bien social. De nada nos servirían todos los sistemas si pasamos de largo en el examen del momento en que esas concepciones deben ser actualizadas. Es a través del hombre que todo método alcanza realidad vital. El hombre representa, dentro de la vida política, el prisma a través del cual se refractan las determinaciones del mundo externo" (6).

Ese concepto de que el hombre debe ser el eje de toda acción política, va a perdurar en forma reiterada en todo su pensamiento. En el "Discurso-Programa de su candidatura presidencial", en 1945, afirma que "La política tiene que orientarse con el curso de los nuevos tiempos. El Estado reflejó siempre la modalidad social que le circuía, puesto que el Estado no es sino la sociedad jurídicamente organizada. Por eso el Estado fue un día teocrático y después metafísico, ¡pero ahora tiene que ser humano!". Y agrega, a renglón seguido: "Bajo la montaña de los conceptos abstractos, la vida del hombre que ama, que sufre, que tiene ideales, necesidades fisiológicas y apetencias espirituales, ha sido olvidada. Bajo el concepto abstracto de la libertad se olvidaron los actos libres de los hom-

5. Jorge Eliécer Gaitán. "Manifiesto del Unirismo". En: *Obras selectas*, Tomo I, pág. 150.

6. Jorge Eliécer Gaitán. *Ibidem*, pág. 153.

bres que viven. El rumor de la controversia teórica sobre el concepto materialista, ha impedido oír el reclamo de los hombres sobre sus necesidades materiales. El concepto trascendental de la libertad ha hecho olvidar las condiciones para que los actos de los hombres sean libres. Reivindicar al hombre tiene que ser nuestro cometido. No es suficiente la afirmación de que el hombre está sometido a la ley. Es más urgente saber que la ley está determinada por las necesidades del hombre. Y si esto es así, entonces los tres grandes objetivos de la actividad del Estado son los tres grandes aspectos de la vida del hombre: el hombre es ante todo un organismo que exige condiciones de salud, de nutrición, de hogar higiénico para vivir. Por consiguiente, ése tiene que ser el primer objetivo de la política del Estado. Y todo en armonía con las realidades del ambiente. La finalidad debe ser el hombre colombiano, minado por el paludismo en las tierras cálidas; consumido por la falta de higiene en las tierras frías; con una nutrición deficiente en todas las zonas; falto de higiene, de vestido, de calzado y de elementales atenciones médicas. Nuestra devoción debe orientarse hacia la liberación del hombre colombiano, maltratado y olvidado en el surco, por siniestros odios infecundos". Y complementa más adelante: "...Pero el hombre también es espíritu. Tiene exigencias de la inteligencia, de la voluntad, del carácter, de la personalidad. La educación de esas exigencias es la que le otorga capacidad para librar victoriosamente el empeño de su porvenir, la conquista de sus anhelos, el ansia de un hogar y de unos hijos, el ilimitado deseo de elevarse y superarse. Todo ello se resume a la tarea de la cultura y de la educación no sólo moral sino física" (7). Y sobre estos presupuestos, Gaitán pasa a plantear las grandes reformas en el campo de la salubridad, la nutrición, la vivienda, el empleo y la educación.

Complementa estos planteamientos sobre el hombre, cuando en su mismo "Discurso-Programa" de 1945, dice

7. Jorge Eliécer Gaitán. "Discurso-Programa de su candidatura presidencial". En: *Obras selectas*, Tomo I, págs. 185-186.

lo siguiente: "Pero el hombre no es solamente un ser fisiológico, espiritual y económico, sino también un ser social. Todo lo que diga estimular su cooperación, su organización para la defensa de sus intereses, traerá ventajas a la sociedad" (8). Lo cual le da pie para plantear la necesidad de que el partido liberal estimule aquellas formas de organización tendientes a proyectar al hombre como ese ser gregario que no puede vivir sino en sociedad.

A manera de síntesis de todo ese pensamiento humanístico, que Gaitán quiere darle a su partido, expresado en los conceptos anteriores y desarrollado en diferentes puntos concretos de su plataforma, Gaitán incorporó al documento más importante de su vida política, esto es, a la llamada "Plataforma del Colón", de 1947 (9), estos tres puntos vitales:

- 1o. "El liberalismo declara que el fundamento de su existencia como partido, deriva de ser el intérprete de las fuerzas históricas universales que conciben la sociedad como una entidad orgánica en permanente proceso de transformación, de avance y mejoramiento en todos los órdenes de la actividad humana. Esta concepción dinámica de la sociedad implica para el partido la condición de acomodarse a cada etapa a las necesidades económicas y sociales del hombre, en consonancia con el desarrollo de la técnica y la cultura. Para alcanzar las finalidades propuestas el partido considera que el procedimiento que debe adoptarse es el de la **democracia**, en el sentido de que las determinaciones directivas del Estado o de los partidos deben ser el resultado de la voluntad plebiscitaria y auténtica del mayor número" (Punto II de la Plataforma del Colón).
- 2o. "El liberalismo reconoce que siendo el ideal de la democracia la decisión mayoritaria, su fuerza y reali-

8. Jorge Eliécer Gaitán. *Ibidem*, pág. 188.

9. Jorge Eliécer Gaitán. "Plataforma del Colón". En: *Obras selectas*, Tomo I, págs. 203 a 213.

dad residen, en última instancia, en las condiciones y virtudes del hombre que vive en comunidad. Esta razón le obliga a cumplir la misión de defensa y estímulo del hombre colombiano, exaltando la conciencia de su propia dignidad, su carácter, el sentido de la responsabilidad, la tenacidad y el sentimiento de que el esfuerzo por la victoria de sus ideas políticas, encuentra compensación en el bienestar colectivo'' (Punto III de la Plataforma del Colón).

- 3o. Finalmente, viene el corolario de las dos premisas anteriores. En efecto, agrega Gaitán: "El Estado debe considerar el elemento humano como la primera fuente de la riqueza nacional y, por lo tanto, la producción de las demás riquezas ha de estar condicionada a las necesidades de aquél. La producción es para el hombre y no el hombre para la producción. Toda la política social y económica debe inspirarse en este principio'' (Punto XL de la Plataforma del Colón).

Todos estos principios que le dan al pensamiento de Gaitán una estructura humanística, los encontramos reiteradamente en muchos de los discursos y conferencias del Caudillo y, naturalmente, aparecen también esbozados en su libro de juventud "Las ideas socialistas en Colombia". Y es claro también que cuando Gaitán subordina la producción de la riqueza en todos los campos a la satisfacción de las necesidades del hombre, se refiere no sólo a sus necesidades materiales sino también a las espirituales, empezando por la educación moral e intelectual. Gaitán quizo hacer del liberalismo una especie de humanismo integral. Por eso la política, para el Caudillo, era el medio para alcanzarlo. Un humanismo que mirara al hombre como centro de toda la actividad del Estado. Pero no pensó en el hombre como simple productor de bienes y servicios, como la tuerca inconsciente de un engranaje económico y social. Muy al contrario, enfocó al hombre como una entidad digna, libre, responsable, deliberante, con necesidades de orden material y espiritual, creador de riqueza, dentro de una comunidad que debe organizarse conforme

a los principios democráticos. Sujeto de derechos y de obligaciones, dueño de sus actos, susceptible de perfeccionamiento físico, moral e intelectual y, además, titular de dos bienes indispensables para su proyección social: la libertad y la seguridad económica.

3º La coexistencia de la democracia política con la democracia económica

Planteaba Gaitán, en casi todos sus discursos, conferencias y demás documentos políticos, la coexistencia de la democracia política con la democracia económica. Esta posición la sostiene desde los primeros años de juventud y será uno de los puntos centrales de su ideario político. Algo más: en su carta al escritor Luis Tejada, en los años veinte, sostiene que entre el liberalismo político y las doctrinas económicas del socialismo no existe incompatibilidad ninguna (10). Tal como lo sostuvo Rafael Uribe Uribe, desde 1904, cuando afirmaba que el liberalismo colombiano debía ir a abreviar a las canteras del socialismo democrático si no quería verse abocado a su propia extinción. Es la misma línea trazada por Uribe. En esto y en muchos otros puntos existe una gran similitud con el pensamiento de Gaitán. La permanencia de este principio en su ideología, desde el principio hasta el final, la podemos ratificar transcribiendo el punto VIII de la "Plataforma del Colón" de 1947, en la cual Gaitán expresa lo siguiente: "El liberalismo reconoce que hoy resulta insuficiente e inoperante el concepto de la democracia restringido al solo campo de la organización política del Estado, y proclama la necesidad de extenderla a las zonas económica y social, no en razón de la benevolencia o generosidad de los grupos poderosos para con los desposeídos, sino como deber de justicia y como condición necesaria para el equilibrio y eficaz desarrollo de la riqueza y el bienestar de los colombianos". Y para reafirmar la condición de izquierda de sus

10. Jorge Eliécer Gaitán. "Socialismo liberal; carta a Luis Tejada". En: *Obras selectas*, Tomo I, págs. 379 a 381.

principios Gaitán consigna, casi a renglón seguido, en el punto X de la misma Plataforma, lo siguiente: "El liberalismo proclama su solidaridad con todas las fuerzas políticas de izquierda que en el continente americano luchan por hacer efectiva la democracia librándola del dominio de grupos plutocráticos que en lo externo actúan como fuerzas imperialistas y en lo interno como oligarquías que concentran en su excluyente interés los poderes económicos como medio de influencia política y la influencia política como medio de ventajas económicas". En el Punto XI del mismo documento, pone el necesario corolario al postulado anterior, cuando afirma que "El liberalismo luchará contra las fuerzas de regresión que tratan de imponer una política fascista o falangista en nuestro país". Su posición abiertamente nacionalista, pero no de un nacionalismo cerrado sino, al contrario, de un nacionalismo abierto a los intereses latinoamericanos, la expresa también muy claramente en el Punto XII de la mencionada Plataforma, en los siguientes términos: "El liberalismo proclama la urgencia de una unidad real de los pueblos latinoamericanos, tomando como base la armonía de las distintas economías nacionales. El partido se declara en favor de la reunión de una Conferencia Económica Latinoamericana que, previo el estudio técnico realizado por cada país, planifique un sistema de compensaciones de sus productos, sin recargos aduaneros" (11).

4º Identidad con su pueblo

Gaitán solía decir frecuentemente: **Yo no soy un hombre; yo soy un pueblo.** Esto que parece un simple eslogan en la oratoria del Caudillo, fue algo que tuvo una razón de ser. Ya lo explicamos cuando hablamos de la identificación absoluta de las masas con Gaitán. A tal punto que su muerte fue tomada por el pueblo como la muerte de su voz, de sus anhelos, de sus esperanzas. El pueblo sintió, el 9 de abril, que los balazos que perforaron la espalda del

11. Jorge Eliécer Gaitán. "Plataforma del Colón, 1947". En: *Obras selectas*, Tomo I, págs. 203 a 213.

Caudillo estaban perforando también el alma colectiva. Pero, aparte de ser esa frase una profunda realidad sociológica, era un principio, una creencia razonada, en el ideario de Gaitán. La desarrolla en su "Discurso-Programa de su candidatura presidencial", en 1945, en estos términos: "Yo no creo en el destino mesiánico o providencial de los hombres. No creo que por grandes que sean las cualidades individuales, haya nadie capaz de lograr que sus pasiones, sus pensamientos o sus determinaciones, sean la pasión, la determinación y el pensamiento del alma colectiva. No creo que exista ni en el pretérito ni en el presente un hombre capaz de actuar sobre las masas como el cincel del artista que confiere categorías de perennidad a la materia inerte. El dirigente de los grandes movimientos populares es aquel que posee una sensibilidad, una capacidad plástica para captar y resumir en un momento dado el impulso que labora en el agitado subfondo del alma colectiva; aquel que se convierte en antena hasta donde ascienden a buscar expresión, para luego volver meto-dizadas al seno de donde han salido, las demandas de lo moral, de lo justo, de lo bello, en el legítimo empeño humano de avanzar hacia mejores destinos" (12). En verdad, Gaitán se creía esa antena receptora de los anhelos populares. Como también de los resentimientos, de las frustraciones, de las esperanzas de redención. Se creyó el intérprete, el personero de los mismos. Antes que el cincelador de la estatua, se consideró el material cincelado por la voluntad popular. Hechura y representación de su pueblo. Carne y espíritu del mismo. Y así fue. La frase no fue un simple eslogan sino estas dos cosas: una realidad histórica y sociológica y un principio razonado de su doctrina.

5° El pueblo es superior a sus dirigentes

En estrecha conexión con ese principio de identidad entre el líder y su pueblo, Gaitán sostuvo que el pueblo es

12. Jorge Eliécer Gaitán. "Discurso-Programa de su candidatura presidencial". En: *Obras selectas*, Tomo I, págs. 171 y 172.

superior a sus dirigentes. Frase que gustaba lanzar a menudo desde la tribuna pública, quizás con cierto aire de halago a las masas enardecidas y vociferantes. Pero él así lo creía, con esa fe encendida y firme que comunicaba a todas sus afirmaciones. Creía ciegamente en la capacidad de orientación y de acción de las masas. Se oponía al principio de Emerson y de Carlyle de que los grandes movimientos de la historia son obra de los "héroes", de los grandes conductores de la humanidad. Por el contrario, para Gaitán esos grandes conductores apenas eran los ejecutores de ese pensamiento, de esos anhelos y de esa voluntad colectivos. Sin embargo, paradójicamente, a raíz de su trágica muerte quedó flotando en el ambiente esta pregunta: ¿Por qué —si no hubo dirigentes— si el único caudillo amado y respetado por el pueblo estaba muerto, por qué —repito— aquello que fue el 9 de abril terminó siendo esa embriaguez colectiva, ese desenfreno de pasiones, esa orgía de locura, esos ríos de caos y de anarquía, que desembocaron en esa gran frustración histórica? La revolución del 9 de abril fracasó porque no hubo un caudillo, se dice. El único caudillo capaz de conducir al pueblo estaba muerto. Los demás fueron peles que el pueblo no escuchó y no obedeció. Por eso terminó todo en algo que no fue propiamente una revolución, sino una asonada anárquica e inútilmente sangrienta. El punto lo abordaremos de nuevo, con más elementos de juicio, en el capítulo siguiente.

6º El país político y el país nacional

Algo también fundamental en la estructura del pensamiento político de Gaitán es la división que él solía hacer entre el país político y el país nacional. Ponía de presente el divorcio entre estos dos mundos: el de una clase de pelechadores y oportunistas que detentan el poder para su propio beneficio, sin más méritos que su capacidad para el fraude, el engaño, la mentira, el promeserismo, el juego de las influencias, y el otro mundo: el de las gentes de trabajo, honradas y laboriosas, que en su gran ma-

yoría ganan el pan a fuerza de grandes sacrificios, trabajando de sol a sol, o padeciendo los rigores de la miseria y el desamparo. Esos dos mundos están enfrentados. El uno con el poder corruptor, con la maquinaria de los empleos públicos y los gajes presupuestales, y el otro con su capacidad de organización y de lucha que puede tener. Y Gaitán se consideró el capitán de este país nacional, llamado a derrotar la corrupción y el exclusivismo del país político, conducido por caciques inescrupulosos al servicio incondicional de las oligarquías que financian sus empresas para recibir, como contraprestación, los grandes dividendos que emanan de la ley hecha para su beneficio y de los negociados que hacen al amparo de una democracia inválida y carcomida por los vicios electorales.

El enjuiciamiento de Gaitán al país político es reiterado en sus discursos y, sus apreciaciones sobre el mismo, quizás fueron las afirmaciones que más resentimiento levantaron en la clase política nacional. En su discurso pronunciado en Manizales, el 27 de julio de 1945, lo enjuició en los siguientes términos: "Aquí estamos para librar la batalla no en el camino más fácil, no haciendo combinaciones ni logrando firmas alrededor de las mesas en los almuerzos de los encopetados para lograrlas. Aquí estamos no para escoger el camino más fácil, sino el de la verdad democrática que suele ser el más difícil; aquí estamos no para usar la corrompida mecánica política que ha abandonado los intereses nacionales a favor de una pequeña casta política que unas veces se llama conservadora, comunista, y otras liberal, pero que no es ninguna de esas cosas, sino el corrompido país político que explota al país trabajador... En medio de las falsías y de las cosas que se dicen, defienden hoy al caudillo y mañana lo traicionan, hoy firman adhesiones a una candidatura y cuarenta y ocho horas después aparecen firmando la adhesión a otro candidato. Son gentes que han convertido la administración pública en una ganzúa para sus propios intereses. Gentes que cuando hablan del maestro no piensan si es capaz de construir el alma del muchacho, sino en si es capaz de convertirlo en cómplice de los caciques electoreros.

Necesitamos quién comprenda que el hambre, la desnudez del hijo de un liberal, es igual al hambre, la desnudez, la desnutrición del hijo de un conservador... El país está lejos de un socialismo, pero sí se puede aspirar dentro de la democracia económica a estimular el avance de la riqueza que no puede entender que su única fuerza es el poderío arbitrario del capital, que es la riqueza de la patria sin el pueblo. La riqueza debe comprender el capital, la técnica o el medio de producción y el obrero que produce, el cual no puede ser abandonado como hasta el presente lo ha sido. No más programas engañosos de todos los años: queremos un movimiento que no lo pueden integrar los que han convertido la política en la manera de no trabajar, para ganar más que aquellos que trabajan. Ese es un comercio desvergonzado en un país entregado nada más que a la causa política, donde los mejores valores intelectuales y morales están completamente marginados'' (13).

Han transcurrido más de treinta años desde que Gaitán dijo estas palabras y sostuvo estas tesis. El país sigue lo mismo. Lo que ayer llamó Gaitán "el país político", sigue en pie con el nombre de "clientelismo". Y sus personajes y panegiristas han llegado al solio de los presidentes invocando el nombre de Gaitán en sus discursos. ¡O tempora! ¡O mores!

7° La lucha contra las oligarquías

En el pensamiento del Caudillo, el país político está íntimamente ligado a las oligarquías. Algo más: lo uno no puede explicarse sin lo otro, pues forman una estrecha simbiosis. Gaitán hablaba frecuentemente en sus discursos de las catorce familias que han manejado y siguen manejando al país, a su arbitrio, contando con la ayuda de ese país político tan servil como insensible a las aspiraciones y anhelos populares. Y siempre, invariablemente, ter-

13. Jorge Eliécer Gaitán. Discurso pronunciado en Manizales el 27 de julio de 1945. (Tomado de "El hombre que parecía un pueblo" de Julio Ortiz Márquez, págs. 87-88.

minaba sus discursos con un tremendo y resonante "¡a la carga contra las oligarquías!". Grito al cual el pueblo respondía con un clamor apocalíptico que el eco recogía y multiplicaba: ¡A la caaaaaarga!

Pero veamos qué entiende Gaitán, concretamente, por oligarquías. Veamos cómo las define, cómo las analiza y cuáles entronques tienen con ese país político, al que también nos hemos referido. Dice Gaitán lo siguiente: "Cuando en un país la política llega a extremos tales, de espaldas a los intereses de la nacionalidad, podemos afirmar sin vacilaciones que se ha implantado el régimen oligárquico. Porque no creáis, como algunos sofistas han querido hacerlo pensar, que la oligarquía es solamente el dominio de la plutocracia. Oligarquía es la concentración del poder total en un pequeño grupo que labora para sus propios intereses, a espaldas del resto de la humanidad. La oligarquía, como en la añeja estructura de la vieja India, tiene sus gradaciones que pueden ir del varia al sutra. Y entre nosotros, tiene su división en tres estructuras: la primera, a cuya cabeza están los dirigentes que a su turno se bifurcan en unos que no quieren sino el dominio, el **Imperium** en el sentido romano de la palabra; que su voz sea la voz del amo sin la cual no se puede mover ninguna de las actividades colombianas, y otros que aspiran a que todas las riquezas, la especulación, los contratos, los negocios, sean para la camarilla afortunada... Viene, enseguida, la segunda, o sea la estructura intermedia, la que sirve de lazo de comunicación. Se cotiza especialmente entre los hombres de inteligencia que tengan almas de secretario. Ellos hablan, mas no por su propio albedrío, sino atendiendo al soplo director de los de arriba. Son como las bridas de los caballos, que sirven para dirigir pero siempre que otros las manejen. Estos odian a sus compañeros independientes, sienten la necesidad de abominar de los hombres de su propia generación que recorren su brecha personal y cuya presencia constituye para ellos un permanente reproche, erguido contra su incapacidad para la lucha. Saben que no han logrado por sí mismos la aptitud de vivir para su pueblo; saben que periclitando los amos, su

posición es secundaria y por eso lo reducen todo a rendir pleitesía a los que dirigen... Y la tercera estructura. Esa es moral e intelectualmente minúscula, pero muy útil en este proceso de formación. Y tenemos el cerebro y tenemos la voz que prefabrica el ambiente según las órdenes recibidas. Pero se necesitan los tentáculos, los brazos que penetren a todos los lugares, que vayan desde el ambiente municipal al barrio, a la asamblea, al comité; que atiendan al tinglado electoral en beneficio del país político. A éstos se les acaricia con las únicas cosas con que es posible acariciarlos: con granjerías" (14).

Gaitán hace en estos párrafos una tremenda y real radiografía de ese país político, puesto incondicionalmente al servicio de las oligarquías. Y penetrando con su afilado y certero bisturí de crítico social, nos dice cuáles son las condiciones morales e intelectuales de esta tercera clase de zánganos, en los siguientes términos: "No se habrán sentado en los bancos de la universidad; ni descollado en la agricultura, en la ciencia, en la técnica, pero serán senadores, o representantes o diputados, o mimados con las mejores canonjías. El criterio para medirlos no será su capacidad sino su habilidad electoral. Y desplazarán al médico, ahuyentarán al ingeniero, sustituirán al universitario. No tendrán título pero serán doctores. Y vendrá necesariamente esa honda putrefacción moral que circunda la vida colombiana, con profunda repugnancia de su pueblo. Es así como se habrá logrado derrumbar el concepto ético. El hombre cuanto más vil sea, servirá mejor; cuanto más abyecto será más útil. Y necesariamente en esa situación, los hombres de personalidad, los hombres de inteligencia que no marchen, que no se dobleguen, serán puestos al margen y el país entregado a la degradación moral. Todo porque no habrá sino una finalidad, un objetivo, una razón de todos los actos: el servicio al país político. Todo lo que sirva al país político es bueno y todo lo que no sirva al país político, vale decir a la oligarquía,

14. Jorge Eliécer Gaitán. "El país político y el país nacional". En: *Obras selectas*, Tomo I, págs. 163 y 164.

es malo. Y con el mismo criterio se hará la calificación de importancia de las fuerzas sociales, de su beligerancia en la vida nacional" (15).

Pasa luego el Caudillo a hablar de los mecanismos de que se valen para darle "importancia" a esas gentes serviles que alquilan sus conciencias al sistema. Dice a este respecto: "El país político, o la oligarquía que es la misma cosa, selecciona a los hombres, los infla, los llena de importancia aun cuando no la tengan. De ahí los internacionalistas que jamás han abierto un tratado de Derecho Internacional; los constitucionalistas que jamás en su vida han sabido lo que es Derecho Constitucional; los miembros de comisiones parlamentarias que deciden sobre códigos penales y no han asistido jamás a las aulas universitarias. ¿Por qué se irrespeta así a un país tradicionalmente respetuoso del culto de las jerarquías de la inteligencia? Hemos llegado al sistema según el cual la única norma de victoria es el sometimiento a la oligarquía o país político, que otorga los títulos, califica la inteligencia y el conocimiento e ignora o destruye el resto del país, que no tendrá categoría si no le ha sido bondadosamente dispensada por los monopolizadores de la propaganda" (16).

8º La restauración moral de la república

Gaitán fue muy consciente de la crisis moral que aquejaba a la nación en la etapa histórica que le tocó vivir y, particularmente, en aquella que le tocó actuar como líder político. Se iniciaba una crisis de valores éticos que, en lugar de haberse superado, cada día toma más fuerza y cada día arrastra más detritus de concupiscencia y corrupción. Contempló espantado los fenómenos de la vida política infestados de inmoralidad y tuvo el valor de erguirse contra ellos para censurarlos y denunciarlos públicamente con la fogosidad de su palabra y la integridad de su vida.

15. Jorge Eliécer Gaitán. "El país político y el país nacional". En: *Obras selectas*. Tomo I, págs. 157 a 169.

16. Jorge Eliécer Gaitán. *Ibidem*.

El asesinato oficial de "Mamatoco", los negociados de la Handel, de la Trilladora Tolima, le llenaron de indignación y de repugnancia. Sabía que, a la larga, ese proceso envolvería al partido liberal y lo llevaría a la catástrofe. Pero, en realidad, el problema no era sólo del liberalismo sino un problema del país entero. La compra de votos, la prédica de la llamada "acción intrépida" por parte de dirigentes del conservatismo, las bombas, el atentado personal y posteriormente la violencia oficial, esa orgía de sangre que ahogó al país durante dos lustros, todo eso han sido manifestaciones de la crisis moral en que vivimos y que Gaitán alcanzó a detectar, convirtiéndose en su fiscal implacable. Su misma muerte violenta en las calles de Bogotá y la ola de anarquía, de saqueos, de destrucción que siguió a su muerte, son también manifestaciones de esa crisis moral en que vivimos. El Caudillo se vio envuelto en ella y sucumbió bajo el impacto arrasador e incontenible de su fuerza. Hoy, la crisis se ha hecho tan grande que no hay sitio donde el analista ponga el dedo que no salte de allí la pústula repugnante. Atracos, genocidios, especulación, chantajes, secuestros, serruchos, peculados, venalidad, son fenómenos que pululan por doquier. La mejor radiografía que podamos hacer sobre este estado de descomposición moral la encontramos a diario con solo hojear las páginas de cualesquiera de los periódicos de nuestro país. Saltando de noticia en noticia vamos haciendo, sin quererlo, el perfil tremendo de esta crisis. Y lo peor de todo es que el país se está acostumbrado a vivir dentro de este ambiente abyecto y corruptor. Los resortes de la moral se han desgastado y se han aflojado tanto que ya hay una tendencia bastante generalizada a justificar la inmoralidad social. Un simple acto de buena fe, que en cualquiera otra sociedad pasa inadvertido, porque es lo correcto y natural, ya nos parece aquí algo extraordinario y hasta digno de la anécdota. La corrupción moral, como una marea incontenible, ha ido invadiendo poco a poco todas las esferas de la vida social: el comercio, la industria, la agricultura, la banca, la universidad, el ejército, la Iglesia, el gobierno mismo. La venalidad campea por todas

partes. Ya ni siquiera los que administran justicia están libres de este morbo corruptor, de este orín apestoso que corroe los cimientos mismos de la nacionalidad. Y sobre ese ambiente deletéreo se ha sembrado la desconfianza en todos los mecanismos del Estado. Cuando se tiene un pleito, el cliente ya pregunta, sin timidez y sin empacho, a su abogado: “¿Y con cuánto hay que untarle la mano al señor juez y a sus secretarios?”. Porque todo es posible en esta república en crisis.

No imaginó Gaitán, al levantarse indignado en la tribuna, contra la corrupción, que su país llegara a los extremos a los que ha llegado. Algo más: el país que Gaitán vivió era todavía un país patriarcal, sin genocidios, sin tráfico de marihuana, sin secuestros, sin atracos en vía pública, sin ministros sub-judice, sin monstruosos peculados. Aquello que horrorizaba al gran líder eran lo que pudiéramos llamar “pecados veniales” al lado de lo que hemos vivido y estamos viviendo en la hora presente. Eran las épocas en que se podía salir a cualquier hora del día o de la noche, en Bogotá o en cualquiera otra ciudad del país, sin temor a ser atracado. La época en que un asesinato conmovía a la nación y del cual se hablaba con espanto durante semanas enteras. La época en que una propina dada a un empleado de un juzgado era motivo suficiente para un escándalo que seguramente culminaba con la destitución de ese empleado, con la consiguiente sanción social.

En el pensamiento político de Gaitán la moral ocupa un lugar fundamental y eso explica su grito de combate con el cual terminaba invariablemente todos sus discursos: “¡Por la restauración moral de la república, a la carga!”. Esto no era simplemente una actitud histriónica del gran agitador de masas. Era un sentimiento que bullía en su corazón y en su inteligencia. Pero también era una posición ante la vida. Una forma de ser: Gaitán fue un hombre íntegro. De una honestidad política insobornable. Muchas fallas podrán ser señaladas en su personalidad y en su trayectoria de hombre público, como es natural en los hombres de su talla. Pero, sin duda alguna, la mayor de sus virtudes fue su intachable honestidad. Por eso la

moral fue básica en su derrotero. Por eso dijo en el "Discurso-Programa" de 1945 lo siguiente: "Nos ha bastado proclamar que aspiramos a la restauración moral y democrática de la república. Y esa fórmula diáfana y sencilla ha sido entendida por las gentes de Colombia con toda la fuerza real y trascendente que encierra su contenido. Sólo los que integran y especulan con el país político no encuentran en ella mérito ni sustancia, unos por dañada intención y otros por culpable ceguera... Con fundamento sólido los pensadores y exégetas del mundo presente, cuya misión consiste en organizar los elementos dispersos de que se compone la verdad social de un país, nos recuerdan con énfasis que el primordial de los problemas que confronta la actualidad es un problema moral. Y cuando dicen problema moral no enuncian una frase vana de significación teórica, ni una simple norma de carácter doméstico para la convivencia entre los miembros de la familia, ni aun la simple pulcritud en el manejo de los bienes públicos. Ellos saben, y nosotros lo sabemos también, que la moral, socialmente entendida, es todo eso y algo más que todo eso. Cuando decimos **moral**, definimos la fuerza específica de la sociedad" (17). Y agrega más adelante, en el mismo discurso, esta afirmación de gran contenido dentro de cualquier contexto político de cualquier época y de cualquier conglomerado humano: "La moral es la más evidente, real y concreta de todas las realidades sociales. Porque es un derivado, una culminación de experiencias, de rectificaciones y de ensayos, de angustias rechazadas y de alegrías conseguidas, que en la intensidad de un largo proceso, llegan a constituir la norma de conducta, el método de hombres que viven en común, sobre la base de limitar sus designios, conservar sus derechos, impedir los abusos, santificar la verdad y desarrollar el trabajo en una escala ascendente de compensaciones merecidas. Cuando estas normas se quebrantan o se amenguan, se produce

17. Jorge Eliécer Gaitán. "Discurso-Programa de su candidatura presidencial, 1945". En: *Obras selectas*, Tomo I, págs. 173 y 174.

como consecuencia inexorable la anarquía" (18). Qué certera conclusión la de Gaitán. Parece que hubiera escrito estas frases intuyendo el porvenir de Colombia. La esperanza que nos queda, como optimista corolario de todo esto, es que de la anarquía se volverá al orden. Del caos saldrá una nueva sociedad. Y parodiando al gran pensador, creemos que para que amanezca es indispensable primero que caigan las tinieblas de la noche.

Pero Gaitán al hacer estos planteamientos sobre la restauración moral, sabía la resistencia que encontraban en el "país político", origen de toda inmoralidad. Con su acción corruptora, con su ejemplo avieso, con su silencio cómplice. "¿De cuál restauración moral nos habla el señor Gaitán?", —decían en falsa actitud de dignidad ofendida—. "¡Bah! ¡Todo eso es demagogia!". Era el anatema a todas sus prédicas. Y después de cada discurso del Caudillo salían a hacer mofa de sus palabras en los clubes, en las cafeterías y en los corrillos de notables. Por eso Gaitán dice en el mismo discurso que venimos comentando: "No es de esperar que los hombres que tienen de la política una concepción simplemente mecánica; que gozan de la sensualidad del mando por el mando mismo; del poder por el poder mismo y de la ganancia por la ganancia en sí, puedan sentirse impresionados por la consideración o el respeto a estos principios, porque su buen éxito depende de la inexistencia de estas normas" (19).

La vigencia de su pensamiento

Como puede apreciarse de este análisis de sus ocho principales tesis, que configuran la estructura básica de su pensamiento político, este cobra en el día de hoy una vigencia extraordinaria. Y esa es, justamente, la importancia de Gaitán. Todo lo que él dijo podría repetirse hoy, párrafo a párrafo, como si hubiera sido dicho o escrito para la hora que vivimos. Algo más: Gaitán es más actual

18. Jorge Eliécer Gaitán. "Discurso-Programa de su candidatura presidencial, 1945". En: *Obras selectas*, Tomo I, pág. 174.

19. Jorge Eliécer Gaitán. *Ibidem*.

ahora que en su propio momento histórico. Porque su palabra se ha convertido en conciencia justiciera. Porque es un símbolo de los oprimidos. Porque su solo nombre nos evoca su doctrina. Porque se confunde con estas dos palabras: justicia social. Y porque, a pesar de haber muerto, está vivo. "Yo no soy un hombre; yo soy un pueblo". Y mientras ese pueblo viva, el nombre de Gaitán, sus ideas, sus luchas, sus aspiraciones, estarán en su conciencia. Estará navegando en su sangre como invisible pero efectivo capitán de todas sus luchas y desvelos. Gaitán se ha convertido pues en un símbolo. Y más que en símbolo, en una conciencia histórica.

Cualquiera diría que Gaitán era un hombre escéptico o, quizás, pesimista, como suelen serlo casi todos los grandes críticos sociales. Pero si algo caracterizó al caudillo colombiano fue la fe en su pueblo, la fe en su país, la fe en la humanidad misma. En casi todos sus discursos y conferencias fluyen esa fe y ese optimismo que me permiten afirmar que el pensamiento de Gaitán era profundamente vitalista. Me basta citar sólo unos pocos apartes, de los muchos que confirman esto. Dice Gaitán en su mismo "Discurso-Programa", lo siguiente: "A los hombres de las actuales generaciones nos ha correspondido el doloroso privilegio de asistir a la transformación de uno de los períodos de la civilización humana. Es doloroso, porque la crueldad y la violencia, que son propias de estas transformaciones, martirizan y desangran a la humanidad que las padece; pero es privilegio porque con fe actuante de un destino mejor, nos es dable convertirnos en el eslabón que vincule las buenas cosas ganadas en el pasado, a costa de luchas cruentas, con las ventajas que el futuro debe traer a la humanidad" (20).

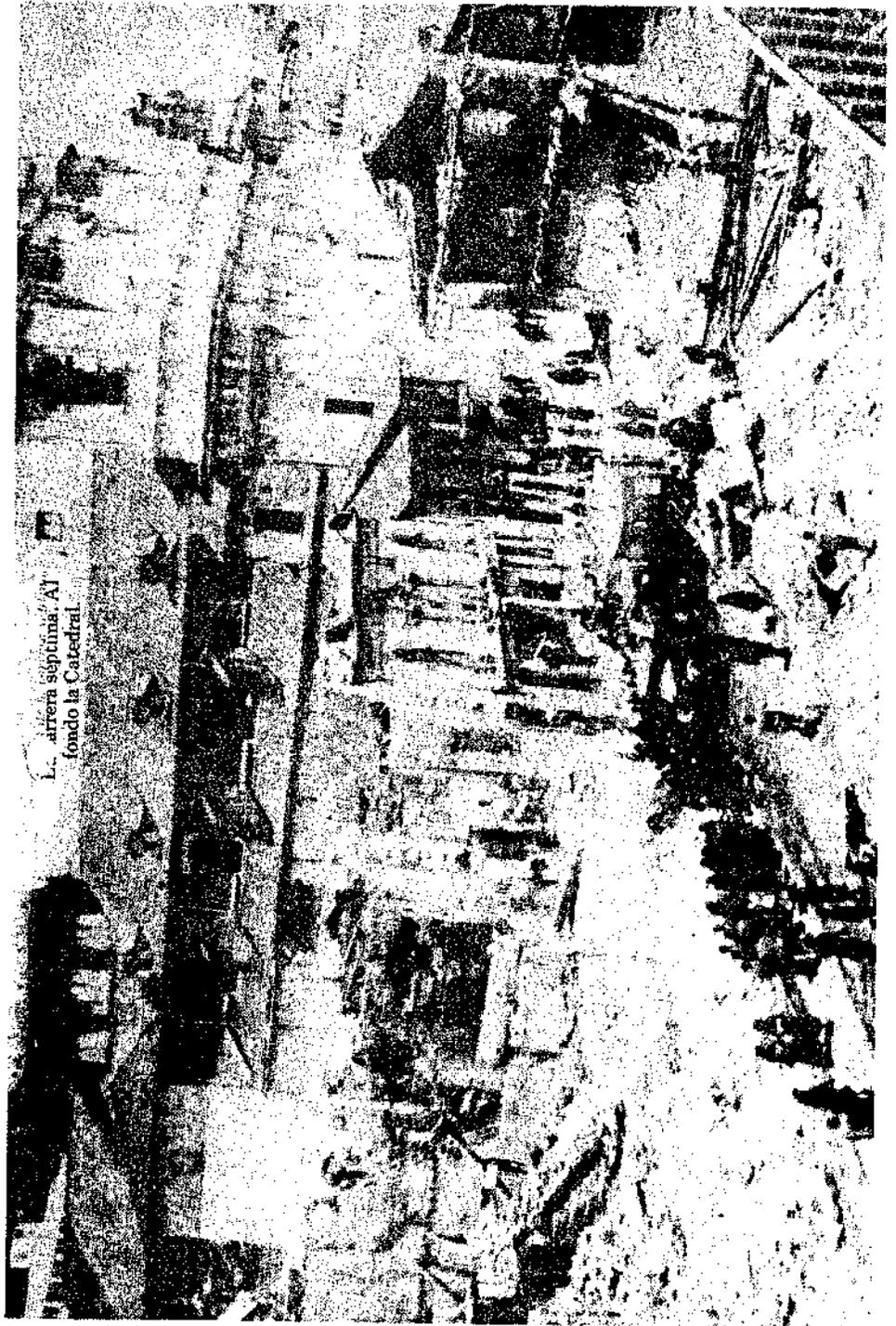
La restauración democrática

Al lado de la restauración moral, Gaitán colocó la restauración democrática del país. Porque, en verdad, para el

20. Jorge Eliécer Gaitán. "Discurso-Programa de su candidatura presidencial, 1945". En: *Obras selectas*, Tomo I, pág. 175.

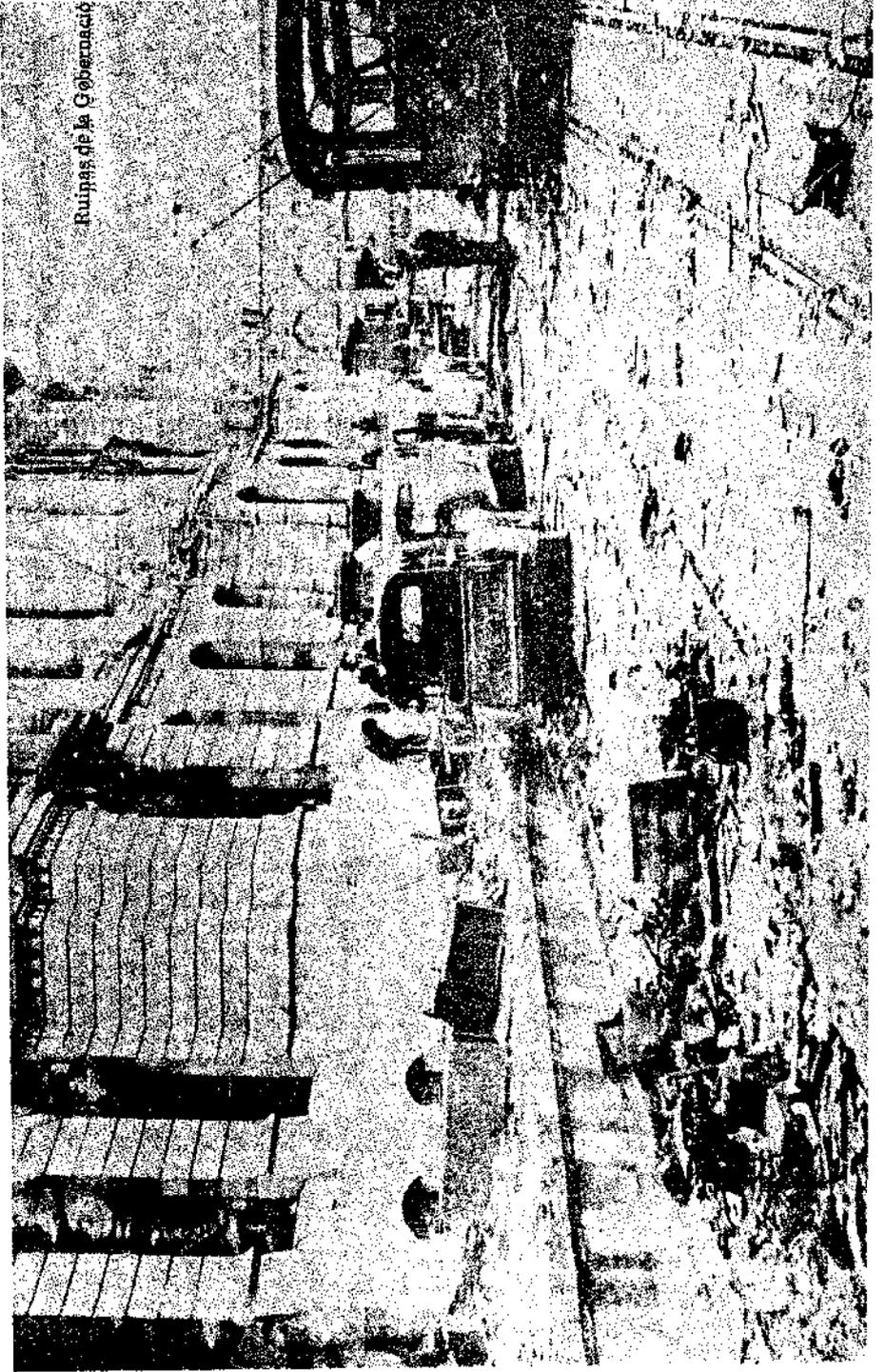
Caudillo, esto que vivimos no es en realidad la democracia que él predicaba. Y lo dice en la "Plataforma del Colón", en párrafos ya transcritos en este libro. Al lado de la democracia política debe construirse la democracia económica. Aquélla nos debe garantizar las libertades individuales y las garantías sociales. Y ésta nos debe brindar eficazmente la seguridad económica, traducida en pan, techo, salud, educación, servicios públicos, asistencia social. Gaitán veía que ni siquiera la democracia política, añeja conquista de la Revolución Francesa, tenía vigencia en Colombia. Estaba quebrantada por el país político que veía en la patria apenas un botín electoral y burocrático. Estaba hipotecada a las oligarquías que apenas veían en la patria un botín económico para satisfacer la voracidad insaciable de los especuladores y usufructuarios de un sistema de privilegios. Ambas fuerzas proditorias, en vergonzoso contubernio, minaban los cimientos de la democracia política y hacían absolutamente imposible la edificación de la democracia económica. De éstas, apenas ha existido una pobre imagen distorsionada, mantenida apenas en la retórica de los discursos electoreros. Para el país político, para los "clientelistas" de ahora, la democracia política se confunde con el vergonzoso comercio de votos que se compran con dinero, con almuerzos, o con pequeñas cuotas burocráticas. Y la democracia económica se confunde con las medidas tendientes a fortalecer los monopolios, los grupos financieros, la concentración de capitales y toda clase de privilegios en favor de los pulpos plutocráticos que viven a expensas del pueblo colombiano.

En cuanto a los medios para restaurar esa democracia política maltrecha y falseada, Gaitán consideraba que sólo un gran movimiento de masas podría lograrlo derrotando en las urnas a ese país político puesto al servicio de las oligarquías.



L. arrera séptima. Al fondo la Catedral.

Ruinas de la Gobernación



EL MAGNICIDIO

El hombre que asesinó a Jorge Eliécer Gaitán lo esperó durante varias horas en la puerta de salida del Edificio Agustín Nieto, donde el líder tenía su oficina de abogado. También trató de hablar con el líder esa mañana, en la misma oficina, pero fue rechazado por éste. Ya en otra oportunidad el asesino había ido allí a pedirle un empleo. La respuesta de Gaitán fue tajante: "Yo no tengo puestos para dar; yo no estoy en el gobierno; los puestos los da el gobierno. Vaya pídale puesto al presidente". Y cerró la puerta de su despacho privado.

A la una y cinco minutos de la tarde, cuando el Caudillo salía del edificio, el asesino le disparó por la espalda, a escasos tres metros de distancia, los cuatro tiros, de los cuales tres hicieron impacto en la víctima. Uno en la base del cráneo y dos en la espalda. Gaitán se desplomó sobre el andén de la carrera séptima. Allí quedó una pequeña charca de sangre que el pueblo recogió en sus pañuelos. Rápidamente sus amigos abordaron un taxi que le llevaría a la Clínica Central, a cuatro cuadras del lugar de los hechos. Gaitán entró en el estertor de la muerte. No se quejó ni articuló palabra alguna. Seguramente no tuvo tampoco conciencia del atentado ni pudo ver a su agresor. Desde el instante en que se desplomó, Gaitán había sufrido lo que los médicos denominan "muerte cerebral".

Todo había sido tan rápido, tan inusitado, en espacio de tan pocos segundos, que el desconcierto y la sorpresa invadieron a sus acompañantes. Pero luego, también reaccionaron. Las personas que en aquella hora estaban en los cafés aledaños al sitio del crimen, salieron a ver qué pasaba. Y se encontraron, de repente, que la víctima era nadie menos que el ídolo del pueblo colombiano.

El asesino

El hombre que disparó no trató de huir. Por el contrario, se entregó mansamente al dragoneante de la policía Carlos Alberto Jiménez Díaz, a quien le entregó el revólver y le pidió que lo protegiera de la turba amenazante que en segundos, también, empezó a formarse en torno del agresor. El policía, efectivamente, llevó al asesino hasta la "Droguería Granada", contigua al edificio donde el Caudillo tenía su oficina y los empleados de ese establecimiento cerraron la reja metálica para impedir la agresión. Pero la multitud se lanzó enardecida contra dicha reja y pugnó por abrirla violentamente, en medio de tremendas amenazas y gritos de odio, de ira y de dolor. El empleado de turno de dicha droguería, Elías Quesada Anchicote, le preguntó al asesino por qué había hecho aquello, y éste le respondió: "Hay, señor, cosas que no se pueden decir". Y luego, ante la presión furiosa de la turba que pugnaba por abrir la reja metálica y las amenazas terribles, exclamó: "Virgen Santísima, sálvame". Fue lo único que alcanzó a decir. Porque en ese instante Quesada Anchicote, atemorizado por la acción violenta de la masa, resolvió abrir la reja. La multitud penetró a la droguería y se apoderó del asesino. Un embolador le arrojó con toda la fuerza de que era capaz la caja de embolar, dándole con ella en la cabeza. El asesino, aturdido, pierde el equilibrio y cae al suelo. Y entonces la multitud sigue golpeándole con los puños, con los pies, con todo cuanto encuentra, en el rostro, en los brazos, en las piernas, en las ingles, y luego lo lleva en rastra, desde el sitio de la tragedia, hasta las puertas del Palacio Presidencial, por toda la carrera sépti-

ma, desde la calle quince hasta la calle octava. El asesino debió expirar en el curso de las primeras dos cuadras de su angustioso itinerario. Por el camino sus vestidos van siendo arrancados con furia, hasta quedar completamente desnudo. Hasta los ojos le son reventados con un zapato. Apenas una doble corbata amarrada al cuello y un girón de prenda íntima sobre sus muslos tumefactos.

Cuando la multitud lo arrastraba por las calles nadie sabía el nombre de aquel hombre. El pueblo lo conoció dos días después, por la prensa, cuando ya pudo establecerse con exactitud su verdadera identidad. Se trataba de Juan Roa Sierra, un pobre hombre de veinticinco años de edad, sin antecedentes delictivos, de baja estatura, enjuto, mal trajeado. Pero, ¿qué más podría decirse de este ser insignificante y oscuro que con su acción había causado semejante terremoto político y social? Era un individuo extraño, solitario, taciturno y, sobre todo, un desequilibrado mental.

Su personalidad

Las fuentes que permitieron conocer su personalidad fueron: su madre, Encarnación Sierra de Roa; su amante, María de Jesús Forero de Salamanca; y el quirólogo alemán Umland Gert.

Su madre es una de las primeras en comparecer ante las autoridades a rendir su indagatoria. El doctor Ricardo Jordán Jiménez, nombrado investigador del asesinato de Gaitán, escribió a ese respecto, lo siguiente: "Solamente la madre no desconoce el fruto de sus entrañas. No reniega de él. Recoge la imagen del descuartizado y parece inclinarse sobre ella para arrullarla. Para ella sigue siendo un niño y aun esa piltrafa que queda quisiera tenerla en sus brazos "pobrecito, no sé por qué hizo eso, era tan bueno...". Y entre lágrimas y juramentos de su parte, de rodillas, como rezando, como en una oración al Altísimo, oye el funcionario: Juan era perezoso, pero cuando había trabajo trabajaba... Ya verá que trabajó en la legación alemana, como portero o cartero, ahora poquito, cuando la

guerra mundial... No, no tomaba licor, ni se juntaba con malos amigos, pues ni los tenía. Sano de cuerpo, aunque decía que sentía ruidos en el cerebro y hasta perdía el conocimiento... Sólo sufría del corazón y una única vez fue operado, en 1941, de apendicitis... Sí, ya recuerdo... se encerraba, se ponía ante el espejo, colocaba unas velas encendidas y... dizque se veía como el propio general Santander... Decía que este general había reencarnado en él... Sí, en mi hijo Juan... No, nunca usaba drogas. Unas aguas sí ponía al sol para beberlas luego, pero no tenían sustancias... Señor, yo he tenido catorce hijos y solamente Juan y Gabriel me han hecho sufrir. Juan, porque hizo eso, y Gabriel, porque está hace varios años en un establecimiento de alienados... Mi marido murió en 1927 o en 1928, estando Juan, que era el menor, muy pequeñito... No, no le gustaba la política, no hablaba de eso... No visitaba a nadie, así, personas de categoría, como usted dice, no... No sé más doctor, le juro que no sé por qué hizo eso... Alguna mala mujer lo aconsejaría... ¡Ay! ¡Dios mío! No sé por qué hizo eso..." (1).

La amante, María de Jesús Forero de Salamanca, mujer bella, según testimonio del investigador Jordán Jiménez, casada con un cartero y separada de él, por padecer este individuo trastornos mentales y haber sido recluido en un frenocomio, rinde su testimonio ampliamente y describe a Juan Roa Sierra como un individuo perezoso, sin preocupaciones políticas, abstemio, casi sin amigos, misántropo, visionario, megalómano, supersticioso. También sostiene que Roa se consideraba predestinado para grandes cosas y confirma lo que dice la madre en el sentido de que Roa creía ser la reencarnación del general Santander. Cuenta cómo Roa fue en alguna ocasión a pedirle empleo a Jorge Eliécer Gaitán y cómo éste le dijo que no podía darle empleos a nadie porque no estaba en el poder; que se lo solicitara al presidente Ospina Pérez. Declara que Roa Sierra, entonces, le pidió al doctor Gaitán que le redactara la carta para el presidente, pero que aquél se

1. Ricardo Jordán Jiménez. "Dos viernes trágicos", pág. 137.

negó a hacerlo, limitándose a indicarle en qué términos debía dirigirse. En realidad, el investigador logró localizar dicha carta en los archivos de Palacio. Nada de extraño ni de particular contenía esa misiva. Igualmente localizó la respuesta de la Secretaría de Palacio que, en realidad, era una negativa cortés, de las que se usan en los despachos oficiales para estos casos (2).

No es de descartarse que Roa Sierra sintiera, en un principio, cierta simpatía por el doctor Jorge Eliécer Gaitán y consta en el expediente que Roa Sierra, en las elecciones presidenciales de 1946, dijo a sus amigos: "Hay que ayudarle al negro", refiriéndose al Caudillo que, como de todos es sabido, se le apodaba "el negro Gaitán", a veces con simpatía, a veces con desdén, por su color bronceado, propio de nuestros trópicos. El doctor Ricardo Jordán Jiménez, con toda la autoridad de quien investigó el crimen, nos dice que "...esos sentimientos de simpatía, si así quiere llamárseles, no eran recientes, lo dice otro informe, en el que se da cuenta que en el año 1932, Juan Roa Sierra, quien nació en el mismo barrio en el que por muchos años vivieron los progenitores de Jorge Eliécer Gaitán, cooperó con otros muchachos a mover el automóvil del entonces capitán de multitudes que, falto de gasolina, hubo que llevarlo del Parque Santander a una estación próxima, a fuerza de empujones. De modo que la animadversión que determinó a Roa Sierra a darle muerte a Jorge Eliécer Gaitán fue de última hora, como lo sostuvo —aunque con algo de reticencia— un declarante, al dar cuenta del cambio que de algunos meses atrás se había operado en el sentir del homicida respecto de la víctima. Proclamaba ya con desenfado que él (Juan Roa) era capaz de conducir un movimiento popular más caudaloso que el del jefe del partido liberal quien, en su concepto, estaba actuando en política como un vendedor de específicos..." (3).

2. Ricardo Jordán Jiménez. *Ibidem*, págs. 139 a 140.

3. Ricardo Jordán Jiménez. "Dos viernes trágicos", pág. 143.

¿Qué fue lo que hizo cambiar de actitud a Roa Sierra con respecto al Caudillo? Seguramente el trato que recibió de Gaitán cuando fue a pedirle un empleo. La brusquedad, la falta de cortesía, las frases tajantes y duras, esa actitud de rechazo y de fastidio, su negativa a redactar la carta. En fin, todo esto equivalía a lo que la gente llama "tirarle la puerta por las narices". Actitud que se repite el mismo 9 de abril, por la mañana, cuando Roa Sierra trata de hablar nuevamente con Gaitán y éste se niega a recibirlo. Sólo que en esta ocasión seguramente ya no iba a pedirle un empleo, pues ya estaba en posesión del revólver que había comprado días antes...

Es verdad que Roa Sierra no era propiamente un político ni este menester le apasionaba y que rara vez se le oyó hablar de política. Pero quizás su megalomanía, su idea de haber nacido "para cosas muy grandes", le hizo pensar, estimulado por el rencor hacia el Caudillo, que él podía conducir un movimiento popular más importante que el del propio Gaitán, vale decir, que él era más grande que el propio Caudillo.

Pero hay algo muy curioso: los asesinos de Uribe Uribe, dos modestos carpinteros, también obraron impulsados por la idea de que por culpa de este caudillo liberal no habían sido admitidos en el Ministerio de Obras Públicas como artesanos, y que a él le debían su desempleo y las desgracias que estaban padeciendo.

El quiromántico alemán Umland Gert fue, después de su madre y de su amante, la persona que más cerca estuvo de Roa Sierra en los últimos meses de su vida. Bastante comprobado está el hecho de que Roa Sierra era un individuo sin amigos, un solitario. Desde 1947, es decir, desde un año antes del crimen, Roa Sierra visitaba al quiromántico con alguna frecuencia, como cliente y quizás como confidente de sus desventuras. Iba a quejarse de su suerte, de sus frustraciones y a pedirle consejos. El astrólogo trató de hacerlo aterrizar y le dijo que lo mejor sería que se fuera al campo a trabajar la tierra. Pero ante la insistencia de que quería conseguir algún empleo en la ciudad, Umland, que había oído hablar de Gaitán y de su

amor al pueblo, le aconsejó un día que fuera a la oficina del Caudillo a pedirle ayuda. Quizás él, con su poder político, podría ayudarlo a salir de su condición de albañil para trocarlo en modesto empleado de oficina. De esta manera, sin proponérselo siquiera, sin pensarlo, el quiromántico alemán se convirtió en el instrumento del destino que conduciría a Roa Sierra a la oficina de Gaitán. Y allí sucedió lo que queda relatado. Allí empezó a trocarse, ese día, la simpatía y la admiración por el resentimiento.

El día 7 de abril, dos días antes del asesinato, llegó Roa Sierra al consultorio del quiromántico, a eso de las 9 de la mañana. En aquella ocasión Roa Sierra le pidió prestados al alemán diez pesos que éste se negó a darle. Roa salió contrariado del consultorio del quiromántico, sin despedirse, y dijo con aire de amargura, al salir: "Solo tengo que hacer la vida y solo tengo que seguirla" (4). Fue la última vez que lo vio el alemán Umland Gert.

De esta última entrevista, el investigador Jordán Jiménez concluye: "1o.- Que Roa Sierra no tenía ningún afán ese día (siete de abril), puesto que así lo demostraba la larga espera en el "consultorio" del quiromántico; 2o.- Que carecía del dinero necesario para la compra del revólver, puesto que al alemán le solicitó el préstamo — sin obtenerlo— de diez pesos; 3o.- Que la fecha del homicidio no podía estar fijada aún, porque su realización dependía de la consecución del arma, cuyo precio no había logrado reunir; y 4o.- Que no andaba muy bien de protectores o gestores..." (5).

Pero, antes de seguir adelante en las andanzas de Roa Sierra en vísperas del atroz asesinato, precisemos un poco sobre la personalidad de este individuo, desde el punto de vista científico.

Dos conceptos científicos

El doctor Luis Carlos Pérez, distinguido penalista, quien actuó como representante de la parte civil en el pro-

4. Ricardo Jordán Jiménez. *Ibidem*, págs. 115 y 116.

5. Ricardo Jordán Jiménez. *Ibidem*, pág. 116.

ceso y quien mostró gran celo en todas las diligencias y, particularmente, en el aporte de las pruebas, describe a Roa Sierra de la siguiente manera: "¿Era Juan Roa Sierra un matoide político? En la caótica clasificación que se hace de los magnicidas, ¿cuál era el puesto ocupado por este extraño asesino de 25 años, perezoso, lunático, creyente en filtros salutíferos y en hechicerías de toda laya? Un día los ojos del testigo lo ven por las faldas de Monserrate, a la hora en que, según la leyenda, salen los espíritus de sus sombras, esperando la mano del Mohán que ha de pasar a las suyas, pobres y abatidas, una gran cantidad de oro y piedras preciosas; noches enteras enfría a la luz de la luna, en Barranquilla, una botella verde llena de agua curativa de dolencias de amor; otras, en el silencio de su humilde aposento, entre dos velas encendidas frente al espejo en que se mira fijamente, ve trocarse su rostro ("este rostro de hijueputa", como él mismo se dice) en el del gran Francisco de Paula Santander; varias veces consulta al quirólogo Umland sobre su destino; se hace miembro de la secta rosacruzista y sostiene correspondencia con la casa madre, en San José de California; intenta trabajar, pero al poco tiempo deja la labor comenzada; se queja de su suerte, pero no toma ninguna iniciativa para remediarla; explota a su madre y no tiene miramientos con ella; le da a María Jesús Forero un trato indigno, que conduce a la separación de su amante; procrea una niña, pero no hace lo posible por darle sustento adecuado; no tiene amigos íntimos ni se le conocen grandes amores; su cuerpo no ostenta, ante el criterio de los autopsiadores, ninguna señal de degeneración física; sufre una operación apendicular, y nada más" (6).

Una vez cerrada la etapa investigativa y cesado en sus funciones el doctor Jordán Jiménez, el expediente pasó al conocimiento del Juez Primero Superior de Bogotá. Este funcionario, a petición del Fiscal, doctor Luis Zafra,

6. Luis Carlos Pérez. "Memorial dirigido al Juez del Conocimiento en el asunto Gaitán. En: *Práctica Jurídico Penal, estudios sobre casos concretos*. Bogotá, Temis, 1972, pág. 620.

solicitó un concepto pericial retrospectivo acerca de la personalidad de Juan Roa Sierra, al Profesor Uribe Cualla, Director del Instituto de Medicina Legal. En dicho concepto, rendido oportunamente y el cual obró en autos, se dijo, entre otras cosas, lo siguiente: "...Como notas correspondientes a una personalidad esquizoide, a la cual parece pertenecer Roa Sierra, existen las múltiples declaraciones del informativo de personas de la familia o que lo conocieron que afirman era persona reconcentrada y que le gustaba vivir más bien aislado, con muy pocos amigos; abúlico y perezoso, puesto que generalmente se la pasaba en la casa sin ocuparse de ningún trabajo; y atendido a que su madre lo alimentara y atendiera a todos los gastos de su persona... La personalidad de Roa Sierra parece que era esencialmente esquizoide y paranoica, es decir, se trataba de un individuo introvertido, reservado, poco comunicativo, y que por lo tanto sus deseos y planes para el futuro, si los tuvo, debieron permanecer más bien ocultos, y como su idea prevalente era la de que estaba destinado a grandes cosas, como el considerar que estaba reencarnando a espíritus superiores como los del general Santander y Jiménez de Quesada; y dada la desconfianza que de suyo tiene en el medio ambiente el paranoico, siempre él es reservado, un tanto resentido y por lo tanto un desadaptado dentro de la sociedad; los actos que estas personas desean realizar con cierta trascendencia, procuran tenerlos muy ocultos en su interior y no comunicarlos a nadie... No figura en el expediente ningún dato que demuestre que Roa Sierra fuera un fanático político o místico que perteneciera a alguna secta especial donde pudiera fructificar una reacción de perseguidor ambicioso o magnicida o regicida... Más aceptable sería que Roa Sierra, en un momento dado, pudo obrar como un paranoico, en el cual es frecuente el resentimiento con el medio ambiente, que no le es propicio para desarrollar sus ambiciosos planes netamente personales... y que por una de esas aberraciones anormales, desde luego delirantes, viniera a considerar que el doctor Jorge Eliécer Gaitán se opusiera a sus deseos de estudio y de posible engrandecimiento de su modesta personalidad.

Pudo muy fácilmente terminar en un proceso delirante persecutorio y que fuera francamente sistematizado contra la ilustre persona del doctor Gaitán... Es más aceptable que él (Roa Sierra) hubiera por sí solo procedido en la elaboración de su plan siniestro de acuerdo con su tendencia al autismo (vida interior); y que si ya se había cristalizado una idea francamente delirante parafrenética o persecutoria, él mismo debería sufrir sus consecuencias y procedía a hacerse justicia en un conato impulsivo de defensa contra un enemigo imaginario que él consideraba como que frustraba sus planes ambiciosos...' (7).

¿Cómo se identificó al magnicida?

Ahora bien: ¿Cómo se logró la identificación de Juan Roa Sierra? El punto es importante porque mucho se discutió por la opinión pública sobre si Roa Sierra fue el verdadero autor del asesinato del doctor Gaitán, llegándose a sostener las tesis más absurdas y descabelladas, producto de la fantasía con la que de ordinario se suele condimentar esta clase de magnicidios.

El periodista Felipe González Toledo, redactor de "El Espectador" de Bogotá, llegó al sitio donde se acababa de dar muerte a Gaitán, en el momento en que la reja metálica de la "Droguería Granada", donde estaba asilado Roa Sierra, empezaba a ceder, y luego vio cómo al abrirla el empleado de la misma, la multitud se abalanzaba sobre el asesino e iniciaba su linchamiento. González Toledo lo vio, pues, y no se conformó con ello sino que, abriéndose paso entre la multitud, fue uno de los que más clamó para que no se realizara el linchamiento. En una crónica publicada en "El Tiempo", nos narra cómo siguió tras el cuer-

7. Guillermo Uribe Cualla. "Estudio retrospectivo de la personalidad de Roa Sierra, dentro del proceso Gaitán. En *Revista de Medicina Legal de Colombia*. Bogotá 15 (77-78; 31, ene-jun., 1956). Reproducido por Humberto Rosselli en su obra "Historia de la psiquiatría en Colombia", págs. 608-609, de donde fue tomada la cita.

po agonizante y destrozado de Roa y cómo asistió, entre las balas, al "levantamiento del cadáver" que, en realidad, fue más simbólico que efectivo, por los dramáticos momentos que se estaban viviendo. Dice a ese respecto González Toledo, lo siguiente: "...Efectivamente, frente a la puerta principal del Palacio de la Carrera, estaba tendido el cadáver del magnicida. En realidad, no estaba tan desfigurado como se podría suponer. Seguramente no tenía hueso sano, pero no se puede decir que estuviera despedazado. Ni siquiera mutilado. Conservaba un jirón de ropa interior enredado en un muslo y en el cuello tenía anudadas dos corbatas. La diligencia, apenas simbólica, porque en realidad al cadáver lo dejamos donde mismo lo encontramos, fue tan breve como las circunstancias lo imponían. A esa hora, un empujón más definido y más resuelto de la multitud, ya estimulada por el alcohol, presionaba sobre las calles próximas a Palacio, y la amenazante ola era contenida a tiros de fusil. No había, pues, mucho tiempo para examinar el cadáver. El dactiloscopista del juzgado, casi reptando sobre el pavimento, recogió una a una las huellas dactilares. José Ignacio Cadena le quitó de la mano izquierda un anillo de hierro. Era una sortija agorera: una calavera, signo de la muerte, enmarcada por una herradura, símbolo de la buena suerte... El tronar de la fusilería arreciaba en las esquinas próximas. La muchedumbre enceguecida presionaba los cordones de tropa. Por un instante nos arrepentimos de haber penetrado a aquella zona... ¿Cuántos muertos hubo en Bogotá esos días aciagos?... En los patios del anfiteatro, en los corredores del Cementerio Central, en los atrios de los templos del centro y del sur se amontonaron los cadáveres. Las cifras relativas a las víctimas de la catástrofe y a pérdidas y destrucciones, no se dejaron aprisionar en las casillas de las estadísticas, pero se ha calculado que los muertos pasan de cuatro mil. Centenares de cadáveres, todos de gentes desconocidas, fueron sepultados en grandes fosas comunes. En camiones transportaron al Cementerio Central el cargamento humano y nunca hemos descartado el temor de que en la apresurada recolección, con los cadáveres

res se confundieran cuerpos que aún alentaban algunas reservas de vida" (8).

González Toledo fue uno de los más hábiles periodistas con que ha contado el país en este siglo. Le correspondió cubrir para el periódico "El Espectador" la principal información sobre los sucesos del 9 de abril. Y lo hizo con valentía inusitada y con gran sentido de la responsabilidad. A él le debemos, en parte, esa identificación inequívoca del cadáver de Roa Sierra. En efecto, continúa su crónica en estos términos: "...En el cementerio, dos días después de la hecatombe, entre centenares de muertos, volvimos a encontrar el cadáver del asesino del doctor Gaitán. Manuelhache, el popular reportero gráfico, con la ayuda de algunos sepultureros, lo localizó en el cementerio. La identificación, a simple vista, no presentaba mayores dificultades porque disponíamos de algunas referencias. El cadáver de Roa, a diferencia de los demás, debía estar desnudo y debía tener dos corbatas anudadas al cuello. Era un hombre pequeño de 25 años, y tenía notoriamente largas las uñas de los pies... Nuevas huellas dactilares, tomadas en esta ocasión, comparadas con las de la necrodactilia original cuando reapareció el dactiloscopista refugiado, coincidieron cabalmente con las estampadas en el documento electoral correspondiente a Juan Roa Sierra. El cotejo fue de resultado irrefutablemente positivo, en cuanto a la identificación de quien con su acción vino a provocar semejante apocalipsis" (9).

En otra crónica de González Toledo, escrita con la autoridad de haber sido testigo presencial de la mayor parte de los acontecimientos relacionados con el 9 de abril, dice lo siguiente: "Una de las consejas que se generalizaron fue la de que Juan Roa Sierra no fue el asesino o que actuó en cooperación con otros tiradores. Pero debemos partir del principio de que ambas creencias son fal-

8. Felipe González Toledo. "La catástrofe salió de un revólver desajustado". En: Lecturas Dominicales de El Tiempo, Bogotá, abril 8 de 1973, pág. 4.

9. Felipe González Toledo. *Ibidem*.

sas. Porque Roa Sierra fue el único asesino — al menos material— del doctor Gaitán. Veamos sinópticamente:

- “1) El dragoneante Carlos Alberto Jiménez Díaz, inmediatamente, en el mismo lugar, que a esa hora era muy escasamente concurrido, capturó y desarmó al homicida, y para protegerlo contra la reacción de los primeros exaltados, lo entró a la “Droguería Granada”, donde fue interrogado por el mismo dragoneante y por el farmacéutico Quesada Anchicote. Interrogatorio dentro del cual confesó haber perpetrado el crimen.
- “2) El mismo sujeto, cuando la multitud se reunió y presionó sobre la reja de la droguería, fue linchado y arrastrado hasta la puerta principal del Palacio de la Carrera.
- “3) Las huellas dactilares del cadáver del asesino, correspondieron a la reseña dactilar de la cédula de ciudadanía de Juan Roa Sierra.
- “4) Las revelaciones del quiromántico Umland Gert, consejero y algo así como “padre espiritual” de Roa, muestran cómo este sujeto, días anteriores, visitó la oficina del doctor Gaitán, donde tuvo un desairado recibimiento.
- “5) Las visitas de Roa a la oficina de Gaitán aparecen registradas en la agenda de la secretaria del ilustre abogado.
- “6) La prueba científica de balística demuestra plenamente que todos los proyectiles que hicieron impacto en el cuerpo del doctor Gaitán, fueron disparados por el revólver que el dragoneante Jiménez arrebató a Roa Sierra.
- “7) Los vendedores del revólver que Roa Sierra empleó, los hermanos Rincón, declararon sobre el negocio y reconocieron el arma. De igual manera Lozano, el vendedor de la provisión de cartuchos” (10).

Efectivamente, todos estos puntos están plenamente demostrados en el expediente adelantado en la investigación por el asesinato del líder. Ni para el investigador, ni para el fiscal, ni para el representante de la parte civil, existió duda alguna sobre la autoría material del crimen por parte de Juan Roa Sierra. Todo fue tan evidente y tan objetivamente confirmado que no cupo duda alguna al respecto. La misión de la Scotland Yard, dirigida por el propio presidente de la institución, y que vino a Bogotá a coadyuvar en el esclarecimiento de los hechos, también lo confirmó plenamente, al solidarizarse con la tesis del doctor Jordán Jiménez. Más adelante trataremos en detalle estos puntos.

La compra del revólver

Tan pronto como Roa Sierra abandonó el consultorio del quiromántico alemán, se fue a negociar el revólver con el cual cometería el magnicidio. Había logrado que su madre le diera un dinero para pagar las clases que dizque iba a recibir para aprender a manejar vehículos y así poderse ganar la vida al igual que sus hermanos que eran choferes. El negocio del revólver se inició por la mañana de aquel siete de abril, un poco después de las once, y sólo se perfeccionó durante las horas de la tarde. Era un revólver ordinario, calibre 32, de tales condiciones que aunque Roa dio por él setenta y cinco pesos, los peritos nombrados por el investigador apenas lo avaluaron en veinticinco pesos. Para justificar dicha compra Roa Sierra dijo a los vendedores que necesitaba esa arma porque pensaba viajar, en compañía de dos extranjeros, a una región montañosa llena de peligros, en busca de unos tesoros y agregó que si regresaba con vida de esa aventura sería inmensamente rico. En realidad, Roa era aficionado a esto de "buscar tesoros", pues en alguna ocasión gastó todos sus ahorros buscándolos entre Albán y Facatativá y, en otra ocasión, lo vieron merodeando por las noches y casi al amanecer los cerros de Monserrate, en espera de que el espíritu del Mohán le dijera dónde estaban ciertos tesoros escondidos.

La carga para el revólver la compró Roa Sierra sólo al día siguiente, a otra persona diferente a quienes había comprado el arma. Fueron diez proyectiles que negoció con un sujeto de apellido Lozano, por la suma de diez pesos. Todo esto nos va indicando, como acertadamente lo observó el investigador Jordán Jiménez, que el magnicida iba dejando rastros por todas partes. Cosa que no hace quien está trabajando para un autor intelectual, pues se supone que éste lo dota del arma y de la carga correspondiente para no exponerlo a delaciones y sospechas. Pero es que ni siquiera dispone de los pocos pesos que vale el revólver y tiene que conseguir por su cuenta esa insignificante suma, llegando a disponer de dineros que ha logrado sacarle a su madre para otros fines. Algo más: un autor intelectual no va a aceptar siquiera que el homicida trate de cumplir su cometido con un revólver viejo y de la pésima calidad del comprado por Roa, el cual ni siquiera es ensayado por éste previamente. Mayor torpeza no hubiera cometido quien hubiera estado dispuesto a comprometerse en una empresa de la magnitud y de la peligrosidad de la que desgraciadamente realizó Roa Sierra.

Pero continuemos el itinerario de Roa. Ya estamos en el fatídico nueve de abril. Ese día Roa salió de su casa, que es la casa de su madre, como a las nueve de la mañana. Al pasar por la habitación de su amante, con quien no estaba bien desde hacía varios meses, le deja tres pesos para la leche de la niña que había nacido de aquellas relaciones. Seguramente se fue directo a la oficina del doctor Jorge Eliécer Gaitán, pues según declaraciones testimoniales que obran en el expediente, se le vio desde muy temprano merodeando por los lados del Edificio Agustín Nieto, donde el Caudillo tenía su oficina. Según declaraciones de la secretaria de éste, Roa Sierra subió a la oficina de Gaitán, pero ella se negó a introducirlo, pues el Caudillo estaba conversando a puerta cerrada con sus amigos que habían ido a felicitarlo por el resonante triunfo profesional obtenido ese mismo día en las horas del amanecer, cuando fue absuelto su defendido el teniente Cortés.

¿Quién era "El Flaco"?

Y aquí, en la oficina de Gaitán, surgió otro enigma en la investigación del magnicidio. Roa Sierra se encontró allí con un sujeto muy extraño, de ojos desorbitados, quien también quería entrevistarse con el Caudillo. Inicialmente se le conoció con el nombre de "El Flaco". ¿Qué conversaron estos dos individuos en la antesala del grande hombre? ¿Qué relación había entre ellos? Inmediatamente se conoció este detalle, por las declaraciones de la secretaria del líder, la opinión pública y los investigadores mismos llegaron a suponer que se trataba de un cómplice de Roa Sierra. Y se inició la búsqueda desafortunada de ese extraño personaje, es decir de "El Flaco", por todo Bogotá y por todo el país.

El famoso hombre "flaco" con "ojos de loco", había ido a la oficina de Gaitán a tratarle al distinguido profesional "un asunto de derecho penal". Este extraño individuo sí logró, en parte, su cometido. Gaitán lo atendió, sin abrir del todo la puerta de su despacho privado, para no dejarlo entrar, y después de escucharlo a medias, le dijo que no tenía tiempo para atender sus pretensiones y cerró la puerta. ¿Cuál era su nombre? No se sabía a ciencia cierta.

Buscado intensamente, al fin se dio con él. Pudo identificarlo plenamente la secretaria del Caudillo. Se trataba de un pobre loco, en peores condiciones de salud mental que Roa Sierra. Y se estableció que nada tenía que ver con este último, fuera del momentáneo conocimiento que tuvieron en la oficina del líder. Veamos lo que dijo el eminente facultativo doctor Guillermo Uribe Cualla, director de la Oficina de Medicina Legal, en concepto que obra en el expediente de este magnicidio: "...César Bernal Cordovez (el verdadero nombre de "El Flaco") es un individuo en el cual se destaca una personalidad paranoica y esquizoide. Su tipo morfológico es asténico o leptosomático... No se trata de un simulador de perturbaciones mentales, puesto que desde el año 1945 viene evolucionando en él un delirio persecutorio con ideas francamente paranoicas (de grandeza, de invención, etc.), para las cuales

tuvo un tratamiento en la Clínica de Santo Tomás, y que el doctor Hernán Vergara, distinguido psiquiatra y director de dicha clínica, diagnosticó entonces como un delirio de influencia en vía de sistematización con un contenido persecutorio e iniciación de tendencias reivindicatorias... Su enfermedad mental ha avanzado progresivamente, y en nuestro concepto padece de una psicosis paranoica, alucinatoria crónica o delirio de persecución de Magnan... En nuestra opinión esta enfermedad es de pronóstico grave y exige su reclusión inmediata en el frenocomio de Sibaté, porque dadas sus modalidades de persecución con tendencias reivindicatorias, lo hacen peligroso social y familiarmente'' (11).

Como antes se dijo, no se pudo probar que existiera relación alguna entre Roa Sierra y Bernal Cordovez. Después de recibirle ampliamente su testimonio incoherente y vago, este individuo fue conducido al frenocomio de Sibaté, donde permaneció durante mucho tiempo. El director de esta institución, en 1953, doctor Luis Jaime Sánchez, dictaminó lo siguiente: "Diagnóstico: Psicosis reaccional de reivindicación sobre fondo parafrénico. Pronóstico: Incurable".

El momento fatal

Roa Sierra, al verse de nuevo rechazado en la oficina del doctor Gaitán, bajó a esperarlo en la puerta de salida del edificio, sobre la carrera séptima, entre la Avenida Jiménez y la calle 14. ¿Desde cuándo anidó el propósito de eliminar a Gaitán? Quizás unos días antes, cuando pone en ejecución dicho propósito de comprar el revólver. ¿Subió el 9 de abril por la mañana con el fin de darle muerte en su propia oficina? Cualquiera podría decir que este propósito era descabellado, pues su captura podía ser más

11. Guillermo Uribe Cualla. Concepto psiquiátrico sobre Bernal Cordovez, "El Flaco", dentro del proceso Gaitán. *Revista de Medicina Legal de Colombia*. 15(77-78): Ene-jun., 1956. Tomado de "Historia de la psiquiatría en Colombia" de Humberto Roselli, pág. 609.

fácil dentro del edificio, mientras lograba abordar el único ascensor. Pero no olvidemos que Roa, cuando dispara sobre Gaitán, en plena calle, pudiendo huir no lo hizo. Por el contrario, se entrega voluntariamente al policía, al cual le da el arma, que todavía tiene un proyectil y le pide protección. Indudablemente quería que supieran que él era el autor del magnicidio, es decir, que había cumplido esa "gran misión" para la cual había nacido.

A la una y cinco minutos de la tarde, Gaitán sale de su oficina con sus amigos Plinio Mendoza Neira, Alejandro Vallejo, Pedro Eliseo Cruz y Jorge Padilla. Los minutos de su vida están contados. La muerte, agazapada en el corazón de ese hombre oscuro que lo acecha, ya ha proferido su sentencia inexorable. Roa Sierra espera con impaciencia el momento, hasta que al fin el Caudillo aparece ante su vista. Fue un instante no más en que Gaitán traspone el umbral y sale a la calle y en que simultáneamente Roa Sierra le dispara por la espalda.

Jorge Padilla, uno de los acompañantes de Gaitán, escribió cómo fueron estos instantes definitivos. Dice así Padilla: "Aquel viernes, como de costumbre, Jorge Eliécer Gaitán conversaba con sus amigos. Entre las doce del día y la una de la tarde era la hora habitual de nuestras visitas. Habían corrido las ásperas labores de la mañana y el jefe del liberalismo hacia un paréntesis en su tenaz actividad... Muchas veces, como aquel día, habíamos hablado del proceso del teniente Cortés. Gaitán gustaba disertar sobre biología y sobre balística. Hablaba entonces de la trayectoria de un disparo de revólver, de la posición de la herida en relación con el cuerpo, de las normas científicas de la medicina legal, del tatuaje de la pólvora, de la resistencia del aire, de las doctrinas penales. Plinio Mendoza, Pedro Eliseo Cruz, Alejandro Vallejo y yo lo escuchábamos con interés. Mendoza nos invitó a almorzar al Hotel Continental. Gaitán tomó su sombrero. Salimos. "Estoy muy satisfecho —nos dijo al pasar la puerta— de la teoría original que formulé en la defensa de anoche. Creo que está llamada a tener una importancia semejante a la teoría de la premeditación. Quisiera escribir un libro para de-

sarrollarla. Pero no hay tiempo...". Habíamos bajado por el ascensor. Gaitán y Mendoza siguieron adelante. Cruz, Vallejo y yo, atrás. Una distancia de tres o cuatro metros nos separaba. El primer grupo salió a la calle y cruzó hacia el norte. Nosotros avanzamos por el corredor hacia la puerta. De pronto oímos un ruido seco, pequeño, casi infantil. Luego tres detonaciones más. Todo sucedió con una rapidez vertiginosa. Los hechos fueron más rápidos que el pensamiento. Es difícil reconstruir con nitidez el perfil de las sensaciones que en ese instante se agolparon en nuestro interior... Veo un hombre pálido, transfigurado, sin sombrero, pobremente vestido, disparando desde la puerta del edificio. La mano derecha agarra el pequeño Smith y Wesson niquelado, de cachas de nácar. El cuerpo, frágil y endeble, dobla la rodilla en posición de tirador experto. Lo veo disparar y luego retroceder cubriendo la retirada hacia la calle 14. De un brinco he saltado al andén. Allí, tendido de espaldas, está Jorge Eliécer Gaitán. El sombrero ha rodado por tierra. Los brazos se separan del tronco. Las manos yacen entreabiertas. Los ojos dilatados en el gran naufragio de la sombra, están inmóviles. Parece que miraran hacia adentro. De la comisura de los labios brota un hilo de sangre. Ni una palabra, ni un gesto, ni un movimiento. Sólo el débil telégrafo del pulso indica que la subterránea corriente de la vida no ha dejado de fluir. Al llegar a la mesa de operaciones de la Clínica Central, aquella inmovilidad dará paso a los estertores de la agonía. De la garganta saldrá, fuerte y doloroso, un inarticulado sonido, que no se sabe si es el dolor de la carne derrotada o la final batalla de un organismo poderoso con la muerte" (12).

Estos apartes transcritos fueron publicados por su autor, Jorge Padilla, en el periódico "El Espectador", a los pocos días del asesinato de Gaitán. Posteriormente han sido reproducidos en el mismo periódico, en fechas

12. Jorge Padilla. "Historia de un disparo". Publicado en "El Espectador" de abril de 1948 y reproducido en Magazine Dominical del mismo periódico en su edición del 7 de abril de 1968, pág. 2.

conmemorativas de la fatídica efemérides. Nosotros hemos tenido oportunidad de conversar varias veces con Jorge Padilla, al calor de la amistad y, en junio de 1981, treinta y tres años después del magnicidio, le hemos grabado su relato pormenorizado sobre los últimos minutos de la vida de Gaitán. Pero hemos considerado innecesaria la transcripción de nuestras conversaciones, por cuanto lo que nos ha dicho personalmente el distinguido escritor gaitanista coincide en todo con el relato anterior. Lo cual comprueba una vez más la fidelidad de su memoria y su honestidad intelectual, lo mismo que el grande afecto por el Caudillo. Pero para nosotros era muy importante tener ese relato dicho con su propia voz. Es el testimonio vivo del último de los sobrevivientes de aquel grupo de amigos que estuvo con Gaitán en los momentos de su absurdo sacrificio.

¿Hubo autores intelectuales?

Desde el momento mismo en que las emisoras de Bogotá y del país empezaron a transmitir las noticias sobre el atentado de que había sido víctima Jorge Eliécer Gaitán y el pueblo se lanzó a las calles a protestar por ese descabellado acontecimiento, la ira popular señaló al gobierno conservador de Ospina Pérez como el autor intelectual del mismo. Así lo gritó el pueblo enfurecido en las calles y se lanzó a destruir y a incendiar los edificios públicos. El cadáver del asesino fue arrastrado hasta la propia puerta del Palacio Presidencial, como el más elocuente mensaje acusatorio. Y cuando se confirmó la muerte del Caudillo, la cual ocurrió a las dos menos cinco minutos de la tarde, la consigna general fue la de tomarse el poder. Los gritos, los discursos, las proclamas, las consignas, todo esto llevaba implícita la acusación escueta al gobierno conservador de Ospina Pérez. Todo lo cual era hasta cierto punto de vista explicable, si se tiene en cuenta el ambiente de pugnacidad política que se estaba viviendo aquellos días. Momentos turbulentos, de gran agitación, en los que Gaitán mismo había acusado al gobierno de haber desatado la violen-

cia oficial contra el liberalismo. Todavía zumbaban en los oídos de este partido las imprudentes frases del ministro José Antonio Montalvo, dichas en el Senado de la República, en abierto tono de amenaza, de que el gobierno se defendería a "sangre y fuego" si fuera necesario. De otra parte, también estaba fresco el incalificable desaire hecho a Gaitán por el gobierno, al no incluirlo dentro de la nómina de los representantes de Colombia ante la IX Conferencia Panamericana.

A su vez, tan pronto como esas emisoras transmitieron la fatal noticia y las gentes invadieron calles y plazas, el gobierno conservador acusó al partido comunista de ser el autor de dicho asesinato y el instigador de los hechos violentos que se estaban desarrollando en la capital de la república y en otros lugares del país. Surgieron, pues, en ese instante, dos acusados: el gobierno de Ospina Pérez y el comunismo internacional.

1. La hipótesis conservadora

Esta hipótesis fue desechada completamente por el investigador Jordán Jiménez, al no encontrar ningún fundamento sólido para sostenerla. La misma indefensión en que se encontraban el Palacio Presidencial (defendido apenas por veinte soldados) y la ciudad de Bogotá (protegida por escasos ochocientos hombres) ya era de por sí un argumento fuerte en contra de dicha hipótesis. Puesto que si el gobierno hubiera estado comprometido, si hubiera planeado el crimen, por lo menos hubiera guarnecido a la capital de tropa suficiente para aplastar la natural reacción que el crimen iba a desatar. Y la verdad era que el propio presidente Ospina Pérez ignoraba lo que había ocurrido ese nueve de abril, al llegar al Palacio. Los ministros también lo ignoraban y, en las horas de ese día, por la tarde, ni siquiera se sabía el paradero de muchos de ellos. También sostuvo Jordán Jiménez que ningún autor intelectual, y menos el gobierno, iba a confiar en un desequilibrado mental la ejecución material del magnicidio y, menos aún, con un revólver de tan deleznales condiciones

como el que sirvió de instrumento para cometer tan horrendo crimen. Algo más: si el gobierno hubiera tenido el propósito de liquidar a Gaitán, no lo iba a hacer precisamente estando reunida la IX Conferencia Panamericana, teniendo como testigos a todas las delegaciones del continente. Bien hubiera podido hacerlo en otra época y no en un lugar tan público y concurrido, donde Gaitán tenía su escolta natural y espontánea de lustrabotas, apostados con sus cajas de embolar frente a la salida de su oficina, los cuales darían captura al asesino, como efectivamente lo hicieron. No era un misterio para nadie, y menos para el gobierno, que Jorge Eliécer Gaitán acostumbraba reunirse casi todas las noches con sus amigos, en la cafetería denominada "Palace", de la carrera séptima con calle veinticinco, hasta la medianoche, y que luego acostumbraba llevar él mismo en su automóvil a sus amigos, hasta sus casas respectivas. Gaitán llegaba frecuentemente a su residencia, completamente solo, a la una y dos de la madrugada. Se bajaba del carro, abría el garaje, entraba el vehículo, volvía a cerrar el garaje, todo esto en un barrio tan solitario en aquella época, y más en aquellas altas horas de la noche. Fácil hubiera sido entonces perpetrar el crimen sin testigos, con la complicidad de la oscuridad y de la soledad misma.

2. La hipótesis comunista

Esta hipótesis también fue descartada por completo por el investigador Jordán Jiménez. Aunque era evidente el propósito del partido comunista de sabotear la IX Conferencia Panamericana, según consta en hojas volantes y en otros documentos aportados al juicio, no se logró establecer ningún vínculo de dicho partido con el autor material del magnicidio. Se dijo que las circunstancias del crimen, la hora y el sitio, habían sido escogidos adrede para desatar la inmediata reacción popular, que era lo que deseaba el partido comunista en sus planes de sabotear tan importante evento internacional. Producir un hecho de tal magnitud que impidiera continuar las sesiones de dicha

Conferencia. Se sabía de antemano que allí se iba a producir una condenación y una censura al partido comunista, dentro de esa "guerra fría" que ya se había entablado entre los dos grandes bloques que, desde la Segunda Guerra Mundial, vienen disputándose el predominio en todos los países del mundo. Había además otro estímulo: el propio Secretario de Estado de los Estados Unidos se encontraba en Bogotá, asistiendo a las deliberaciones de la Conferencia, en su calidad de jefe de la delegación de su país. De tal manera que el sabotaje a la Conferencia no dejaba de tener una inmensa importancia estratégica, máxime cuando todos los ojos del mundo estaban puestos sobre Bogotá, atentos a los resultados y conclusiones de la misma. También era una realidad que en Bogotá, se encontraba, en aquellos días, a la sombra de algunas delegaciones, un buen número de agitadores de extrema izquierda, entre ellos Fidel Castro y Rafael del Pino. No hay duda de que todas estas personas tuvieron alguna participación en los sucesos ocurridos aquel día y sería más que ingenuo negarlo. También se ha dicho que algunas tácticas, el uso de los cocteles Molotov, etc., ponen de presente la intervención comunista en los hechos sucedidos ese día. Pero estas circunstancias tampoco son prueba de que el comunismo fuera el autor intelectual del atroz magnicidio.

El hecho de que Juan Roa Sierra hubiera escogido ese sitio tan concurrido, como lo es la carrera séptima con Avenida Jiménez, para cometer el crimen y esa hora, también, la una de la tarde, lo explica Jordán Jiménez con la afirmación de que esta clase de magnicidas, que se consideran nacidos para realizar "grandes cosas", quieren ser vistos, quieren ser identificados, porque su deseo es aparecer como los salvadores de una situación, como los héroes del momento. Quieren, además, que la sociedad los identifique, los conozca, por lo cual generalmente no huyen sino que se entregan a las autoridades, como fue el caso de Roa Sierra.

Sin embargo, también podrían explicarse esas circunstancias anotadas como cierto "facilismo" muy elemental, ya que allí estaba ubicada la oficina de la víctima,

por aquella puerta tenía que salir, y justamente a las horas del mediodía, por la obvia razón de ser la hora de tomar el almuerzo.

El Gobierno Nacional aceptó la colaboración ofrecida por la mundialmente famosa Scotland Yard para investigar el asesinato de Gaitán. De todos es sabido que esta agencia está considerada como la más hábil organización de detectives que existe en todo el mundo. Efectivamente, a Bogotá llegaron los señores Peter Beveridge, director mundial de la Scotland; Sir Norman Smith, ex-Jefe de Policía en la India y reputado como uno de los más eficaces detectives internacionales; y Albert Transill, no menos célebre en estas delicadas labores. A nadie se le escapa que la visita de la misión de Scotland Yard tenía una finalidad puramente política: escudriñar si el comunismo internacional tenía acciones en la responsabilidad por el asesinato de Gaitán. Porque si éste hubiera sucedido en otras circunstancias, ajenas a la reunión de la IX Conferencia Panamericana, la Scotland Yard seguramente se hubiera cuidado de ofrecer sus servicios para el esclarecimiento del asesinato de un jefe político en cualquier país tropical. Y la Scotland Yard, que por cierto fue muy activa en el cumplimiento de sus propósitos, antes de abandonar el país envió una nota al investigador Jordán Jiménez, en la cual se muestra totalmente de acuerdo con las conclusiones de éste, sin reserva alguna, y reconoce que la investigación se adelantó con honestidad y pericia. Lo cual le da fuerza a la tesis de Jordán Jiménez sobre la ausencia de autores intelectuales, y pone a salvo tanto al gobierno de Ospina Pérez como al comunismo internacional (13).

3. La hipótesis de la oligarquía

También se dijo y se viene diciendo reiteradamente que fue la oligarquía — liberal y conservadora — la autora intelectual del magnicidio. Para esta hipótesis también

13. Ricardo Jordán Jiménez. "Dos viernes trágicos", págs. 175 a 221.

podría decirse que las oligarquías — que suelen ser inteligentes y poderosas — hubieran podido cometer el crimen en mejores condiciones, sin correr el menor riesgo, liquidando al Caudillo a altas horas de la noche y sin testigos. Unos disparos que se escuchan en la soledad de un barrio, en la noche densa. Un hombre que corre, como una sombra furtiva que pronto desaparece. Y luego, al día siguiente, la noticia. Sin el calor, sin la emoción de algo que se ha hecho a la vista de todos y a plena luz del sol.

Y sobre todo, esas poderosas e inteligentes agencias financieras, capaces de urdir toda clase de maquinaciones contra los intereses del país, no iban a ser tan torpes de confiar una labor tan delicada y de tanta trascendencia y peligro a un pobre desequilibrado mental que tiene que prestar unos pocos pesos para comprar un arma y unos proyectiles, dejando la huella de su acción por dondequiera que va pasando.

Liquidar a Gaitán, al entrar o salir de su casa, hubiera sido fácil. El Caudillo no disponía de guardaespaldas y, siempre que se le habló de esto, sus palabras fueron de airado rechazo: "Yo no necesito guardaespaldas. A mí me protege el pueblo". Y esto era absolutamente cierto en el sentido de que quien se atreviera a atentarse contra su vida tendría que enfrentarse a ese pueblo y correr el riesgo de ser linchado o frustrado en su intención. Siempre y cuando que el atentado se hiciera en presencia del pueblo.

4. La tesis de Jordán Jiménez

Para este jurista que abocó la investigación, tan duchos en materias penales, como que era Magistrado de la Corte Suprema de Justicia en el momento en que fue nombrado para adelantar el proceso por el asesinato de Gaitán, el autor material de este crimen, es decir, Juan Roa Sierra, obró por su propia cuenta y riesgo, sin que hubiera existido una autoría intelectual. Se trata, según él, de un esquizofrénico paranoide, de un desequilibrado mental, que pudo obrar por resentimiento contra su víctima por las razones ya anotadas, y quizás también por considerar-

se nacido para hacer esas "grandes cosas" que siempre se constituyen en móviles determinantes para esta clase de delincuentes que son los magnicidas.

Efectivamente, el magnicida o regicida siempre actúa solo, no quiere hacer participe de su acción a nadie, no quiere compartir con nadie ese privilegio, por eso siempre es reservado. Busca para ejecutar su acción lugares públicos, porque quiere ser identificado. También por esto, el magnicida no huye. Circunstancias que se dieron en el caso de Roa Sierra.

Todo el planteamiento de Jordán Jiménez, expresado en el expediente y reiterado en su libro citado, se basa en dos puntos centrales: a) la ausencia de pruebas en contra de alguien que pueda ser considerado como "autor intelectual", pues ni siquiera hubo base para llamar a indagatoria a nadie y menos para dictar auto de detención contra alguna persona, y b) el estudio sobre la personalidad del delincuente Roa Sierra. Toda su argumentación está basada en los testimonios aportados al juicio y en el resto del acervo probatorio. El estudio hecho por el doctor Guillermo Uribe Cualla, Director de la Oficina de Medicina Legal, sobre la personalidad de Roa Sierra, respalda los puntos de vista sostenidos por Jordán Jiménez.

5. La hipótesis del azuzador

Leyendo cuidadosamente las tesis del investigador, nos asaltó una duda. Por más que Roa Sierra haya sido un desequilibrado mental, como aparece demostrado en autos, ¿no pudo ser instigado por algún fanático irresponsable o por algún resentido personal? Veníamos rumiando esa posibilidad, cuando hojeando el arrume de periódicos que hemos venido consultando, tropezamos de repente con una clave importante para sostener esta hipótesis. Un distinguido periodista que vivió muy de cerca los acontecimientos ya se la había formulado con algún fundamento probatorio. Se trata de Felipe González Toledo, testigo y actor de muchos episodios del 9 de abril, entre ellos la identificación del cadáver de Roa Sierra, como lo narra-

mos en otra parte de este capítulo. Fue, en cierta forma, una especie de investigador privado y sin su ayuda muchos hechos se hubieran perdido para la historia.

En relación con esta tesis del posible azuzador, dijo González Toledo, en una de sus crónicas, lo siguiente: "Un distinguido profesional, que todavía está en ejercicio de sus actividades, a raíz del 9 de abril nos informó: bajo su dependencia tenía a uno de los hermanos Rincón, quien le confió haber sido uno de los vendedores del revólver que empleó Roa Sierra. El referido negocio se conversó en la tienda de Isabel de González, en el terminal de los buses del barrio Santander, ante varias personas, entre ellas "la Negra" Carmen Elena Franco, y era mejor presentarse a la autoridad, antes de que a él y a su hermano los llamaran. Rincón le pidió permiso a su superior para reportarse ante el investigador del crimen, y hasta ahí muy bien... Pero ocurrió que este sujeto era esperado por Climaco Rodríguez, diputado conservador de la provincia del Guavio, reconocidamente sectario. Climaco Rodríguez, evidentemente, acompañó a los hermanos Rincón hasta "El Tiempo", donde primero se hicieron presentes y luego, a prudente distancia, hasta el despacho del investigador. Con su presentación voluntaria "se curaron en salud", porque había muchos testigos del negocio del revólver. Pero, ¿por qué el empeño de Climaco Rodríguez de acompañarlos a distancia a tales diligencias?... Al respetable informador le llamó la atención la presencia cautelosa de Climaco Rodríguez, y de esa rara circunstancia le dimos traslado al investigador. Pero nunca supimos qué desenvolvimiento investigativo tuvo este aporte. Parece que fue subestimado. Este detalle desconocido nos induce a pensar que en el desequilibrado sujeto Juan Roa Sierra, desatendido expresamente y, es posible, bruscamente, por el doctor Gaitán, cuando él lo buscó como su única esperanza de "superación", germinó un rencor que lo llevó al extremo de insinuar la intención de eliminarlo. Y que esta intención fue estimulada por los hermanos Rincón y por Lozano, vendedores los unos del revólver y el otro de la dotación de cartuchos. Y que los hermanos Rincón, a su

turno, fueron estimulados por Clímaco Rodríguez, sujeto evidentemente sectario, porque con posterioridad a estos hechos, sin que se haya tenido en cuenta el antecedente que hoy revelamos, cuando quiera que se ha programado un acto popular de intención democrática, siempre ha sido uno de los "retenidos" por el temor de sus capacidades de sabotaje... Es evidente que Clímaco Rodríguez tenía relación con los hermanos Rincón, vendedores del revólver que empleó Roa Sierra. ¿Es esta una autoría intelectual? No; es un estímulo, una mañosa instigación tendiente a aprovechar la obsesión de un loco. Si al loco le iba mal en su empresa, a nadie podía comprometer. Ninguna consecuencia penal podía tener aquello... ¿Fue esta la autoría intelectual de un crimen político a nivel de diputado a la Asamblea? No; fue un estímulo, una mañosa instigación. Había un sujeto desequilibrado que deseaba matar al doctor Gaitán y era fácil estimularlo. Eso fue todo. Y aquí, a nuestra manera de ver, radica la explicación del crimen. Otra cosa fue que la investigación no espigó en estos terrenos y permitió que tomaran cuerpo tantas versiones absurdas sin asidero lógico. En estos últimos apartes se resumen nuestros puntos de vista, nacidos en la realidad de los hechos. Porque a esta hora no tenemos por qué andar preguntándole a la gente qué fue el 9 de abril ni cómo y por qué asesinaron al doctor Gaitán" (14).

Sea o no el diputado Rodríguez quien impulsó, directa o indirectamente, a los hermanos Rincón o al propio Roa Sierra, queda en pie la hipótesis de que pudo ser un azuzador, uno de esos fanáticos irresponsables que tanto abundan en la política menuda, incapaces de medir las consecuencias de lo que pretenden hacer directamente o por interpuestas personas, de que se valen para obtener sus propósitos. En personas como Juan Roa Sierra, desequilibradas, resentidas, y que, además, se consideran nacidas para "hacer grandes cosas" y pasar a la historia,

14. Felipe González Toledo. "Una nueva versión sobre el asesinato", artículo publicado por la época del asesinato de Gaitán. Reproducido en *Lecturas Dominicales* de "El Tiempo", el 8 de abril de 1973, pág. 9.

suele ser fácil la labor del instigador. Son terreno abonado para que sobre ellas caigan las palabras de odio y los consejos protervos, llamados a producir frutos de maldad y de violencia. Armar el brazo de estas personas que ya están predispuestas suele ser bien fácil. La historia está llena de magnicidios en los que se han empleado los servicios de esta clase de enajenados mentales. Nos basta recordar a Carlota Corday hundiendo su puñal sobre el cuerpo desnudo de Marat, cuando éste tomaba el baño medicinal para curar sus úlceras. Las motivaciones y estímulos que se dan a estas pobres gentes suelen ser casi siempre los mismos: "Claro, hágalo usted que ese hombre no se merece otra cosa. Le está causando graves males al país. Si usted lo hace, salvará a la patria y pasará a la historia. Mañana usted será célebre con haber hecho eso. El pueblo sabrá agradecer su grande acción". Esta es la mejor remuneración que se le puede ofrecer a un magnicida. El título que ellos siempre aspiran a alcanzar con su acción: Salvadores de la Patria, Benefactores de la Humanidad.

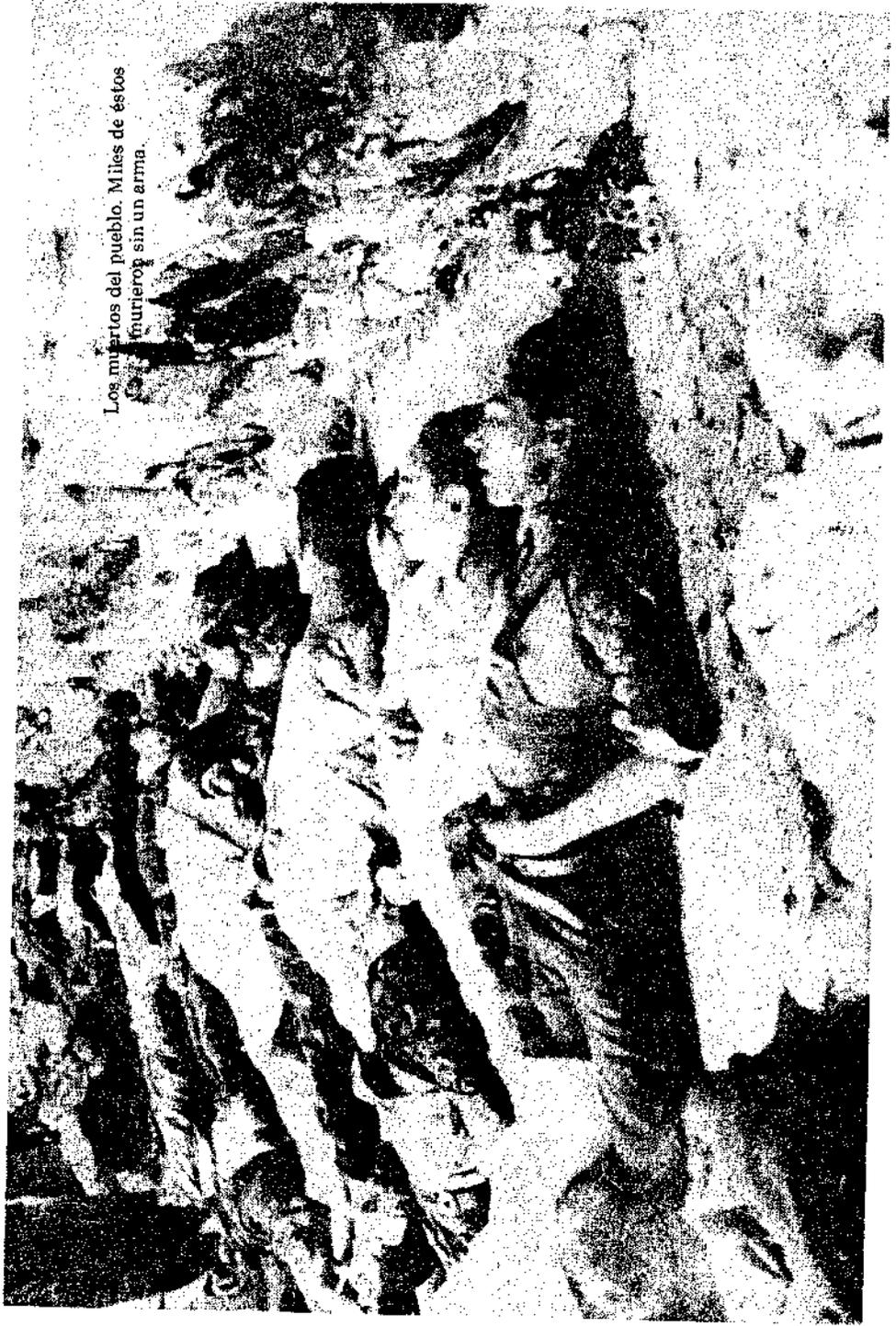
No está demostrado que el mencionado diputado Rodríguez haya sido el instigador. La oportunidad probatoria ya la cerró la historia. La hipótesis quedó en el vacío, entre aquellos dédalos oscuros adonde no puede penetrar jamás el hombre. Nos hemos limitado a reproducir los párrafos escritos por el periodista Felipe González Toledo para demostrar con ello que, desde aquella época, surgió la tesis del azuzador, reforzada con algunos indicios y sospechas. Pero pudo ser cualquiera otra persona que, movida por el fanatismo político, y en forma irresponsable y temeraria, contribuyó a armar con sus palabras la voluntad y el brazo de un alienado que, a la postre, fue utilizado por quien jamás pudo calcular el cataclismo político que desató con esa acción. Tan grande, como para cambiar los rumbos de la historia colombiana.

¿Quién pudo ser ese azuzador? ¿Un fanático conservador? ¿Un exaltado comunista? ¿Algún burgués atemorizado? ¿Algún resentido con Gaitán, por razones de su papel de penalista o de dirigente político? Cualquiera que hubiera sido, actuó en la sombra. Y en la sombra de la im-

punidad quedará para siempre su nombre. En la historia hay fuerzas imponderables que mantienen en las profundidades del misterio ciertos hechos, aparentemente pequeños, pero que pueden cambiar el curso del devenir social, como la piedra que rueda para obstruir el paso de las aguas que, al verse represadas, se desbordan, rompen diques y arrasan violentamente todo lo que encuentran a su paso.

Pero, por lo general, nunca sabemos quién echó a rodar aquella pequeña y oscura piedra que, impulsada por fuerzas misteriosas, fue a caer en la mitad del camino de la historia para demostrar con su presencia perturbadora que, por encima del destino de los hombres y de los pueblos, hay algo imponderable que decide a su capricho el curso de sus vidas y las claves del devenir.

Los muertos del pueblo. Miles de éstos
murieron sin un arma.





Ruinas en la ciudad

LA REVUELTA

Para muchos, lo que sucedió el 9 de abril de 1948 fue simple y llanamente una orgía de odio, de sangre, de licor, de saqueo y de pillaje sin límites. No quisieran acordarse de esa fecha nefanda que debe señalarse con el estigma del rechazo y la vergüenza. El "populacho" embriagado y ávido de venganza salió a las calles con cuchillos, machetes, garrotes, picas y fusiles a asesinar y a robar, a incendiar y destruir todo lo que encontró a su paso. ¡Qué fácil y peligrosa manera de contar y de interpretar la historia!

En verdad, aparte de este tipo de consejas, se han escrito muchos libros, folletos y artículos sobre la luctuosa fecha en que fue asesinado ese gran líder que se llamó Jorge Eliécer Gaitán. Desafortunadamente la gran mayoría se ha quedado en la narración de la anécdota o en la búsqueda sectaria de los responsables del magnicidio o, mejor, en la búsqueda de hechos y argumentos que sirvan para acusar a un partido, a un grupo o a un personaje de la vida política nacional. Se parte de una tesis que hay que demostrar a toda costa, así haya que meter los hechos históricos dentro de una camisa de fuerza para darles la forma que queramos.

Pero sucede que el 9 de abril no es propiamente eso. Ni el pillaje, el incendio, el robo, la orgía de licor, que algunos nos pintan con claroscuros de livido pavor; ni el

asesinato friamente calculado de un líder popular para producir la catástrofe social, o para eliminar el obstáculo que impedía la consolidación de una hegemonía o de un sistema de injusticias. Fue, en realidad, algo más complejo. Algo con una serie de antecedentes económicos y sociales que llegan a configurar un telón de fondo, una coyuntura histórica determinada. Y es, además, la concurrencia de otros factores de tipo histórico y psicológico; una serie de motivaciones que generan actitudes capaces de traducirse en hechos y en consecuencias futuras. Pero ante todo, es una gran lección de la historia que no ha sido abordada seriamente para su estudio crítico. ¿Dónde está el asesino? ¿Fue Roa Sierra el que lo mató o fue otro? ¿Quién armó el brazo del magnicida? He ahí las preguntas que nos seguimos haciendo, como si fuéramos los jueces de una causa penal no concluida. Obviamente, estas preguntas tienen alguna relativa importancia, pero para la historia es más importante desentrañar las causas sociales y económicas, establecer la dinámica del fenómeno, observar sus modalidades y perfilar las consecuencias y las proyecciones del acontecimiento en el desarrollo futuro de la sociedad.

Ciertamente, el 9 de abril se movieron varias fuerzas sociales, varios grupos humanos, coherentes o incoherentes, y se pusieron de presente varias actitudes humanas que determinaron concretamente hechos específicos. Quiero expresar que no toda la gente que participó en los acontecimientos estuvo movida por los mismos intereses ni motivada por los mismos sentimientos. Ni todos, tampoco, tenían los mismos propósitos y objetivos. Cobijarlos a todos por igual dentro de la turba embriagada de saqueadores y asesinos no deja de ser abusivo y peligroso. Veamos, pues, algunas de esas fuerzas y grupos humanos que se movieron dentro de la dinámica general del 9 de abril.

I. Los energúmenos

Al sonar los cuatro disparos con los que se inicia el gran drama, las gentes salen alarmadas de las cafeterías

para indagar qué es lo que ha pasado. “¡Mataron a uno! ¡Mataron a uno!”. Es lo que se escucha en el Café “Gato Negro”, a cuyo lado había caído desfalleciente el cuerpo de Jorge Eliécer Gaitán. Y luego viene la sorpresa, cuando ese remolino de gentes, en torno al hombre caído, constata que se trata del gran Caudillo del pueblo. Es el estupor y luego vendrá la ira. ¿Dónde está el asesino? El asesino está allí, acobardado, entregándose y entregando el arma al agente de la policía y pidiéndole protección. Llevado a la “Droguería Granada”, la multitud que se ha formado en contados minutos, se lanza enfurecida sobre la reja metálica, dispuesta a destrozarla para sacar de allí al delincuente y darle su castigo. El empleado del establecimiento, atemorizado, resuelve abrir la malla y la multitud se lanza contra el asesino dispuesta al linchamiento. Las pocas voces de cordura que trataron de impedirlo fueron ahogadas por los gritos coléricos y amenazantes. Cada quien quiere participar en la destrucción del hombre que mató al ídolo de las multitudes: golpes con cajas de embotar, puñetazos, puntapiés, navajazos, varillazos, taconazos, y el hombre empieza a ser arrastrado con furia por la calle. ¿A dónde ir? Parece que todos están de acuerdo. Los gritos son unánimes. ¡A Palacio! ¡A Palacio! Sí; a Palacio. Allí están los autores intelectuales. Ellos así lo creen y así lo gritan con odio desbordado. Y se dirigen con el cadáver del asesino en rastras. Quieren dejarlo en la propia puerta de la Casa que representa el Poder, a manera de acusación, de protesta y, en cierta forma, de reto.

Esos hombres que arrastraban el cadáver de Roa Sierra no tenían otra arma que su propia ira. No tuvieron tiempo de armarse y quizás tampoco pensaron en ello. Les bastaba lo que ellos consideraron su arma terrible: el cadáver del asesino. Gritaban desaforadamente, en actitud histérica, en terribles paroxismos, con los ojos desorbitados, los puños en alto, y sus contracciones en el rostro ponían de presente esas transformaciones somáticas, esas transfiguraciones producidas por momentáneos trastornos psíquicos. Más que hombres, eran fieras. ¿Para qué armas? Les bastaba la ira, que salía al exterior como una

fuerza que se detectaba en el ademán de los puños en alto y en los golpes terribles que iban propinando a la presa que llevaban en rastras, en los gritos y en las imprecaciones apocalípticas.

Quizás no pensaron que aquello podía desencadenar una revuelta. Quizás no pensaron en el derrocamiento del régimen. No era mucha, todavía, la gente que seguía la procesión macabra del cuerpo, al que iban despojando a zarpazos de todas sus ropas, hasta dejarlo desnudo. Uno de los energúmenos se arranca su propia corbata y la anuda en el cuello de ese hombre, para poder arrastrarlo mejor, tirando así de dos corbatas, como si fueran dos correajes tirados por extrañas bestias. No pasan de cincuenta las personas que inician el macabro desfile.

En esos instantes Gaitán no ha muerto todavía. Está gravemente herido, pero todos conservábamos la llama de la esperanza. Quizás podía salvarse, merced a una buena intervención quirúrgica. Las radiodifusoras no han empezado a predicar la revolución. Apenas están transmitiendo las primeras noticias: "¡Atención! ¡Atención! El doctor Jorge Eliécer Gaitán acaba de ser víctima de un atentado, al salir de su oficina. Un fanático le ha disparado cuatro tiros de revólver. El Caudillo del Pueblo ha sido trasladado a la Clínica Central, donde se hacen desesperados esfuerzos por salvarle la vida. Seguiremos informando". Es la voz de Rómulo Guzmán, el conocido locutor y jefe gaitanista, director del radioperiódico "Últimas Noticias" que funciona a una cuadra del sitio donde Gaitán ha caído y que empieza su emisión diaria justamente a la una de la tarde.

Al llegar a Palacio, los energúmenos dejan frente a la puerta principal el cadáver de Roa Sierra. En esos instantes llega, también, el automóvil del Presidente de la República. El chofer se ha dado cuenta de la gravedad del peligro y entra veloz al patio. El presidente y su esposa llegan de la Feria Internacional Agropecuaria, la cual ha sido inaugurada por él en un sitio distante del Bogotá de aquel entonces, más o menos donde hoy queda el Parque de la Florida. Al llegar a Palacio se entera del atentado

contra Gaitán. El Palacio está desguarnecido. No hay tropa suficiente para repeler cualquier ataque serio. Pero habrá que hacerle frente a la situación.

Los soldados inmediatamente se apresuran a cerrar la puerta por donde ha entrado el automóvil presidencial. Los energúmenos que han linchado a Roa Sierra, al ver que el presidente acaba de entrar en Palacio, se lanzan sobre la puerta y empiezan a forzarla. Con una viga, obtenida en una construcción cercana, hacen palanca. Las cerraduras de la puerta empiezan a ceder... Unos minutos más de esfuerzo y la puerta puede abrirse de par en par. Un policía gaitanista ha hecho un disparo contra los ventanales de Palacio, desde la acera del frente. Es el primer disparo de la revolución.

El primer combate es a empujones. Afuera, la turba enardecida pugna por abrir la puerta. Adentro, los soldados pugnan por sostenerla. La mano de un hombre ha quedado aprisionada por debajo de la puerta, agarrada a la viga con la que se hace palanca. Un soldado, desde adentro, la clava a ésta con la bayoneta. En ese instante hace acto de presencia un batallón al mando del teniente Silvio Carvajal y empieza a despejar la calle, frente a Palacio. Los energúmenos desisten en su empeño de forzar la puerta y empiezan a replegarse, impelidos por la tropa. Esta sigue avanzando por la carrera séptima hasta la Plaza de Bolívar. Allí ya ha llegado la segunda avanzada de gentes que, al escuchar la noticia, se han lanzado al sitio de los acontecimientos y han iniciado su marcha hacia Palacio, como en una especie de manifestación de protesta. El oficial al mando de la tropa ordena al pueblo despejar aquel sitio. Muchos le dicen que no haga eso: que no se exponga a la ira popular. Que no tardará la policía y gran parte del ejército en venir a ponerse de parte del pueblo y derrocar al presidente. De un momento a otro, la escasa tropa se ve rodeada de gentes vociferantes. El oficial, al verse cercado, ordena hábilmente: "¡Atrás, carrera mar... Tenderse!". La tropa ya está tendida, a mitad de la cuadra, frente al Colegio de San Bartolomé. Se escucha un disparo, no se sabe de dónde. La multitud de energú-

menos empieza a avanzar sobre la tropa, con los puños en alto. No tiene miedo. Está dominada por la ira. El oficial, al ver que la multitud avanza resuelta, da un "alto". Pero la multitud no oye y sigue avanzando. La tropa dispara, entonces, sus fusiles "máuser" de repetición (1). Y empiezan a caer sobre el pavimento los cuerpos destrozados de hombres y mujeres. Desde hace rato está cayendo en la ciudad una lluvia menuda pero tenaz. Y sobre la calle los cuerpos de esos primeros héroes anónimos que cayeron sin un arma en la mano, empujados por la ira y el dolor, empezarán a mezclar su sangre con el agua.

La multitud se repliega. La calle ha quedado despejada. Sobre el pavimento más de treinta cadáveres de hombres, mujeres y niños. Pero esos hombres y mujeres que *acaban de abandonar el sitio, no tardarán en regresar*, armados con fusiles, machetes, garrotes y cuchillos, a librar una batalla inútil y desigual, con un valor rayano en el delirio.

2. Los combatientes

Esa primera mortandad causada por la tropa ha dejado en el ánimo de todos cierta amarga sensación. Casi todas esas gentes estaban indefensas. No tenían más arma que sus puños y sus gritos. Pero el valor temerario las había hecho avanzar, contra la voz de "alto" lanzada por el oficial que comandaba la tropa. Fue terrible ver caer a esta gente inerme, apenas con el grito de dolor en la garganta, con las manos vacías, como podemos verlas todavía en las fotos de la gran tragedia. Ese es el mejor testimonio. Algunas de esas gentes que cayeron eran niños. Gamines —quizás— que se sumaron a la protesta inerme del pueblo enfurecido por la muerte de su líder.

Pero, inmediatamente, los sobrevivientes doblan por la calle once y luego van derecho a la Estación de Policía que queda en la esquina de la calle doce con carrera tercera. Alguien ha dicho que la policía amotinada está repar-

1. Arturo Abella. *Así fue el nueve de abril*, pág. 29.

tiendo armas. Efectivamente, allí reciben fusiles, revólveres y machetes. Los policías se han puesto escarapelas y cintas rojas en sus gorras. Nadie ha tratado de huir. Es impresionante ver esos gestos de valor. Todos quieren regresar a combatir, ahora sí, con las armas en la mano. La terrible escena de sus compañeros caídos, la presencia de la sangre, el tronar de los fusiles, los ha enardecido. Es verdaderamente asombroso ver cómo en determinados momentos el valor hace acto de presencia, por encima de la adversidad, por encima del dolor, y ver también cómo se hace temerario, cómo se convierte en fuerza ciega, borrando por completo el instinto de conservación. Y vuelven al mismo sitio, a hacerle frente a la tropa. Casi todos llevan machetes. ¿Para qué pueden servir esas láminas de acero ante la fuerza de los fusiles que dispara la tropa? Hay muy pocos fusiles en manos de los hombres del pueblo. La lucha, pues, es tremendamente desigual. Y siguen cayendo y cayendo por momentos esos hombres y mujeres que se enfrentan a los soldados, en tan desiguales condiciones, para vengar la muerte de su caudillo. Los cadáveres empiezan a llenar la calle. Y las ráfagas de los fusiles y de las ametralladoras oficiales siguen haciendo impacto en esos anónimos héroes del pueblo. ¿Cuántos cayeron allí? Nadie lo sabe a ciencia cierta. Eran muchos. El propio presidente Ospina dijo más tarde: "En realidad ese fue el sitio de mayor encono en los combates del 9 de abril y según se me informó entonces en ese solo sitio se recogieron más de cien cadáveres" (2).

La noticia sobre la muerte de Gaitán ya se ha difundido por todas las emisoras, que están en manos del pueblo amotinado, y que están azuzando a la revuelta en los términos más apasionados, violentos y agresivos. Casi que pudiéramos decir que el 9 de abril fue la violencia verbal enfrentada a la violencia de los fusiles. Gaitán ha expirado

2. Mariano Ospina Pérez. "Relato hecho por Mariano Ospina Pérez sobre el 9 de abril", publicado profusamente en la prensa de la época. Párrafo tomado de la transcripción que hace Abelardo Forero Benavides en su obra *Grandes fechas*, pág. 178.

en la Clínica Central (calle 12 entre carreras 4 y 5), a las dos menos cinco de la tarde. Su muerte es un estímulo para la lucha. En las inmediaciones de Palacio, tanto por la carrera séptima como por la octava, se sigue combatiendo desigualmente. Es una carnicería tenebrosa. Los muertos del pueblo se calculan en toda la ciudad en más de tres mil... los muertos del ejército no llegan a veinte.

Pero al lado de esta gente que se hace matar absurdamente, muchos de ellos blandiendo apenas un machete o un garrote, en el aire, a la distancia, a la manera de un ingenuo desafío, como si estuvieran jugando a las escaramusas con la muerte, hay otro grupo de combatientes. Esos sí, efectivos. Han trepado a las torres de las iglesias y de los edificios aledaños al Palacio. Están también en los zarzos y en las azoteas y no dejan de disparar contra su codiciado enemigo. Sus balas penetran peligrosamente a las propias oficinas del Palacio Presidencial. Hacen bajas en las tropas que luchan contra el pueblo en aquella hora aciaga. Estos francotiradores resisten tenazmente, se hacen matar, no se rinden. Tienen que ser desalojados de sus guaridas y parapetos a golpes de cañón, como los de la torre de la iglesia de Santa Bárbara, a escasas cuerdas del Palacio. Durarán combatiendo diez días más, en medio del hambre, la sed, las necesidades más elementales, la escasez de munición, hasta ser aniquilados definitivamente por la tropa. Murieron creyendo que hacían una revolución para imponer las tesis de su jefe sacrificado. Al igual que los hombres y mujeres humildes que le pusieron el pecho a la metralla, con un valor temerario, arrogante e inútil. Ellos luchaban por un ideal. Mientras otros se dedicaban al saqueo, al robo, al pillaje, a la embriaguez.

3. Los saqueadores

Todas las emisoras de Bogotá han caído en poder de la revuelta. Desde ellas se incita al pueblo a la "revolución". Las arengas son vehementes y encendidas. Las instrucciones que se dan al pueblo son en el sentido de que asalten las ferreterías y saquen de allí las escopetas, las

municiones, los machetes, los cuchillos. Allí están las armas, dicen los locutores enceguecidos por el aire de pasión que sacude a la ciudad. Y gran parte de ese pueblo sigue las consignas de los locutores. Pero al saqueo de las ferreterías seguirá el saqueo de los almacenes, de las tiendas de víveres y rancho, de las joyerías y las peleterías. Los almacenes de licores también han sido abiertos con los machetes, las hachas y las picas que han salido de las ferreterías. Y de esos almacenes saldrán a su vez las botellas del licor con las que algún sector de ese pueblo se embriagará para estimular, en unos, la lucha, y en otros, la rapiña. Y la ciudad empieza a vivir una orgía tremenda de caos, de anarquía, de locura colectiva. De las estaciones de gasolina saldrán los tarrados del combustible con los que se incendiará todo el centro de la ciudad. Los principales edificios empiezan a arder, a elevar sus llamas gigantescas al cielo ensombrecido por los nubarrones de invierno. De las cárceles se han fugado, quizás con la complicidad de los guardianes, los más temibles criminales. Su primer objetivo es quemar los expedientes que cursan contra ellos, y entonces el Palacio de Justicia también empieza a arder. Al igual que el Ministerio de Gobierno, la Cancillería, la Nunciatura Apostólica, el Hospicio, el Ministerio de Educación, la Gobernación de Cundinamarca, el Colegio de la Salle, el Hotel Regina, el periódico "El Siglo", varios conventos y colegios, y cantidades de almacenes, joyerías, peleterías, droguerías, ferreterías, hoteles y casas de familia. El sector de San Victorino y buena parte de la carrera séptima están en llamas. Todo el centro de la ciudad es una hoguera, un trepidar de maderas y techos que se desploman, un derruirse permanente de paredes humeantes, entre estruendos y ayes lastimeros. La misma Clínica Central, donde aún yace el cadáver livido del Caudillo del Pueblo, presenta los primeros síntomas de incendio... Arden los edificios del lado y del frente (Ministerio de Gobierno) y el humo empieza a invadir los pasillos y los patios. Las paredes empiezan a recalentarse peligrosamente. Los patios de la clínica están llenos de cadáveres y de heridos que gimen y maldicen. Hasta que

llega la noche. No hay luz eléctrica en el sector porque los cables de la luz y las instalaciones han sido consumidos por el fuego. Pero no hace falta porque los altos resplandores de los incendios iluminan toda la ciudad y permiten ver, todavía, las sombras de los saqueadores con sus grandes paquetes y bultos a la espalda, de los borrachos que peroran en un lenguaje desarticulado, de los que aún lloran la muerte de su Caudillo, de los que hacen sonar sus machetes rampantes en las paredes de los edificios, y de los que aún disparan desde los techos, las torres y las azoteas.

Pero la revolución ya está vencida. La venció la desorganización, el caos, la anarquía. Ese desconcertante valor del pueblo no pudo ser canalizado. Faltaba un caudillo. Había muerto y yacía con los ojos puestos en la eternidad. Allí, donde todo esto estaba pasando, su cadáver era también un testigo mudo. La revolución se había emborrachado. Los locutores y los oradores y los intelectuales la habían impulsado al saqueo. Pero no hubo una mano firme conductora y valiente que señalara metas y caminos. Una mano que el pueblo pudiera ver entre todo ese turbión de pasiones desatadas, de gritos de venganza, de actos de violencia. Porque todo fue sorpresivo. Y porque el partido de Gaitán tampoco tenía una organización adecuada. Era una polvareda de hombres. Como han sido nuestros partidos tradicionales. Y esa polvareda de hombres sufrió de repente el viento de la anarquía que la dispersó como a las hojas secas de otoño. No hubo organización. No hubo líderes. Apenas hubo valor desconcertante. Actos de tremendo heroísmo. Actos temerarios que llevaron al sacrificio inútil. Y el pueblo, al sentir, al presenciar su derrota, sembrada en las calles en forma de cadáveres, como semillas de maldición, terminó por perder su moral y por lanzarse por los atajos de la embriaguez, para danzar, en medio de los resplandores siniestros, la danza de sus propias frustraciones.

Se ha dicho muchas veces que el saqueo a los almacenes, joyerías, peleterías, tiendas de comestibles, fue un acto de revancha del pueblo contra los especuladores y las

oligarquías. Que en esa época de la IX Conferencia Panamericana, ante un pueblo hambreado, la ciudad presentaba un ambiente de fiesta y de boato, en el que las vitrinas exhibían ostentadamente las más bellas y codiciadas joyas, para las esposas de los delegados a esa Conferencia, los trajes más elegantes y las pieles más vistosas, las más exquisitas y apetitosas viandas y los más succulentos manjares, ante la vista absorta de un pueblo hambreado y miserable. Todo ello pudo ser cierto. El pueblo explotado, hambreado y vilipendiado sintió, seguramente, que era el día de su vindicta.

4. La junta revolucionaria

Es verdad que se constituyó, en medio de ese caos, de ese remolino de pasiones desenfrenadas, una Junta Revolucionaria, integrada por distinguidos intelectuales y profesores universitarios de extrema izquierda. Estuvo presidida por el abogado gaitanista Adán Arriaga Andrade, quien había sido Ministro de Trabajo del presidente López, e integrada por Gerardo Molina, rector en ese entonces de la Universidad Nacional; por el poeta y escritor Jorge Zalamea; por el periodista y locutor Rómulo Guzmán; por Carlos Restrepo Piedrahita y por otros. Se pusieron al frente de los policías sublevados en la Quinta División y contaron también con la adhesión personal de gran número de estudiantes universitarios y líderes obreros. Dictaron algunos "decretos", entre ellos uno condenatorio de los saqueos. Sus dirigentes, como puede verse, eran hombres con buena formación política. Allí estaban, seguramente, los ideólogos de la revolución. En posesión del arsenal de la Quinta División de Policía, estuvieron disparando aquel día, desde el Circo de Toros de Santa María, donde lograron concentrarse, contra los cuarteles del Ministerio de Guerra, ubicados a pocas cuadras de allí, es decir, en las inmediaciones de San Diego.

Al preguntárseles a los miembros de esta Junta Revolucionaria por qué no marcharon hacia Palacio, con la policía sublevada y los civiles que fueron armados, siem-

pre han respondido que pensaban hacerlo en las horas de la noche, pero que no les fue posible porque supieron que los jefes liberales, encabezados por Echandía y Lleras Restrepo, habían ido a Palacio a exigirle la renuncia al presidente Ospina Pérez. Que una acción armada contra la casa de los presidentes, a esas horas, hubiera puesto en peligro la vida de dichos jefes políticos. Pero que estuvieron en permanente contacto con ellos, listos a marchar a ese sitio, en caso necesario. Sostienen que Echandía y sus acompañantes frenaron permanentemente sus propósitos de marchar sobre la casa de los presidentes de Colombia y que cada vez que ellos manifestaron ese propósito, por teléfono, se apresuraban a decirles: "Espérense que estamos parlamentando". Hasta que, por radio, supieron que Echandía y sus acompañantes habían resuelto apoyar al régimen de Ospina Pérez, aceptando la mitad de los ministerios del nuevo gabinete que se constituyó a raíz de estos dolorosos acontecimientos.

La Junta Revolucionaria no aceptó, obviamente, la colaboración pactada por Echandía con el presidente Ospina. Estuvo en pie de guerra, apertrechada en el Circo de Toros de Santamaría, durante varios días. Hasta que el propio Echandía, tuvo que persuadirlos y convencerlos. La situación de resistencia de esta Junta fue, en verdad, dramática. Porque el presidente y los ministros conservadores estaban empeñados en que si no se rendían en forma inmediata había que bombardearlos. Y en verdad que los bombarderos de la FAC alcanzaron a calentar motores. De otra parte, el Circo de Toros fue rodeado de tanques que estuvieron listos, también, a abrir fuego contra el último refugio de los amotinados.

Trabajo costó que los obreros y líderes populares del gaitanismo, concentrados allí, aceptaran el nuevo gobierno de Unión Nacional. A regañadientes y con el desengaño agazapado en sus corazones, aceptaron deponer las armas.

Pasada la revuelta, todos estos dirigentes fueron juzgados en consejos de guerra y algunos de ellos condenados a prisión. La policía insurgente fue destituida y mu-

chos de ellos, los que no murieron combatiendo como francotiradores, fueron condenados también a purgar varios años en las cárceles del país.

Los tanques de la revolución

A las cuatro de la tarde la ciudad presentaba el espectáculo más desolador. La ciudad seguía ardiendo. Los saqueos estaban en todo su furor. Los alrededores de Palacio estaban completamente controlados por las tropas que habían combatido con éxito contra el pueblo valeroso pero desorganizado. Apenas los francotiradores apostados en las torres, azoteas y zarzos aledaños al Palacio no descansaban en su constante tiroteo. Las vidrieras de esta Casa de Gobierno habían caído al suelo hechas pedazos. Y sobre toda la carrera séptima, desde la calle séptima hasta la décima, los cadáveres de la refriega, tronchados sobre el pavimento húmedo, entre charcas de sangre, bajo la llovizna que no había cesado de caer.

Pero, de repente, las emisoras, en poder todavía de los amotinados, dan la noticia de que tres tanques de guerra se dirigen hacia el Palacio con el fin de tomárselo y ratifican la noticia de que el ejército ha terciado definitivamente hacia el lado de la revolución.

Efectivamente, los tres tanques vienen, lentamente, uno tras de otro, por toda la carrera séptima, desde San Diego, donde funciona el Ministerio de Guerra. A su paso son vitoreados por la multitud que los ve pasar con el entusiasmo de la victoria. Los gritos de júbilo se escuchan por todas partes. La gente se abraza en las calles, inundada de la alegría desbordante que comunica la seguridad en el triunfo. No cabe duda de que se dirigen a Palacio y, menos, de que están con la revolución. Sobre ellos se han subido varios jóvenes con fusiles, machetes y banderas rojas. Un policía rebelde va también en uno de los tanques, con su flamante escarapela escarlata alrededor de su gorra. La multitud los ve pasar lentamente, en medio de los aplausos y los vivas al ejército.

En Palacio escuchan por radio la noticia de que esos tres tanques — los únicos de que disponía el ejército en Bogotá— están avanzando dispuestos a tomárselo. Las llamadas telefónicas que se hacen a Palacio en ese sentido son varias. Uno de los generales que acompañan al presidente dice que, si eso es cierto, la situación está perdida para el gobierno. La resistencia de los pocos soldados, ante el embate de los tanques, sería inútil. Le dice al presidente que en el aeropuerto de Techo hay un avión listo para salir, a cualquier hora, hacia Medellín, donde el presidente puede seguir haciendo la resistencia a la revolución y despachando sus asuntos. Ospina Pérez le responde que su puesto está en Palacio y que está dispuesto a morir, si es necesario, en defensa del orden constitucional. Pero agrega que no le exige a ninguno de sus colaboradores civiles el sacrificio de sus vidas y que el avión que está listo a decolar en Techo puede llevar a cualquiera, lo mismo que los vehículos que están estacionados en el patio de Palacio. Todos aceptan seguir al lado del presidente.

Entre tanto, los tres tanques siguen avanzando hacia Palacio, en medio de los aplausos y exclamaciones de júbilo del pueblo amotinado. Sobre sus verdes caparazones continúan los jóvenes tremolando sus machetes y sus banderas rojas. Pero, al llegar a la calle novena con carrera séptima, el teniente Carvajal, que comanda en dicha esquina un pelotón de soldados, al ver venir los tanques, sube rápidamente con sus hombres al segundo piso del edificio donde funciona la "Pensión Duque". Desde allí disparan sobre los tanques y los jóvenes que tremolaban sus banderas y sus machetes caen al suelo barridos por el fuego de la metralla (3). Los tanques continúan su pesada y lenta marcha hacia Palacio, situado apenas una cuadra más allá del sitio donde se desgajan como prematuros frutos de la muerte estos jóvenes que ya se sentían victoriosos capitanes de la jornada.

Ya están llegando los tanques hasta las mismas puertas del Palacio. Es el momento de mayor expectativa. El

3. Arturo Abella. *Así fue el 9 de abril*, pág. 31.

momento definitivo y crucial de la revuelta. Basta que los tanques arremetan contra las paredes de Palacio para que éste se derrumbe estrepitosamente, junto con el régimen que representa. Junto con el presidente, los ministros y los altos oficiales del ejército que allí están. Pero los tanques pasan derecho... El capitán Meneses, frente a la puerta principal, hace fuego contra el resto de los amotinados que aún quedan sobre el caparazón de los tanques (4). Estos continúan su marcha, dejando atrás al Palacio, y bajan por la calle siguiente, por el Parque Ayacucho. ¿Qué ha pasado? El comandante de los tres tanques era el capitán Mario Serpa, de filiación liberal. Al llegar los tanques al Palacio, ha sonado un disparo. El capitán Serpa cae gravemente herido y, trasladado a las instalaciones del Palacio, fallece al poco rato. El comando de los tanques ha sido tomado por el teniente Manuel Jota Sánchez, segundo de Serpa. ¿De dónde salió ese disparo fatal? ¿Provino de los francotiradores, apostados en los zarzos del frente de Palacio? ¿Fue un disparo hecho en el interior del tanque? Esto es algo que ha quedado en el misterio.

La verdad es que los tanques no arremeten contra el Palacio y siguen su marcha. Se ponen al servicio del gobierno. Custodian su casa. Eran exactamente las cuatro y media de la tarde. La revolución ha perdido su última carta.

Las seis alternativas

Entre todo este caos y toda esta anarquía, surgen las fórmulas para salir de la encrucijada. Surgen las alternativas de solución al tremendo drama que se está viviendo. Por esto no más, sería rico en experiencias el 9 de abril. La lección de historia política y de sociología que no había sido posible analizar porque el sectarismo, los compromisos y el temor a herir susceptibilidades no habían dejado a los colombianos ver claro el fenómeno. Por eso nos habíamos contentado con la anécdota o la hipótesis sobre quién ma-

4. Arturo Abella. *Ibidem*, pág. 31.

tó a Gaitán. Pero, ¿es eso únicamente el 9 de abril? Por el contrario, en esta fecha se nos presenta el mejor campo de investigación para estudiar objetivamente no sólo los fenómenos de la psicología colectiva, para encontrar esa fuerza que mueve a las masas y que las impulsa a los más altos grados de heroísmo y a los más rebajados niveles de abyección; y también sobre la conducta de nuestras clases dirigentes. Y en torno de las alternativas que se dan para salir de la tremenda crisis, la experiencia de aquel día se nos abre como un maravilloso abanico. Observarlo y analizarlo constituye de por sí la mejor lección de sociología política que nos pueda presentar la historia colombiana. A veces la alternativa es heroica, a veces utópica, a veces dramática y a veces tragicómica. La gravedad de las circunstancias y la actitud de los grandes personajes frente a ellas, nos dan la impresión de estar viviendo a veces un drama, a veces una comedia. Los personajes nos parecen, a veces, de opereta. Veamos esas seis alternativas de solución.

Primera alternativa: regreso a la hegemonía liberal

Hacia las ocho de la noche, más o menos, llegan los jefes liberales al Palacio, a deliberar con el presidente y a buscar con él una solución a la tremenda crisis. En verdad ha sido difícil su acceso a dicha oficina de gobierno, pues han tenido que transitar por un camino sembrado de peligros. De un lado, los francotiradores, que no están advertidos de la presencia de los jefes liberales y que pueden confundirlos con los ministros del régimen o con altos jefes del conservatismo que llegan a Palacio; y, por otro lado, los fusiles de los soldados que protegen la Casa de Gobierno y sus inmediaciones y que tampoco conocen a los temerarios visitantes. Los disparos son de lado y lado.

Pero, ¿quién invitó a los jefes liberales que fueron a parlamentar con el presidente Ospina Pérez, en momentos tan difíciles? ¿Quién les dijo que eso era lo que tenían que hacer? ¿Con quién consultaron esos jefes esta trascendental medida?

La verdad es que llegan, sucios, embarrados, pues han tenido que tirarse al suelo varias veces, para evitar el impacto de las balas. No puede desconocerse que fue un acto de valor. Pero, en verdad, no habían sido invitados por el presidente Ospina y éste así lo sostuvo reiteradamente en varias declaraciones y documentos. ¿Qué había pasado entonces en este camino de equívocos y de imponderables que nos presenta el 9 de abril? Que el doctor Camilo de Brigard Silva, secretario de la Conferencia Panamericana, y quien se encontraba en Palacio, tomó el teléfono y logró localizar a Alfonso Araújo para decirle: "La situación es muy grave; aquí estamos reunidos varios jefes del conservatismo con los altos mandos militares; estamos con el presidente Ospina, tratando de encontrar una solución. ¿Por qué no se vienen ustedes con Echandía, Lleras Restrepo, Luis Cano, Plinio Mendoza y otros jefes liberales a ver qué se puede hacer? Al presidente Ospina le gustaría deliberar con ustedes". Y los liberales salieron, camino al Palacio, con la idea de que era el propio presidente el que los había invitado a buscar esa solución para el país.

Al llegar al Palacio, el presidente Ospina los recibe con un poco de recelo. "¿Qué será lo que quieren estos jefes liberales?". Pero está dispuesto a escucharlos. Le cuentan al presidente las escenas de horror que han visto en las calles, los montones de muertos que han tenido que esquivar para no tropezar en su camino, los incendios que se han desatado en la ciudad, los saqueos, en fin, le hacen el planteamiento de la coyuntura histórica dentro de la cual van a deliberar. Y luego le dicen que, dadas las graves circunstancias, estiman que la única solución a esa delicada crisis que vive el país es su propio retiro de la presidencia. ¿Qué vendría, entonces, después? La solución planteada estaba dentro del estricto marco del ordenamiento jurídico. Era lo que podría llamarse un golpe dentro de la Constitución. Al retirarse Ospina, asumiría el poder el liberal Eduardo Santos, en su calidad de Primer Designado a la Presidencia. Pero como Santos no estaba en el país, pues se encontraba en Nueva York, se encarga-

ría del poder el doctor Darío Echandía. Para esto último el doctor Ospina lo nombraría Ministro de Gobierno, antes de hacer dejación de la presidencia. Echandía —decían los liberales visitantes— es el único jefe al cual el gaitanismo respeta y acata, por haber sido leal amigo del Caudillo.

El presidente Ospina respondió a los liberales que esta no era solución adecuada al problema, puesto que con su retiro de la presidencia tácitamente estaría aceptando la responsabilidad de su gobierno en el asesinato de Gaitán, lo cual era moralmente imposible. Y agregó que con su retiro no se arreglaría nada, puesto que el conservatismo de todo el país se preparaba para defender al gobierno legítimamente constituido; que tenía informes de que en varias regiones del país los conservadores se estaban armando para marchar inmediatamente a Bogotá, a defender al presidente y al gobierno conservador. Esto —concluyó Ospina— desembocaría en una guerra civil. Y, finalmente, le dijo a don Luis Cano: "Para la democracia colombiana, mi estimado don Luis, vale más un presidente muerto que un presidente fugitivo".

Siguen las deliberaciones. El presidente Ospina continúa firme en su decisión de no retirarse. Son las tres de la madrugada. Los liberales se despiden y están dispuestos a salir. Don Luis Cano comenta en los pasillos: "Aquí no tenemos nada qué hacer". Pero la situación impide que los liberales salgan de Palacio. Las descargas de los francotiradores se han hecho más frecuentes sobre el Palacio y sus inmediaciones. Los soldados responden con sus fusiles. Salir a esas horas, entre las sombras de la noche y el resplandor de los incendios, es más que temerario. Sigue cayendo un torrencial aguacero. Los liberales se devuelven. Suena en esos momentos un teléfono. Necesitan hablar con alguno de los jefes liberales. Pasa Lleras Restrepo y después de hablar con el informante telefónico, entra indignado al despacho de Ospina Pérez y le dice en tono colérico: "Señor Presidente, ¿usted lo que quiere es que el pueblo nos asesine, al salir del Palacio?". Ospina, sorprendido, pide explicaciones a esta frase. Lleras le di-

ce: "Nuestros amigos me acaban de llamar por teléfono para informarme que la Radio Nacional ha venido transmitiendo repetidamente la noticia de que nosotros, los jefes liberales, hemos venido a Palacio a ofrecerle al presidente nuestro respaldo y nuestro apoyo. Nosotros no hemos venido a eso; hemos venido a estudiar con usted fórmulas de solución a la crisis que vive el país". Ospina, entonces, explica que esa noticia se ha pasado sin su consentimiento, que ignora quién la haya redactado, pero que pueden escribir la rectificación que estimen conveniente, con la seguridad de que ella será pasada inmediatamente por la misma emisora. Los liberales la redactan y la entregan al presidente. Nunca se supo si efectivamente se transmitió.

¿Quién pasó esa noticia comprometedora para el liberalismo y, particularmente, para los liberales que habían ido al Palacio? Ese es otro de los misterios de esta jornada.

La solución que estaba proponiendo el liberalismo al presidente Ospina, era simplemente el cambio de un gobierno conservador por un gobierno liberal. Volver a la hegemonía de este partido. Cambiar el gobierno de Ospina por el gobierno de Santos. Pero, obviamente, esta solución no implicaba poner en marcha las ideas del caudillo sacrificado.

Segunda alternativa: la Junta Militar

A las ocho de la mañana del día siguiente, llegaron los generales de la república al despacho del presidente. Habían solicitado esta entrevista por conducto del doctor Laureano Gómez, quien se encontraba refugiado en el Ministerio de Guerra. Gómez había querido ir al Palacio, tan pronto como se supo el asesinato de Gaitán, pero Ospina se había opuesto con el argumento de que no era conveniente que las dos cabezas principales del conservatismo y del gobierno estuvieran juntas corriendo el mismo peligro.

Al iniciarse la entrevista con el presidente, uno de los generales expuso que, a esas horas, la situación era extremadamente grave. Ospina le comentó que la situación había mejorado durante las horas de la noche, puesto que ya habían llegado a Bogotá los refuerzos de tropas enviados desde varios lugares del país. Entonces, entre el general y el presidente se desarrolló este diálogo:

- “—Quizás no tanto como pudiera creerse... (dice el general). Parece que en estos momentos se piensa avanzar hacia el Capitolio con el cadáver del doctor Gaitán, marchando su señora y su hija a la cabeza del desfile, seguidas de una gran multitud, entre ellas numerosas mujeres del pueblo que vendrán acompañando el cadáver. Nosotros consideramos que esto creará nuevos y graves hechos en la capital y en el país en general, ya que ese avance de la masa popular sobre el Capitolio, que seguramente estaría combinado con el ataque de la Quinta División de la Policía, sólo podría contenerse mediante un choque excepcionalmente sangriento entre el ejército y el pueblo, de consecuencias imprevisibles. De otro lado es evidente que si no se impide la traída del doctor Gaitán al Capitolio en estas circunstancias, la situación de defensa de la ciudad y del Palacio mismo serán extremadamente precarias.
- “—¿Cuál creen ustedes que sería la solución ante esta situación? (pregunta Ospina).
- “—Nosotros estamos dispuestos a prestar nuestra cooperación para hacer frente a los acontecimientos, pero creemos que ello debería hacerse asumiendo a la vez toda responsabilidad para poder actuar con la mayor seguridad y eficacia.
- “—¿En que forma, señor general?
- “—Mediante la constitución de una Junta Militar, Señor Presidente.
- “—¿Una Junta Militar?, inquirí con sorpresa. ¿Y cómo quedaría el Presidente de la República en esa Junta?
- “ Otro de los generales manifestó:

“ — A Su Excelencia, a su esposa y a los suyos se les daría la más absoluta protección” (5).

Los generales que dialogan con el presidente en esta histórica reunión son Germán Ocampo, Vanegas Montero, Sánchez Amaya, Ricardo Bayona Posada, Mora Angueira, Julio Londoño y Sanjuán.

Tercera alternativa: el gabinete militar

Aquí viene la tercera alternativa, que alcanzó a asomarse sin tapujos en ese mismo diálogo entre el presidente y los generales. Era un movimiento defensivo del presidente, frente a la proposición lanzada a quemarropa por los generales. A propósito de esto, Abelardo Forero Benavides observa que los militares no estaban inspirados en aquel momento por ninguna ambición de mando y que lo que se proponían era contribuir patrióticamente al restablecimiento de la normalidad y a la salvación de la patria. Agrega que, en realidad, en ese momento, eran ellos los que tenían el poder y que bastaba una simple omisión para que el presidente Ospina se quedara sin piso. Eso es evidente. Los generales actuaron, más que todo, estimulados por Laureano Gómez, quien en reunión con ellos, en el propio Ministerio de Guerra, les hizo creer que esa entrevista que ellos iban a tener con el presidente era para recibir el mando de la nación. A ese respecto dice Forero Benavides: “El jefe conservador Laureano Gómez, asilado en el Ministerio de Guerra, les había dicho allí que el presidente ya había convenido con él la constitución de una Junta Militar, y que en consecuencia les bastaba acercarse a Palacio, para recibir la investidura y proceder con mano fuerte a la pacificación” (6). El mismo Ospina Pérez, en su extenso relato sobre estos acontecimientos del 9

5. Mariano Ospina Pérez. Relato que hace sobre el 9 de abril de 1948, ampliamente difundido en toda la prensa del país. (Ver transcripción que hace Abelardo Forero Benavides en su obra *Grandes fechas*, pág. 181).

6. Abelardo Forero Benavides. *Grandes fechas*, pág. 174.

de abril dice: "Entre las siete y las siete y media de la mañana del 10 de abril bajé a mis habitaciones particulares para rasurarme y tomar un baño con el fin de recuperar el desgaste físico y moral a que había estado sometido durante cerca de veinte horas. Se me anunció entonces por teléfono a una de las secretarías, que el doctor Laureano Gómez había llamado desde el Ministerio de Guerra para pedirme concediera una audiencia a los señores generales que estaban reunidos en aquel despacho y que necesitaban tratar conmigo asuntos de excepcional importancia y urgencia. Hice contestar desde mi teléfono a la persona que me había transmitido el mensaje, que podía avisar al doctor Gómez y por su conducto a los generales, que con mucho gusto concedería la audiencia que se me pedía, transcurrida la media hora... Supe después que el doctor Gómez había manifestado al doctor Eduardo Zuleta Angel, que fue quien le contestó por teléfono, que la única solución posible en esos momentos era la de una Junta Militar y que repitió tres veces enfáticamente: Junta Militar... Junta Militar... Junta Militar..." (7).

Pero volvamos al desarrollo del diálogo que está teniendo lugar en estos momentos (sábado 10 de abril a las 8 de la mañana) en el Palacio.

Ospina, al escuchar que el general Sánchez Amaya le dice que al retirarse del mando, el ejército le garantizaría completa protección a él, a sus familiares y a sus bienes, manifiesta su rechazo a esta propuesta, pero en cambio propone una nueva solución, en estos términos:

"— ¿Quieren ustedes, señores generales, que estudiemos la posibilidad de un gabinete militar?"

"— Señor Presidente, no creemos que ésa sea la solución. En primer lugar porque dispersados nosotros en las distintas carteras, cuyo manejo no conocemos, lejos de favorecer la posición del gobierno, podríamos complicarlo más en las presentes y difíciles circunstancias.

7. Mariano Ospina Pérez. Relato que hace sobre el 9 de abril. Transcripción de Forero Benavides en *Grandes fechas*, pág. 180.

En segundo lugar, porque si todos los jefes de más alta categoría, como sería lógico, ocupáramos los ministerios, no quedaría quién comandara las fuerzas militares en este momento tan complejo y decisivo'' (8).

Así, pues, la propuesta de un gabinete ministerial integrado únicamente con militares, es rechazado por ellos mismos. Las razones las acaban de dar ellos, con muy buen sentido de la lógica. Ospina Pérez, entonces, antes de que los generales se marchen, le pide al general Germán Ocampo que se quede y le ofrece de inmediato el Ministerio de Guerra. El general Ocampo le dice que, antes de aceptarle, desearía conversar con los jefes liberales que han ido al Palacio y que todavía están allí, en una oficina próxima al sitio donde este diálogo histórico se ha desarrollado.

El general Ocampo entra, entonces, al salón donde se encuentran los jefes liberales. Le comenta a Darío Echandía que ellos han ido al Palacio porque han creído que la solución más adecuada para la crisis que vive en esos momentos la república es una Junta Militar. Agrega que el presidente no ha aceptado esa solución, por las razones ya expuestas, y que, en cambio, acaba de ofrecerle el Ministerio de Guerra. Sin embargo, él ha creído conveniente saber qué piensan los jefes liberales al respecto, antes de aceptarle el Ministerio. En verdad, Echandía tiene la última palabra. Y al escuchar al general Ocampo, se coge la cabeza a dos manos y dice: "Pero por Dios; no se trata de buscarle soluciones de hecho a esta crisis. Nosotros hemos venido a buscar fórmulas para el restablecimiento de la normalidad jurídica. Lo que queremos es una solución que esté dentro de la Constitución Nacional". Los otros jefes liberales se muestran de acuerdo con Echandía, y el general Ocampo, entonces, se retira del salón.

8. Mariano Ospina Pérez. Relato que hace sobre los acontecimientos del 9 de abril. (Transcripción hecha por Abelardo Forero Benavides en su obra *Grandes fechas*, págs. 181 y 182).

Cuarta alternativa: el gobierno homogéneo

Algunos de los ministros de Ospina, especialmente los más recalcitrantes y sectarios, desconociendo la realidad misma que vivía el país, fueron partidarios de integrar un nuevo gabinete homogéneo o de conservar el existente que, justamente, tenía esta característica desde la ruptura del gobierno de Unión Nacional. Y no sólo eso: con posterioridad a estos hechos que se están desarrollando el 9 de abril en el Palacio, censuraron duramente el hecho de que Ospina Pérez hubiera ofrecido y otorgado al liberalismo seis ministerios. Uno de estos críticos fue Laureano Gómez, quien a la sazón desempeñaba el cargo de Ministro de Relaciones Exteriores, refugiado en el Ministerio de Guerra y para quien la mejor solución hubiera sido esa Junta Militar, de la cual ya hemos hablado. Para este jefe del conservatismo, la actitud de Ospina fue claudicante. "Pactó con los subversivos, con los incendiarios", fue el estribillo que utilizó Gómez en su posterior enfrentamiento con Ospina. Lastimosamente, éste trató de excusarse del cargo que le hacía Gómez, diciendo: "Yo no los invité al Palacio; ellos fueron por su propia cuenta".

Pero la verdad es que en aquellos momentos dramáticos a Ospina no se le escapa que la pacificación del país no era posible sin el concurso del liberalismo. No sé hasta dónde Ospina también meditó algún día que fue Darío Echandía el que se opuso y evitó la Junta Militar, que los generales tenían en mente. ¿A qué fue Ocampo a parlamentar con Echandía, antes de aceptar el Ministerio de Guerra? Hubiera bastado la aprobación de Echandía a esta solución y la Junta Militar hubiera sido una realidad. Con el respaldo de los dos grandes jefes políticos del país en ese momento: Laureano Gómez, jefe del conservatismo; y Darío Echandía, jefe del partido liberal. Se aunaban, pues, tres grandes fuerzas capaces de decidir la suerte de la república en esos instantes: los dos partidos tradicionales y el ejército.

La solución del gabinete homogéneo quizás hubiera

pasado por la mente de Ospina, pero luego recapacité, acorde con las circunstancias que vivía el país. Por eso dice Ospina en su relato sobre el 9 de abril: "La solución de un gabinete homogéneamente conservador no parecía tener las menores posibilidades de éxito frente a la realidad de aquellos instantes que no es posible olvidar, desconocer o reformar, porque ella está en el alma y en la memoria de todos los colombianos que la vivieron. Varios de los ministros conservadores ni siquiera habían podido llegar a Palacio y aún ignorábamos el sitio donde se encontraban ellos. A eso había que agregar que el mismo jefe del partido y alto miembro del gobierno, conceptuaba que la única solución se encontraba dentro del campo militar, como se desprendía claramente de la audiencia pedida por él para que yo recibiera a los altos jefes del ejército y de la propuesta que éstos acababan de formularme. Al proponer, directa o indirectamente la solución de una Junta Militar, el jefe del partido descartaba no sólo la posibilidad de un gabinete homogéneo, sino que aun iba más lejos, creía que ni siquiera el presidente conservador podría sostenerse en su puesto y que debía ceder el mando y la investidura a esa Junta Militar" (9).

Quinta alternativa: el restablecimiento de la Unión Nacional

Los jefes liberales todavía se encontraban a esas horas (nueve de la mañana del 10 de abril) en el Palacio. Hay mucho movimiento de un salón a otro, pues en una de las oficinas se encuentran algunos ministros y algunos jefes conservadores, y en otra los jefes liberales que, desde la noche anterior, habían ido a parlamentar con Ospina, en la creencia de que éste los había hecho llamar. En esos momentos nadie sabía, ni Ospina, ni los liberales, ni los conservadores, que la jugada la había hecho Camilo de Brigard Silva, sin el consentimiento del presidente. Ospi-

9. Mariano Ospina Pérez, "Relato que hace sobre el 9 de abril". (Transcripción que hace Abelardo Forero Benavides en *Grandes fechas*, pág. 183.

na conferencia con unos y otros. Los militares ya se han ido, pero ha quedado en Palacio el general Germán Ocampo.

Los liberales están dispuestos ya a abandonar el Palacio. Con la llegada del día han disminuido las descargas de los francotiradores y la salida del Palacio parece menos peligrosa. Pero Ospina, entonces, se dirige a Echandía para ofrecerle el Ministerio de Gobierno, delante de varias personas. Y le dice: "Puedo anunciarle desde ahora que la mitad de los ministros serán liberales. Y también, que el Ministro de Justicia será un liberal, amigo del doctor Gaitán, para garantizar con esto la imparcialidad en la investigación de tan atroz asesinato. Nadie más que mi gobierno está interesado en que se haga luz sobre este hecho y en que se conozca la verdad de lo sucedido" (10). Echandía, entonces, le dice al presidente que para poder aceptar el Ministerio de Gobierno necesitaba saber cómo iba a quedar integrado el gabinete. Ospina Pérez le responde que en el término de dos horas, es decir, hacia las once de la mañana, tendría la lista definitiva y que, en consecuencia, se la haría conocer.

Echandía y los demás liberales abandonan el Palacio y se dirigen a las oficinas de "El Tiempo". Allí esperan la llamada que les hará el presidente para comunicarles la nómina del nuevo gabinete ministerial. La llamada efectivamente se escucha a la hora convenida. Ospina le lee a Echandía, por teléfono, los nombres: Echandía, de Gobierno; Germán Ocampo, de Guerra; Eduardo Zuleta, de Relaciones Exteriores; Jesús María Bernal, de Hacienda; Samuel Arango Reyes, de Justicia; Fabio Lozano y Lozano, de Educación; Alonso Aragón Quintero, de Minas y Petróleos; Evaristo Sourdis, de Trabajo; Guillermo Salamanca, de Comercio; Pedro Castro Monsalve, de Agricultura; Jorge Bejarano, de Higiene; Luis Ignacio Andrade, de Obras Públicas y José María Dávila Tello, de Correos y Telégrafos.

10. Mariano Ospina Pérez. Relato que hace sobre el 9 de abril. (Transcripción que hace Abelardo Forero Benavides en *Grandes fechas*, pág. 184.

Escuchados los nombres, Echandía acepta el Ministerio de Gobierno y parte para el Palacio a tomar posesión de su cargo. La solución que se le acababa de dar a la tremenda crisis que vivía el país, no fue del agrado de la mayor parte del liberalismo. Se dijo, entonces, que los liberales que habían ido a Palacio a pedirle la renuncia a Ospina, habían traicionado al partido liberal y a los principios de Jorge Eliécer Gaitán. Y fue cabalmente, a la salida de Echandía de las oficinas de "El Tiempo" cuando, ante los reclamos de algún enardecido liberal de la calle, en el sentido de por qué no se tomaba el poder, soltó aquella frase que hizo carrera: "¿El poder para qué?".

Había quedado pactado, con la aceptación de Echandía y de los demás ministros liberales, el restablecimiento del gobierno de Unión Nacional, que el doctor Gaitán y la Junta de Mayorías Liberales habían roto pocas semanas antes de la muerte del líder popular. Se había roto por las acusaciones que el Caudillo le había hecho a Ospina Pérez de haber desatado la violencia oficial contra el liberalismo, en varias regiones del país. El "Memorial de Agravios", presentado personalmente a Ospina Pérez, pocos días antes de su asesinato, había quedado sin respuesta.

Esta nueva colaboración del liberalismo en el gobierno de Ospina Pérez, pactada el 10 de abril, sobre los cadáveres y los incendios, se rompería también, un año después, por las mismas razones que la primera. Echandía reclamó garantías para el liberalismo y, como Ministro de Gobierno, le planteó a Ospina la necesidad de cambiar algunos gobernadores y alcaldes que estaban persiguiendo a su partido con las armas oficiales. Ospina no quiso cambiarlos y, antes bien, los justificó. Quizás, entonces, Echandía comprendió para qué era el poder en manos del presidente al cual le había salvado la situación, al oponerse abiertamente a la idea de una Junta Militar, que el propio jefe del conservatismo, doctor Laureano Gómez, estaba empeñado en propiciar.

Lo que vino después fue el huracán de las pasiones. El exterminio a "sangre y fuego" de miles de liberales en todo el territorio nacional. Los genocidios, el arrasamiento

de poblaciones enteras, el terror cabalgando en los corceles del sectarismo y de la pasión política. En verdad, la solución dada a la conflagración del 9 de abril había fracasado. Lo que vino después, realmente fue peor. El baño de sangre a la república fue de tales dimensiones que se calculan, por lo bajo, en más de trescientas mil las víctimas de la violencia oficial desatada por Ospina Pérez. Las elecciones presidenciales, para suceder a Ospina, se realizan el 27 de noviembre de 1949, con el estado de sitio, con el Congreso clausurado, con la prensa bajo el más estricto control y, por lo consiguiente, con la abstención del liberalismo. Es elegido Presidente de la República el doctor Laureano Gómez, con un número de votos no superado hasta entonces en los registros electorales de toda nuestra historia. Pero la violencia no cesó. Antes bien, arreció en forma descomunal. Hasta que viene el golpe militar de Rojas Pinilla, el 13 de junio de 1953, quien depone a Gómez y justifica su acción con estas frases: "No más violencia, no más sangre, no más depredaciones a nombre de un partido político". Después vendrá el 10 de mayo, cuando los partidos se unen para derrocar al dictador militar que ha entrado en incalificables desmanes. Y viene el Frente Nacional... y sigue la cadena de acontecimientos políticos que el pueblo sigue padeciendo bajo el régimen del clientelismo y de la corrupción.

¿Y las ideas de Gaitán? ¿Y los principios de Gaitán? Quizás, ahora más que nunca, tienen plena vigencia. Sobre todo su bandera de la "restauración moral y democrática de la república" de la cual tanto hablan los demagogos y clientelistas liberales que llegan al poder y ocupan sus ministerios y curules y se olvidan de los principios de su partido, preconizados por dos hombres que pagaron con su vida la independencia de carácter, la honestidad y la fidelidad a los intereses del pueblo colombiano: Rafael Uribe Uribe y Jorge Eliécer Gaitán.

En verdad, el liberalismo arrió las banderas de estos dos grandes mártires de la democracia. Pero ellas están ahí, en manos del pueblo, esperando que el espíritu de estos hombres sople sobre la conciencia de nuevos líde-

res, no contaminados con esta ola de corrupción que invade al país entero, y que tengan el propósito y la firme voluntad de realizar este principio de Gaitán, que es la mejor síntesis de un verdadero programa de gobierno: "la restauración moral y democrática de la república".

Sexta alternativa: la Junta Revolucionaria

Pactada la colaboración liberal con el gobierno de Ospina y el consiguiente restablecimiento de la llamada "Unión Nacional", quedaba la Junta Revolucionaria que desde las primeras horas de la tarde del 9 de abril se instaló, junto con la policía de la Quinta División y gran número de profesionales, profesores universitarios, estudiantes y líderes obreros, en el Circo de Toros de Santamaría. Era el núcleo intelectual de la presunta revolución. Entre ellos había buen número de personas de formación marxista, y la totalidad de jefes de izquierda, seguidores muy radicales del caudillo asesinado.

La gente todavía se pregunta, cuando se aborda el tema del 9 de abril: ¿por qué esta Junta Revolucionaria y los miles de policías, estudiantes y obreros, no se lanzaron hacia el Palacio, para reforzar las avanzadas del pueblo sobre dicho objetivo? ¿Consideraban descabelladas esas absurdas e inútiles demostraciones de coraje? Entonces, ¿cuál era su estrategia? ¿Quedarse allí, indefinidamente, como en efecto lo hicieron? ¿Cuál era la coyuntura o la oportunidad que esperaban?

Por lo que hemos podido investigar, sabemos que desde la Plaza de Toros de Santamaría se disparó reiteradamente contra los cuarteles del Ministro de Guerra. Pero esto no obedecía a ningún plan concreto y definido. También se dijo que esperaban las horas de la noche del mismo 9 de abril para iniciar su ataque a fondo al Palacio y reforzar, en esta forma, la acción de los francotiradores. Pero, en realidad, dicen que se abstuvieron de ejecutar este plan, por razón de que los altos jefes liberales, con Echandía y Lleras Restrepo a la cabeza, estaban en el Palacio estudiando las fórmulas de arreglo, para terminar

pactando la colaboración liberal. Pero, mientras estos jefes parlamentaban con el presidente Ospina, los directores de la Junta Revolucionaria estuvieron permanentemente comunicados con aquéllos, en espera de noticias, siempre en actitud amenazante. Actuaron, indudablemente, como fuerza de presión. “—Qué hubo, doctor Echandía, estamos listos a marchar sobre el Palacio con seis mil hombres, si el gobierno no cede”. “—La única solución que podemos aceptar, doctor Echandía, es el retiro inmediato del presidente Ospina”. Pero, a su vez, los jefes liberales que estaban en Palacio, invariablemente respondían: “—Calma, doctor Arriaga Andrade; estamos estudiando fórmulas”. “—Todavía no hemos llegado a un acuerdo; la cosa no es tan fácil como parece”. Y así con el “cálmese”, “un poco de paciencia”, hasta que los amotinados del Circo de Toros se enteraron por la radio de que se había restablecido la colaboración y que Echandía acababa de ocupar el Ministerio de Gobierno.

“¡Traición! ¡Traición!”, gritaron los enfurecidos dirigentes de la Junta Revolucionaria. Y se negaron a aceptar el restablecimiento de la Unión Nacional. Tuvo que ir una junta de emisario liberales, a nombre del doctor Echandía, en su condición de Ministro de Gobierno, a convencerlos de que ésa había sido la única fórmula posible, pues la revolución ya había fracasado con los saqueos, los incendios, el pillaje y la embriaguez de gran parte del pueblo, y que aquello había degenerado en un acto de anarquía sin límites. Hubo que amenazarlos con la posibilidad de bombardearlos con aviones de la FAC, que estaban listos a decolar en la Base Aérea de Palanquero. Y, a su turno, el doctor Echandía les prometió que no se tomarían represalias de ninguna clase. Sin embargo, los dirigentes de esa Junta fueron sometidos a Consejos de Guerra Verbales y algunos de ellos condenados. Los policías fueron destituidos de sus cargos y, también, sometidos a Consejos de Guerra.

Recientemente, el doctor Carlos Lleras Restrepo explicó en su periódico “Nueva Frontera” su posición frente a las amenazas de la Junta Revolucionaria, de marchar

sobre el Palacio de los Presidentes. Dice así el doctor Lleras Restrepo: "Hay muchos puntos que deben aclararse para la historia: la insistencia de Laureano Gómez sobre la necesidad de que una Junta Militar asumiera el gobierno; las llamadas telefónicas que desde la División Quinta de Policía nos hacían algunos liberales para pedirnos que abandonáramos el Palacio a fin de facilitar el ataque que contra éste proyectaban; la advertencia que al parecer, hizo Laureano Gómez de que se nos debía retener como rehenes; las entrevistas que los altos mandos militares sostuvieron con Ospina y Echandía. Una de las llamadas de los liberales atrincherados en la Quinta División y que, extrañamente, pasaban por el conmutador de Palacio sin dificultad alguna, fue recibida por mí. No se preocupen ustedes por nuestras vidas, le dije a quien llamaba; si ustedes están convencidos de que pueden tomar por asalto el Palacio y creen que ésa es la mejor solución para el país, pueden hacerlo; no admito que mañana salgan ustedes a decir que la revolución no triunfó porque era necesario salvar nuestras vidas" (11).

¿Por qué no hacia el norte?

El distinguido escritor liberal Abelardo Forero Benavides, quien fue actor muy importante de estos acontecimientos, considera que fue un error del liberalismo haber ido a Palacio, que queda al sur de la ciudad, en lugar de haber tomado el rumbo hacia el norte, donde quedaba el Ministerio de Guerra. En su agradable crónica sobre el 9 de abril, nos dice Forero lo siguiente: "Nadie puede decir que en ese momento había algún plan concreto y coherente para proponerle al liberalismo. Lo imprevisto del golpe y la racha furiosa de los acontecimientos, lanzaban a la deriva las inteligencias más penetrantes. Nadie estaba en capacidad de discernir, de avaluar, de pensar... El llamado a Palacio, abrió una luz. Echandía que ha sido un hom-

11. Carlos Lleras Restrepo. "Recuerdos del 9 de abril". En: Nueva Frontera, No. 75. Bogotá, abril 8-14 de 1976, pág. 3.

bre de leyes, se coló por esa claraboya y un poco a tuestas — mientras era sacudido por las solapas por los hechos y los borrachos — se agarró a su viejo respeto a la Constitución como la última tabla. Por esa razón se encaminó a Palacio. Y lo hizo muy de acuerdo con sus convicciones... En el otro extremo de la ciudad, al lado de la recoleta de San Diego, se halla instalado el Ministerio de Guerra, en una casona derruida, con amplios corredores coloniales donde sopla el frío y se ven los pobres cerros, desnudos de vegetación y roídos por las minas de arena. Los generales de la república, no menos perplejos que los civiles, esperan... Si en ese momento, a alguien con autoridad dentro del partido liberal se le hubiera ocurrido dirigirse a San Diego a parlamentar con los generales, ofreciéndoles el concurso del liberalismo a la pacificación, sobre la base de una Junta Militar, habría cambiado la historia de Colombia. La mitad por lo menos de los altos oficiales era de extracción liberal. En ese momento existía por lo menos la semblanza de un ejército nacional. No habían comenzado las "purgas". El gobierno militar que entonces hubiera surgido, tendría garantizado el equilibrio interior de las corrientes. Los generales Ocampo, Mora Angueira, Julio Londoño, Rafael Sánchez Amaya, Carlos Vanegas y Bayona Posada, integraban el "staff" directivo, y ninguno de ellos era señalado por su sectarismo... No pasó por la mente de ningún liberal, ese nueve de abril, entre las tres y las seis de la tarde, el acercarse a discutir en las derruidas oficinas de San Diego, con los generales de la república. El séquito se encaminó hacia el Palacio de la Carrera, que era el rumbo sur, y de donde el poder público se había evaporado, con completa y total indiferencia con el rumbo norte, donde en realidad estaba el poder" (12).

En realidad, no hubo necesidad de ir al norte, como lo anota Forero Benavides, para contemplar esta alternativa. Los generales mismos fueron a Palacio a proponerla, instigados por Laureano Gómez. Quien se opuso fue Dario

12. Abelardo Forero Benavides. *Grandes fechas*, págs. 169-170.

Echandía, como ya vimos. Seguramente esta alternativa hubiera sido menos mala que la de restablecer la llamada "Unión Nacional"... ¡Cuántos males le hubiera evitado al país esta alternativa! Todo lo que siguió después no fue otra cosa que la estrategia que se trazó el partido conservador de Ospina Pérez para conservar el poder a toda costa. El principal obstáculo, ya estaba eliminado. Gaitán ya había muerto, por uno de esos misteriosos imponderables. Y la reacción que suscitó su muerte, ya había sido sofocada, con el concurso de los liberales. ¿Qué quedaba ahora por hacer?... Impedir que los liberales fueran a las urnas. La estrategia era la del terror y la violencia. Aunque el campo y las ciudades quedaran sembrados de cadáveres y ruinas.

Lo curioso es que Echandía, que se opuso a la Junta Militar, con mayoría de militares liberales, cinco años más tarde respaldó el golpe militar ultraconservador de Rojas Pinilla, al cual calificó benévolaemente como un "golpe de opinión". ¡Las cosas habían cambiado tanto!

¿Qué hubieran hecho los generales de ambos partidos políticos una vez en el poder? Seguramente hubieran convocado a elecciones presidenciales. Quizás ésta hubiera podido ser la condición del respaldo de los dos grandes jefes de los partidos tradicionales a la solución militar. Quizás el gaitanismo, en esas elecciones, hubiera tenido la oportunidad de llevar a uno de sus hombres a la primera magistratura. Quizás el mismo Echandía, por quien el gaitanismo profesaba abierta y franca simpatía. Esto era de esperarse en generales que antes de dar un golpe van a consultarlo con el propio presidente, con Laureano Gómez y con el mismo Echandía. De militares a quienes este último disuade fácilmente con solo nombrar la Constitución Nacional. Pero... en el peor de los casos, supongamos que se hubieran quedado con el poder. Hubieran perdido ese respaldo de los dos partidos y se hubiera logrado una verdadera unión entre estas dos colectividades, para derrocarlos, como sucedió años más tarde en las jornadas del diez de mayo de 1957 contra la dictadura de Rojas Pinilla. Pero nos hubiéramos ahorrado los años del terror, de los

genocidios, del vandalismo político, en el empeño que tuvo un partido minoritario por conservarse en el poder "a sangre y fuego".

Fidel Castro en Bogotá

Mucho es lo que se ha especulado sobre las actividades de Fidel Castro durante el 9 de abril en Bogotá. El famoso líder de la revolución cubana efectivamente estuvo en nuestra capital en esa fecha. Tenía apenas veintiún años y era uno de los más destacados estudiantes extranjeros venidos a Bogotá, por esos días en que se encontraba reunida la IX Conferencia Panamericana, con el propósito de organizar un Congreso Latinoamericano Estudiantil, que debería funcionar paralelamente a dicha conferencia y en el cual deberían analizarse los más importantes problemas sociales y políticos de nuestros países, tales como la lucha contra las dictaduras militares, la independencia de Puerto Rico, la internacionalización del Canal de Panamá y el cese de los territorios coloniales en la América Latina. La idea que los organizadores tenían era la de que el propio Jorge Eliécer Gaitán instalara dicho congreso estudiantil. El caudillo colombiano se negó a instalarlo, por razones obvias, pero en cambio recibió en su despacho a los organizadores del mismo, encabezados por Fidel Castro.

Jorge Eliécer Gaitán impresionó muy favorablemente al que más tarde estaría llamado a hacer la revolución en Cuba. En efecto, dice Fidel Castro, en el famoso reportaje que dio en La Habana al periodista Carlos Franqui, lo siguiente: "Nuestro entusiasmo crecía de punto al expresarnos los representantes de los estudiantes colombianos, la posibilidad de que Gaitán inaugurara nuestro congreso en la Plaza de Cundinamarca (sic), con un acto multitudinario el mismo día en que se inaugurara la Conferencia de Cancilleres... Para conocer a Gaitán, y para hacerle la invitación formalmente, los estudiantes me invitaron a visitarlo en su despacho, adonde yo me trasladé, no recuerdo exactamente la calle. Nos recibió en su oficina el día 7 de

abril, nos entrevistamos con él, nos trató con gran amabilidad, nos habló con simpatía de lo que estábamos haciendo. Nos entregó distintos folletos contentivos de sus discursos, entre ellos una preciosa pieza oratoria: "Oración por la paz", que pronunciara en semanas pasadas recientes después de un gigantesco desfile de masas, en protesta contra los asesinatos que se venían cometiendo en todo el país contra sus partidarios... Nos entregó distintos folletos contentivos de sus ideas. Lo que proponía aquel hombre me convenció de que representaba en aquel entonces una fuerza realmente progresista en Colombia, y que su triunfo sobre la oligarquía estaba por descontado. Nos invitó a reunirnos otra vez dos días después a las dos de la tarde... Gaitán no solamente tenía un enorme arraigo entre las masas; tenía también grandes simpatías en el ejército de Colombia. Allí estaba surgiendo considerablemente un factor por aquellos días: era su defensa de un teniente del ejército... Como este oficial tenía antecedentes liberales, y al parecer la situación política estaba influyendo en el proceso, el juicio se convirtió en un acontecimiento de gran trascendencia. Gaitán era su abogado defensor; las audiencias eran transmitidas por radio y escuchadas virtualmente en todos los cuarteles de la república. Invitados por los estudiantes asistimos a una de las sesiones del juicio. Gaitán, con extraordinaria habilidad, defendía tanto desde el punto de vista penal como político al acusado, que se había convertido en algo así como un Dreyfus de los militares... No es de extrañar, pues, que la oligarquía colombiana, en medio de una ola de sangre, fraguara el asesinato de aquel formidable adversario al que realmente temía" (13).

Ciertamente, Gaitán tenía cita con Fidel Castro el 9 de abril a las dos de la tarde. Está confirmada con la anotación que aparece en la agenda del caudillo colombiano que, por una extraña ironía del destino, expiraba ese día y

13. Fidel Castro. "El 9 de abril y yo", según el relato hecho a Carlos Franqui. En: *Lecturas Dominicales de El Tiempo*, 14 de noviembre 1976, págs. 1 a 7.

a esas horas en la Clínica Central. La cita era con la muerte.

Pero, ¿qué hizo Fidel Castro el día de la revuelta, conocida internacionalmente con el nombre del "bogotazo"? Al principio se especuló mucho y se acuñaron absurdas consejas, hijas de la fantasía.

Efectivamente, como atrás lo anotamos, personas empeñadas en señalar al comunismo internacional como el autor de la muerte de Gaitán, afirmaron que Fidel Castro y otros estudiantes extranjeros simpatizantes y militantes de esa agrupación política, habían sido piezas claves de este acontecimiento nefando que —según ellas— había sido preparado de antemano para sabotear la Conferencia Panamericana.

Fidel Castro sólo vino a romper el silencio —oficialmente— sobre su actuación en Bogotá durante el 9 de abril, al darle declaraciones sobre el particular al periodista Carlos Franqui, veintiocho años después de aquel día trágico. El relato que hizo Castro fue grabado por el mencionado periodista, quien había sido comandante en la Sierra Maestra, director de Radio Rebelde de Cuba y posteriormente del diario "Revolución" de La Habana. La transcripción de ese reportaje de Castro fue incluida textualmente en el libro de memorias de Franqui, el cual fue publicado en París, en 1976. Dice así Fidel Castro en las partes más sustantivas de su relato: "El día 9 de abril salimos nosotros del hotel donde nos hospedábamos, a recorrer la ciudad, antes de almorzar, y en espera de la entrevista que tendríamos por la tarde (con Gaitán). Eran como las once de la mañana (sic) aproximadamente cuando gentes como enloquecidas comenzaron a correr por las calles repletas de público, gritando con ojos de indescriptible asombro: ¡Mataron a Gaitán! ¡Mataron a Gaitán! Y así la noticia se esparció como un reguero de pólvora por toda la ciudad... De pronto me di cuenta de que aquello que estaba desarrollándose no conducía a nada. Las vidrieras de los establecimientos comenzaron a ser destruidas; no se sabía cómo se iba a encauzar todo aquello, pero era evidente que una insurrección popular estaba en marcha... De in-

surrecciones populares de aquellas características yo no conocía más que las impresiones que en mi imaginación habían dejado los relatos de la toma de la Bastilla, y los toques a rebato de los Comités Revolucionarios de París, llamando al pueblo en los días más gloriosos de la Revolución. Pero allí, en aquel instante nadie dirigía... Decidí dirigirme a la casa donde residían dos compañeros más de Delegación. Al atravesar una de las calles vi la primera manifestación de algo que parecía canalizado en alguna dirección: era una enorme muchedumbre, algo así como interminable procesión que no sé —y dudo que alguien sepa— cómo se formó, y que avanzaba hacia una estación de policía que estaba a varias cuadras de allí. En aquella muchedumbre me enrolé; no sabía qué iba a ocurrir cuando alcanzara la estación de policía... Salí del edificio y ya estaba en marcha de nuevo la multitud, armada de mil maneras distintas: unos con fusiles, otros con machetes, otros con hierros. Y aparentemente se dirigía hacia el Palacio Presidencial. Varias esquinas más adelante, se entabla un tiroteo; la muchedumbre, instintivamente, retrocede, pero a los pocos segundos como un resorte vuelve de nuevo a avanzar... Cruzamos por varias calles y acertamos a pasar, entre otros, frente al edificio del Ministerio de Guerra; por la calle contraria a la que íbamos nosotros, marchaba un tanque y una compañía de soldados con cascos; no disparaban contra nadie, ignorábamos hacia adónde se dirigían y qué actitud tenían... Cruzamos la calle y nos paramos frente al Ministerio de Guerra. En aquel momento, aparentemente, el ejército vacilaba, en una actitud expectante ante los acontecimientos. Recuerdo que dejándome llevar por el entusiasmo me paré en un banco, les dirigí la palabra y les hice una arenga a los soldados que estaban enfrente. Y después continuamos hacia el sitio donde se decía que estaban siendo atacados los estudiantes (la Radio Nacional). Cuando estábamos llegando al final de la cuadra se escucharon algunos disparos, y era que desde el Ministerio de Guerra habían salido algunos soldados a perseguirnos a nosotros... Llegamos a una ancha avenida, se paró la guagua en una esquina, y los tres

que teníamos fusiles avanzamos hacia la avenida. Y a unas dos cuadras de nosotros estaba todo un grupo de caballería, que era quien estaba atacando la estación (de radio). Prácticamente barrieron la avenida aquella a tiros. Nosotros nos defendimos detrás de unos bancos de aquella avenida; y cuando tuvimos una oportunidad nos retiramos otra vez hacia la calle, donde estaba la guagua. Entonces, decidimos ir a la universidad para ver si había algo organizado, para tratar de informarnos si había algo en la universidad... Llegamos a la Ciudad Universitaria e igualmente nos encontramos un gran caos allí: nada organizado en ninguna dirección aunque muchos estudiantes desarmados, agitados, y allí surgió la idea de salir hacia una estación de policía. Salimos hacia la estación de policía, aquella fuerza salía contando únicamente con tres fusiles. Cuando llegamos a la estación de policía que íbamos supuestamente a tomar, estaba afortunadamente tomada ya... Amaneció el día diez. Detrás de nosotros quedaban en una altura posiciones muy estratégicas; se seguía esperando un ataque. De nuevo me reuní con el jefe de estación y lo convencí: era absurdo que aquellas lomas, aquellas posiciones, estuvieran completamente abandonadas, que había que defenderlas, porque cualquier ataque realizado desde arriba tenía una ventaja extraordinaria. Y lo persuadí de que me diera una patrulla para defender las posiciones aquellas... Y aquella mañana, cuando me dirigí con la patrulla, ocupé posiciones, distribuí a la gente; la ciudad virtualmente estaba ardiendo; humo y fuego por todas partes. Visité algunos bohíos, nos recibieron muy bien, nos dieron vinos y comida que habían conseguido en la ciudad, donde se había abastecido todo el mundo... Allí estuve toda la mañana; hacia el mediodía comenzaron a aparecer algunos aviones volando sobre la ciudad. No se sabía todavía cuál era en definitiva la posición del ejército: incluso tuvimos la esperanza de que aquellos aviones estuvieran con la revolución. Después, distintos grupos vestidos con uniforme del ejército, procedentes de la estación de donde nosotros habíamos salido, salían de allí; al preguntarles qué hacían nos dijeron que estaba perdido todo,

que ellos se iban... Empezaron a circular los primeros rumores de que se estaba discutiendo una tregua. En esa situación transcurrió toda la noche, y a la mañana siguiente comunicaron que se había llegado a una solución: que se depusieran las armas... Y ante esta situación, decidí dirigirme al hotel donde había estado parando, en espera de los acontecimientos... La representación diplomática de Cuba gestionó los medios para que nosotros saliéramos del país. Y en un avión que había ido por aquellos días a recoger unos toros para una lid de toros en La Habana nos trasladamos a La Habana en un viaje de cinco horas... Puedo decir que de las 16 balas, que era todo el parque que yo tuve en aquellos días, que tenía un fusil Máuser, empleé cuatro cuando estaba de patrulla en aquella zona, disparando contra el Ministerio de Guerra que se veía hacia abajo a unos ochocientos metros de distancia. Hicimos cuatro disparos la tarde aquella que estuvimos allí. En realidad, es increíble que no nos mataran, verdaderamente increíble que no nos mataran'' (14).

La equívoca labor de la radio

El 9 de abril no podría explicarse plenamente si desconociéramos la poderosa y definitiva labor de las emisoras que intervinieron en el desarrollo de los acontecimientos. Desde el momento mismo en que se comete el atentado contra Gaitán, las emisoras de Bogotá entraron en escena. El radioperiódico ''Últimas Noticias'', que se transmitía desde los estudios de la emisora ''Nueva Granada'' y cuyo director era Rómulo Guzmán, dio la primera noticia. Sus instalaciones quedaban a una cuadra del lugar del atentado, en la carrera séptima entre calles dieciséis y diecisiete. Toda la tarde estuvo lanzando proclamas incendiarias, incitando al pueblo a la revuelta, al saqueo a las ferreterías de donde éste debería sacar las armas. Lo mis-

14. Fidel Castro, ''El 9 de abril y yo'', según relato hecho a Carlos Franqui. En: Lecturas Dominicales de El Tiempo, 14 de noviembre de 1976, págs. 1 a 7.

no puede decirse de la Radiodifusora Nacional, la cual fue tomada por los revolucionarios, intelectuales, profesores y estudiantes universitarios, principalmente, minutos después de conocerse la muerte de Gaitán. Pero, en honor a la verdad, ninguno de estos medios de comunicación incitó al pueblo al asalto y al saqueo a las tiendas, joyerías, peleterías, almacenes de licores, víveres, rancho, etc. La finalidad de los agitadores, a través de la radio, fue puramente política, con un objetivo muy concreto: la toma del poder. Inclusive, desde varias emisoras se transmitió uno de los "decretos" de la Junta Revolucionaria, condenando el saqueo de estos establecimientos, diferentes a las ferreterías.

En realidad, como ya lo afirmamos, el 9 de abril fue, en cierto sentido, un enfrentamiento de la violencia verbal contra la violencia de las armas oficiales. En el que, obviamente, resultaron vencedoras las segundas. A través de la radio, de las encendidas arengas y consignas que por ella fueron transmitidas, se motivó al pueblo contra el gobierno. Y el pueblo fue a poner el pecho a las ametralladoras y a los fusiles, armado en su gran mayoría con palos y machetes cuya única función prácticamente fue la de ser agitados en el aire en señal de desafío. Los muertos que vimos tirados en las calles o en el Cementerio Central y que todavía podemos contemplar en las fotografías, no aparecen mutilados ni heridos con arma blanca de ninguna clase. La mayor parte presenta heridas en la frente y en el pecho, con armas de indudable dotación oficial y una puntería digna de soldados bien entrenados. Lo de los machetes y garrotes fue apenas un mecanismo psicológico para descargar la ira y el odio, blandiéndolos en el aire entre una salva de insultos, de improperios y de amenazas, ante la impotencia de medirlos con la eficacia letal de las armas de largo alcance. De ahí la tenebrosa carnicería. Los racimos humanos se desplomaban en las calles, a veces sin más arma que los puños en alto y el grito enardecido en sus gargantas.

La radio fue irresponsablemente manejada ese día por los agitadores y jugó un papel decisivo en la iniciación

y desarrollo de la revuelta y, obviamente, en el fracaso de la misma. Primero, incitando, sin freno alguno, a la lucha, sin medir los medios al alcance de los amotinados. Todo esto fue un capítulo de la emotividad, de la pasión, del odio, de la ira y del dolor, desatados aquel día. Una lección de psicología colectiva que aún no se ha estudiado. ¿Armas? Todo parecía muy fácil: la fabricación de las "bombas Molotov", con botellas vacías, un poco de gasolina, un corcho y una mecha para ser encendida, antes de ser lanzadas contra las paredes de los edificios. Lo otro: los precarios elementos que pudieron salir de las ferreterías. Pero hay otro aspecto, en esa labor de la radio, que a la larga produjo efectos contrarios al estímulo mismo. Algo contradictorio y torpe, dentro de este manejo de la psicología de las masas. Desde las cuatro de la tarde, cuando el centro de la ciudad ardía y todo era caos y anarquía, los locutores revolucionarios entraron en una especie de delirio triunfalista, el cual fue factor decisivo en la frustración de esta violenta acción popular. Según ellos, el ejército estaba al lado de los revolucionarios; los tanques marchaban hacia el Palacio para tomárselo; los principales ministros y jefes del partido de gobierno colgaban de los faroles en la Plaza de Bolívar y principales calles de la ciudad, víctimas de la vindicta popular. La revolución, según ellos, estaba triunfante en todas partes. Cuando en realidad lo que había en ese momento era una ciudad en llamas, con sus almacenes saqueados, borrachos energúmenos gritando estúpideces y miles de cadáveres esparcidos en las calles. Esa era la revolución triunfante de que hablaban los locutores. Al país entero, y particularmente al pueblo liberal, que los escuchaba, le dieron una imagen falsa y distorsionada de la realidad. Especialmente en provincia, donde las gentes no tenían otro elemento de juicio que las noticias triunfalistas de la radio amotinada, ya se daba por logrado el objetivo y el poder estaba prácticamente en las manos de los presuntos revolucionarios. En Bogotá, ese triunfalismo falso estimuló para la libación alcohólica. Escenas tragicómicas se podían observar en las calles, donde las gentes se abrazaban cada vez que los receptores de

radio, puestos a todo volumen, transmitían noticias como estas: "¡Atención! ¡Atención! En estos momentos se dirigen por la carrera séptima de Bogotá, varios tanques del ejército, con el fin de tomarse el Palacio. ¡El ejército y la policía en su totalidad están con la revolución! Nuestro movimiento está triunfante y pronto dará su merecido al gobierno asesino de Ospina Pérez". "¡Atención! ¡Atención! Noticia de última hora: en la Plaza de Bolívar cuelgan los cadáveres de Laureano Gómez, José Antonio Montalvo y Guillermo León Valencia, lo mismo que los de otros personeros de este gobierno asesino que está próximo a caer. La ciudad está en llamas pero la revolución está victoriosa".

Hacia las siete de la noche todas las emisoras de Bogotá estaban ya bajo el control militar. Pero ya habían hecho su funesta labor. Sin embargo, en la provincia, donde las gentes habían estado escuchando estas arengas y noticias, estaban convencidas del éxito de la revuelta.

El 9 de abril en provincia

El 9 de abril fue un fenómeno cuyo epicentro estuvo en la capital de la república. De ahí que se le conociera nacional e internacionalmente con el nombre del "Bogotazo". Lo cual es apenas lógico por ser esta ciudad el lugar del asesinato de Gaitán, el lugar donde el Gobierno Nacional tiene su sede, y el lugar donde el "gaitanismo" tenía también sus principales comandos. Además, Bogotá era una ciudad donde ese "gaitanismo" representaba más del setenta por ciento de la población. Donde Gaitán era un ídolo, donde su presencia física era una especie de tabú, donde su palabra se escuchaba diariamente en conferencias, discursos, cuñas radiales y en sus propias conversaciones con toda clase de gentes. El culto de Bogotá por Gaitán no ha tenido parangón en toda nuestra historia. El Bogotá de aquel entonces sin Gaitán, no podía concebirse. Pero, además de todo esto, allí estaba reunida la IX Conferencia Panamericana, con personajes de importancia mundial, con periodistas internacionales, con políticos de

todos los matices y con agitadores expertos que habían venido de otros países en plan de sabotaje a dicha conferencia. Sobre esta capital latinoamericana estaban puestos los ojos del mundo.

En ninguna parte del país se registraron hechos de las dimensiones de los sucedidos en Bogotá. En algunos pueblos y ciudades fueron depuestas las autoridades legítimas y reemplazadas por juntas revolucionarias locales. En otras hubo muertos, causados por el pueblo o por el ejército. Pero en todos los rincones de Colombia se produjo una honda conmoción. Gaitán era un personaje nacional. Además, lo que estaba pasando en Bogotá, afectaba a la nación entera. Las revoluciones en Colombia triunfan o fracasan en su capital. Este es un aspecto muy curioso de nuestro centralismo político. Lo que no se hace en la capital, no tiene resonancia en la provincia. Y, muy al contrario, lo que se hace en provincia únicamente, no tiene resonancia en Bogotá.

Quizás donde el 9 de abril tuvo más dramático desarrollo, después de Bogotá, fue en Barrancabermeja, nuestra gran sede del petróleo. Allí los obreros, seguidores en su totalidad del caudillo sacrificado, se tomaron todas las instalaciones petroleras, depusieron las autoridades y constituyeron una "junta de gobierno" que tuvo el completo control de la ciudad durante varios días. En un principio se negaron a aceptar el restablecimiento del gobierno de "Unión Nacional", con Echandía como Ministro de Gobierno. Consideraron la colaboración liberal como una evidente traición al pueblo y a los postulados de Gaitán. Querían el retiro del presidente Ospina Pérez y llegaron a amenazar con volar las instalaciones petroleras si dicho retiro no se producía (15). Trabajo costó que la comisión enviada por el nuevo gobierno de "Unión Nacional", encabezada por Julio Ortiz Márquez, pudiera convencerlos sobre la base de una amnistía total que el gobierno no supo respetar, en detrimento de la palabra empeñada por sus negociadores. En otros lugares también se registraron

15. Julio Ortiz Márquez. *El hombre que parecía un pueblo*, págs. 192-195.

hechos violentos, como en Ibagué, Sincelejo, Carmen de Bolívar, Cartagena, Medellín, Barranquilla, San Vicente de Chucurí, Popayán, Cúcuta, Neiva, Cunday, Buenaventura, Chía, Carmen de Carupa, Suárez, Piedecuesta, Chocotá, Fontibón, Puerto Berrío, Bolombolo, Tuluá, Tame, Zarzal, Cajamarca, Espinal, Líbano, Pijao, Puerto Wilches, Villavicencio, Ipiales, Pacho, Honda, Carcasí, La Dorada, María la Baja, Puente Nacional, Turbo y muchas otras poblaciones. En algunas de ellas se presentaron saqueos, se quemaron periódicos, se constituyeron "juntas revolucionarias" y "tribunales populares", hubo asesinatos, incendios y violaciones, enfrentamientos armados entre los partidos, etc. Era apenas la natural repercusión del tremendo estallido ocurrido en Bogotá. La reacción del "gaitanismo" de toda la república ante el asesinato de su líder. Con el estímulo de las arengas, noticias, discursos y consignas que transmitían para todo el país las emisoras en poder de los radioamotinados de Bogotá. El poder de las ondas hertzianas cabalgando los aires de toda la nación. No hubo residencia, palacio, tienda, taller, rancho humilde o tugurio donde no se estuviera pendiente de lo que estaba pasando en Bogotá. Y lo que "estaba pasando" lo decían los discursos incendiarios, las noticias falsas o distorsionadas y ese peligroso y funesto "triumfalismo" del cual ya hemos hablado.

La amenaza de los "marines" y bombarderos norteamericanos

En medio del caos, la anarquía y el terror, se llegó a pensar, en el seno de la IX Conferencia Panamericana, en la intervención de tropas norteamericanas para proteger a los delegados extranjeros. La propuesta en este sentido la hizo la delegación de la Argentina y alcanzó a tomar fuerza en algunos pocos delegados de otros países. Pero sufrió el más enfático rechazo, por parte de otras delegaciones, entre ellas la de Venezuela, con Rómulo Betancourt a la cabeza. La delegación argentina también propuso que la Conferencia continuara sesionando en otro país. Tentati-

vamente se señaló a Caracas, como posible sede. A este episodio se refiere Rómulo Betancourt en sus **Memorias**, con estas palabras: "Se propuso (a la Conferencia Panamericana) que bombarderos y tropas de los Estados Unidos, trasladados desde la Zona del Canal de Panamá, ocuparan el aeropuerto de Techo, para garantizar la seguridad de los delegados. Reaccioné como si hubiera recibido una descarga eléctrica. Dije que asumía la representación de Colombia que, por ser tan convulsivos aquellos días, aún no había integrado su nueva delegación, para protestar en su nombre y en el de Venezuela al considerársele como nación ocupable por fuerzas armadas extranjeras en una parte por pequeña que fuera de su territorio. Y anuncié que la delegación venezolana, la misma que había hecho triunfar la tesis de permanecer en Bogotá, después de dejar constancia de su airada protesta, abandonaría la Conferencia si bombarderos y paracaidistas de los Estados Unidos llegaran a ocupar aeropuertos de Colombia" (16).

La verdad indivisible

Al finalizar este libro, se llega a la conclusión inevitable de que el 9 de abril pasaron muchas cosas: en la calle, en las redacciones de los periódicos, en las emisoras, en las estaciones de policía, en los salones donde se reunía la Conferencia Panamericana, en el Palacio de los Presidentes, en los cuarteles del ejército. Pero todas esas cosas que sucedieron en tan breve lapso, en tan pocas horas, constituyen un todo indivisible, algo así como un rico caleidoscopio de múltiples facetas. No sería lógico presentar una sola de ellas, prescindiendo de las demás. Ni sería tampoco honesto tratar de ocultar alguna de esas caras, en el afán de cubrir con la omisión algún prestigio en apu-

16. Rómulo Betancourt, en sus **Memorias**. Transcripción tomada de un fragmento publicado en Lecturas Dominicales de **El Tiempo** de Bogotá, del 12 de marzo de 1978, pág. 3.

ros, alguna imagen de partido o algún interés particular. La verdad —se ha dicho tantas veces— es esa realidad indivisible.

Sin embargo, a través de tantos años que han venido corriendo desde aquella fecha trágica, se han tejido tantas consejas, se han urdido tantas leyendas, que ese histórico 9 de abril de 1948 se ha venido convirtiendo en un complejo laberinto. Muchos hechos claves se han venido borrando o han sido distorsionados o suplantados por la pluma interesada. Los historiadores oficiales de los partidos han tratado de dar, cada cual, su versión acomodada. Los corifeos y amanuenses de algunos personajes de esa historia, siempre celosos de cuidar la imagen de sus amos, también se han dado trazas para hacer el maquillaje adecuado, borrando las huellas de las malas acciones y resaltando aquellas que pueden serles favorables. Pero, afortunadamente, ahí han quedado los documentos, las colecciones de prensa que registraron la noticia, los testimonios honrados, listos a ayudar al historiador que quiera hacer incursiones en este mundo del pasado, cuyo conocimiento nos permitirá entender mejor nuestro presente y proyectar adecuadamente el porvenir.

Este libro no fue escrito, pues, para atender a ningún compromiso de partido. Como historiador, sólo me ha guiado el deseo de encontrar la realidad de aquello que pasó. Rescatar el tema para la historia, sacándolo de los dominios del folletín. Y, aunque las dedicatorias suelen ponerse al principio de una obra, quiero romper esa tradición diciéndole al oído a las gentes nuevas, a los jóvenes de hoy y de mañana: he escrito este libro pensando en ustedes, a quienes se les ha dicho y se les seguirá diciendo que el 9 de abril "partió en dos la historia de Colombia", sin explicarles cómo o presentándoles apenas una versión distorsionada de esta tremenda realidad.

BIBLIOGRAFIA

1. Abella, Arturo. **Así fue el nueve de abril**. Bogotá, Ediciones Aquí Bogotá, 1973.
2. Abella, Arturo. "Seis personajes y un periodista en busca de Gaitán". **El Tiempo**, Bogotá, abril 9 de 1968, pág. 18.
3. Arango Vélez, Carlos. **Comunismo y democracia; exposición del doctor Carlos Arango Vélez hecha el jueves 29 de abril de 1948**. Bogotá, Imprenta Nacional, 1948.
4. Azula Barrera, Rafael. **De la revolución al orden nuevo**. Bogotá, Kelly, 1956.
5. Bautista, Ramón M. **La muerte del caudillo; 9 de abril de 1948**. Bogotá, Patria, 1948.
6. Betancourt, Rómulo. "En Bogotá hubo amenazas de "marines" el 9 de abril". (Del libro **Memorias del expresidente Rómulo Betancourt**). **El Tiempo** (Lecturas Dominicales, pág. 3), abril 12 de 1978.
7. Blanco Núñez, José María. **Memoria de un gobernador, el 9 de abril de 1948**. Barranquilla. Tipografía Dorel, 1968.
8. Canal Ramirez, Gonzalo. **Nueve de abril de 1948**. Bogotá, Editorial ABC, 1948.
9. Castellanos, Gonzalo. "Ese hombrecito no pudo matar a Gaitán". **El Tiempo** (Lecturas Dominicales, pág. 8), abril 8 de 1973.
10. Castellanos, Gonzalo. "Laureano se fugó con un fusil". **El Tiempo** (Lecturas Dominicales, pág. 6), abril 8 de 1973.
11. Castellanos, Gonzalo. "Yo le di el último sorbo; entrevista con Emma Cruz, mesera de El Gato Negro". **El Tiempo** (Lecturas Dominicales, pág. 9), abril 8 de 1973.
12. Castro, Fidel. "El 9 de abril y yo". (Según relato hecho a Carlos Franqui). **El Tiempo** (Lecturas Dominicales, págs. 1-7), noviembre 14 de 1976.
13. Cock Arango, Alfredo. **Las víctimas del doctor Laureano Gomez**. Bogotá:1959.
14. Cordell Robinson, J. **El movimiento gaitanista en Colombia**. Bogotá, Tercer Mundo, 1976.
15. Córdoba, José María. **Jorge Eliécer Gaitán**. Bogotá, Litografía Cor-Vall, s. f.

16. Cortés Durán, Jaime. "Los muertos de la Plaza de Bolívar". *El Tiempo* (Lecturas Dominicales, pág. 6), abril 8 de 1973.
17. Cruz, Pedro Eliseo. "Declaración juramentada de Pedro Eliseo Cruz, un testigo presencial de la muerte de Gaitán". *El Espectador*, edición dominical del 9 de abril de 1949.
18. Chaux Herrera, Alfonso. "El ideario de Gaitán; treinta años después muy poco ha cambiado". *El Espectador* (Magazine dominical, págs. 6, 7, 11), abril 9 de 1978.
19. Del Vecchio, Pascual. "Por la corbata cogí a Roa Sierra". *El Tiempo* (Suplemento publicado con el nombre 25 años después, pág. 6), abril 8 de 1973.
20. Díaz, Antolin. *Los verdugos del caudillo y su pueblo*. Bogotá, ABC, 1948.
21. *El Tiempo*. "Las enigmáticas palabras de Roa después del crimen". En *El Tiempo*, abril 9 de 1968, pág. 18.
22. Echandia, Dario. "La historia también es con los muertos; una entrevista de Gabriel Gutiérrez". *El Tiempo* (Lecturas Dominicales, págs. 1-10), abril 8 de 1973.
23. Echandia, Dario y Carlos Lleras Restrepo. "Explicaciones de la política liberal colombiana". *Revista Jurídica*, Vol. 17, No. 53, mayo de 1949, págs. 17-34.
24. Estrada Monsalve, Joaquín. *Así fue la revolución del 9 de abril al 27 de noviembre*. Bogotá, Iqueima, 1950.
25. Estrada Monsalve, Joaquín. *El 9 de abril en Palacio; horario de un golpe de Estado*. Bogotá, Editorial Cahur, 1948.
26. Fandiño Silva, Francisco. *La penetración soviética en América y el 9 de abril*. Bogotá, ABC, 1949.
27. Fernández de Soto, Mario. *Una revolución en Colombia: Jorge Eliécer Gaitán y Mariano Ospina Pérez*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1951.
28. Figueredo Salcedo, Alberto, ed. *Documentos para una biografía: Colección Jorge Eliécer Gaitán*. Vol. I. Bogotá, Imprenta Municipal, 1949.
29. Forero Benavides, Abelardo. "El 9 de abril de 1948". *El Espectador* (Magazine Dominical, págs. 3 a 7), abril 7 de 1968.
30. Forero Benavides, Abelardo. *Grandes fechas*. Bogotá, Cámara de Representantes, 1979.
31. Forero, Paulo E. "Se reconstruye la Unión Nacional junto al cadáver de J. E. Gaitán". *El Tiempo* (Lecturas Dominicales, pág. 15), abril 9 de 1978.
32. Gaitán, Jorge Eliécer. *Obras selectas*. 2 tomos. Bogotá, Cámara de Representantes (Colección Pensadores Políticos Colombianos), 1979.
33. Gaitán, Jorge Eliécer. "El Plan Presidencial de Gaitán: reportaje de J. A. Osorio Lizarazo. Sábado, 25 de septiembre de 1945, págs. 1, 14.
34. Gaitán, Jorge Eliécer. "Socialismo liberal; carta a Luis Tejada". *El Espectador* (Magazine Dominical, pág. 11), abril 7 de 1968.
35. Galvis Gómez, Carlos. *Por qué cayó López*. Bogotá, Editorial ABC, 1946.
36. García, Antonio. *Gaitán y el problema de la revolución colombiana*. Bogotá, Cooperativa Nacional de Artes Gráficas, 1955.
37. García, J. J. *Diálogos en la Reina del Mar*. Bogotá, Editorial Iqueima, 1965.
38. García Peña, Roberto. "Memoria aproximada del 9 de abril". *El Tiempo* (Lecturas Dominicales, pág. 5), abril 8 de 1973.
39. Gómez Aristizábal, Horacio. *Gaitán; enfoque histórico*. Bogotá, Editorial Cosmos, 1975.

40. González Toledo, Felipe. "La catástrofe salió de un revólver desajustado". *El Tiempo* (Lecturas Dominicales, pág. 4), abril 8 de 1973.
41. González Toledo, Felipe. "Una nueva versión sobre el asesinato". *El Tiempo* (Lecturas Dominicales, pág. 9), abril 8 de 1973.
42. Gutiérrez, José. "El Bogotazo". *El Espectador* (Magazine Dominical, pág. 8), abril 9 de 1978.
43. Guzmán Campos, Germán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna. *La violencia en Colombia*. Bogotá, Tercer Mundo, 1963.
44. Herrera, Francisco José. *7 huellas*; Jorge Eliécer Gaitán. Bogotá, Bochica, 1981.
45. Jordán Jiménez, Ricardo. *Dos viernes trágicos*. Bogotá, Horizontes, 1968.
46. López, Alfonso y Alberto Lleras Camargo. *La crisis presidencial*. Bucaramanga, Imprenta del Departamento, 1944.
47. López, Alfonso. *Documentos relacionados con la renuncia del presidente López y el orden público, noviembre 1943 a julio de 1945*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1945.
48. López Pumarejo, Alfonso. *Obras selectas*. 2 tomos. Bogotá, Cámara de Representantes (Colección Pensadores Políticos Colombianos), 1980.
49. López Giraldo, Fermín. *El apóstol desnudo o dos años al lado de un mito*. Manizales, Arturo Zapata, 1936.
50. Lozano y Lozano, Juan. "Angulos del debate presidencial". *Sábado*, octubre 13 de 1945, págs. 1-14.
51. Lozano y Lozano, Juan. "Jorge Eliécer Gaitán". En: *Mis contemporáneos*. Bogotá, Instituto Colombiano de Cultura (Colección Popular No. 45), 1971.
52. Lunga. "El Bogotazo visto a través de una lente". (Documentos fotográficos). *El Tiempo* (Lecturas Dominicales, pág. 7), abril 8 de 1973.
53. Lleras Camargo, Alberto. *Un año de gobierno 1945-46; discursos y otros documentos*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1946.
54. Lleras Camargo, Alberto. *Sus mejores páginas*. Bogotá, Compañía Gran-colombiana de Ediciones, 1968.
55. Lleras Restrepo, Carlos. *De la República a la dictadura*. Bogotá, Editorial ARGRA, 1955.
56. Lleras Restrepo, Carlos. "Jorge Eliécer Gaitán, un caudillo del pueblo". (Discurso pronunciado en el Parque Nacional el 20 de abril de 1948, en el sepelio del Caudillo). *Revista Jurídica*, No. 14, octubre de 1948.
57. Lleras Restrepo, Carlos. "Recuerdos del 9 de abril". *Nueva Frontera*, No. 75, (abril 8-14 de 1976), págs. 1 a 3.
58. Manrique, Ramón. *A sangre y fuego*. Barranquilla, Librería Nacional, 1948.
59. Martínez Zelada, Eliseo. *Colombia en el llanto; crónica auténtica del movimiento popular del 9 de abril de 1948*. México, Editorial B. Costa-Amic, 1948.
60. Martz, John D. *Colombia; un estudio de política contemporánea*. Bogotá, Universidad Nacional, 1969.
61. Mendoza Neira, Plinio y Alberto Camacho Angarita. *El liberalismo en el gobierno*. 3 vols. Bogotá, Editorial PRAG, 1946.
62. Mesa, Darío. "Treinta años de nuestra historia". *Mito*, Vol. 3, No. 13, págs. 54-70.
63. Molina, Gerardo. "Los últimos años de Gaitán". *El Espectador* (Magazine Dominical, págs. 3 y 4).

64. Molina, Gerardo. *Las ideas liberales en Colombia*, 2 vols. Bogotá, Universidad Nacional, 1970.
65. Morales Benítez, Otto. *Revoluciones y caudillos*. Bogotá, Tercer Mundo.
66. Moreno Torralbo, B. "Gaitán ante sí mismo; un hombre satisfecho con su destino". (Entrevista a Jorge Eliécer Gaitán, publicada por primera vez en "El Siglo" en 1943). *El Espectador* (Magazine Dominical, págs. 12 y 13), abril 7 de 1968.
67. Nieto Rojas, José María. "La batalla contra el comunismo en Colombia". Bogotá, Empresa Nacional de Publicaciones, 1956.
68. Niño H., Alberto. *Antecedentes y secretos del 9 de abril*. Bogotá, Editorial Pax, 1949.
69. Ortiz Márquez, Julio. *El hombre que fue un pueblo*. Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1980.
70. Orrego Duque, Gonzalo. *9 de abril fuera de Palacio*. Bogotá, Editorial Patria, 1949.
71. Osorio Lizarazo, José Antonio. *Gaitán; vida, muerte y permanente presencia*. Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1979.
72. Osorio Lizarazo, José Antonio. *El día del odio*. Bogotá, Carlos Valencia Editores, 1979.
73. Ospina Pérez, Bertha de. "9 de abril de 1948; relato íntimo de doña Bertha de Ospina, concedido al periodista Iader Giraldo". *El Espectador* (Separata especial dedicada a la fecha, págs. 1 y 2), abril 9 de 1968.
74. Ospina Pérez, Mariano. *Discurso del presidente del Congreso doctor José Jaramillo Giraldo y discurso del doctor Mariano Ospina Pérez, al tomar posesión de la Presidencia de la República*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1946.
75. Ospina Pérez, Mariano. "Las horas dramáticas en el Palacio Presidencial". *El Tiempo* (Lecturas Dominicales, págs. 1 y 2), abril 8 de 1973.
76. Ospina Pérez, Mariano. *La política de Unión Nacional*. Bogotá, Imprenta Nacional, 1946.
77. Padilla, Jorge. "Historia de un disparo". *El Espectador* (Magazine Dominical, pág. 2), abril 7 de 1978.
78. Padilla, Jorge. "Un testigo presencial narra el crimen; una entrevista con Jorge Padilla". *El Tiempo* (Lecturas Dominicales, pág. 8), abril 8 de 1973.
79. Pareja, Carlos H. *El Monstruo*. Buenos Aires, Editorial Nuestra América, 1955.
80. *Partido comunista de Colombia. Treinta años de lucha del partido comunista de Colombia*. Bogotá, Ediciones Paz y Socialismo, 1960.
81. Peña, Luis David. *Gaitán íntimo*. Bogotá, Iqueima, 1948.
82. Pérez, Luis Carlos. *Los delitos políticos; interpretación jurídica del 9 de abril*. Bogotá, Iqueima, 1948.
83. Pinzón López, Jaime. "Gaitán, jefe 1946-1948". *El Espectador* (Magazine Dominical, pág. 1), abril 4 de 1976.
84. Plaza, Humberto. *La noche roja de Bogotá*. Buenos Aires, Imprenta López, 1949.
85. Puentes, Milton. *Gaitán*. Bogotá, Editorial ABC, 1945.
86. Restrepo, Roberto. *Nueve de abril, quiebra cultural política*. Bogotá, Tipografía Bremen, 1948.
87. Rodríguez Garavito, Agustín. *Gabriel Turbay; un solitario de la grandeza*, 3ª edición. Bogotá, Tercer Mundo, 1977.
88. Rodríguez Garavito, Agustín. *Gaitán; biografía de una sombra*, 2ª edición. Bogotá, Tercer Mundo, 1981.

89. Rojas Pérez, Guillermo. "Gaitán, veinte años después; el crimen atroz". *El Espectador* (Magazine Dominical, pág. 10), abril 7 de 1968.
90. Samper, Darío. "Gaitán, tribuno del pueblo". *El Tiempo* (Lecturas Dominicales, págs. 2 y 3), abril 9 de 1978.
91. Santa, Eduardo. "Los grandes colombianos del siglo XX". En: *Historia del siglo XX*. Bogotá, Italgaf, 1976.
92. Santa, Eduardo. *Instituciones políticas de Colombia*. Bogotá, Temis, 1978.
93. Sarria, Eustorgio. "La obra científica de Gaitán". *Revista Jurídica*, Nos. 13-14, octubre de 1948, págs. 410-413.
94. Serrano Camargo, Rafael. *En aquella ciudad...* Bogotá, Tercer mundo, 1981.
95. Téllez, Hernando. "Biografía de una revolución". *Semana*, 24 de abril de 1948.
96. Torres, Mauro. *Gaitán; grandeza y limitaciones psicológicas*. Bogotá, Tercer Mundo, 1976.
97. Trujillo, Carlos Holmes. "Gaitán y las ideas políticas en Colombia". *Revista Jurídica*, Nos. 13-14, octubre de 1948, págs. 513-519.
98. Valencia, Luis Enriro. *Gaitán; antología de su pensamiento social y económico*. Bogotá, Ediciones Sudamérica, 1968.
99. Vallejo, Alejandro. *Diario de la palabra encadenada o antes del 9 de abril y después*. Bogotá, Editorial Minerva, 1949.
100. Vargas Cuéllar, Enrique. *13 años de violencia; asesinos intelectuales de Gaitán*. Bogotá, Ediciones Cultura Social Colombiana, 1960.
101. Velasco, Hugo. *Biografía de una tempestad*. Bogotá, Editorial ARGRA, 1950.
102. Vidales, Luis. *La insurrección desplomada*. Bogotá, Iqueima, 1948.
103. Villaveces, Jorge. *La derrota; 25 años de historia*. Bogotá, Jorvi, 1963.
104. Villaveces, Jorge, ed. *Los mejores discursos de Jorge Eliécer Gaitán 1919-1948*. Bogotá, Editorial Jorvi, 1958.
105. Zuleta Angel, Eduardo. *El presidente López*. Medellín, Albon-Interprint, 1968.

PERIODICOS

El autor ha consultado las colecciones de "El Tiempo", "El Siglo", "El Liberal", "La República", "Jornada", "Cromos", "Semana", "La Voz Proletaria" y otros, existentes en la Hemeroteca de la Biblioteca Nacional y en la Hemeroteca Luis López de Mesa, de la Biblioteca Luis Angel Arango, ambas en Bogotá. También ha consultado sus colecciones particulares de prensa, especialmente la que corresponde al periodo 1942-1948.

DOCUMENTOS

También ha consultado los principales documentos políticos de la época, tanto los provenientes del gobierno como de los partidos políticos. Lo mismo que el principal documento de carácter jurídico: el expediente relacionado con la investigación por el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán.